

BAKUNIN
OBRAS COMPLETAS

Volumen 2

Prólogo de Max Nettlau
Prefacio de Sam Dolgoff
Edición y Traducción: Diego A. de Santillán.

LAS EDICIONES DE

La Piqueta

1.ª edición Ed. *Tierra y Libertad*, Barcelona 1938
Cubierta: *Roberto Turégano*

Las Ediciones de la Piqueta
Seseña, 59. Madrid-24. Diciembre, 1977
ISBN: 84-7443-016-X (Tomo II)
ISBN: 84-7443-007-0 (Obra Completa)
Depósito legal: M. 42.821-1977
Impreso en: *Técnicas Gráficas, S.L.*
Las Matas, 5. Madrid-29

INDICE

	<u>Páginas</u>
Prefacio	7
Prólogo	13
El imperio knutogermánico y la revolución social. Primera entrega	53
La alianza rusa y la rusofobia de los alemanes	116
Historia del liberalismo alemán....	135
Fragmento	156
La Comuna de París y la noción del Estado	163
Advertencia para El imperio knutogermánico	185
Tres conferencias a los obreros del Valle de Saint-Imier	219
I	219
II	228
III	239

PREFACIO

I

La compilación del volumen primero y los escritos del segundo constituyen una sola obra que cubre el periodo de la guerra franco-prusiana y la Comuna de París en 1870-1871. Como se advirtió ya, en el prefacio al volumen primero, esta introducción examinará solamente aspectos de los escritos de Bakunin que tienen trascendencia para los nuevos tiempos y los nuevos problemas. Una introducción pormenorizada y un trasfondo histórico de esos trabajos han sido proporcionados por el gran historiador anarquista, el Dr. Max Nettlau.

En su Imperio knuto-germánico y la revolución social (en la primera parte de este volumen), Bakunin, además de otros temas, desarrolló más ampliamente las ideas esbozadas en las Cartas a un francés y en la Carta a Esquiros, del volumen primero. En el prefacio a aquel volumen señalábamos que las ideas anticipadas por Bakunin fueron llevadas a la práctica por los anarcosindicalistas durante la guerra civil española y la revolución de 1936-1939.

Me he referido a ideas como defensa de la revolución por el «pueblo en armas», milicias; a la autogestión obrera de la industria; a cómo atraer los campesinos a la revolución; a cómo las colectividades libertarias y las industrias socializadas que se establecieron durante la guerra civil y la revolución, tomaron el carácter anticipado por Bakunin; a las advertencias de Bakunin contra la usurpación del poder por incluso un gobierno «socialista» totalitario que dictará a las masas las normas a seguir desde arriba, por decretos; lo mismo que en Rusia, en China, en Cuba. Y a cómo anticipó

Bakunin dos grandes problemas que todavía se debaten en España y en los movimientos revolucionarios internacionales, es decir, cómo guiar la revolución en un sentido libertario y cómo podrían los anarquistas obstruir la toma del poder por los autoritarios —como Lenin— sin instituir su propia dictadura.

Más que cualquier otro pensador de su tiempo, Bakunin anticipó la emergencia de uno de los grandes problemas cruciales que ha de afrontar la sociedad actual; previno que el monopolio y el abuso del poder es una tentación perpetua, que, en las modernas sociedades «socialistas» o «democráticas», conduce inevitablemente al control de la economía, de la vida social y también de la vida individual por una compleja clase burocrática de administradores, funcionarios, técnicos y científicos subsidiarios por el Estado o por grandes corporaciones —lo que llamó Bakunin «... una nueva clase político-científica gobernante»...

II

Bakunin insistió en que la libertad es compatible con el orden o «disciplina» —para Bakunin disciplina era sinónimo de orden—. Sostuvo que una sociedad sin orden, (disciplina), es inconcebible. Pero el orden tiene que garantizar y estimular la libertad e independencia de los individuos, grupos y asociaciones. En las páginas de El imperio Knuto-germánico y la revolución social, en este volumen. Bakunin ilustra la diferencia entre «... orden jerárquico... y obediencia pasiva, que son el fundamento de todo despotismo...» y la autodisciplina, «... la sincera expresión de la libertad de cada uno...» Bakunin resume sus puntos de vista a este respecto en el siguiente pasaje de El imperio Knuto-germánico y la revolución social, en este volumen:

«...una cierta especie de disciplina, no automática sino voluntaria... disciplina que armoniza perfectamente con la libertad de los individuos, es y será siempre necesaria cuando un gran número de individuos, libremente unidos, emprenden alguna especie de tarea o acción colectiva. En tales condiciones, la disciplina es simplemente la coordinación voluntaria e intelectual de todos los esfuerzos individuales hacia un objetivo común... en

el momento de la acción, naturalmente son distribuidas las funciones en concordancia con las aptitudes de cada uno... unos dirigen y disponen, mientras otros realizan las órdenes o acuerdos. Pero ninguna función permanece petrificada de modo «permanente», nada está irrevocablemente ligado a una persona y el orden jerárquico y la promoción no existen... el ejecutivo de ayer puede convertirse en el subordinado de hoy. Nadie es encumbrado por encima de los demás. E incluso si alguien, por un tiempo, se eleva por encima de los demás, es sólo para caer de nuevo en su posición anterior... el del nivel saludable de igualdad... en tal sistema, hablando propiamente, el poder no existe... el poder es difundido en la colectividad (entre los individuos y asociaciones que realizan y ejecutan las funciones de la sociedad...).

Estos puntos de vista son extremadamente importantes. Aplicados, por ejemplo, a la C.N.T. de España: la C.N.T. limita el término del cargo de sus representantes elegidos, y estos se hallan sujetos a ser sustituidos en cualquier momento. No son funcionarios permanentes. La clase obrera no deja que un funcionario llegue a ser un burócrata del trabajo, sino que en la mayor parte de los casos cumple sus deberes después de la jornada laboral ordinaria. Si tiene que cumplir deberes en forma permanente es subvencionado con el mismo salario que ganaba en su oficio. Vuelve a sus tareas al finalizar el término de su cargo, requerido por los miembros que lo designaron para el mismo.

Las ideas de Bakunin están siendo expuestas ahora en varias formas por el vasto movimiento internacional en favor de la autogestión de las industrias por los trabajadores mismos; concuerda en que el movimiento autogestionario tiene que basarse en la convicción de Bakunin de que el orden es compatible con la libertad; que la autodisciplina es la precondition indispensable de la autogestión; que la autogestión es diametralmente opuesta a todas las formas de regimentación, pues éstas son (como lo advirtió Bakunin) «... el fundamento de todo despotismo...»

III

Las ideas de Bakunin acerca de las precondiciones para limitadas alianzas de frentes únicos, con partidos ideológicamente distintos, para fines específicos, y particularmente sus advertencias sobre los peligros inherentes a tales alianzas, fueron desgraciadamente confirmadas sesenta años más tarde por la experiencia de los anarcosindicalistas en el frente antifascista durante la guerra civil y la revolución española (1936-1939):

«... el partido sincero... se convierte necesariamente en la víctima y en el engañado por los otros partidos que carecen de toda sinceridad... y explotan la alianza en su exclusivo beneficio... los revolucionarios no pueden aliarse ni siquiera con la facción autoritaria burguesa más avanzada... sin convertirse inmediatamente, y contra su voluntad, en instrumentos para el sostén de las ambiciones políticas...» (Imperio Knuto-germánico y la revolución social, en este volumen).

La historia entera de las relaciones de los anarcosindicalistas y sus no amistosos aliados en el frente antifascista (comunistas, partido socialista, republicanos burgueses y el gobierno mismo de la República) confirma la exactitud del análisis de Bakunin —que él mismo había aprendido en su día de las propias relaciones con los políticos. La revolución española fue aplastada; la C.N.T. ¿no fue privada de armas y traicionada por los falsos aliados?

IV

La selección sobre la Comuna de París y la idea del Estado (en este volumen) constituye un brillante resumen de la ideología bakuniniana. Entre otras razones es siempre importante, porque señala con claridad las diferencias fundamentales entre la ideología marxista autoritaria y las concepciones anarquistas: una diferencia de opinión y un conflicto que divide siempre al movimiento socialista:

... soy un partidario de la Comuna de París por encima de todo, porque es una audaz negación del Estado, claramente formulada... contraria a la creencia de los comunistas autoritarios (marxistas) de que una revolución

social puede ser decretada por una dictadura o una asamblea constituyente (democracia burguesa)... la revolución tiene que ser hecha por la organización espontánea del trabajo, por la colectivización de la propiedad, por las asociaciones de productores libremente organizadas, y por la federación igualmente espontánea de las Comunas para reemplazar al Estado paternalista dominante... los comunistas necesitan organizar las fuerzas obreras para adueñarse del poder político del Estado. Los socialistas revolucionarios [uno de los sinónimos de Bakunin para referirse a los anarquistas] creen que la humanidad ha sido demasiado largo tiempo sometida para ser gobernada; que la causa de sus perturbaciones no está en una particular forma de gobierno, sino en el principio fundamental y en la existencia del gobierno mismo» (La Comuna de París... en este volumen).

Hago resaltar estas palabras porque Bakunin establece el punto extremadamente importante que el Estado no es, como insisten los marxistas, simplemente una agencia de la clase dominante, sino que también constituye una clase en sí mismo; que el Estado no es solamente el productor sino el creador y perpetuador de la desigualdad económica, política y social.

En la selección El Imperio Knuto-germánico Bakunin declara que «... el despotismo no se manifiesta sólo en la forma, sino en el principio del Estado... y el poder político en un Estado republicano puede ser tan despótico como en una monarquía...»

La tendencia libertaria a reemplazar el Estado por la federación de Comunas y por la tendencia a la autogestión de la industria por los obreros mismos en la Comuna, encontró su réplica moderna en el desarrollo en escala masiva de las industrias españolas socializadas y de las colectividades rurales libertarias; una de las más grandes revoluciones sociales de los tiempos modernos.

Como los comunistas libertarios de su tiempo, el trágico dilema de la C.N.T.-F.A.I. en la guerra civil y la revolución española consistía en elegir entre la colaboración con los enemigos ideológicos en el frente antifascista común en el gobierno republicano —una violación de los principios anarquistas— y la toma del poder mediante la dictadura de la

minoría anarquista —una violación igualmente grave de los principios anarquistas.

Para valorar el profundo impacto de la revolución española, críticos anarquistas y no anarquistas de la conducta y la política de nuestros camaradas, se haría bien en ahondar estas palabras de Bakunin, que, aunque escritas sobre los comunistas de París, siguen siendo importantes con respecto a los problemas que los trabajadores españoles tuvieron que afrontar:

«... muchos socialistas, muy lógicos en su teoría, censuran a nuestros amigos de París por no haber actuado suficientemente como socialistas en sus hechos revolucionarios... necesito llamar la atención de los teóricos más estrictos de la emancipación proletaria, sobre el hecho que son injustos con respecto a nuestros hermanos de París, pues entre las teorías correctas y su aplicación práctica hay una enorme diferencia... tenían que mantener una lucha diaria contra la mayoría jacobina (estadistas autoritarios). En medio del conflicto tenían que alimentar varios millares de obreros [millones en España], organizarlos y armarlos, y mantener una aguda vigilancia sobre los hechos de los sectores reaccionarios. Todo esto en una ciudad enorme como París [España republicana] sitiada, afrontando la amenaza del hambre, y presa de las intrigas infames de la reacción...» (La Comuna de París...)

Aquí hay mucho que debe ser tenido en cuenta en relación con los triunfos y los fracasos de Bakunin y de los precursores que combatieron por la libertad hace más de cien años.

Sam Dolgoff
Febrero, 1978

PRÓLOGO

I

Los tres primeros escritos de este volumen constituyen parte del esfuerzo literario de Bakunin suscitado por la guerra francoalemana de 1870-71 desde agosto de 1870, siguiendo los acontecimientos hasta después de la Comuna de París, o sea, hasta el verano de 1871; el cuarto escrito lo hace aparecer como conferenciante en medio de los obreros del Jura, en la primavera de 1871. Sus escritos de agosto de 1870 a junio-julio de 1871, tienen las más diversas formas, pero el mismo fin: contribuir en la medida de sus fuerzas a dar a los acontecimientos un carácter revolucionario, y cuando esto no fué posible para él, dar una voz a su crítica revolucionaria y presentar en esa ocasión el conjunto de sus ideas ante el público europeo. Primero, las cartas concernientes a una acción; el folleto de actualidad, luego; después, el folleto o el libro de crítica política retrospectiva, histórica, el libro de crítica filosófica y la exposición de las bases de sus ideas tan profundamente antirreligiosas. Cuando el gran acontecimiento de la Comuna de París intervino, otra vez la crítica actual, socialista y revolucionaria. De todo eso hay en algunas publicaciones de la misma época, en originales más numerosos sacados de los manuscritos para las *Oeuvres* de la edición de París (1895-1910) y aún más, en los fragmentos inéditos que no fueron analizados más que en mi *Biografía* de Bakunin, en 1899.

Le fué imposible a Bakunin hallar un cuadro literario, una forma de publicación bastante amplia, rápida y fun-

dada sobre una base material sólida para exponer ante el público todo lo que quería decir, y hasta le fué imposible coordinar esa masa de materiales que prodigaba. Partiendo de la actualidad, de su marcha de Lyon y de su carta a Palix del 29 de noviembre, fué absorbido en su crítica del momento por lo que veía acontecer en Francia: hace la crítica de los alemanes, llega a los comunistas antiautoritarios, luego a los filósofos doctrinarios, consigue dar el fondo de sus ideas antirreligiosas en un escrito que separa del conjunto como apéndice, aparta aún otros materiales para un *Apéndice germanoeslavo*; pero antes de hablarnos de sus ideas sobre socialismo y anarquía, la Comuna de París lo vuelve a la actualidad, y no nos dejó sólo un busto, sino todo un taller lleno de bustos. Es lamentable desde el punto de vista literario, pero tenemos al menos en los numerosos fragmentos elaboraciones precisas de muchas series de sus ideas, que podemos examinar a nuestro gusto, lo que es preferible a encontrarlas, de una manera reducida quizás, adaptadas al cuadro siempre restringido de un solo libro.

Bakunin carecía de tiempo para producir libros bien proporcionados; tampoco tuvo probabilidad para ello en el invierno de 1870-71, encontró demasiado poco reposo. No estaba muy contento de la manera como James Guillaume había sacado de sus abundantes manuscritos el pequeño folleto (43 páginas) de las *Lettres à un Français*; quería pasar sin Guillaume y no le quedó más que Ginebra, donde el trabajo de impresión fué muy mal hecho; la única base material era la garantía de un estudiante ruso de pagar una entrega (505 francos), lo que hizo. Recurrió de nuevo a Guillaume, pero no había dinero para imprimir otra cosa. Bien pronto, en julio, eliminaron completamente el proyecto presente otros trabajos para la Internacional y contra Mazzini.

A pesar de tales adversidades, su aislamiento y sus grandes preocupaciones materiales durante dicho invierno, fué incansable en ese trabajo y a él se dedicó con su mejor esfuerzo: las partes tituladas más tarde *Dios y el Estado* —aparecerán en su cuadro original en el tomo IV de esta edición— dan fe de ello. Aunque esos meses de noviembre de 1870 a marzo de 1871 fueron, desde hacía muchos años,

la época más tranquila de la vida de Bakunin, en la que no se trató de acción y de propaganda, sino solamente de estudios, de lecturas y de elaboración sucesiva de muchos manuscritos, vale la pena, por consiguiente, ocuparse de ese trabajo de su pensamiento aquí. No es un espectáculo demasiado frecuente, por desgracia, ver a un anarquista remover totalmente sus ideas después de grandes acontecimientos históricos, tratando de relacionarlas con la acción que ve a su alrededor en el mundo profundamente conmovido. No digo que Bakunin haya encontrado el buen camino y haya sido infalible en sus apreciaciones; pero lo intentó al menos e hizo una vasta labor intelectual, y siempre es interesante seguir de cerca un trabajo serio.

II

De regreso en Locarno, en los últimos días de octubre de 1870 (1), debió de entenderse con sus amigos rusos de Ginebra, el viejo Ogaref y Ozerof, para hacer imprimir en la Imprenta Cooperativa su trabajo proyectado en entregas que formarían grandes folletos. Nos queda sólo una carta escrita el 19 de noviembre a Ogaref, donde dice en lengua rusa:

Mi querido y viejo amigo Aga:

Te has vuelto excesivamente avaro en cartas. ¿Es que bebes de nuevo? Cuidado, hermano, abstente. Bebe con moderación para no perderte y olvidarte de ti mismo, de los amigos y aun de la causa. Veo por tu última misiva que lees mis cartas muy distraidamente y es probable que no las leas hasta el fin. Me escribes que recibiste de mí el final del folleto, pero te escribía que enviaba la última remesa, que enviaré todavía muchas, muchas hojas, de suerte que no resultará un folleto, sino todo un libro. Tengo ya cuarenta páginas listas y esto no es el fin, falta mucho, y si no las envío es porque me es indispensable tenerlas cerca de mí para terminar una cuestión difícil. Por favor, mi querido amigo, ocúpate seriamente de este asunto y no de un modo cualquiera, porque si haces esto de una manera sucia, no saldrá una cosa, sino una suciedad. Primeramente, yo no tengo fiebre ni en general estoy apresurado por imprimir lo más pronto posible, como Ozerof procede. Me habría apresurado como él si hubiese tenido la intención de escribir un folleto para influir lo más pronto posible sobre la

(1) Véase el prólogo del primer tomo de estas Obras.

opinión pública. Pero no tengo ese propósito por ahora; no lo tengo porque no tengo ya fe en los folletos, cualesquiera que sean; ni aun con las empresas y actos prácticos inmediatos se puede modificar ahora la marcha de los acontecimientos. Según mi opinión, el sistema mentiroso de Gambetta ha ganado ya en la práctica una fuerza tal y ha vencido y logrado despojar hasta tal grado nuestro sistema que, si Gambetta incluso quisiera cambiarlo ahora, no sucedería nada menos que la pérdida definitiva de Francia. Su sistema se ha hecho más fuerte que él mismo y bien o mal debe seguir su curso inevitable y dar todos sus frutos antes de que sea posible derribarlo. Por esta razón, no estoy de ningún modo impaciente por imprimir. Escribo un esbozo patológico de la Francia presente y de Europa, para edificación de los hombres de acción más próximos del porvenir, y también para justificación de mi sistema y de mi modo de obrar. Y por tanto, quiero escribir algo completo y totalmente íntegro. No aparecerá un folleto, sino un libro. ¿Se sabe esto en la Imprenta Cooperativa? A causa de ello, evidentemente, deben modificarse las condiciones, y os he escrito sobre eso, a ti especialmente. Ozerof me escribe que las pruebas las leerás tú solo. Te ruego, querido amigo, que tomes por asistente a Juk [Jukowski] que, estoy convencido, no rehusará ni a ti ni a mí el ser tu colaborador en este asunto. Un espíritu, un ojo, y especialmente el tuyo, son buenos; pero dos valen todavía más. Si él está de acuerdo, estaré tranquilo; sin eso pediré que me envíes una segunda prueba para la impresión definitiva. Haz esto, te ruego, viejo Aga, y remítele inmediatamente la carta adjunta.

A propósito: ¿adónde ha ido Ozerof con su mujer? Tú escribes que marchó; pero a dónde, con qué fin y por cuánto tiempo tú no me lo dices y me es indispensable saberlo. Yo lo espero. Escribe sobre él todo lo que sepas y dale o envíale mi última carta, añadiendo las dos cartas de Zurich que espero no habrás extraviado.

Escribe pronto, viejo Aga, y por consideración a nuestra amistad, a nuestro honor común, a la causa misma, te ruego que bebas con moderación. Tu inalterable,

M. B.

Tú lees mi escritura muy mal, de manera que, si corriges solo las pruebas, resultará sin duda una confusión. Me obligarás a decir otra cosa [que he escrito ya] y eso me llevaría a la desesperación. Es necesario para mí que el folleto o el libro esté impreso correctamente, y a causa de eso repito: un espíritu es bueno; pero dos valen más.

Abraza a María por mí.

Se ve que Bakunin no se hacía ilusiones sobre el débil apoyo que le prestaría Ogaref, y también la delicadeza con que manejaba al viejo, que estaba más o menos en descomposición física e intelectual. Recibí en otro tiempo de Jukowski comunicación de la carta dirigida a él, en ruso también:

19 de noviembre de 1870. Locarno.

Querido Juk: He recibido tu carta [que debió de llegarle de Marsella, donde se encontraba Jukowski después de la marcha de Bakunin, y donde Mroczkowski y su mujer se hallaban también entonces]. Envié la carta de Z. S. [la señora Obolenska] a Gambuzzi [que atendía sus asuntos en Italia], el cual, cediendo a mis persuasiones, ha vuelto a Nápoles de la mitad del camino [quería ir a Francia también] y probablemente será elegido diputado [lo que no sucedió]. Espero la carta más extensa que me prometes [sobre los acontecimientos de Marsella]; también Alerini, de Marsella, me promete una carta semejante [Alerini, en efecto, escribió una carta muy detallada, desde el 9 al 12 de noviembre, informando a Bakunin sobre el movimiento desencadenado por las noticias de la capitulación de Metz. He reproducido largos extractos en la Biografía, págs. 517 a 520].

¡Y ahora al grano! Escribo y publico en este momento, no un folleto, sino todo un libro, de cuyas correcciones y publicación se ocupa Ogaref. Pero él solo no tiene fuerza para ello. Ayúdale, te lo ruego, en nombre de nuestra vieja amistad que, aunque últimamente un poco oscurecida por nubes, a pesar de todo —hablo juzgando según mi opinión—, no ha terminado, y por consiguiente te ruego ayudes a Aga en la publicación, la impresión y las pruebas. Ogaref te comunicará todos los detalles, y cuento con tu apoyo y espero tu larga carta. Tu

M. B.

También Jukowski prestó sólo un débil apoyo, y no figura en la correspondencia de Bakunin en enero y febrero de 1871. Encontramos allí a Ogaref y a Ozerof, y a partir del 9 de febrero los envíos del manuscrito son hechos a Guillaume [Neuchâtel], del cual Bakunin anota, el 12 de febrero, una "buena carta", pero que no se ocupó tampoco de la impresión hecha en Ginebra hasta que fué demasiado tarde.

No hubo durante ese invierno ninguna comunicación entre Bakunin y los jurasianos, aunque Guillaume fué informado sobre el libro que preparaba Bakunin. El 17 de enero, uno de los camaradas jurasianos más activos, el grabador A. Schwitzguébel, escribió a Jukowski proponiéndole la publicación de una serie de folletos que comprendía: *El capital y el trabajo, El patronado y el salariado, Las huelgas y las cajas de resistencia, De la cooperación, De la propiedad, De la organización comunal y de la federación de las comunas, De la instrucción integral, Del proceso histórico entre la burguesía y el proletariado, o la revolución social*, y el 22 de enero Guillaume le escribió que esa idea le

parecía excelente. "Justamente hemos hablado últimamente con él y Ozerof de la necesidad que había de exponer en una obra, que sería la contrapartida de *El Capital*, de Marx, nuestra teoría anarquista y revolucionaria. Sólo que hacer un gran volumen exige dos cosas: un estudio muy profundo de todos los detalles de la cuestión social, estudio que es muy difícil que haga un hombre completamente solo, después de mucho tiempo. Así, la realización de este plan me pareció imposible. Por lo demás, "Miguel" escribe en este momento un libro que parece responder hasta cierto punto al deseo expresado.

Pero la idea de Schwitzguébel descarta las dificultades. En lugar de un gran libro, obra de uno solo —obra necesariamente defectuosa y débil en varios puntos—, en lugar de un volumen, que cuesta caro, reparte la materia: se conviene un plan, una serie de capítulos que forman una serie de folletos a la vez independientes unos de otros y complementarios. Estos folletos serán escritos todos según los mismos principios, por hombres que estén de acuerdo en la teoría, y sin embargo habrá variedad, y serán obra de especialistas que tratarán cada uno el asunto que les es familiar."

Advierte aún con qué cuidado habría que examinar la división de la tarea y dice: "No sería de opinión que se pidiese la colaboración de los franceses y de los belgas en general; primero, no es fácil que estén de acuerdo con nosotros; después, puede suceder que no sean capaces de ayudarnos, y aun es posible que no estén "dispuestos" a hacerlo. Propondría que se hablara de la cosa sólo a Robin y a De Paepe. Este último podría tratar con mano maestra las relaciones entre las ciencias y el socialismo, mostrar la necesidad histórica y natural de la igualdad. Robin podría tratar la instrucción integral, que es su especialidad. Tú [Jukowski], Schwitzguébel y yo haríamos lo demás. Pienso que Sentifión [médico de Barcelona] está demasiado ocupado para ayudarnos..."

Guillaume debió de saber por Ozerof el trabajo que realizaba Bakunin, e incluso que éste se hallaba de nuevo en Locarno hacía meses, porque cuenta (*L'Internationale*, II, página 131) que hasta enero había ignorado dónde estaba Bakunin. Según él, habría escrito entonces a Bakunin afec-

tuosamente, ofreciéndole sus servicios para vigilar la impresión. El diario de Bakunin no anota esa primera carta, pero esas notas de cada día no tienen la pretensión de ser completas. En todo caso, el aislamiento de Bakunin en esa época resalta también de lo que Guillaume escribió entonces y después sobre ese período. Sólo A. Ross [Sayin], que había ido a verlo a Locarno en noviembre, le prometió reunir dinero para el libro entre los estudiantes rusos, y halló probablemente a Alejandro Sibiriakof, que pagó en efecto la factura del 19 de abril, que se elevaba a 505 francos.

He ahí en qué circunstancias de aislamiento y de cooperación precaria compuso Bakunin su libro entrevisto, soñado, pero no concluído.

III

Pone aparte primero el manuscrito de 114 páginas sobre la situación política en Francia, escrito en Marsella, y que se encuentra en el tomo I de esta edición. Da también a su nuevo manuscrito (hablo del texto impreso) la forma de una carta a un amigo francés. En las primeras ochenta hojas, promueve ciertas cuestiones que discutirá más tarde: las razones que no le permiten exaltarse por el sufragio universal —las razones de la decadencia absoluta del republicanismo burgués— el incidente de Lyon, durante el cual el famoso republicano Andrieux puso en libertad a los funcionarios y policías bonapartistas arrestados, y la solidaridad en el crimen entre los bonapartistas y sus predecesores, los asesinos del proletariado en junio de 1848. Y en toda la última parte, que se ocupa aún de Francia (hojas 86-87), denuncia el cálculo de los bonapartistas de volver a Napoleón III por el triunfo definitivo de los alemanes, realizado por la paralización de todos los esfuerzos "patrióticos y necesariamente revolucionarios", a lo cual llegarían por el camino más corto y más seguro, "por la convocación inmediata de una Asamblea constituyente"; habría, pues, discutido rudamente la Asamblea Nacional elegida el 8 de febrero.

Después de haber llegado a la página 80 de su manuscrito, vacila. Acaba de preguntarse por qué Julio Favre,

del Gobierno provisional, no emplea contra los bonapartistas esa ferocidad despiadada que manifestó en junio de 1848 contra los obreros socialistas. En el manuscrito que se imprimió llega a la conclusión de que ese Gobierno, por odio a la revolución, entrega o hace entregar Francia a los prusianos. Copia casi textualmente, sin tener en cuenta el anacronismo, un párrafo del manuscrito de Marsella con una fecha de los primeros días de octubre ("He aquí pronto un mes...") (1), pero pasa en seguida a una nota sobre Emilio de Girardin. Escribió esa nota el 23 de enero ("por la noche un poco más [del escrito] arreglado Emilio de Girardin"); había anotado el 22: "de nuevo vuelve a comenzar el folleto a partir del impreso", y el 23 por la mañana: "folleto poco" [escrito]. Se puede deducir de eso que el texto fué compuesto primeramente hasta la página 80 del manuscrito (pág. 69 del folleto) y que el trabajo se había detenido allí durante bastante tiempo, desde noviembre probablemente. Estas diez semanas sirvieron para hacer estudios y para la redacción de manuscritos cuidadosamente elaborados, pero desechados por el autor.

Guillaume (*Oeuvres*, tomo III, 1908, pág. XII, nota 1) cree que estos trabajos están perdidos; habría podido ver las páginas 534 a 538 que se conservaron en parte, en grupos de hojas que el autor quiso conservar, aun destruyendo probablemente una cantidad de hojas intermedias a las que no atribuyó ninguna importancia.

Así, hay "un manuscrito de las páginas 81 a 93" que discute el Gobierno provisional más o menos como el texto impreso; luego pasa a los bonapartistas: su único medio es la corrupción. El autor expone que toda mala acción, mientras el individuo permanece fiel a los intereses de su clase, no es corrupción. Da como ejemplo las cuadrillas de bandidos, los jesuitas y Andrieux, el procurador burgués que actuaba como reaccionario bajo la República. Pero traición y corrupción existen cuando un obrero elegido vuelve la espalda al pueblo, como lo hizo Brialou, de Lyon. Pasa a observaciones históricas sobre la corrupción y discute las bandas de mercenarios, el individualismo y las ciudades de la Edad Media; habla mucho de Italia, la madre de la civi-

(1) Confrontar las páginas 198 del tomo I de esta edición y 115 del presente.

lización moderna; de Maquiavelo y del Estado; de la centralización; en fin, de Inglaterra y de América. Falta la continuación del manuscrito.

Se sabe que existe "aún otra versión manuscrita de estas páginas a partir de la 81", donde el autor comienza el nuevo texto con estas palabras: "La revolución, por lo demás, no es ni vindicativa ni sanguinaria. No exige ni la muerte ni la deportación en masa, ni siquiera individual, de esa turba bonapartista..." Y continúa: "La revolución, desde que reviste el carácter socialista, cesa de ser sanguinaria y cruel. El pueblo no es cruel de ningún modo, son las clases privilegiadas las que lo son." "He mostrado el furor de los burgueses en 1848. Los furoros de 1792, 1793 y 1794 fueron igualmente, exclusivamente, furoros burgueses", y prueba esta proposición con extractos de Michelet, una fuente sobre la cual Guillaume (*Oeuvres*, III, pág. 189, nota) hace restricciones muy juiciosas. El aspecto popular de la revolución francesa, que tanto fascinó a Kropotkin, era ignorado en tiempos de Bakunin, quien afirma de la revolución de 1793: "dígase lo que se quiera [haciendo alusión quizás a *Les Hebertistes*, de Gustavo Tridon, 1864, y a otra literatura semejante del 60], no era ni socialista ni materialista... Fué esencialmente burguesa, jacobina, metafísica, política e idealista". Soñaba lo imposible, "el establecimiento de una igualdad ideal, en el seno mismo de la desigualdad material", y Bakunin demuestra que "la explotación excluye la fraternidad y la igualdad". Discute esto largamente, después pasa a la "libertad" y llega a esa larga disertación, todo un libro, al cual dió más tarde el título de *Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre el mundo real y sobre el hombre*, páginas 105 a 254 del manuscrito, que permaneció inconcluso. Este manuscrito está impreso en *Oeuvres*, III, págs. 183 a 405, y hallará su puesto en el tomo III de la edición presente, al lado de *Antiteologismo*, con el cual se relaciona. Se comprende cuánto tiempo llevó a Bakunin ese trabajo en los últimos meses de 1870; aceptó, sin embargo, ese texto en su obra como apéndice y habla como tal de él en la continuación del manuscrito principal (que se hallará en el tomo III de esta edición).

En el texto impreso del *Imperio knutogermánico*, la par-

te francesa se interrumpe bruscamente después de la promesa de mostrar el carácter reaccionario de la convocación inmediata de una Asamblea constituyente, con las palabras: "Pero primero creo útil demostrar que los prusianos pueden y deben querer el restablecimiento de Napoleón III en el trono de Francia" —tesis que la Historia, tal como la conocemos ahora, no ha confirmado, pero que un autor que escribió en la tercera década de enero de 1871 ha podido muy bien construir y motivar—. Sigue la parte intitulada por Guillaume, en 1871, "La Alianza rusa y la rusofobia de los alemanes" (lo que quiere decir la alianza rusa de los alemanes y su rusofobia) y la parte histórica, "Historia del liberalismo alemán", terminada en detalle hasta el siglo XVI y continuada hasta el tiempo presente por notas generales, concluyendo así: "Si se quisiese juzgarla [a Alemania], al contrario, según los hechos y los gestos de su burguesía, debería considerársela como predestinada a realzar el ideal de la esclavitud voluntaria".

Estas partes (págs. 87 a 138 del manuscrito) fueron enviadas a Guillaume el 9, el 11 y el 16 de febrero (págs. 81 a 138); para fecharlas no hay más que estas indicaciones: "Folleto alemanes" (26 de enero) y "La literatura moderna de Alemania" (28 de enero); esta última observación, según yo creo, se aplica a las páginas que preceden la "Historia del liberalismo alemán".

En el manuscrito precedente, este asunto fué igualmente tratado, a juzgar por las notas desde 1.º de enero: "acabado cuadros históricos"; éstos son los cuadros cronológicos de los progresos humanos y de los principales acontecimientos históricos. Bakunin los elaboró muy extensamente según el conocido libro de Kobb sobre la Historia de la cultura; existen en manuscrito, pero es posible que haga alusión aquí a los extractos de esos cuadros hechos para el capítulo histórico que meditaba. El 2 de enero: "folleto, Alemania, historia". "Nota muy larga". El 5: "investigaciones históricas sobre Alemania". El 10: "folleto bastante bien. — Alemanes". Trabaja en él todos los días, claro está; y el 22 anota: "folleto — libertad"; pero por la noche de ese día reinicia todo ese trabajo: "de nuevo recomienza folleto a partir de lo impreso" y se dedica al texto definitivo.

Un fragmento manuscrito (pág. 97 a 140), interrumpido

en esta última página, redactado en forma de nota, es quizás lo que llama, el 2 de enero, "nota muy larga". La prosperidad material, el desenvolvimiento y la libertad intelectual y moral..., todo debe ser sacrificado al solo fin de la grandeza, expansión y omnipotencia del Estado: "tal es el único sentido "oficial" de la palabra patriotismo en el Imperio de todas las Rusias". "He ahí esa Rusia de quien los eslavos austríacos esperan aún hoy torpemente su liberación" (Bakunin no deja nunca de zaherir la rusolatría de los políticos checos, de los Palacky, Rieger, Brauner y otros que, en 1867, en la época de la mayor represión de los polacos, habían hecho la llamada "peregrinación" de Moscú). Pasa luego a la carta de Marx en el periódico ruso *Narodnoe Dyelo* (1870), que discute también en el texto definitivo.

Después discute el protestantismo en Inglaterra (Cromwell) y en América y sus efectos en Francia. Habla de las guerras de los campesinos alemanes, polemizando contra una opinión emitida por Lassalle.

Esto, al parecer, termina una discusión "del siglo XVI", porque pasa al desenvolvimiento intelectual de Francia "en el siglo XVII", Gassendi, etc.: de ahí se deriva la Francia moderna. Sus relaciones con Holanda, Suiza e Inglaterra. La incipiente independencia del espíritu inglés; Hobbes, Hume, Gibbon. Desenvolvimiento semejante en Italia. Sólo Alemania y España quedan enteramente fuera de esa solidaridad internacional, de la opinión pública que se forma. España, por su catolicismo; Alemania, por su protestantismo.

Continúa sobre Francia, sobre los jansenistas, etc. "No tenemos que ocuparnos de España. Pero debemos hablar de Alemania. Primero, analicemos los hechos". Después sigue una primera versión de la "Historia del liberalismo alemán" (sin este título), bastante semejante al texto definitivo, pero más explícita sobre el asunto de los eslavos: un largo pasaje sobre el espíritu de la raza eslava. "En mi calidad de eslavo, no puedo hablar de la insurrección memorable de los eslavos de Bohemia, en el siglo XV, sin un sentimiento de justa altivez", etc. Prosigue sobre los campesinos polacos, sobre el odio entre alemanes y eslavos, sobre el pan-germanismo después de la guerra, sobre las tendencias pa-

trióticas de los socialistas alemanes, sobre las calumnias del *Volksstaat* contra Bakunin. Habla del Congreso eslavo de Praga en 1848, de sus ideas sobre los eslavos austríacos. En fin, alude a los obreros alemanes y a sus perspectivas revolucionarias, nulas en aquel entonces.

Otro fragmento, páginas 98 a 122, trata del sistema que ha puesto a Francia en su posición terrible, de la cual no puede salir sino por medio de la revolución social: "...es el sistema que el triunfo del protestantismo ha hecho asentar en Alemania sobre las ruinas del viejo Imperio germánico; porque la acción de la reforma religiosa, emancipadora y estimulante en todas partes, ha producido en ese país de respetuosa subordinación y de piadoso quimerismo un efecto singular: paralizó en él completamente, durante dos siglos por lo menos, el florecimiento de los espíritus, y estableció definitivamente la religión del poder temporal, el culto a la autoridad de los príncipes y a los empleados del Estado..." Es un primer esbozo de esa idea y el texto está interrumpido (pág. 99), correspondiendo en parte al texto impreso y conservado hasta una discusión del clero ruso; el resto falta. Otra página discute las consecuencias del protestantismo para Alemania: "...lo que se demuestra por la inmovilidad casi absoluta del espíritu alemán y por la ausencia casi completa de toda iniciativa nacional, tanto política como comercial e industrial, durante los dos siglos y cuarto aproximadamente que han seguido a las primeras manifestaciones triunfantes del movimiento al principio completamente popular de la Reforma". Añade en nota: "¿No es, en efecto, una cosa digna de ser notada que el protestantismo, que en todas partes ha producido un espíritu de libertad..." etc. "(en Holanda)?" etc.

En dos fragmentos (págs. 107 a 120 y págs. 108 a 111) señalados Alemania 2 y 1, se trata de Rusia, que no habría nunca amenazado a Alemania ni ejercido una influencia reaccionaria sobre ella. El centro de la reacción era Metternich (Austria), más tarde fué Prusia. Discute el período desde Alejandro I (primer cuarto del siglo XIX). Nesselrode, el canciller ruso, estuvo a sueldo de Austria; Metternich impidió a Alejandro I dar una constitución a Rusia, como ahora impide Bismarck a Alejandro II hacerlo; la reacción reina en Rusia desde 1819.

Luego se refiere a Austria, su disgregación inmediata, las nacionalidades que componen ese país. Polemiza contra el doctor Rieger (jefe político entonces de los checos) y el Estado checo. Menciona a los jefes checos en 1848, que estaban "desgraciadamente formados en la doble escuela de los jesuitas austríacos y de la ciencia política, burocrática, jurídica e histórica de los alemanes"; recuerda su peregrinación a Moscú, en 1867, al "Imperio tártaro-bizantino-germánico de todas las Rusias".

Otros fragmentos (págs. 110 a 123 y 124 a 130) se ocupan de los liberales alemanes de 1830 y 1840 y de 1848. Hace la crítica del parlamento de Francfort (1848-49), y habla sobre las insurrecciones de mayo de 1849 (a las cuales prestó él mismo su apoyo en Dresde) cuando la "...Baviera renana y el Gran Ducado de Baden, al mismo tiempo que una parte del reino de Sajonia y algunas ciudades de Prusia, movidas por un último esfuerzo del Partido Democrático, se habían insurreccionado, bajo el pretexto de apoyar las resoluciones de la Asamblea Nacional de Francfort...", y sobre los alemanes en general, que no poseían la "jiba" de la rebelión, contando que los obreros alemanes de Norteamérica eran partidarios de los demócratas, es decir, del partido esclavista, y que los colonizadores alemanes en Rusia no se rebelaban jamás. (A esto se podría responder que la participación de los alemanes en la guerra civil de Norteamérica, en los ejércitos del Norte, su lucha contra los esclavistas, es un hecho demasiado conocido para ser descuidado, y que los campesinos alemanes inmigrados a Rusia para fundar allí aldeas, bien pronto florecientes y que gozaban de una cierta autonomía, abandonados a su tranquilidad después de haber hecho los pagos concedidos y conservando su idioma, se abstendían de participar en la vida pública y más aún en la vida revolucionaria del pueblo ruso, fenómeno no muy extraordinario; pero no discuto aquí las observaciones de Bakunin.)

Según él, en ese manuscrito, los alemanes reúnen cualidades que no se hallan juntas habitualmente: trabajo, honestidad y esclavitud, valor, inteligencia, ciencia y obediencia resignada. Eso los hace tan peligrosos para la libertad; "son instrumentos natos del Estado". Bismarck comprende que el que da a los alemanes la unidad, puede tra-

tarlos como esclavos. Habla de Bismarck, Napoleón I y III, de la Francia posterior a junio de 1848 y diciembre de 1851, de la burguesía desde 1830, de Guizot, de Cousin, del justo medio también en la literatura, de la tendencia aristocrático-burguesa de esa literatura francesa de entonces, que ponía su más alta aspiración en ser aceptada en los salones "...Aun en la bohemia artística y literaria —cuya miseria espantosa, parece, habría debido abrir el espíritu y el corazón— esa indiferencia y esa hostilidad [se refiere al movimiento ascendente y a las aspiraciones progresivas de las masas populares] eran tan completas como en los más célebres representantes de la literatura y de las artes..." (Aquí habla de lo que pudo observar él mismo en París, de 1844 a 1847, en los años del supremo triunfo de la clase burguesa.)

Dejo de lado algunos fragmentos más pequeños y llevo a las páginas 124 a 140, escritas todas en nota (a las páginas 112 a 123) y que comienzan así: "Los teóricos del comunismo alemán, Fernando Lassalle y muchos otros, impulsados por su antipatía singular —pero sistemática y que descubre su instinto burgués— contra todo movimiento revolucionario de campesinos o de trabajadores de la tierra, han enunciado esta idea barroca: que la derrota de los campesinos insurrectos de Franconia en 1825... fué de una inmensa ventaja desde el punto de vista del desenvolvimiento racional y normal de la libertad y del socialismo para Alemania, porque los campesinos —dicen— tendiendo entonces como hoy a la propiedad individual, representaban y continúan representando aún el elemento aristocrático, feudal, agrario; mientras que las ciudades..." etc. Esta concepción es combatida y pasa al asunto de la burguesía y del proletariado, de Napoleón y de Bismarck, etc.

El autor observa que fué siempre adversario de la "escuela histórica fatalista y optimista a la vez", que representa los acontecimientos, no sólo como inevitables, sino también como útiles. Cree que todo no ha podido suceder de otro modo a como ha sucedido, pero no reconoce por eso que las cosas más abominables hayan sido necesarias, buenas, útiles, y nunca será su apologista. Algunas veces, puede resultar lo bueno del mal, porque no hay nada que

sea absolutamente malo. ¿Qué es lo bueno y lo malo en la Historia?

Pasa a la «libertad», y eso nos recuerda que anota esta palabra: "folleto-libertad" por la mañana del 22 de enero, el mismo día que recomienza de nuevo su manuscrito. Este fragmento, que no termina, marca, pues, al lado del último fragmento (págs. 132 a 148 y 149 a 159), el último período de su tanteo antes de la redacción definitiva.

"Por «libertad» —dice— no entiendo el libre albedrío. El libre albedrío es una imposibilidad, una insensatez, una invención de la teología y de la metafísica que nos lleva derechamente al despotismo divino, y del despotismo celeste a todas las teologías de la tierra, la consecuencia es necesaria y segura. Así, todos los tiranos de la tierra, todos los que bajo un título cualquiera pretenden imponerse a la sociedad humana como gobernantes..." etc.; a esta concepción nefasta opone: "no hay libre albedrío, no se puede más que conocer y reconocer las leyes de la naturaleza..."

"La «libertad» no tiene, pues, propiamente más que un sentido social. El hombre no puede, no debe, no quiere ser libre más que ante los otros hombres, tomados aislada o colectivamente. Toda su libertad consiste, pues, en esto: en no obedecer más que a sus propias convicciones, a su propio pensamiento, a su propia voluntad, y en no dejarse determinar por las convicciones, por el pensamiento y por la voluntad ajenos, mientras no los haya hecho suyos. De donde resulta que el hombre no es, no puede llegar a ser libre cuando se encuentra ya en relaciones con sus semejantes; que la libertad humana únicamente ha podido nacer en la sociedad humana, y que, por consiguiente, ésta última ha sido por fuerza anterior a la primera" (la libertad humana).

Añade otra prueba y concluye: "Por tanto, no fué, al comienzo de la Historia, la libertad quien creó a la sociedad, sino, al contrario, es la sociedad la que crea sucesivamente la libertad de sus miembros, orgánicamente unidos en su seno por la naturaleza, independientemente de todo contacto, de toda premeditación y de toda voluntad de su parte". Es preciso considerar la "sociedad humana" como "un ser colectivo natural fatalmente producido por la naturaleza e impuesto como tal a cada individuo humano como base única de su existencia". ¿Qué ley fundamental

la domina? "Es la constitución del orden o de su organización interior por el desenvolvimiento cada vez más amplio de la libertad de sus miembros".

Cita entonces algunas páginas del *Antiteologismo* (inédito todavía; *Oeuvres*, I, págs. 136-139) y se da el placer de mencionar el famoso pasaje anarquista de las *Untersuchungen über Thierstaaten*, del naturalista Carlos Vogt, su antiguo amigo, libro publicado en 1851, reimpresso de la revista alemana *Deutsche Monatschrift* (Stuttgart; enero de 1850, págs. 129-131), donde apareció ese pasaje. Se reimprimieron esas notas de Bakunin y la cita libertaria de Vogt en el suplemento de *La Révolte*, enero de 1893. Bakunin, que quiso hacer ese honor a su amigo —o más bien a su ex amigo, porque Vogt y él no estaban ya en relaciones— hace, por lo demás, restricciones a las opiniones demasiado individualistas propuestas por Vogt. Se aplica a demostrar los lazos de solidaridad absoluta que ligan a cada individuo con la sociedad; no se tiene más que pensar en los dos instrumentos más poderosos del desenvolvimiento del hombre, en el "pensamiento" y en la "palabra". El pensamiento presupone la palabra, el idioma es un producto colectivo. Después de algunas polémicas contra las tendencias liberticidas de un *Volksstaat* y contra esa libertad individual preconizada por los proudhonianos extraviados y por los positivistas en el Congreso de Basilea de la Internacional (1869), termina con las siguientes palabras: "Nosotros queremos la emancipación universal de todos los individuos humanos, la libertad íntegra y completa de cada uno, igual, no sólo en cuanto al derecho, sino también en cuanto a los medios de su realización para todos. Y esa libertad únicamente podrá ser obtenida cuando no haya ni derecho, ni propiedad jurídica, ni gobierno político, ni Estado: cuando la humanidad se haya libertado, en fin, para siempre, de todos sus gobernantes y tutores. En una palabra, como el señor Carlos Vogt, queremos la anarquía".

Si no existiese la nota "folleto-libertad" del 22 de enero, se creería que el manuscrito siguiente fué escrito después; en todo caso, marca el último punto alcanzado por las tentativas literarias que preceden a esa fecha. Estas son, en paquetes separados, las páginas 132 a 148 y 148 a 159. Al dorso de la hoja 136 se encuentran notas sobre el contenido:

"1. Restauración. Romanticismo. Literatura burguesa. Socialismo. Libertad".

"2. Apología de la esclavitud histórica".

"3. Revueltas de los campesinos alemanes. San Bartolomé. Escuela fatalista".

Se encuentra allí la última parte de una descripción del socialismo francés de los años anteriores a 1848, las primeras palabras conservadas son: "de Fourier, de Considérant, de Pedro Leroux, de Cabet, de Luis Blanc y de Proudhon..." Después dice que la influencia más grande sobre la juventud fué ejercida entonces por Lamennais, pero sobre todo por Michelet y por Quinet, de lo cual da una bella descripción.

Luego, hablando de la esclavitud, dice entre otras cosas: "...Pero en todas partes donde hay reflexión hay rebeldía. Sólo los burgueses alemanes son y han sido siempre excepciones: son animales muy reflexivos, muy sabios, y a pesar de todo están domesticados e irreconciliablemente apegados a sus amos".

"Pero dejemos a los burgueses alemanes y hablemos del esclavo humano, del esclavo normal, en el que se desarrollan paulatinamente el sentimiento de su esclavitud penosa, vergonzosa, el odio al amo y el instinto, el pensamiento, la voluntad de la santa rebeldía".

Después habla de Comte, del Estado popular, de la nota de Lassalle sobre las guerras de los campesinos en Alemania, sobre los campesinos y la Revolución francesa, que Lassalle debía rechazar también, porque dió la tierra a los campesinos como propiedad privada. Se halla la observación: "Estoy lejos de ser un admirador absoluto de Suiza. Encuentro en ella, desgraciadamente, muchas estrecheces y muchas miserias. Pero, comparada con Alemania, es un paraíso de hombres altivos, de hombres libres; mientras Alemania no presenta hoy más que un infierno de esclavos".

En fin, llega a la "escuela fatalista y optimista" (como en el manuscrito anteriormente citado). Augusto Comte es, naturalmente, de ese número; se detiene al discutir este asunto.

He ahí, pues, una cantidad de trabajos inéditos que habrían debido hallar un puesto entre las dos grandes partes que componen *El imperio knutogermánico*, la parte que cri-

tica lo que pasó en Francia desde el 4 de septiembre, y la parte que discute el asunto primero: alemanes y rusos, y que luego hace un proceso histórico de los alemanes.

Para juzgar propiamente el acta de acusación de inferioridad histórica y casi natural contra los alemanes, sería preciso conocer todos los materiales adicionales envueltos en estas páginas inéditas de que no he indicado apenas más que el contenido. Espero poder publicar la mayor parte posible algún día.

Este acta de acusación fué escrita entre el 22 de enero y el fin de dicho mes; por tanto, algunos días después de la proclamación del Imperio alemán en Versalles, el 18 de enero de 1871, y poco antes o durante la capitulación de París, en un momento, por consiguiente, en que ese nuevo imperio tenía las apariencias del más fuerte, por el momento, y en el que agradó más a Bakunin lanzar un desafío aplastante al vencedor, lo que hizo. Su manera de instruir ese proceso histórico es un buen ejemplo de su verbo, de su solidaridad con los más débiles de la hora; pero, según mi opinión al menos, eso es todo.

Su crítica contiene indicaciones interesantes que verdaderos estudios históricos profundizarían y verificarían, o al contrario, según el caso; pero eso no es historia ni método científico aplicado a la historia. Libelos semejantes han sido escritos en enorme cantidad en todos los pueblos. En cada período de guerra o de tirantéz de relaciones entre Estados, pulula semejante literatura; ¡cuántos libros no hay en Inglaterra sobre las malas acciones de Francia, en Francia sobre las de Inglaterra y de Rusia, y así por el estilo! El nombre y el prestigio de Bakunin no debieran, pues, cubrir esa manera de envilecer a un pueblo con un libelo apasionado escrito durante semanas de gran excitación. Bakunin lanzó su desafío al más poderoso de la hora, muy bien; pero ¿correspondía a un internacionalista sembrar así el odio nacional? No podía obrar de otro modo; dijo absolutamente lo que pensó toda su vida y lo que dijo y escribió en muchas ocasiones antes y después. Pero el lector moderno que se inspire en su espíritu socialista, libertario y rebelde, no tiene ninguna razón para seguirle también en sus predilecciones y en sus prejuicios, que le son propios como a todo hombre, pero que sería perjudicial

aceptar ciegamente, sin abrir los ojos críticos. En una palabra, como toda apreciación rápida sentada en las luchas de cada día, así esta parte de apariencia "histórica" en la obra de Bakunin exige un escrutinio "crítico" para separar lo que es válido de las partes en que la pasión del día falsea el juicio sobrio (1).

IV

Las otras partes del gran manuscrito serán analizadas cuando se publiquen en los tomos III y IV de la edición presente. El 25 de febrero, al expedir a Guillaume las páginas 149 y 169 del texto definitivo, le escribí: "Te ruego, querido amigo, que envíes todo el manuscrito corregido a Ozerof, que lo pide a grandes gritos. En total, con esto te envíe 89 páginas (81-169)". No se tenía, pues, siempre original en Ginebra para continuar la composición; pero un poco más tarde, en abril, Bakunin debió luchar para que no se suprimiese su segunda parte (alemana), limitando el folleto a cinco pliegos.

He aquí sus cartas de la época, las únicas que se conocen y que dan una muestra viva de sus impresiones de la Comuna de París, que luchaba entonces contra los versalleses.

El 5 de abril, escribió a Ogaref, a Ozerof y a Varlin; al primero le dice:

Y bien, amigo Aga, escríbeme tú también aunque no sea más que una línea. ¿Qué piensas del movimiento desesperado de París? Acabará como pueda, pero, es preciso decirlo, son atrevidos. En París se ha encontrado precisamente lo que nosotros hemos buscado en vano en Lyon y en Marsella: una organización y hombres decididos a ir hasta el fin. [Se refiere a la Guardia Nacional y a su Comité central, organizaciones creadas primeramente para la defensa de París, pero que habían permitido a los republicanos avanzados y a los obreros socialistas estar en contacto constante con el pueblo, lo que facilitó una acción colectiva el 18 de marzo

(1) Una carta de su mujer, carta de la que no conozco más que un resumen, habla de la grave crisis material que sufría Bakunin entonces. Dice, el 25 de enero de 1871: *M. B. se encuentra en un estado muy abrumado; dice: "¿Qué hacer? Soy demasiado viejo para comenzar a ganar mi pan, no me queda mucho tiempo de vida"; la cuestión económica le abruma de tal modo que pierde toda su energía y se mata moralmente, y todo eso después de haber sacrificado su vida a la libertad y a la humanidad, olvidándose de sí mismo. Los hermanos han permanecido siempre indiferentes, inactivos hasta el crimen; M. B. piensa obligar a los hermanos a darle su parte de la herencia.*

y después.] Probablemente serán vencidos. Pero es probable también que para Francia no haya en lo sucesivo ninguna existencia exceptuada la revolución social. El Estado francés está perdido para siempre. Allí, los revolucionarios son más terribles que los cinco mil millones, ¡y cuán diversas naciones! 1) los campesinos, 2) los obreros, 3) la pequeña burguesía, 4) la gran burguesía, 5) los nobles que salen del otro mundo, 6) los eternos vampiros de la sombra, los sacerdotes, en fin, 7) el mundo de la burocracia y 8) el proletariado de la pluma. Entre estas naciones no existe ninguna solidaridad más que la del odio mutuo y la frase patriótica.

Con L., también estoy muy contento. He desenterrado en él un viejo amigo; el mismo caballero, el mismo último de los mohicanos entre los nobles; sólo que ahora se preocupa por la cooperación. También se ha ocupado calurosamente, sinceramente y de buena gana de mi asunto y tiene la esperanza de que se arreglará (1).

Tú también, mi viejo amigo, escíbeme. Hoy te telegrafíé pidiendo me envíes contra reembolso dos libras de te. Envíalas, pues. ¿Y qué hace mi ángel María? [Mary Sutterland] ¿Cómo va su salud y la tuya también?

Escríbeme pronto. Tu

M. B.

Lee mi carta a Varlin y di tu opinión.

* * *

Para Juan [Ozerof].

5 de abril de 1871. Locarno.

He aquí para ti una carta para Varlin. Te la envío ahora para el caso en que, incitado por nuestro impaciente amigo Ross, te hayas decidido a ir a París antes de que las circunstancias me permitan ir a tu casa [Bakunin no salió de Locarno hasta el 25 de abril]. Sobre esto te escribí a ti y a Ross [de los cuales había recibido carta ese mismo día].

Remite esta carta a Varlin, no de otro modo que en sus propias manos. Según todas las probabilidades, los prusianos perecerán; pero no perecerán en vano, habrán hecho algo; que arrastren consigo al menos la mitad de París. Las ciudades de provincias: Lyon, Marsella y otras, están desgraciadamente mal como hasta aquí, al menos a juzgar según las noticias que me llegaron. Los viejos jacobinos me inquietan también mucho; los Delescluze, los Flourens, los Pyat y aun Blanqui, que se han hecho miembros de la Comuna. Temo que tiren sobre el antiguo carril cabezas quemadas,

(1) Se trata de un ruso llamado Luniguin que Bakunin acababa de encontrar, en marzo, en Florencia y que había prometido comunicarse en Rusia con sus hermanos sobre el asunto de la herencia. Ha debido de recordar a Bakunin otra persona que él y Ogaref conocían. En 1886, apareció en París un folleto, *Les Artes et le mouvement coopératif*, por W. Luniguin, quien dice en él: "he vivido y obrado en ese medio de cooperación". Este es, sin duda, el mismo de que habla Bakunin.

pero aliviándoles los bolsillos. Entonces, todo estará perdido. Una e indivisible, eso lo arruinará todo y ante todo a si mismos. Todo el mérito de esta revolución consiste propiamente en que es una revolución de los trabajadores. He ahí lo que trae la organización. Nuestros amigos, en la época del asedio, han logrado y sabido organizar y han fundado así una fuerza enorme; pero los nuestros, en Lyon y en Marsella, han quedado como antes. En París, se concentró un número de hombres bastante grande, capaces y enérgicos, tanto, que temo que se molesten los unos a los otros. Si hay aún tiempo, es preciso insistir para que vaya de París el mayor número de delegados sinceramente revolucionarios a provincias. ¿Cómo cayó Cluseret en el Comité? ¿Es verdad? Sería simplemente un ultraje, si fuera cierto. [Bakunin había concebido en Lyon, en el curso de los acontecimientos del 28 de septiembre, una mala opinión de Cluseret que, en efecto, fué uno de los jefes militares de la Comuna.] ¡Qué posición más diabólicamente difícil! Por una parte, la cohesión policiaca de los prusianos con la reacción francesa; por otra, la estupidez de las provincias. Sólo las medidas más desesperadas y el estar dispuesto a destruirlo todo consigo pueden salvar la causa. Te ruego que escribas todo lo que sepas de Lyon y de Marsella; pero también sobre París. James, ¿marche o no? [James Guillaume explicó él mismo que debía haber ido ya en febrero, de acuerdo con una proposición que le fué hecha por Fernando Buisson, a París, como maestro del orfanato fundado por Buisson durante el asedio, al mismo, en Batignolles, del que salió el Orfanato Prevost, en el que Pablo Robin realizó más tarde algunas de sus ideas pedagógicas. Este viaje no tenía nada que ver con la Comuna y fué abandonado por causas privadas.]

¿Por qué mi libro se imprime en papel tan gris y sucio?
Quisiera darle otro título:

El imperio knutogermánico y la revolución social.

Si no ha sido hecha aún la impresión definitiva, cambiad eso. Y si está ya enteramente impreso, entonces que quede vuestro título del libro ["La revolución social o la dictadura militar"].

Te ruego me envíes inmediatamente todos los pliegos impresos en 20 ejemplares, y envía ejemplares a Alerini, de Marsella, a alguno de Lyon, es decir, a Richard (1) o a la señora Blanc, a Sentinon y a Farga Pellicer, de Barcelona. Sus direcciones y también la de Alerini las tomarás de casa de Juk.

Y Juk y Utin, ¿no irán a París? Envía L'Egalité. ¿Y qué hay con La Solidarité? [La Solidarité, redactada por Jukowski, aparecía entonces en Ginebra, a partir del 28 de marzo, 4 números.]

Si partes, la amiga Sasha [la mujer de Ozerof] permanecerá sin duda por algún tiempo en Ginebra. Espero una respuesta con impaciencia.

Y Lazaref, ¿dónde vuela con su máquina? ¿No sabes nada de P.? L. [Luniguin?] dice que pronto habrá en Rusia más de dos millones de soldados, y que están todos armados; los soldados, disci-

(1) En el texto ruso impreso, se lee Riter, pero no puede ser otro que Alberto Richard.

plinados según el nuevo sistema prusiano, y los oficiales, excelentemente instruidos. ¿Y qué es lo que se espera de Netchaef y compañía?

Aprende a leer mi carta a Varlin y léela tú mismo, si es posible con algunas otras cartas [aquí falta una palabra]. Y sería bueno que pudiésemos vernos antes de vuestra marcha. Enviad dinero. Iré después del 13 ó el 15 de abril.

El 7 de abril llega una carta de Ozerof, entonces en el Jura; la respuesta, del mismo día, se perdió. El 9, escribe Bakunin a Ogaref:

9 de abril de 1871. Locarno, domingo de Pascua; entre nosotros, [en Rusia], parece que todavía no.

Mi querido Aga:

He recibido el te; gracias. Y, según parece, gratis, como ofrenda amistosa; dos veces gracias por eso. Espero con impaciencia cartas de ti y de Ozerof, una respuesta a tres cartas [4, 5 y 7 de abril]. No repetiré lo viejo. Pero quiero discutir contigo sobre la primera entrega de mi libro. Nuestro pobre amigo Ozerof delira ahora con los amigos de las montañas a propósito de París y de Francia, y no se puede pensar que, a pesar de toda su buena voluntad, dedique algún pensamiento a este producto de mi pluma. Yo también he tenido el delirio, pero no lo tengo ya. Veo demasiado claramente que el juego está perdido. Los franceses, aun los obreros, no están bastante penetrados de ello, pero la lección ha sido terrible. Sin embargo, fué todavía poco. Se necesitan más calamidades, sacudidas más fuertes. Las circunstancias son tales, que eso no faltará, y entonces quizás se despierte el diablo. Y antes de esa época sería criminal y estúpido, perder nuestros pobres medios y nuestros pocos hombres. Esta es mi opinión definitiva. Me esfuerzo —y esfuerzate tú también— con todas mis energías por retener a nuestro amigo, a nuestros amigos Ozerof y Ross, y también a nuestros amigos de las montañas. En ese sentido escribí ayer a Adhemar. [Schwitzguébel; carta comenzada el 6 y enviada el 8 de abril]. Díselo a Ozerof; por lo demás, él leerá esta carta, que se refiere exactamente tanto a él como a ti. Y ahora vuelvo a mi libro:

La primera entrega debe componerse de ocho pliegos. [Comprende 119 páginas, por tanto, 7½ pliegos.]

Primera pregunta: ¿Tenéis material para ocho pliegos? Si no, que se haga el cálculo en la tipografía sobre el número de páginas de mi manuscrito que faltan aún. Las enviaré inmediatamente.

2. ¿Se continúa imprimiendo, o no hay bastante dinero para pagar ocho pliegos? Y si no, ¿qué medidas fueron tomadas para tener ese dinero?

3. Tú, viejo amigo, atiende para que se imprima el libro sin faltas. ¿No se puede emplear el francés que ha corregido tan bien en otro tiempo las pruebas en casa de Czerniecki, o, si no está ahí, algún otro?

4. Sería bueno que la primera entrega constituyera un conjunto, en lugar de estar interrumpida en medio de una frase.

5. He rogado a Ozerof que me envíe 20 ejemplares de los pliegos impresos y que envíe algunos ejemplares a las direcciones indicadas. Os ruego que hagáis esto lo antes posible.

Adiós. Te abrazo a ti y a tu María. Escríbeme sobre tu vida, sobre lo que haces. Antonia [la mujer de Bakunin] os saluda. Tu
M. B.

Entre el 9 y el 16, Bakunin experimenta nuevas molestias sobre su libro y es preciso que ponga otra vez las cosas en orden; es la última carta relativa a él que conocemos. Hela aquí:

16 de abril, 1871.

Mi querido Aga:

Ayer he recibido tu carta; hoy respondo. Tú, mi viejo amigo, no lo dudes, tus cartas no se pierden, llegan exactamente y yo pienso y respondo explícitamente a todas las observaciones y cuestiones.

Tú escribes ahora que decidieron publicar la primera entrega compuesta de 5 pliegos. Tú me escribes esto antes de haber recibido mi última carta donde imploro, aconsejo, pido, en fin, exijo que la primera entrega comprenda también toda la historia alemana, hasta el movimiento de los campesinos inclusive, y que acabe exactamente antes del capítulo que he bautizado: Sofismas históricos de los comunistas alemanes. [Es lo que se hizo en efecto.] Añadí además que ese título ha sido cambiado por Guillaume quizás, borrado por él, pero no sin duda hasta el grado de haberse hecho ilegible. En una palabra, el fin debe estar allí donde comienzan propiamente, o más bien antes de su comienzo, las consideraciones filosóficas sobre la libertad, el desenvolvimiento del hombre, el idealismo y el materialismo, etc. Te ruego, Ogaref, y os ruego a todos los que tomáis parte en la impresión del libro, que hagáis exactamente como os lo ruego; es indispensable para mí.

De este modo, si toda la historia alemana, con la guerra de los campesinos, está comprendida en la primera entrega, esta entrega tendrá 6, 7 ó aun tal vez 8 pliegos. [Tiene 7½.] No puedo determinar eso aquí, vosotros podéis hacerlo. Nada importa que resulte mayor de lo que habéis propuesto, ya que escribes tú mismo que hay dinero para diez pliegos. Pero puede suceder que la copia destinada por mí para la primera entrega sea insuficiente para llenar el último pliego, el sexto, séptimo u octavo. En este caso hacé esto:

1. Enviadme en seguida todo el resto del manuscrito, es decir todo lo que no entra en la primera entrega hasta la página 285 inclusive. [Estas últimas páginas, 273 a 285, habían sido enviadas por el autor el 18 de marzo, el día antes de su partida para Florencia.]

2. Enviad igualmente la última página de la parte que debe entrar en la primera entrega (en original, o en copia, con indicación del número de la página, si alguno quiere tomarse el trabajo de transcribirlo) a fin de que pueda añadir una conclusión. Y pedid

que se haga un cálculo en la imprenta sobre el número de páginas necesario para terminar el pliego. Añadiré inmediatamente todo lo que sea preciso y en dos días, nada más, os enviaré de nuevo el manuscrito. Sólo no debes olvidarte de enviarme esa última página, sin la cual es imposible escribir una continuación.

Te ruego, Ogaref: Inclínate graciosamente a mi ruego y a mi legítima demanda y haz exactamente y pronto todo lo que pido y exactamente como lo pido. Todavía otra vez: eso me es indispensable; pero por qué eso es indispensable, te lo diré cuando nos veamos, lo que espero debe ocurrir pronto.

Pides siempre que te dirija la conclusión. Mi querido amigo, enviaré inmediatamente material para la segunda entrega de ocho pliegos; pero eso no será todavía el fin. Comprendo que he comenzado un folleto, y que lo he terminado como un libro. Esto no tiene forma, pero no hay nada que hacer, yo mismo soy amorfo, y aunque amorfo, el libro será sólido y viviente. Lo he escrito ya casi completamente. No hay más que poner el todo en orden. Es mi primero y mi último libro, mi testamento espiritual. Por lo tanto, querido amigo, no pongas obstáculos. Tú sabes que es imposible renunciar a un plan favorito, a un último pensamiento, ni modificarlo siquiera. Arrojad lo natural, vuelve al galope. Se trata del dinero. En total no se reunió más que para diez pliegos y no habrá menos de veinticuatro. No te preocupes, he tomado ya medidas para reunir la suma necesaria. La cosa principal es que haya dinero para la primera entrega de 6, 7 u 8 pliegos; imprimid, pues, y publicad atrevidamente la primera entrega exactamente en las dimensiones queridas por mí (y no en las fijadas por vosotros). Dios da el día, Dios da también el pan. [Proverbio ruso.]

Es claro, creo yo, y ahora haced como os pido, exactamente y pronto y todo irá bien.

Si dependiera de mí, no dejaría a Ross ni al del lago [el hombre del lago de Neuchâtel, es decir, James Guillaume] ir a París, sobre todo a este último [que habría ido por razones privadas, proyecto ya abandonado]. Pero respeto la libertad de mis amigos y cuando esté convencido de que la decisión de marchar es inalterable, no seré un obstáculo. Ross ha marchado ya. Temo que caiga en lances no amistosos antes de llegar a París; los hijos de perra están ahora exasperados contra todos los extranjeros; en Marsella, han fusilado garibaldinos con particular delicia. Mientras no haya un movimiento serio en provincias, no veo salvación para París. Veo que París está fuerte y decidido, gracias a los dioses. En fin, han pasado del período de la frase al de la acción. Cualquiera que sea el fin, han establecido sin embargo un hecho histórico enorme. Mas para el caso de un fracaso, me quedan dos votos que hacer: 1) que los versalleses no venzan a París de otro modo que con la ayuda directa de los prusianos, 2) que los parisienses, al perecer, hagan perecer junto con ellos la mitad de París por lo menos. Entonces la cuestión de la revolución social, a despecho de todas las victorias de la guerra, se planteará como un hecho enorme irrefutable.

Si se puede hacer todavía el cambio, titulé mi libro así: El imperio knutogermánico y la revolución social. Tu

M. B.

Fué tarde para cambiar el título, puesto que la primera hoja, ya impresa entonces, pero que Bakunin no había visto, contiene el título antiguo (que según la carta del 5 de abril, ¿no habría sido dado por Bakunin mismo?) *La revolución social o la dictadura militar* (1). Pero se conformaron a las demás instrucciones de Bakunin que, como se advierte, debió tomarse una molestia increíble para que sus auxiliares de Ginebra llevaran a buen fin un trabajo sin embargo bastante sencillo. A pesar de todas las dilaciones y una correspondencia continua entre el autor y Ogaref y Ozerof, nadie tuvo la idea de enviarle una prueba, y se horrorizó con justa razón y se enfureció cuando vió el texto estropeado de la edición en rústica pronta a aparecer así con una tapa sin título. No quiso tratar más con la Imprenta Cooperativa e hizo imprimir en Neuchâtel, en la imprenta de Guillaume, una lista de erratas completada aún por Guillaume. Se imprimió también allí una nueva cubierta que lleva en fin el título que se conoce. Se habían impreso 1000 ejemplares; la factura de 505 francos calcula 480 francos por 8 pliegos, precio aumentado "en razón de la copia casi ilegible" (dice la factura); se pagó, pues, más caro el lodazal que se hizo con el texto de un autor que había tenido demasiado confianza en los cuidados y la competencia de sus amigos. Se había compuesto, además, una parte de la segunda entrega, por 102 francos, y además los gastos de Neuchâtel ascendieron a 80 francos. El dinero fué pagado, principalmente con la ayuda de un estudiante ruso, Sibiriakof, entonces en Munich. Se contaba con éste para sufragar los gastos de una segunda entrega, impresa en Neuchâtel, 8 pliegos por 512 francos; pero Sibiriakof escribió, el 2 de junio, que no podía prometer nada, lo cual hizo interrumpir la publicación.

Es verdad que Bakunin conservó todavía la esperanza; escribió, el 10 de junio, a James Guillaume:

(1) Se encuentran en la parte escrita a fines de febrero las palabras: "El imperio prusogermánico o knutogermánico que el patriotismo alemán levanta hoy sobre las ruinas y en la sangre de Francia". He aquí el origen del título donde el adjetivo knuto reemplaza, pues, en la intención del autor, el adjetivo pruso, y por consiguiente nada tiene que ver con Rusia (con el knut ruso).

Querido amigo: Te envío la carta de Sibiriakof [del 2 de junio]; adjunto una carta que, si tú crees útil, puedes enviar. Sin duda has recibido la que escribí el 5 de este mes y que te he enviado, como habíamos convenido, para el amigo de Zurich [el estudiante ruso Ponomaref]. ¿Qué piensas del arreglo que te propuse? Me parece realizable. Si venden 40 ejemplares [de El imperio knutogermánico] en Saint-Imier, La Chaux-de-Fonds, Locle, lo que no me parece imposible, eso dará 60 francos; con los 30 francos enviados de Munich [ejemplares para Sibiriakof y sus amigos], eso dará 90. De éstos, 40 francos para Locle, otros 40 para Sonvillier, 6 que debo como responsable de La Solidarité [déficit del periódico], 4 francos de gasto de correo [eso quiere decir que Bakunin pagó así lo que debía en el Jura por el pago de su mantenimiento]. Quedaré debiéndote por dos libras de te, si me las envías; si no me las enviaste ya, no lo hagas, porque espero de Ginebra...

En cuanto a la suma necesaria para la segunda entrega, tengo la confianza de que se encontrará pronto, y el manuscrito de esa entrega no tardará en llegarte completo. El amigo de Zurich se preocupa por completar la suma y además tendría otros amigos.

Envíame lo más pronto posible los 210 ó 200 ejemplares para que los expida a Italia, donde los amigos los esperan ya.

Te envié esta mañana por el correo, no ocho, sino once volúmenes de Grote [Historia de Grecia] y cuatro volúmenes de Augusto Comte [Curso de filosofía positiva]. Te ruego envíes inmediatamente estos últimos a Fritz Robert, al que se los he prometido...

He recibido una carta de Ross [había teleografiado primero desde Zurich que estaba de regreso de París, donde otro camarada, el joven polaco Lankiewicz, había muerto en los combates]. Le incito a que escriba su diario lo más detallado y lo más severamente verídico [sobre la Comuna; no lo hizo]. Nosotros lo traduciremos, primero para los amigos íntimos, porque toda la verdad no puede decirse en público. No debemos disminuir el prestigio de ese hecho inmenso, la Comuna, y debemos defender incondicionalmente en este momento incluso a los jacobinos que han muerto por ella. Hecha la traducción, tú verás la parte que se puede sacar para el público. ¿No es así? Espero con impaciencia tu carta. Tu abnegado
M. B.

Según una nota que había conservado Guillaume y que me comunicó, recibió de Ginebra 376 ejemplares en rústica; Ozerof recibió 124 para introducirlos en Saboya y en Francia; 250 ejemplares fueron enviados a Italia; he aquí 750 ejemplares; la suerte de los otros 250 me es desconocida. El volumen entró muy poco en la circulación general; durante mucho tiempo hubo depósitos, pero desde hace bastantes años todo ha desaparecido y se ha hecho muy raro, aunque no tanto como un gran número de los demás escritos de Bakunin en ediciones originales.

V

De regreso en Locarno el 1 de junio, después de su viaje por el Jura, de lo que se hablará aún, Bakunin recibe noticia de la grandeza del desastre de París, de la matanza de los combatientes de la Comuna. Su diario anota, el 3 y el 4: "Tristes noticias de París." El 5, se siente impulsado, se diría, a reivindicar la causa, vencida por el momento, de la Comuna, y habla de ella en un preámbulo para la segunda entrega de *El imperio knutogermánico* (véase carta a Guillaume del 10 de junio) que prepara. Escribe lentamente, por lo demás, con interrupciones y mucha correspondencia a qué atender, hasta el 23 de junio, catorce hojas. Esa introducción al libro llega pronto a su asunto principal: "El socialismo revolucionario acaba de intentar una primera manifestación brillante y práctica en la Comuna de París", y continúa: "Soy un partidario de la Comuna de París", etc.

Estas páginas fueron sacadas por primera vez de los papeles de Bakunin por Eliseo Reclus, quien las publicó en la revista anarquista ginebrina *Le Travailleur*, en abril de 1878 (págs. 6-15), bajo el título por él creado de *La Comuna de París y la noción del Estado*. Más tarde se remitió el manuscrito a Bernardo Lazare, que lo publicó en los *Entretiens Politiques et Littéraires* (París, núm. 29, agosto de 1892, págs. 59-70), edición más correcta que la primera impresión; pero, desgraciadamente, el manuscrito original no se ha vuelto a encontrar desde entonces. Esta apreciación de la Comuna fué frecuentemente reimpressa y traducida desde esa época en folleto; una traducción rusa (Ginebra, 1892, 20 páginas) está acompañada de una carta de P. Kropotkin que sería interesante recoger.

Es lástima que este manuscrito no haya sido continuado, y vale la pena examinarlo con gran atención, teniendo en cuenta lo que hemos experimentado de las luchas sociales de nuestro tiempo y lo que vamos a ver todavía y quizás a vivir nosotros mismos. No se ha aprovechado bastante la experiencia de la Comuna, que reunió en su seno precisamente las mismas dos tendencias, la autoritaria y la libertaria, que encierran los movimientos de nuestros días y que, en el fondo, son los componentes inevitables de todo movimiento revolucionario: habrá siempre en ellos libertarios;

pero, desgraciadamente, por mucho tiempo aún, la mayoría será de los autoritarios. En la Comuna, los dos grupos se llamaban mayoría y minoría, jacobinos e internacionales. Pero el desastre de la Comuna, la espantosa carnicería de la semana de mayo, las prisiones, la deportación, el destierro —y también el valor y la energía iguales de los partidarios convencidos de ambas tendencias— los rodeó a todos con la misma aureola de luchadores y de mártires y la crítica se impuso silencio. Bakunin dice eso en la carta a Guillaume, el 10 de junio, y lo practica en su manuscrito, que no oculta su punto de vista libertario, lejos de eso, pero que se conforma a las exigencias completamente naturales de la solidaridad revolucionaria. Se tendrán en cuenta este hecho inevitable al leer sus páginas, como la mayoría de las apreciaciones corrientes sobre la Comuna. Si la crítica sería (no la polémica personal, que no ha faltado) sobre la Comuna de París hubiese tenido más vigor —sin descuidar por eso el deber de solidaridad contra la burguesía y los gobiernos—, se habría estado mejor preparado para recibir los acontecimientos de 1917 en Rusia y en otras partes; se habría podido obrar en lugar de ser deslumbrado, mal informado, vacilante, ingenuo y cualquier otra cosa menos activo, y los años posteriores no se habrían sucedido en Europa en el caos intelectual, por decirlo así, del mundo revolucionario. Nunca es demasiado tarde para saber, y la crítica de Bakunin, aunque esté velada, es siempre digna de atención.

Por lo demás, la Comuna no es el asunto predominante más que en la pequeña parte de ese preámbulo que se escribió. El autor llega pronto a una tesis más general: "La abolición de la Iglesia y del Estado debe ser la condición primera e indispensable de la liberación real de la sociedad; después de eso, sólo ella puede y debe organizarse de otro modo...", y entra en el vasto asunto de la emancipación religiosa, muy bellas páginas interrumpidas en las palabras: "Si el progreso de nuestro siglo no es un sueño mentiroso, debe terminar con la Iglesia".

Según sus notas diarias, estaba bastante ocupado en los últimos días, cuando trabajaba en ese escrito; anota tres veces: "Preámbulo, poco" (el 20, 21 y 23 de junio); recibe la visita de Fanelli (del 19 al 26); escribe una "larga carta

cifrada a Sonvillier", que envía por Zurich (para Schwitzguébel, por Ponomaref); una larga carta a Ross; le ocupan correspondencias para Italia y España, etc. El 25 anota: "Recomienza advertencia".

¿Vió que la parte teórica del "Preámbulo" tomaba grandes proporciones y se apartaba demasiado del contenido del libro? (1) ¿O buscó de nuevo el asunto de más actualidad, el enemigo victorioso de la hora, para combatirlo de frente?

Este enemigo no fué ya en primer grado, en ese momento, Alemania por su triunfo militar efímero, ni la burguesía francesa personificada en Thiers, que había aplastado la Comuna de París; lo fué esa burguesía, la "burguesía rural", la antigua aristocracia, y con y tras ella la "Iglesia, Roma", la eterna esclavitud religiosa, y contra eso es contra lo que la *Advertencia*, escrita del 25 de junio al 3 de julio (48 páginas de manuscrito), está dirigida en primer lugar. La burguesía de las ciudades, por odio al socialismo, dejó degollar al pueblo de París, y abdicó por eso mismo de todo carácter agresivo, y la "burguesía rural" (los "rurales", como todo el mundo decía entonces) se convirtió en "la clase realmente dominante en Francia"; pero no era más "que un instrumento pasivo y ciego en manos del clero". Será, pues, "la intriga ultramontana", "será la Iglesia de Roma, en una palabra, la que se encargará en lo sucesivo del gobierno de Francia y la que, formando una alianza defensiva y ofensiva con la razón del sable y la moralidad de la bolsa, la tendrá en sus manos hasta la hora más o menos cercana en que triunfe la causa de los pueblos, la de la humanidad, representada por la revolución social". Hace, pues, lo que llama "nuestros estudios históricos sobre el desenvolvimiento del partido del orden en Francia", en espera de la hora de la liberación por la revolución social.

Son páginas brillantes en que zahiere ese horrible "partido del orden" que conocemos tan bien en nuestros días.

(1) Cabe aún la posibilidad de que haya existido una parte importante del manuscrito y se encuentre perdida hasta el presente. Conozco una carta de Eliseo Reclus a la mujer de Bakunin, del 13 de junio de 1878, donde dice que grandes obstáculos económicos impiden la continuación de la revista *Le Travailleur*, "pero eso no nos impedirá preparar para la impresión los artículos de Bakunin. El fin del artículo... está listo. Hallaremos los medios de publicación". Es, pues, posible que el manuscrito de Bakunin que se había copiado, sin duda, en esa ocasión, haya sido extraviado entonces. Reclus no verificó otra publicación desde entonces hasta la impresión de *Mos y el Estado*, en 1882.

Agota para estas páginas, tan rápidamente esbozadas, su propia experiencia, los años pasados en París en las postrimerías de Luis Felipe, su observación de la vida política y social europea desde 1862. Creo que esas páginas pertenecen a lo más bello y sólidamente establecido que haya escrito, porque en el fondo de cada nota hay una abundancia de hechos que conoce bien y todo está impregnado del más puro espíritu libertario, del verdadero pensamiento libre. En una discusión de los diputados campesinos es interrumpido y perdemos así la continuación de uno de sus escritos mejor inspirados.

Existe una variante inédita, las páginas 22 a 29, sobre las cuales ha escrito al reverso como asunto principal: "Bonapartistas, hombres fuertes", que corresponde en efecto al contenido del texto de las páginas 21-22 de la *Advertencia* (Oeuvres, tomo IV, págs. 305-6). No tengo a mi disposición en este momento ese manuscrito, pero es todavía un fragmento inédito que espera su publicación.

No hay por qué asombrarse de que Bakunin haya dirigido entonces su mayor atención al asunto de la Iglesia de Roma. Si lo comprendo bien, la derrota del proletariado de París, la asfixia del socialismo en Francia por un número indefinido de años, marcó para él el fin de ese período ascendente, lleno de esperanzas, de 1860-70, el período de Garibaldi, de la insurrección polaca y de la Internacional. Veía demasiado claro la reacción estatista brotar de la nueva Alemania victoriosa y la reacción antisocialista primero, clerical luego, evolucionar de la Francia de los rurales, luego del "Gobierno del orden moral" victorioso sobre el pueblo de París, y dió la voz de alarma sobre ambos peligros. Se ve por diferentes notas escritas algunos años más tarde que sopesaba el peligro del Estado y el peligro de la Iglesia para ver cuál sería el mal mayor, y concluyó que la esclavitud mental, la imbecilidad psíquica que crea la Iglesia es aún más funesta que el sometimiento físico por el Estado. Siguió las diversas luchas de los años siguientes contra el clericalismo con el mayor interés. El escrito presente, la *Advertencia*, expresa, pues, sentimientos que le afectaban hondamente.

Pero una cuestión de solidaridad demandó su atención inmediata: las intrigas ginebrinas contra la sección de la

Alianza de la Democracia Socialista exigían una defensa común, e hizo lo que estaba de su parte, más que los otros, y entregó a eso todo su tiempo desde el 4 de julio. La *Advertencia* quedó inconclusa. Después de eso comienza la defensa de la Internacional y de la Comuna contra los ataques verdaderamente malvados de Mazzini, y desde entonces el nuevo movimiento italiano lo absorbe. Y cuando en el otoño fué posible imprimir un folleto, imprime *La teología política de Mazzini y la Asociación Internacional de los Trabajadores* y no una segunda entrega de su libro.

En noviembre-diciembre de 1872, comienza un largo escrito, cuyas primeras páginas faltan, pero que designa en la página 58 como *Segunda entrega de El imperio knuto-germánico...* Permaneció inédito y fué publicado en las *Oeuvres*, (t. IV, págs. 395-510, 1910); encontrará su puesto en el tomo IV de la presente edición.

VI

Las *Tres conferencias a los obreros del Valle de Saint-Imier*, en el Jura bernés, en mayo de 1871, por Bakunin, que forman la conclusión del volumen presente, nos muestran un trabajo improvisado de propaganda socialista inmediata, pero que mantiene ese nivel elevado del pensamiento que Bakunin sabía dar a todos sus esfuerzos. Redactó el texto completo para leerlo en Sonvillier, donde permaneció desde el 28 de abril hasta mediados de mayo en casa de Adhemar Schwitzguébel, a quien dejó el manuscrito. Este hizo una copia y remitió el original a Guillaume. En 1893, me comunicó Schwitzguébel en Bienne su copia, en la que faltaba una hoja. Antes de publicar ese texto incompleto —pero notable, sin embargo, y bastante correctamente copiado del manuscrito del autor que, como tan a menudo, contenía algunas palabras de lectura difícil— en la *Société Nouvelle*, de Bruselas (marzo y abril de 1895), me había dirigido a Guillaume para coleccionar y completar la copia de acuerdo con el original; pero no juzgó entonces importante u oportuno ver publicado ese manuscrito. Relato este detalle a causa de su crítica un poco exagerada del primer texto (*Oeuvres*, tomo V, pág. 298), donde no se dice que le hubiera sido muy cómodo facilitar entonces la edición

de un texto completo y correcto. La edición de 1895 fué traducida varias veces, entre otras al español, en *El Esclavo* (Tampa, Florida); pero, evidentemente, todas esas ediciones habría que modificarlas de acuerdo con el texto completo de *Oeuvres* (t. V, págs. 298-360, 1911).

Bakunin, como se sabe, fué sorprendido por el movimiento puramente local de París del 18 de marzo, como todo el mundo. Estaba absorbido entonces —como se verá en detalle en el prólogo del tomo III— por las partes más abstractas y difíciles de su libro proyectado, y al lado de eso los esfuerzos para arreglar su situación material desesperada hicieron necesario un viaje a Florencia para ver a ciertas personas; partió el 19 de marzo y volvió el 3 de abril a Locarno. Entonces fué cuando recibió noticias de sus íntimos camaradas rusos, Ozerof y Ross, dispuestos a partir para París, y escribió el 4 una carta a Varlin, que Ozerof debería remitirle en propias manos, pero Ozerof no llegó a París entonces. Ya el 9 de abril, escribió a Ozerof que había comenzado a delirar (como él dice) lo mismo que sus amigos, pero que volvió en sí y consideró perdida la causa de París. Escribe en este sentido a Schwitzguébel (carta del 8 de abril). En la carta del 16, admira la firmeza de París, pero la abstención de las provincias le hace desesperar de la salvación de la Comuna parisiense.

Según lo que me dijo Guillaume, no existía hasta entonces ningún proyecto colectivo; no se trataba más que de la marcha de los camaradas más ardientes a París, lo que Bakunin pudo alentar al principio; después previno a sus amigos; pero respetó su libertad y los dejó hacer. Existía independientemente de él, en Ginebra, el plan todavía rudimentario de formar un cuerpo de guerrilleros, compuesto sobre todo de garibaldinos, que habría penetrado en Francia para sembrar la rebelión en favor de la Comuna, pero no había dinero. James Guillaume, que estaba particularmente ligado a Varlin, supo comunicarse con éste por medio de un obrero de Locle que se dirigió a París y logró remitir a Varlin una pequeña nota de Guillaume. Era todavía en la época del Comité central, en las primeras semanas después del 18 de marzo, y el contenido de la respuesta de Varlin fué "que no se trataba de una revolución social, como se imaginaban; que no había más que un movimiento espontá-

neo e inesperado de la Guardia Nacional en favor de un consejo municipal, un asunto completamente local: París demanda la Comuna «elegida»."

Varlin creía que se estaba en vías de arreglarse pacíficamente con el Gobierno, que después de las elecciones próximas el Comité central presentaría su dimisión y que todo habría acabado. Sería locura querer hacer una revolución seria con los prusianos a las puertas de París. En cuanto a sostener el proyecto mencionado con dinero, no había que pensar en ello; existía una contabilidad regular y la idea de enviar diez o veinte mil francos sería romántica e irrealizable. Se pensaba entonces que se tenían los millones de la Banca de Francia "para protegerlos y no para derrocharlos". Tales sentimientos animaban a los mejores en París hasta que fué demasiado tarde; algunas semanas después, cuando los versalleses se reforzaron e hicieron la guerra abierta a la Comuna para exterminarla, hubo algunos emisarios de París que fueron hasta Ginebra, desde donde se estaba en relaciones con los lyoneses; éstos prepararon movimientos parciales, pero abortaron. Los camaradas de Bakunin, Jukowski y otros prestaban su concurso, pero todos estos esfuerzos carecían de verdadero ímpetu.

Bakunin estaba, sin duda, al corriente de las cosas lyonesas mediante una correspondencia frecuente con Ozerof. El 13 de abril, anota: "carta de Ozerof—anuncia llegada de Parraton a Ginebra (uno de los lyoneses del 28 de septiembre de 1870); el 17: "carta de Camilo Camet. Carta a Camet y a Ozerof, enviada". Camilo Camet, permaneció en Suiza, 1872, y en España, 1873, en el medio íntimo anarquista de entonces. Jukowski conservó esta nota del 17 de abril, dirigida a Camet:

Este 17 de abril de 1871. Locarno.

Mi querido amigo: Estoy muy contento de saber que aun está con vida y libertad y espero que también con buena salud. Sólo estoy asombrado de que no haya buscado ni encontrado a nuestro amigo Juan [Ozerof] que se halla en Ginebra (pida su dirección a M. Zamperini [un internacionalista italiano], 12 en la Cluse) y que se habría alegrado de verle. Habría podido darle todos los detalles sobre lo que a mí se refiere. Escribame en seguida a la dirección siguiente: Locarno, cantón del Tesino. Señora Teresa Pedrazzini. Para la señora Antonia.

Espero con impaciencia su carta.

M. Bakunin.

El 25 de abril, pues, Bakunin partió, se reunió con Guillaume el 27 en Neuchâtel y a partir del 28 se estableció en Sonvillier, en casa de Schwitzguébel, su primera visita a esa parte del Jura, aunque conocía desde 1869 la región neuchatelense de las montañas. Guillaume cuenta que fué a verle una vez (*L'Internationale*, tomo II, pág. 151) y "comenzaba a hastiarse, y me lo dijo. Si entre los obreros hay algunas naturalezas de "élite", un gran número de ellos carecen de la solidez de carácter, que es lo único que puede hacer revolucionarios serios y seguros; los "gritadores" y "bebedores", como dijo [en las últimas palabras de la tercera conferencia], podrían muy bien ser arrastrados a un acto de rebeldía en un momento de exaltación pasajera, pero no eran capaces de acción reflexiva, voluntaria y profunda". En abril, antes de la llegada de Bakunin, Schwitzguébel escribió a Jukowski: "Tuvimos fiesta estos días pasados; algunos de nuestros miembros se exaltaron bebiendo y han tenido ideas que perjudicarán más que beneficiarán. Pero los acontecimientos harán olvidar esa torpe salida". Tales detalles explican la ligera crítica que encierran las últimas palabras de las conferencias.

De estas semanas data la fotografía de Bakunin hecha por Silvano Clement, de Saint-Imier (el mismo de quien habla en la segunda conferencia); le muestra muy viejo, completamente cano, en gran contraste con la fotografía muy popular hecha en Ginebra en el otoño de 1867.

"A mediados de mayo —continúa Guillaume—, salió del valle de Saint-Imier para volver a detenerse en Locle [Hotel des Trois Rois], donde debía hallar otra vez un medio conocido por él [desde 1869] y donde además estaba más cerca de la frontera francesa. Se habían poco a poco precisado proyectos de acción en nuestros espíritus: el pensamiento de dejar luchar solos a nuestros hermanos de París, sin procurar ir en su ayuda, nos era insoportable. No sabíamos lo que nos sería posible hacer, pero resueltamente queríamos hacer algo."

Según lo que me contaron los camaradas jurasianos de esta época, uno de los planes fué el de entrar en Francia en banda, con Ozerof a la cabeza, ir de pueblo en pueblo como una avalancha para crear una fuerza de apoyo a Pa-

rís. Otro plan era el de un movimiento local parecido al de la Comuna si ésta se mantenía.

Guillaume informa de otro proyecto más de que da fe una carta de Bakunin a él (19 de mayo), que reproduce:

...Te prevengo que Adhemar ha escrito a... [Besançon] y que es posible que un amigo de allá vaya a tu casa mañana, sábado [20], o el domingo [21], a la dirección directa que Adhemar [Schwitzguébel] le envió.

Y añade:

Nosotros iremos, naturalmente, el domingo, los loclenses y yo con el primer tren de Locle [a Neuchâtel]. Si no puedes venir tú mismo a recibirnos en la estación, envíame a tu hermano y dile el nombre del hotel en el que, conforme a mi ruego, has hecho conservar una habitación para mí y para Ozerof, a fin de que pueda transportar allí inmediatamente mis cosas. Hasta pronto. Tuyo

M. B.

Esta reunión se ocupó de los asuntos de la Internacional jurasiana; pero —dice Guillaume— fué también discutido el movimiento proyectado; "y entonces fué cuando se decidió que Treyvand y yo fuésemos a preparar el terreno". No es seguro que Bakunin haya asistido a esa reunión. Todos estaban vigilados entonces por la policía; Bakunin y Ozerof se habían alojado en un hotel cerca de la estación y —cuenta Guillaume— "el teniente de la gendarmería Châtelain se instaló en el piso bajo del hotel, en donde tomaba los nombres de cuantos iban a visitar a los dos rusos".

Algunos socialistas, relojeros de Besançon que tenían relaciones con los jurasianos para el contrabando de impresos, habían propuesto a éstos ir hacia dicha localidad algunos centenares y proclamar allí la Comuna con ayuda de los camaradas locales. Se habría ido con armas, en tres o cuatro grupos. Guillaume era muy pesimista; esas eran operaciones militares en las que les faltaba la experiencia, y la población de Besançon no era comparable a la de París. Preveía una catástrofe, pero no se habría abstenido por eso. Bakunin no promovió objeción alguna contra el proyecto. No hubo apresuramiento, porque no se tenía ninguna idea de que la caída de la Comuna fuese inminente.

Lo fué en efecto, porque el mismo domingo que se deliberó en Neuchâtel, entraban los versalleses en París (21 de mayo). El viaje a Besançon no tuvo, pues, lugar. Se desarrolló la semana sangrienta y llegaban día a día con una intensidad creciente noticias de la muerte de sus camaradas y amigos, de la matanza general, de los incendios que convertían en ruinas una parte de París.

“Bakunin —cuenta Guillaume— no tuvo debilidad. Esperaba la derrota; no temía más que una cosa, o sea, que en la catástrofe final los comunistas careciesen de audacia y de energía. Pero cuando supo que se defendían como leones y que París estaba en llamas, lanzó un grito de triunfo: “¡Muy bien! ¡Son hombres!”, dijo a Spichiger, al entrar bruscamente en el taller cooperativo, golpeando con su bastón sobre la mesa”. Según lo que se me contó, había dicho antes que sería necesario que las Tullerías ardiesen, y cuando sucedió esto entró a grandes pasos en el taller cooperativo, golpeando con su bastón la mesa y gritando: “¡Muy bien, amigos míos, las Tullerías arden! Os pago a todos un ponche”. Estaba lleno de entusiasmo; sus cartas a Ogaref confirman por lo demás estos recuerdos. Quería en la revolución la destrucción completa, el hecho realizado, cortadas las vías de regreso, y, si era preciso morir, la muerte de Sansón, destruyendo a sus enemigos al matarse.

Se vió aún con los jurasianos militantes en su visita semanal en Couvers, el 28; pasó una noche en casa de Guillaume, en Neuchâtel, el 29, donde se mostró un conversador ameno en un medio familiar, relatando su vida y sus viajes; partió el 30 para Locarno, adonde llegó el 1 de junio. Sentía vencida la revolución, postergada por largo tiempo, sabía que no la vería más, lo que no le impidió trabajar por ella como hasta entonces todo el resto de su vida.

He aquí en estas dos introducciones de los tomos I y II de esta edición casi un año de la vida de Bakunin, desde agosto de 1870 hasta junio de 1871. Hizo todo lo posible por pasar de la idea a la acción, pero sus fuerzas y las de sus camaradas eran todavía demasiado débiles para hacer algo más que tocar someramente el curso de los acontecimientos. Pero nos ha dejado sus ideas, reunidas en estos dos volúmenes y en otros dos que seguirán. Estudiemos esas ideas con espíritu crítico, y que se realice por fin lo

que aun queda de válido con los medios mucho más grandes ahora disponibles. Se ven en estos relatos, no adulterados por la exageración, la debilidad de los medios materiales de Bakunin para obrar y el poder de sus ideas. ¡Que se medite un poco sobre lo que habría intentado, soñado si se quiere, hacer con las masas y las fuerzas de que dispone el movimiento obrero de nuestros días y lo que nosotros hacemos! Al recorrer estos volúmenes con la ayuda de nuestra experiencia actual, encontraremos muchos motivos de reflexión seria y de interés siempre vivo.

Max Nettlau

28 de octubre de 1923.

EL IMPERIO KNUTOGERMÁNICO
Y LA REVOLUCIÓN SOCIAL

PRIMERA ENTREGA

(Locarno, mediados de noviembre de 1870
a mediados de marzo de 1871)

EL IMPERIO KNUTOGERMÁNICO Y LA REVOLUCIÓN SOCIAL

PRIMERA ENTREGA

29 de septiembre de 1870, Lyon.

Querido amigo:

No quiero marchar de Lyon sin haberte dicho mi última palabra de despedida. La prudencia me impide ir a estrecharte la mano otra vez. No tengo nada más que hacer aquí. Había venido a Lyon para combatir o para morir con vosotros. Había venido porque tengo la suprema convicción de que la causa de Francia se ha convertido hoy en la de la humanidad y de que su caída, su sometimiento al régimen que le será impuesto por las bayonetas de los prusianos, será la mayor desgracia que, desde el punto de vista de la libertad y del progreso humano, pueda sucederle a Europa y al mundo.

He tomado parte en el movimiento de ayer y he firmado con mi nombre las resoluciones del Comité Central de Salvación de Francia, porque, para mí, es evidente que, después de la destrucción real y completa de toda la máquina administrativa y gubernamental de vuestro país, no queda otro medio de salvación para Francia que la sublevación, la organización y la federación espontánea, inmediata y revolucionaria de sus comunas, fuera de toda tutela y de toda dirección oficiales.

Todos esos pedazos de la antigua Administración del país, esas Municipalidades compuestas en gran parte de burgueses o de obreros convertidos a la burguesía, gentes rutinarias si las hay, desprovistas de inteligencia, de energía y de buena fe; todos esos procuradores de la República, esos prefectos y esos subprefectos —y principalmente esos comisarios extraordinarios provistos de plenos poderes mi-

litares y civiles, y a los que la autoridad fabulosa y fatal de ese pedazo de Gobierno que reside en Tours acaba de invertir en este momento con una dictadura impotente—, todo eso no vale más que para paralizar los últimos esfuerzos de Francia y para entregarla a los prusianos.

El movimiento de ayer, si hubiese triunfado —cosa que habría acontecido si el general Cluseret, demasiado aficionado a agrandar a todos los partidos, no hubiese abandonado la causa del pueblo tan pronto— ese movimiento que habría derribado la inepta Municipalidad de Lyon, impotente y reaccionaria en sus tres cuartas partes, y la habría reemplazado por un comité revolucionario, omnipotente como expresión inmediata y real, no ficticia, de la voluntad popular; ese movimiento, digo, habría podido salvar a Lyon y con Lyon a Francia.

He aquí que han transcurrido veinticinco días desde la proclamación de la república. ¿Qué se ha hecho para preparar y organizar la defensa de Lyon? Nada, absolutamente nada.

Lyon es la segunda capital de Francia y la llave del Mediodía. Además de la misión de su propia defensa, tiene un doble deber que cumplir: el de la organización de la sublevación armada del Mediodía y el de libertar a París. Podía hacer, puede aún, lo uno y lo otro. Si Lyon se subleva, arrastrará necesariamente con él todo el Mediodía de Francia. Lyon y Marsella se convertirían en los dos polos de un movimiento nacional y revolucionario formidable, de un movimiento que, al sublevar al mismo tiempo los campos y las ciudades, levantaría centenares de millares de combatientes y opondría a las fuerzas militarmente organizadas de la invasión la omnipotencia de la revolución.

Por el contrario, debe ser evidente para todo el mundo que si Lyon cae en manos de los prusianos, Francia estará irremediablemente perdida. Desde Lyon a Marsella, no encontrarán obstáculos. ¿Y entonces? Entonces, Francia se convertirá en lo que fué Italia tanto tiempo frente a nuestro emperador: un vasallo de Su Majestad el Emperador de Alemania. ¿Es posible caer más bajo?

Sólo Lyon puede ahorrarle esta caída y esta muerte vergonzosa. Pero es necesario para eso que Lyon se despierte, que obre sin perder un día, sin perder un instante. Desgra-

ciadamente, los prusianos no pierden el tiempo. Se han olvidado de dormir: sistemáticos, como lo son todos los alemanes, siguiendo con una desesperante precisión sus planes sabiamente combinados, y uniendo a esa antigua cualidad de su raza, una rapidez de movimientos que se había considerado hasta aquí patrimonio exclusivo de las tropas francesas, avanzan resueltamente, más amenazadores que nunca, hacia el corazón de Francia. Marchan sobre Lyon. ¿Y qué hace Lyon para defenderse? Nada.

Y sin embargo, desde que Francia existe, nunca se encontró en una situación más desesperada, más terrible. Todos sus ejércitos están destruidos. La mayor parte de su material de guerra, gracias a la honradez del Gobierno y de la Administración imperial, no existió nunca más que en el papel, y el resto, gracias a su prudencia, fué tan bien enterrado en las fortalezas de Metz y Estrasburgo que probablemente servirá más al ejército de la invasión prusiana que al de la defensa nacional. Este último carece de cañones, de municiones, de fusiles en todos los puntos de Francia, y, lo que aún es peor, carece de dinero para comprar todo eso. No quiero decir que el dinero falte a la burguesía de Francia; al contrario, gracias a las leyes protectoras que le han permitido explotar ampliamente el trabajo del proletariado, sus bolsillos están repletos. Pero el dinero de los burgueses no es patriótico, y prefiere ostensiblemente hoy la emigración, hasta las requisas forzadas de los prusianos, al peligro de ser invitado a concurrir a la salvación de la patria en la miseria. En fin, ¡qué no podré decir!, Francia no tiene ya Administración. La que existe aún y el Gobierno de Defensa Nacional ha tenido la debilidad criminal de conservar, es una máquina bonapartista, creada para el uso particular de los bandidos del 2 de diciembre y, como lo dije ya en otra parte, sólo capaz, no de organizar, sino de traicionar a Francia hasta el fin y de entregarla a los prusianos.

Privada de cuanto constituye la potencia de los prusianos, Francia no es ya un Estado. Es un inmenso país, rico, inteligente, lleno de recursos y de fuentes naturales, pero completamente desorganizado, y condenado en medio de esa desorganización espantosa a defenderse contra la invasión más asesina que jamás haya acometido a una nación.

¿Qué puede oponer a los prusianos? Nada más que la organización espontánea de una inmensa sublevación popular: *la revolución*.

Aquí oigo gritar a todos los partidarios del orden público, a los doctrinarios, a los abogados, a todos esos explotadores de guante amarillo del republicanismo burgués, y a un gran número también de sedicentes representantes del pueblo, como vuestro ciudadano Brialou, por ejemplo, tráfugas de la causa popular, y a quienes una ambición miserable, nacida ayer, impulsa hoy al campo de los burgueses:

“¡La revolución! ¡Pensad en ello; sería el colmo de la desgracia para Francia! ¡Sería un desgarramiento interior, la guerra civil en presencia de un enemigo que nos aplasta, que nos abruma! La confianza más absoluta en el Gobierno de Defensa Nacional, la más perfecta obediencia ante los funcionarios militares y civiles en quienes haya delegado el poder, la unión más íntima entre los ciudadanos de opiniones políticas, religiosas y sociales más diferentes, entre todas las clases y todos los partidos: he ahí los únicos medios para salvar a Francia”.

* * *

La confianza produce la unión, y la unión crea la fuerza. He ahí, sin duda, verdades que nadie intentará negar. Mas para que sean verdad son necesarias dos cosas: es preciso que la confianza no sea una tontería y que la unión, igualmente sincera de todas las partes, no sea una ilusión, una mentira, o una explotación hipócrita de un partido por otro. Es preciso que los partidos que se unen, olvidando completamente, no para siempre, sin duda, sino para el tiempo que deba durar esa unión, sus intereses particulares y necesariamente opuestos —intereses y fines que en tiempos ordinarios los dividen—, se dejen absorber igualmente en la prosecución del fin común. De otro modo, ¿qué sucederá? El partido sincero se convertirá necesariamente en la víctima y en el engañado del que lo sea menos o del que no lo sea absolutamente nada, y se verá sacrificado, no al triunfo de la causa común, sino en detrimento de esa causa y en beneficio exclusivo del partido que haya explotado hipócritamente esa unión.

Para que la unión sea real y posible, ¿no es necesario por lo menos que el fin en nombre del cual los partidos deben unirse sea el mismo? ¿Sucede eso hoy? ¿Puede decirse que la burguesía y el proletariado quieren en absoluto la misma cosa? De ningún modo.

Los obreros franceses quieren la salvación de Francia a todo precio: aunque se debiese, para salvarla, hacer de Francia un desierto, hacer saltar todas las casas, destruir e incendiar todas las ciudades, arruinar todo lo que es tan querido por los burgueses: propiedades, capitales, industria y comercio; convertir, en una palabra, el país entero en una inmensa tumba para enterrar a los prusianos. Quieren la guerra incondicional, la guerra bárbara, a cuchillo si es preciso. No teniendo ningún bien material que sacrificar, dan su vida. Muchos de ellos, y precisamente la mayoría de los miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores, tienen la plena conciencia de la alta misión que incumbe hoy al proletariado de Francia. Saben que si Francia sucumbe, la causa de la humanidad en Europa se perderá al menos por medio siglo. Saben que son responsables de la salvación de Francia, no tan sólo ante Francia, sino ante el mundo entero. Estas ideas no están difundidas, sin duda, más que en los medios obreros más avanzados, pero todos los obreros de Francia, sin distinción alguna, comprenden instintivamente que el sometimiento de su país al yugo de los prusianos sería la muerte de todas sus esperanzas en el porvenir; y están resueltos a morir antes que legar a sus hijos una existencia de miserables esclavos. Quieren, pues, la salvación de Francia a todo precio y a pesar de todo.

La burguesía, o al menos la inmensa mayoría de esta respetable clase, quiere absolutamente lo contrario. Lo que le interesa ante todo y a pesar de todo, es la conservación de sus casas, de sus propiedades, de sus capitales; no tanto la integridad del territorio nacional como la integridad de sus bolsillos, que llenó el trabajo del proletariado por ella explotado bajo la protección de las leyes nacionales. En su fuero interno, y sin atreverse a confesarlo en público, quiere, pues, la paz a cualquier precio, aunque deba comprarla con el empequeñecimiento, la decadencia y la sumisión de Francia.

Pero si la burguesía y el proletariado de Francia persiguen objetivos, no ya diferentes, sino absolutamente opuestos. ¿por qué milagro se establecería entre ellos una unión real y sincera? Está claro que esta conciliación tan sermonada, tan predicada, nunca será más que una mentira. Esta mentira ha matado a Francia; ¿se espera que le devuelva la vida? Por más que se condene la división, no existirá menos en la realidad, y puesto que existe, puesto que, por la fuerza misma de las cosas, debe existir, sería pueril, diré más, sería funesto, desde el punto de vista de la salvación de Francia, ignorar, negar, no confesar francamente su existencia. Y ya que la salvación de Francia os llama a la unión, olvidad, sacrificad todos vuestros intereses, todas vuestras divisiones, y todas vuestras ambiciones personales: olvidad y sacrificad, hasta donde sea posible hacerlo, todas las diferencias de partido; pero en nombre de esa misma salvación, preservaos de toda ilusión: en la situación presente, las ilusiones son mortales. No busquéis la unión más que con aquellos que quieren tan seriamente, tan apasionadamente como vosotros mismos salvar a Francia a cualquier precio.

Cuando se va al encuentro de un inmenso peligro, ¿no vale más marchar en pequeño número, con la plena certidumbre de no ser abandonados en el momento de la lucha, que arrastrar consigo una multitud de falsos aliados que traicionarán en el primer campo de batalla?

* * *

Lo mismo que con la unión sucede con la disciplina y la confianza. Son cosas excelentes cuando están bien colocadas, funestas cuando se dirigen a quien no las merece. Amante apasionado de la libertad, confieso que desconfío mucho de los que tienen siempre la palabra disciplina en la boca. Es excesivamente peligroso, sobre todo en Francia, donde la disciplina significa, la mayor parte de los veces, por una parte despotismo y por otra automatismo. En Francia, el culto místico de la autoridad, el amor al mando y la costumbre de dejarse mandar, han destruído en la sociedad, tanto como en la mayoría de los individuos, todo sentimiento de libertad, toda fe en el orden espontáneo y viviente,

que nadie más que la libertad puede crear. Habladles de la libertad y gritarán: ¡anarquía!, porque les parece que desde el momento en que esa disciplina del Estado, siempre opresiva y violenta, cese de obrar, toda la sociedad debe desgarrarse entre sí y durrumbarse. Ahí yace el secreto de la asombrosa esclavitud que la sociedad francesa soporta desde que hizo su Gran Revolución. Robespierre y los jacobinos le han legado el culto a la disciplina del Estado. Encontraréis ese culto absolutamente en todos vuestros republicanos burgueses, oficiales y oficiosos, y él es quien pierde a Francia hoy. La pierde al paralizar la única fuente y el único medio de liberación que le queda: el libre despliegue de sus fuerzas populares, y al obligarla a buscar su salvación en la autoridad y en la acción ilusoria de un Estado que no representa hoy otra cosa que una pretensión despótica acompañada de una impotencia absoluta.

Por enemigo que sea de lo que se llama en Francia disciplina, reconozco siempre que una cierta disciplina, no automática, sino voluntaria y reflexiva, en perfecto acuerdo con la libertad de los individuos, es y será siempre necesaria, siempre que muchos individuos, unidos libremente, emprendan un trabajo o una acción colectiva cualquiera. Esta disciplina no es más que la concordancia voluntaria y reflexiva de todos los esfuerzos individuales hacia un fin común. En el momento de la acción, en medio de la lucha, las tareas se dividen, naturalmente, según las aptitudes de cada uno, apreciadas y juzgadas por la colectividad entera: unos dirigen y mandan, otros ejecutan los mandatos. Pero ninguna función se petrifica, ni se fija, ni queda irrevocablemente asociada a una persona. El orden y el avance jerárquicos no existen, de suerte que el comandante de ayer puede convertirse en el subalterno de hoy. Nadie se eleva por encima de los demás, y cuando se eleva no es más que para caer un instante después, como las olas del mar, volviendo siempre al nivel saludable de la igualdad.

En este sistema, no hay propiamente Poder. El Poder se funde en la colectividad y se convierte en la expresión sincera de la libertad de cada uno, en la realización fiel y seria de la voluntad de todos; se obedece tan sólo porque el jefe del día manda lo que cada uno desea ejecutar.

He ahí la disciplina verdaderamente humana, la disci-

plina necesaria para la organización de la libertad. Esa no es la disciplina predicada por vuestros estadistas republicanos. Estos quieren la vieja disciplina francesa, rutinaria y ciega. El jefe, no elegido libremente y sólo para un día, sino impuesto por el Estado para largo tiempo si no para siempre, manda; es preciso obedecerle. La salvación de Francia —os dicen— y aun la libertad de Francia, no pueden verificarse más que a ese precio. La obediencia pasiva, base de todos los despotismos, será también la piedra angular sobre la que fundaréis vuestra república.

Pero si mi jefe me manda volver las armas contra esa república o entregar Francia a los prusianos, ¿debo o no obedecerle? Si le obedezco, traiciono a Francia; y si le desobedezco, violo, rompo esa disciplina que queréis imponerme como único medio de salvación para Francia. Y no digáis que este dilema que os ruego resolváis es un dilema ocioso. No; está animado por la actualidad, porque es en él donde se encuentran prisioneros vuestros soldados. ¿Quién no sabe que sus jefes, sus generales y la inmensa mayoría de sus oficiales superiores son en cuerpo y alma devotos del régimen imperial? ¿Quién no ve que conspiran abiertamente y por todas partes contra la República? ¿Qué deben hacer los soldados? Si obedecen, traicionan a Francia; si desobedecen, destruirán lo que os queda de tropas regularmente organizadas.

Para los republicanos, partidarios del Estado, del orden público y de la disciplina, ese dilema es insoluble. Para nosotros, revolucionarios socialistas, no ofrece ninguna dificultad. Sí, deben desobedecer, deben rebelarse, deben romper esa disciplina y destruir la organización actual de las tropas regulares, deben, en nombre de la salvación de Francia, destruir ese fantasma del Estado, impotente para el bien, poderoso para el mal; porque la salvación de Francia no puede venir ahora más que de la única potencia real que le queda: la revolución.

* * *

Y ahora, ¿qué decir de esa confianza que se os recomienda como la más sublime virtud de los republicanos? Antes, cuando se era republicano de veras, se recomendaba a la de-

mocracia la desconfianza. Por otra parte, no había tampoco necesidad de aconsejarla: la democracia es desconfiada por posición, por naturaleza y también por experiencia histórica; porque en todos los tiempos ha sido la víctima y la engañada de todos los ambiciosos, de todos los intrigantes, clases e individuos, que, con el pretexto de dirigirla y de conducirla a buen puerto, la han engañado y explotado eternamente. No hizo hasta aquí otra cosa que servir de pedestal.

Ahora, los señores republicanos del periodismo burgués le aconsejan confianza. Pero ¿en qué? ¿Quiénes son ellos para atreverse a recomendarla y qué han hecho para merecerla ellos mismos? Han escrito frases de un republicanismo muy pálido, impregnadas de un espíritu estrechamente burgués a tanto la línea. ¿Y cuántos pequeños Olliviers hay en germen entre ellos? ¿Qué hay de común entre ellos, defensores interesados y serviles de los intereses de la clase poseedora, explotadora, y el proletariado? ¿Han compartido alguna vez los sufrimientos de este mundo obrero al que se atreven desdeñosamente a dirigir sus amonestaciones y sus consejos? ¿Han simpatizado siquiera con él? ¿Han defendido jamás los intereses y derechos de los trabajadores contra la explotación burguesa? Muy al contrario, siempre que la gran cuestión del siglo, la cuestión económica, ha sido planteada, se hicieron los apóstoles de la doctrina burguesa, que condena al proletariado a la eterna miseria y a la eterna esclavitud, en provecho de la libertad y de la prosperidad material de una minoría privilegiada.

He ahí las gentes que se creen autorizadas para recomendar al pueblo confianza. Pero veamos, sin embargo, quién ha merecido y quién merece hoy esa confianza.

¿Será la burguesía? Pero, sin hablar del furor reaccionario que esa clase ha mostrado en junio de 1848 y de la cobardía complaciente y servil de que dió pruebas en los veinte años siguientes, bajo la presidencia lo mismo que bajo el imperio de Napoleón III; sin hablar de la explotación despiadada que hace pasar a sus bolsillos todo el producto del trabajo del pueblo, dejando apenas lo estricto a los desdichados asalariados; sin hablar de la avaricia insaciable y de esa atroz e inicua ambición que, al fundar la prosperidad de la clase burguesa sobre la miseria y sobre

la esclavitud económica del proletariado, hacen de ella el enemigo irreductible del pueblo, veamos cuáles pueden ser los derechos *actuales* de esa burguesía a la confianza de éste.

Las desgracias de Francia, ¿la habrán transformado repentinamente? ¿Se habrá vuelto francamente patriota, republicana, demócrata, popular y revolucionaria? ¿Habrá mostrado disposición a levantarse en masa y a dar su vida y su bolsa por la salvación de Francia? ¿Se habrá arrepentido de sus viejas iniquidades, de sus infames traiciones de ayer y de anteayer, y se habrá vuelto a echar francamente en brazos del pueblo, llena de confianza en él? ¿Se habrá puesto cordialmente a la cabeza de ese pueblo para salvar el país?

Amigo mío, basta, ¿no es cierto?, plantear estas preguntas para que todo el mundo, en vista de lo que pasa hoy, esté obligado a responder negativamente. ¡Ay!, la burguesía no se ha transformado, ni enmendado, ni arrepentido. Hoy como ayer, y aun más que ayer, desenmascarada por la luz reveladora que los acontecimientos vierten sobre los hombres tanto como sobre las cosas, se muestra dura, egoísta, ambiciosa, estrecha, tonta, a veces brutal y servil, feroz cuando cree poder serlo sin mucho peligro, como en las nefastas jornadas de junio, siempre prosternada ante la autocracia y la fuerza pública, de la que espera su salvación, y enemiga del pueblo eternamente y en todas las ocasiones.

La burguesía odia al pueblo precisamente a causa del mal que le ha hecho; lo odia porque ve en la miseria, en la ignorancia y en la esclavitud de este pueblo, su propia condena, porque sabe que ha merecido justamente el odio popular y porque se siente amenazada en su existencia, por ese odio que cada día se presenta más intenso y más irritado. Odia al pueblo porque le causa miedo; lo odia doblemente hoy porque, como único patriota sincero, despertado de su torpeza por la desgracia de esa Francia —que por lo demás no ha sido, como todas las patrias del mundo, más que una madrastra para él—, el pueblo se atreve a levantarse; se reconoce, se cuenta, se organiza, comienza a hablar alto, canta *La Marseillaise* en las calles, y por el ruido que hace, por las amenazas que profiere ya contra los traidores

de Francia, perturba el orden público, la conciencia y la quietud de los señores burgueses.

La confianza no se gana más que con la confianza. ¿Acaba de mostrar la burguesía la menor confianza en el pueblo? Lejos de ello. Todo lo que ha hecho, todo lo que hace, prueba al contrario que su desconfianza contra él ha sobrepasado todos los límites. Hasta el punto de que, en un momento en que el interés, la salvación de Francia exigen evidentemente que todo el pueblo esté armado, no ha querido darle armas. Habiéndole amenazado el pueblo con tomarlas por la fuerza, debió ceder. Pero después de haberle entregado los fusiles, hizo todos los esfuerzos posibles para que no se le dieran municiones. Debió ceder una vez más. Y ahora que el pueblo está armado, a los ojos de la burguesía se ha hecho más peligroso y más detestable.

Por odio y temor al pueblo, la burguesía no quiso y no quiere la república. No lo olvidemos nunca, querido amigo: en Lyon, en Marsella, en París, en todas las grandes ciudades de Francia, no es la burguesía, es el pueblo, son los obreros los que han proclamado la república. En París, no fueron siquiera los poco fervientes republicanos irreconciliables del Cuerpo legislativo, hoy casi todos miembros del Gobierno de Defensa Nacional, fueron los obreros de La Villette y de Belleville los que la proclamaron contra el deseo y la intención claramente expresada de esos singulares republicanos de la víspera. El espectro rojo, la bandera del socialismo revolucionario, el crimen cometido por los señores burgueses en junio, les han hecho pasar el gusto de la república. No olvidemos que el 4 de septiembre, habiendo encontrado los obreros de Belleville al señor Gambetta y habiéndolo saludado con el grito de “¡Viva la República!”, les respondió con estas palabras: “¡Viva Francia! *os digo yo*”.

El señor Gambetta, como todos los demás, no quería en absoluto la república. Quería mucho menos la revolución. Lo sabemos por todos los discursos que ha pronunciado desde que su nombre atrajo la atención pública. El señor Gambetta quiere llamarse estadista, *republicano prudente, moderado, conservador, racional y positivista* (1), pero tie-

(1) Ver su carta a *Le Progrès*, de Lyon. (Bakunin.)

ne horror a la revolución. Quiere gobernar al pueblo, pero no dejarse dirigir por él. Todos los esfuerzos de Gambetta y de sus colegas de la izquierda radical en el Cuerpo legislativo no han aspirado, el 3 y el 4 de septiembre, más que a un solo objetivo: evitar a toda costa la instalación de un gobierno salido de una revolución popular. En la noche del 3 al 4 de septiembre, se esforzaron de un modo inaudito para hacer aceptar a la derecha bonapartista y al ministerio Palikao el proyecto del señor Julio Favre, presentado la víspera y firmado por toda la izquierda radical, proyecto que no pedía más que la institución de una *Comisión gubernamental* nombrada legalmente por el Cuerpo legislativo, consintiendo en que los bonapartistas fuesen mayoría y no poniendo otra condición que la entrada en dicha comisión de algunos miembros de la izquierda radical.

Todas estas maquinaciones fueron rotas por el movimiento popular que estalló la noche del 4 de septiembre. Pero, en medio mismo de la sublevación de los obreros de París, cuando el pueblo había invadido las tribunas y la sala del Cuerpo legislativo, el señor Gambetta, fiel a su pensamiento sistemáticamente antirrevolucionario, recomendó todavía al pueblo que guardase silencio y respetase *la libertad de los debates (1)*, a fin de que no se pudiese decir que el gobierno, que debía salir del voto del Cuerpo legislativo, había sido constituido bajo la presión violenta del pueblo. Como un abogado verdadero, partidario de la ficción legal en todas las circunstancias, el señor Gambetta había pensado, sin duda, que un gobierno que hubiera sido nombrado por ese Cuerpo legislativo salido del fraude imperial y que encerraba las infamias más notorias de Francia, habría sido mil veces más importante y más respetable que un gobierno aclamado por la desesperación y por la indignación de un pueblo traicionado. Ese amor a la mentira constitucional había cegado al señor Gambetta de tal modo que no comprendió, no obstante su perspicacia, que nadie podría ni querría creer en la libertad de un voto emitido en semejantes circunstancias. Felizmente, la mayoría bonapartista, asustada por las manifestaciones cada vez más amenazadoras de la cólera y del desprecio populares, huyó; y el señor Gambetta, solo con sus colegas de la izquierda radical en la sala del Cuerpo legislativo, se vió obligado a renunciar,

contra su deseo, sin duda, a sus sueños de poder legal, y a soportar que el pueblo depositase en las manos de esa izquierda el poder revolucionario. Diré en seguida qué clase de uso miserable han hecho él y sus colegas, durante las cuatro semanas que transcurrieron desde el 4 de septiembre, del poder que les ha sido confiado por el pueblo de París para que provocasen en toda Francia una revolución salvadora, y del que ellos se sirvieron hasta el momento, al contrario, para paralizarla en todas partes.

Bajo este aspecto, el señor Gambetta y todos sus colegas del Gobierno de Defensa Nacional no han sido más que la justa expresión de los sentimientos y del pensamiento dominante de la burguesía. Reunid todos los burgueses de Francia y preguntadles lo que prefieren: la liberación de su patria por una revolución social, o el sometimiento al yugo de los prusianos. Si se atreven a ser sinceros, por poco que se encuentren en una posición que les permita decir su pensamiento sin peligro, las nueve décimas, ¡qué digo!, las noventa y nueve centésimas, o aun las novecientas noventa y nueve milésimas partes, os responderán sin vacilar que prefieren la subyugación a la revolución. Preguntadles aún si, suponiendo que el sacrificio de una parte considerable de sus bienes, de sus propiedades, de su fortuna mobiliaria e inmobiliaria sea necesaria para la salvación de Francia, se sienten dispuestos a hacer ese sacrificio, y si —para servirme de la figura retórica de Julio Favre— están decididamente dispuestos a dejarse enterrar bajo los escombros de sus ciudades y de sus casas antes que entregar éstas a los prusianos. Os responderán unánimemente que prefieren rescatarlas de los prusianos. ¿Creéis que si los burgueses de París no se encontrasen bajo la mirada y el brazo siempre amenazador de los obreros de París, hubiese opuesto esta ciudad a los prusianos una resistencia tan gloriosa?

* * *

¿Es que yo calumnio a los burgueses? Querido amigo, sabes bien que no. Y por lo demás existe ahora, a la vista y conocimiento de todo el mundo, una prueba irrefutable de la verdad, de la justicia de todas mis acusaciones contra la burguesía. La mala voluntad y la indiferencia de la bur-

guesía se han manifestado harto claramente en la cuestión del dinero. Todo el mundo sabe que la hacienda del país está arruinada, que no hay un céntimo en las cajas de ese Gobierno de Defensa Nacional que los señores burgueses parecen sostener ahora con un celo tan ardiente y tan interesado. Todo el mundo comprende que ese Gobierno no puede llenarlas por los medios ordinarios de los empréstitos y de los impuestos. Un gobierno irregular no halla crédito; en cuanto al rendimiento de los impuestos, se ha hecho nulo. Una parte de Francia, que comprende las provincias más industriales, más ricas, está ocupada y entregada al saqueo regulado por los prusianos. El comercio, la industria, todas las transacciones, en todas partes están detenidas. Las contribuciones directas, no dan nada o casi nada. Y esto en un momento en que Francia tendría necesidad de todos sus recursos y de todo su crédito para subvenir a los gastos extraordinarios, excesivos, gigantescos de la defensa nacional. Las personas menos habituadas a los negocios, deben comprender que, si Francia no encuentra inmediatamente dinero, mucho dinero, le será imposible continuar su defensa contra la invasión prusiana.

Nadie debería entender esto mejor que la burguesía, ella que pasa toda su vida en el manejo de los negocios y no reconoce otra potencia que la del dinero. Debería concebir también que, no pudiendo Francia procurarse ya, por los medios regulares del Estado, el dinero necesario para su salvación, está obligada, tiene el derecho y el deber de tomarlo donde se encuentre. ¿Y dónde se encuentra? Ciertamente, no en los bolsillos de ese miserable proletariado al que apenas deja la avaricia burguesa con qué alimentarse; está, pues, únicamente, exclusivamente, en las cajas de caudales de los señores burgueses. Ellos solos poseen el dinero necesario para la salvación de Francia. ¿Han ofrecido espontáneamente, libremente, tan sólo una pequeña parte?

Volveré, querido amigo, sobre este asunto del dinero, que es la cuestión principal cuando se trata de medir la sinceridad de los sentimientos, de los principios y del patriotismo burgueses. Regla general: ¿Queréis reconocer de un modo infalible si el burgués quiere sinceramente tal o cual cosa? Preguntadle si para obtenerla ha sacrificado dinero. Porque, estad seguros, cuando los burgueses quieren

alguna cosa con pasión, no retroceden ante ningún sacrificio de dinero. ¿No gastaron sumas inmensas para matar, para ahogar la República en 1848? Y más tarde, ¿no han votado con pasión cuantos impuestos y empréstitos Napoleón III les ha pedido, y no encontraron en sus cajas de caudales sumas fabulosas para suscribir todos esos empréstitos? En fin, proponedles, mostradles el medio de restablecer en Francia una buena monarquía, muy reaccionaria, muy fuerte y que les dé, con el querido orden público y la tranquilidad en las calles, la dominación económica, el precioso privilegio de explotar sin piedad ni vergüenza, legalmente, sistemáticamente, la miseria del proletariado, ¡y veréis si son avaros!

Prometedles sólo que una vez expulsados los prusianos del territorio de Francia se restablecerá esa monarquía, sea con Enrique V, sea con un duque de Orleans, sea con un retoño del infame Bonaparte, y persuadíos de que sus cajas de caudales se abrirán inmediatamente y de que encontrarán todos los medios necesarios para la expulsión de los prusianos. Pero se les promete la república, el reino de la democracia, la soberanía del pueblo, la emancipación de la canalla popular, y no quieren ni vuestra república ni esa emancipación a ningún precio, y lo demuestran teniendo sus arcas cerradas, no sacrificando ni un céntimo.

Sabes mejor que yo, querido amigo, cuál ha sido la suerte de ese desgraciado empréstito abierto para la organización de la defensa de Lyon por la Municipalidad de esta ciudad. ¿Cuántos suscriptores hubo? Tan pocos, que los predicadores del patriotismo burgués se muestran humillados, desolados y desesperados.

¡Y se recomienda al pueblo que tenga confianza en esa burguesía! La burguesía tiene el cinismo de pedir esa confianza, ¡qué digo!, de exigirla. Pretende gobernar y administrar por sí sola toda esta República, que en el fondo de su corazón maldice. En nombre de la República, esfuerzase por restablecer y reforzar su autoridad y su dominación exclusivas, quebrantadas por un momento. Se apoderó de todas las funciones, ha ocupado todos los puestos, no dejando sino algunos libres para los obreros tráfugas que se consideran felices al sentarse entre los señores burgueses. ¿Y qué uso hacen del Poder de que se apoderaron así? Pue-

de juzgarse de ello al considerar los actos de vuestra Municipalidad.

Pero —se dirá— no tenéis el derecho de atacar a la Municipalidad; porque, nombrada después de la revolución, por la elección directa del pueblo mismo, es el producto del sufragio universal. Por esta causa debe seros sagrada.

* * *

Confieso, querido amigo, que no comparto, de ningún modo, la devoción supersticiosa de vuestros burgueses radicales o de vuestros republicanos burgueses por el sufragio universal. En otra carta expondré las razones por las que no me entusiasmo por él. Básteme dejar aquí sentada en principio una verdad que me parece incontestable y que no me será difícil demostrar después, tanto por el razonamiento como por un gran número de hechos tomados en la vida política de todos los países que gozan en la hora actual de instituciones democráticas y republicanas, a saber: *que el sufragio universal, mientras sea ejercido en una sociedad en que el pueblo, la masa de los trabajadores, esté económicamente dominado por una minoría detentadora de la propiedad y del capital, por independiente que sea por otra parte o que lo parezca desde el punto de vista político, no podrá nunca producir más que elecciones ilusorias, antidemocráticas y absolutamente opuestas a las necesidades, a los instintos y a la voluntad real de las poblaciones.*

Todas las elecciones que se hicieron directamente por el pueblo en Francia desde el golpe de Estado de diciembre, ¿no han sido diametralmente contrarias a los intereses de ese pueblo, y la última votación sobre el plebiscito imperial, no ha dado siete millones de "Sí" al Emperador? Se dirá, tal vez, que el sufragio universal nunca fué ejercido libremente bajo el Imperio, pues estaban proscriptas la libertad de prensa, la de asociación y la de reunión, y el pueblo estaba entregado sin defensa a la acción corruptora de una Prensa estipendiada y de una Administración infame. Sea; pero las elecciones de 1848 para la Constituyente y para la presidencia, y las de mayo de 1849 para la Asamblea legislativa, fueron absolutamente libres; tal creo. Se hicieron fuera de toda presión o intervención oficial, en las

condiciones de la más absoluta libertad. Y sin embargo, ¿qué han producido? Nada más que la reacción.

"Uno de los primeros actos del Gobierno provisional —dijo Proudhon (1)—, aquel que se ha aplaudido más, es la aplicación del sufragio universal. El mismo día en que el decreto fué promulgado, nosotros escribimos estas propias palabras que podían pasar entonces por una paradoja: *El sufragio universal es la contrarrevolución*. Se puede juzgar, después de su advenimiento, si nos hemos engañado. Las elecciones de 1848 han sido hechas, en su inmensa mayoría, por los sacerdotes, por los legitimistas, por los dinásticos, por todo lo que Francia encierra de más reaccionario, de más retrógrado. No podía suceder de otro modo."

No, eso no podía ocurrir y aun no ocurrirá de otro modo. Mientras la desigualdad de las condiciones económicas y sociales de la vida continúen prevaleciendo en la organización de la sociedad; mientras la sociedad esté dividida en dos clases, de las cuales una, la clase explotadora y privilegiada, goce de todas las ventajas de la fortuna, de la instrucción y del ocio, y la otra, que compone toda la masa del proletariado, no tenga por patrimonio más que el trabajo manual aplastador y forzado, la ignorancia y la miseria y su obligado cortejo, la esclavitud, no de derecho sino de hecho.

Sí, la esclavitud, porque por amplios que sean los derechos políticos que concedáis a esos millones de proletarios asalariados, verdaderos forzados del hambre, no llegaréis nunca a sustraerlos a la influencia perniciosa, a la dominación natural de los diversos representantes de la clase privilegiada, desde el sacerdote hasta el republicano burgués más jacobino, más rojo; representantes que, por divididos que parezcan o que estén realmente entre sí en las cuestiones políticas, no están menos unidos en un interés común y supremo: el de la explotación de la miseria, de la ignorancia, de la inexperiencia política y de la buena fe del proletariado en beneficio de la dominación económica de la clase poseedora.

¿Cómo el proletariado de los campos y de las ciudades podrá resistir a las intrigas de la política clerical, nobiliaria

(1) *Idées révolutionnaires* (Bakunin.)

y burguesa? No tiene para defenderse más que un arma, su instinto, que tiende casi siempre a lo verdadero y a lo justo, porque él es la principal si no la única víctima de la iniquidad y de todas las mentiras que reinan en la sociedad actual, y porque, oprimido por el privilegio, reclama naturalmente, la igualdad para todos.

Pero el instinto no es un arma suficiente para salvar al proletariado contra las maquinaciones reaccionarias de las clases privilegiadas. El instinto, abandonado a sí mismo, mientras no está transformado en conciencia reflexiva, en un pensamiento claramente determinado, se deja desorientar fácilmente, falsear y engañar. Pero le es imposible elevarse a la conciencia de sí mismo sin la ayuda de la instrucción, de la ciencia; y la ciencia, el conocimiento de los negocios y de los hombres, la experiencia política, faltan completamente al proletariado. La consecuencia es fácil de deducir: el proletariado quiere una cosa; los hombres hábiles, aprovechando su ignorancia, le hacen hacer otra, sin que él se dé cuenta de que hace todo lo contrario de lo que quiere; y cuando al fin se percata, es de ordinario demasiado tarde para reparar el mal que ha hecho y del cual es siempre, naturalmente, necesariamente, la primera y principal víctima.

Así es cómo los sacerdotes, los grandes propietarios y toda esa Administración bonapartista que, gracias al *dolce far niente* criminal del Gobierno que se intitula de Defensa Nacional (1), puede continuar tranquilamente hoy su propaganda imperialista en los campos; así es como todos esos factores de la reacción franca, aprovechándose de la ignorancia crasa del campesino de Francia, tratan de sublevarlo contra la República en favor de los prusianos. ¡Y lo consiguen! Porque, ¿no vemos a las comunas, no ya abrir las puertas a los prusianos, sino denunciar y expulsar a los cuerpos francos que acuden para ayudarlas?

¿Habrán cesado los campesinos de Francia de ser franceses? De ningún modo. Pienso que en ninguna parte el patriotismo, tomado en el sentido más estrecho y más exclusivo de la palabra, se ha conservado tan poderoso y tan

(1) ¿No sería más justo calificarlo de Gobierno de la ruina de Francia? (Bakunin.)

sincero como entre ellos; porque, más que las otras partes de la población, tienen ese apego al suelo, el culto a la tierra, que constituye la base esencial del patriotismo. ¿Cómo es que no quieren o que vacilan aún en levantarse para defender esa tierra contra los prusianos? ¡Ah!, es porque fueron engañados y lo son todavía. Por una propaganda maquiavélica, comenzada en 1848 por los legitimistas y por los orleanistas, de común acuerdo con los republicanos moderados, como el señor Julio Favre y compañía, y después continuada, con mucho más éxito, por la Prensa y la Administración bonapartista, se ha llegado a convencerlos de que los obreros socialistas, los del reparto, no piensan en nada menos que en confiscar sus tierras; que sólo el Emperador ha querido y pudo defenderlos contra esa expoliación, y que, para vengarse, los revolucionarios socialistas lo han entregado a él y a su ejército a los prusianos; pero que el Rey de Prusia acaba de reconciliarse con el Emperador y que lo volverá a traer victorioso para restablecer el orden en Francia.

Esto es muy estúpido, pero es así. En muchas, mejor dicho, en la mayoría de las provincias francesas, el campesino cree sinceramente en todo eso. Y esa es la única razón de su inercia y de su hostilidad contra la República. Es una gran desgracia, porque es claro que si los campos quedan inertes, si los campesinos de Francia, unidos a los obreros de las ciudades, no se levantan en masa para expulsar a los prusianos, Francia está perdida. Por grande que sea el heroísmo que desplieguen las ciudades —y es preciso que todas desplieguen mucho—, las ciudades, separadas de los campos, estarán aisladas como oasis en el desierto. Deberán sucumbir forzosamente.

* * *

Si una cosa prueba a mis ojos la profunda inepticia de este singular Gobierno de Defensa Nacional, es que, desde el primer día de su advenimiento al Poder, no ha tomado inmediatamente todas las medidas necesarias para instruir a los campesinos sobre el estado actual de las cosas y para provocar, suscitar por todas partes la sublevación armada de los campesinos. ¿Era tan difícil comprender esta cosa

tan simple, tan evidente para todo el mundo, que de la sublevación en masa de los campesinos, unida a la del pueblo de las ciudades, ha dependido y depende aún la salvación de Francia? Pero el Gobierno de París y de Tours, ¿ha dado hasta hoy un solo paso, ha tomado una sola medida para provocar el levantamiento de los campesinos? Nada hizo para sublevarlos, pero, al contrario, lo hizo todo para imposibilitar esa sublevación. Tal es su locura y su crimen: locura y crimen que pueden matar a Francia.

Ha hecho imposible la sublevación de los campos, manteniendo en todas las comunas de Francia la administración municipal del Imperio: los mismos alcaldes, jueces de paz, guardas rurales, sin olvidar los señores curas que no han sido escogidos, instituidos y protegidos por los señores prefectos y subprefectos, tanto como por los obispos imperiales, más que con un solo fin: el de servir contra todos y contra todo, contra los intereses de Francia incluso, los intereses de la dinastía; esos mismos funcionarios que han hecho las elecciones del Imperio, comprendido el último plebiscito, y que en el mes de agosto último, bajo la dirección del señor Chevreu, ministro del Interior en el Gobierno Palikao, habían promovido contra los liberales y los demócratas de todo color, en favor de Napoleón III, en el mismo momento en que éste entregaba Francia a los prusianos, una cruzada sangrienta, una propaganda atroz, difundiendo en todas las comunas la calumnia tan ridícula como odiosa de que los republicanos, después de haber llevado al Emperador a la guerra, se aliaron contra él con los soldados de Alemania.

Tales son los hombres que la mansedumbre o la estupidez igualmente criminales del Gobierno de Defensa Nacional han dejado hasta hoy a la cabeza de las comunas rurales de Francia. Esos hombres, de tal modo comprometidos y para quienes todo retroceso se hizo imposible, ¿pueden retractarse ahora y —cambiando repentinamente de dirección, de opinión, de palabras— obrar como partidarios sinceros de la República y de la salvación de Francia? Los campesinos se les reirían en la cara. Están, pues, obligados hoy a obrar y a hablar como lo hicieron ayer, forzados a defender y a abogar por la causa del Emperador contra la República, de la dinastía contra Francia, y de los prusianos, hoy aliados

del Emperador y de su dinastía, contra la defensa nacional. He aquí lo que explica por qué todas las comunas, lejos de resistir a los prusianos, les abren sus puertas.

Lo repito aún: es una gran vergüenza, una gran desgracia y un inmenso peligro para Francia, y toda la culpa recae sobre el Gobierno de Defensa Nacional. Si las cosas continúan marchando así, si no se cambia pronto la disposición de los campos, si no se subleva a los campesinos contra los prusianos, Francia está irremediablemente perdida.

Pero, ¿cómo sublevarlos? He tratado esta cuestión ampliamente en otro folleto (1). Aquí no diré sino muy pocas palabras. La primera condición, sin duda, es la revocación inmediata y en masa de todos los funcionarios comunales actuales, porque mientras estos bonapartistas queden en su puesto, no habrá nada que hacer. Pero esta revocación sola sería una medida negativa. Es absolutamente necesaria, pero no es suficiente. Sobre el campesino, naturaleza desconfiada como no hay otra, no se puede obrar eficazmente más que por medios positivos. Baste decir que los decretos y las proclamas, aunque estén firmadas por todos los miembros —que le son por otra parte completamente desconocidos— del Gobierno de Defensa Nacional, lo mismo que los artículos de los periódicos, no le causan ningún efecto. El campesino no lee. Ni su imaginación ni su corazón están abiertos a las ideas, cuando estas últimas se presentan bajo una forma literaria y abstracta; para que las aprehenda, se le deben manifestar por la palabra viva de los hombres y por la potencia de los hechos. Entonces escucha, comprende y acaba por dejarse convencer.

¿Hay que enviar a los campos propagandistas, apóstoles de la República? El medio no sería malo; sólo que presenta una dificultad y dos peligros. La dificultad consiste en esto: el Gobierno de Defensa Nacional, tanto más celoso de su poder cuanto que ese poder es nulo, y fiel a su desgraciado sistema de centralización política, en una situación en que esa centralización se ha hecho absolutamente imposible, querrá elegir y nombrar él mismo todos los apóstoles, o bien encargará de esta tarea a sus nuevos prefectos y comisarios

(1) *Cartas a un francés sobre la crisis actual*, septiembre de 1870. (Bakunin.)

extraordinarios, pertenecientes todos o casi todos a la misma religión política que él (es decir, que todos o casi todos no son más que republicanos burgueses, abogados o redactores de periódicos, adoradores, sea platónicos —y éstos son los mejores, pero no los más sensatos—, sea interesados de una república de la que recibieron la idea, no en la vida, sino en los libros, y que promete a los unos la gloria con la palma del martirio, a los otros carreras brillantes y puestos lucrativos; por lo demás, son muy moderados, los republicanos *conservadores, racionales y positivistas*, como el señor Gambetta, y, como tales, enemigos encarnizados de la revolución y del socialismo y adoradores incondicionales del poder de Estado).

Estos honorables funcionarios de la nueva República no querrán, naturalmente, enviar a los campos como misioneros más que a hombres de su propio temple y que compartan absolutamente sus convicciones políticas. Serían necesarios para toda Francia cuando menos algunos millares. ¿Dónde diablos los encontrarán? ¡Los republicanos burgueses son hoy tan raros, aun entre la juventud! Tan raros, que en una ciudad como Lyon, por ejemplo, no se encuentran bastantes para llenar las funciones más importantes y que únicamente deberían ser confiadas a republicanos sinceros.

El primer peligro consiste en esto: que, aun cuando los prefectos y subprefectos encontrasen en sus respectivos departamentos un número suficiente de jóvenes para llenar el oficio de propagandistas en los campos, esos misioneros nuevos serían necesariamente casi siempre y en todas partes inferiores, por su inteligencia revolucionaria y por la energía de sus caracteres, a los prefectos y a los subprefectos que les enviasen, como estos últimos son también evidentemente inferiores a esos hijos degenerados o más o menos castrados de la Gran Revolución que, llenando hoy las supremas funciones de miembros del Gobierno de Defensa Nacional, se han atrevido a recibir en sus débiles manos los destinos de Francia. Descendiendo así más y más, de la impotencia a la más grande impotencia, no se encontrará nada mejor para enviar como propagandistas de la República a los campos que republicanos del género del señor Andrieux, procurador de la República, o del señor Eugenio Veron, redactor del *Progrès* de Lyon; hombres

que, en nombre de la República, harán propaganda para la reacción. ¿Piensas, querido amigo, que esto puede dar a los campesinos el gusto de la República?

¡Ayl, temo lo contrario. Entre los pálidos adoradores de la república burguesa, de aquí en adelante imposible, y el campesino de Francia, no *positivista y racional* como el señor Gambetta, pero muy positivo y lleno de buen sentido, no hay nada de común. Aunque estuviesen animados de las mejores disposiciones del mundo, verán fracasar toda su retórica literaria, doctrinaria y abogacil ante el mutismo astuto de estos rudos trabajadores de los campos. No es cosa imposible, pero es muy difícil apasionar a los campesinos. Para ello es preciso ante todo llevar en sí mismo esa pasión profunda y poderosa que remueve las almas y provoca y produce lo que en la vida ordinaria, en la existencia monótona de cada día se llaman milagros; milagros de abnegación, de sacrificio, de energía y de acción triunfal. Los hombres de 1792 y de 1793, Danton sobre todo, tenían esa pasión, y con ella y por ella tuvieron la potencia de esos milagros. Tenían el diablo en el cuerpo, y habían conseguido meter el diablo en el cuerpo a toda la nación; o más bien, fueron ellos mismos la expresión más enérgica de la pasión que animaba a la nación.

Entre todos los hombres de hoy y de ayer que componen el partido radical burgués de Francia, ¿habéis encontrado o sólo oído hablar de uno de quien se pueda decir que lleva en su corazón algo que se acerque al menos un poco a esa pasión y a esa fe que animaron a los hombres de la Gran Revolución? No hay uno siquiera, ¿no es cierto? Más tarde os expondré las razones a las que debe atribuirse, según mi opinión, esa desoladora decadencia del republicanismo burgués. Me contento ahora con comprobarlo y con afirmar en general, cosa que demostraré más tarde, que el republicanismo burgués ha sido intelectual y moralmente castrado, se ha vuelto estúpido, impotente, falso, cobarde, reaccionario y ha sido definitivamente rechazado como tal de la realidad histórica por la aparición del socialismo revolucionario.

Hemos estudiado juntos, querido amigo, a los representantes de ese partido en el mismo Lyon. Los hemos visto en la práctica. ¿Qué han dicho, qué han hecho, qué hacen

en medio de la crisis terrible que amenaza devorar a Francia? Nada más que la miserable y la pequeña reacción. No se atreven siquiera a hacer la reacción en grande escala. Dos semanas han bastado para demostrar al pueblo de Lyon que entre los autoritarios de la república y los de la monarquía no hay más diferencia que la del nombre. Es la misma ambición de un poder que detesta y teme el examen popular, la misma desconfianza en el pueblo, el mismo entusiasmo y las mismas complacencias ante las clases privilegiadas. Y sin embargo, el señor Challemel-Lacour, prefecto, y hoy, gracias a la servil cobardía de la Municipalidad de Lyon, convertido en el dictador de esta ciudad, es un amigo íntimo del señor Gambetta, su querido elegido, el delegado confidencial y la fiel expresión de los más íntimos pensamientos del gran republicano, de ese *hombre viril*, de quien espera hoy Francia, estúpidamente, su salvación. Y sin embargo, el señor Andrieux —hoy procurador de la República, y procurador digno de ese nombre, porque promete sobrepasar pronto, por su celo ultrajurídico y por su amor desmesurado al orden público, a los procuradores más celosos del Imperio— se había presentado bajo el régimen precedente como un librepensador, como el enemigo fanático de los sacerdotes, como un partidario abnegado del socialismo y como un amigo de la Internacional. Hasta creó que, pocos días antes de la caída del Imperio, ha tenido el insigne honor de ser encarcelado por esa causa y que ha sido sacado en triunfo de la prisión por el pueblo de Lyon.

¿Cómo es que estos hombres han cambiado y que, revolucionarios ayer, se han convertido en reaccionarios tan decididos hoy? ¿Será este el efecto de una ambición satisfecha? ¿Será que, encontrándose hoy colocados, merced a una revolución popular, bastante lucrativamente, bastante altos, se preocupan más que de otra cosa de la conservación de sus puestos? ¡Ah!, sin duda el interés y la ambición son poderosos móviles y han depravado a muchas gentes, pero no pienso que dos semanas de Poder hayan podido bastar para corromper los sentimientos de estos nuevos funcionarios de la República. ¿Habrán engañado al pueblo, presentándosele, bajo el Imperio, como partidarios de la revolución? Francamente, no puedo creerlo; no han querido engañar a nadie, pero se han engañado ellos mismos por su

propia cuenta, imaginándose que eran revolucionarios. Habían tomado su odio muy sincero, si no muy enérgico ni muy apasionado, contra el Imperio, por un amor violento a la revolución, e, ilusionados en sí mismos, no se daban cuenta de que eran partidarios de la República y reaccionarios al mismo tiempo.

“El pensamiento reaccionario que el pueblo no olvida nunca —dice Proudhon (1)— ha sido concebido en el mismo seno del partido republicano”. Y después añade que ese pensamiento nace en su “celo gubernamental”, quisquilloso, meticuloso, fanático, policíaco y tanto más despótico cuanto que se cree autorizado a todo, pues su despotismo tiene siempre por pretexto la salvación de la República y de la libertad.

Los republicanos burgueses identifican injustamente su república con la libertad. Esa es la fuente de sus ilusiones cuando se encuentran en la oposición, de sus decepciones y de sus inconsecuencias cuando tienen en sus manos el Poder. Su república está fundada sobre esa idea del poder y de un gobierno fuerte, de un gobierno que debe mostrarse tanto más enérgico y poderoso cuanto que ha salido de la elección popular; y no quieren comprender esta verdad, sin embargo tan sencilla y confirmada por la experiencia de todos los tiempos y de todos los países: que todo poder organizado, establecido, que actúe sobre el pueblo, excluye necesariamente la libertad del pueblo. No teniendo el Estado político otra misión que la de proteger la explotación del trabajo del pueblo para las clases económicamente privilegiadas, el poder del Estado sólo puede ser compatible con la libertad exclusiva de esas clases cuyos intereses representa, y por la misma razón debe ser contrario a la libertad del pueblo. Quien dice Estado o Poder, dice dominación; pero toda dominación presupone la existencia de masas dominadas. El Estado, por consiguiente, no puede tener confianza en la acción espontánea y en el movimiento libre de las masas, cuyos intereses más caros son contrarios a su existencia. Es su enemigo natural, el opresor obligado y debe obrar siempre como tal, cuidándose bien de no confesarlo.

(1) *Idée générale de la Revolution.* (Bakunin.)

He aquí lo que la mayor parte de los jóvenes partidarios de la república autoritaria o burguesa no comprenden mientras están en la oposición, en tanto que no han experimentado la detentación del Poder. Porque detestan desde el fondo de su corazón, con toda la pasión de que esas pobres naturalezas bastardas, enervadas, son capaces, el despotismo monárquico, se imaginan que detestan el despotismo en general; porque quisieran tener el poder y el valor para derribar un trono, se creen revolucionarios; y no se imaginan que no es al despotismo a quien odian, sino sólo a su forma monárquica, y que este despotismo, por poco que revista la forma republicana, encontrará sus más celosos defensores en ellos mismos.

Ignoran que el despotismo no está tanto en la *forma* del Estado o del Poder, como en el *principio* del Estado y del poder político mismo, y que, por consiguiente, el Estado republicano debe ser por su esencia tan despótico como el Estado gobernado por un emperador o por un rey. Entre estos dos Estados no hay más que una sola diferencia real. Ambos tienen igualmente por base esencial y por fin el sometimiento económico de las masas en beneficio de las clases poseedoras. Pero difieren en esto: en que para llegar a este fin, el poder monárquico, que en nuestros días tiende fatalmente a transformarse en todas partes en dictadura militar, no admite la libertad de ninguna clase, ni la de aquella a quien protege en detrimento del pueblo. Quiere y está forzado a servir los intereses de la burguesía, pero sin permitirle intervenir de un modo serio en el gobierno de los asuntos del país.

Este sistema, cuando está aplicado por manos inhábiles o por deshonestos, o cuando pone en oposición demasiado flagrante los intereses de una dinastía con los de los explotadores de la industria y del comercio del país, como acaba de suceder en Francia, puede comprometer gravemente los intereses de la burguesía. Presenta otra gran desventaja, muy grave, desde el punto de vista de los burgueses: les hiere en su vanidad y en su orgullo. Los protege, es verdad, y les ofrece, desde el punto de vista de la explotación del trabajo popular, una seguridad perfecta; pero al mismo tiempo los humilla al establecer límites estrechos a su manía palabarrera y, cuando se atreven a protestar, los maltrata.

Esto impaciente, naturalmente, a la parte más ardiente, si queréis la más generosa y menos reflexiva de la clase burguesa, y así es como se forma en su seno, como odio a esa opresión, el partido republicano burgués.

¿Qué quiere este partido? ¿La abolición del Estado? ¿El fin de la explotación de las masas populares, oficialmente protegida y garantizada por el Estado? ¿La emancipación real y completa para todos por medio de la emancipación económica del pueblo? Nada de eso. Los republicanos burgueses son los enemigos más encarnizados y más apasionados de la revolución social. En los momentos de crisis política, cuando tienen necesidad del brazo potente del pueblo para derribar un trono, condescienden hasta prometer mejoramientos *materiales* a esa clase *tan interesante* de los trabajadores; pero como, al mismo tiempo, están animados de la más firme resolución de conservar y mantener todos los principios, todas las *bases sagradas* de la sociedad actual, todas esas instituciones económicas y jurídicas que tienen por consecuencia necesaria la servidumbre real del pueblo, sus promesas, naturalmente, quedan en agua de borrajas. El pueblo, decepcionado, murmura, amenaza, se rebela, y entonces, para contener la explosión del descontento popular, se ven forzados, como revolucionarios burgueses, a recurrir a la represión omnipotente del Estado. De donde resulta que el Estado republicano es tan opresivo como el Estado monárquico; sólo que no lo es para las clases poseedoras, no lo es más que contra el pueblo exclusivamente.

Ninguna forma de gobierno hubiese sido tan favorable a los intereses de la burguesía, ni tan amada de esta clase, como la república si tuviese en la situación económica actual de Europa el poder de mantenerse contra las aspiraciones socialistas cada vez más amenazadoras de las masas obreras. De lo que el burgués duda, por tanto, no es de la bondad de esa república, que está completamente en su favor; es de su potencia como Estado, o de su capacidad de mantenerse y de protegerlo contra las rebeliones del proletariado. No hay un burgués que no os diga: "La república es una cosa hermosa, sólo que es imposible; no puede durar, porque no encontrará nunca en sí la potencia necesaria para constituirse en Estado serio, respetable, capaz de hacerse respetar y de hacernos respetar ante las masas". Adorando

la república con un amor platónico, el burgués tiende, por consiguiente, a ponerse siempre bajo la protección de una dictadura militar que detesta, que lo desprecia, que lo humilla y que acaba siempre por arruinarlo tarde o temprano, pero que al menos le ofrece todas las condiciones de la fuerza, de la tranquilidad en las calles y del orden público.

Esta predilección fatal de la inmensa mayoría de la burguesía hacia el régimen del sable, constituye la desesperación de los republicanos burgueses. Por eso han hecho y hacen hoy precisamente esfuerzos *sobrehumanos* para hacerle amar la república, para demostrarle que, lejos de perjudicar los intereses de la burguesía, les será, al contrario, completamente favorable, lo que equivale a decir que estará siempre en contra de los intereses del proletariado, y que tendrá toda la fuerza necesaria para imponer al pueblo el respeto a las leyes que garantizan la tranquila dominación económica y política de los burgueses.

Tal es hoy la preocupación principal de todos los miembros del Gobierno de Defensa Nacional, lo mismo que la de todos los prefectos, subprefectos, abogados de la República y de los comisarios generales que han sido delegados a los departamentos. No se trata tanto de defender a Francia contra los prusianos como de demostrar a los burgueses que ellos, republicanos y detentadores actuales del poder del Estado, tienen toda la buena voluntad y toda la potencia deseada para contener las revueltas del proletariado. Colocaos en ese punto de vista y comprenderéis todos los actos, de otro modo incomprensibles, de estos singulares defensores y salvadores de Francia.

Animados de este espíritu y persiguiendo este fin, son, forzosamente, impulsados hacia la reacción. ¿Cómo podrían servir y provocar la revolución, aunque la revolución sea, como lo es evidentemente hoy, el único medio de salvación que le queda a Francia? Estas gentes que llevan la muerte oficial y la parálisis de toda la acción popular en sí mismos, ¿cómo habrían de llevar la vida y el movimiento a los campos? ¿Qué podrían decir a los campesinos para sublevarlos contra la invasión de los prusianos, en presencia de esos curas, de esos jueces de paz, de esos alcaldes y de esos guardias rurales bonapartistas, a quienes su amor desmesurado al orden público les ordena respetar y que hacen en los

campos, y continuarán haciendo, de la mañana a la noche y armados de una influencia y de una potencia de acción mucho más eficaces que la suya, una propaganda absolutamente contraria? ¿Se esforzarán por conmover a los campesinos a fuerza de frases, cuando todos los hechos serán opuestos a esas frases?

Sabedlo bien: el campesino odia todos los gobiernos. Los soporta por prudencia; les paga regularmente los impuestos y tolera que le quiten sus hijos para hacerlos soldados, porque no ve cómo podría obrar de otro modo, y no presta ayuda a ningún cambio porque se dice que todos los gobiernos se equivalen y que el gobierno nuevo, sea cualquiera que sea su nombre, no será mejor que el antiguo, y porque quiere evitar los riesgos y los gastos de un cambio inútil. Por lo demás, de todos los regímenes, el gobierno republicano le es el más odioso, porque le recuerda los céntimos adicionales de 1848 primero, y luego, durante los veinte años siguientes, hubo quien se ocupó de ennegrecerlo en su opinión. Es su bestia negra, porque representa a sus ojos el régimen de la violencia sofrenada, sin ventaja alguna, al contrario, con la ruina material. La República, para él, es el reino de lo que detesta más que otra cosa cualquiera: la dictadura de los abogados y de los burgueses de la ciudad, y, dictadura por dictadura, tiene el mal gusto de preferir la del sable.

¿Cómo esperar entonces que los representantes oficiales de la República puedan convertirlo a la República? Cuando se sienta más fuerte, se burlará de ellos y los expulsará de su aldea; y cuando sea más débil, se encerrará en su mutismo y en su inercia. Enviar republicanos burgueses, abogados o redactores de periódicos a los campos, para hacer allí propaganda en favor de la República, sería, pues, dar el golpe de gracia a la República.

¿Qué hacer entonces? No hay más que un solo medio, es el de revolucionar los campos tanto como las ciudades. ¿Y quién puede hacerlo? La única clase que lleva hoy en su seno realmente, francamente, la revolución: la clase de los trabajadores de las ciudades.

Pero, ¿cómo se las arreglarán los trabajadores para revolucionar los campos? ¿Enviarán a cada aldea obreros aislados como apóstoles de la República? Pero, ¿de dónde saca-

rán el dinero necesario para cubrir los gastos de esa propaganda? Es verdad que los señores prefectos, los subprefectos y los comisarios generales podrían enviarlos a expensas del Estado. Pero, entonces, no serían ya delegados del mundo obrero, sino del Estado, lo cual cambiaría singularmente su carácter, su misión y la naturaleza misma de su propaganda, que se convertiría por eso, no en una propaganda revolucionaria, sino forzosamente reaccionaria; porque la primera cosa que estarían obligados a hacer, sería inspirar a los campesinos la confianza en todas las autoridades nuevamente establecidas o conservadas por la República, por lo tanto también la confianza en esas autoridades bonapartistas cuya acción malhechora continúa pesando aún sobre los campos. Por lo demás, es evidente que los señores subprefectos, prefectos y los comisarios generales, de acuerdo con esa ley natural que hace preferir a cada uno lo que concuerda con él y no lo que le es contrario, elegirían para llenar esa misión de propagadores de la República los obreros menos revolucionarios, los más dóciles o los más complacientes. Esto sería siempre la reacción bajo la forma obrera; y, ya lo hemos dicho, sólo la revolución puede revolucionar los campos.

En fin, es preciso añadir que la propaganda individual, aunque fuese ejercida por los hombres más revolucionarios del mundo, no podría tener una influencia mayor sobre los campesinos. La retórica, para ellos, no tiene encanto, y las palabras, cuando no son la manifestación de la fuerza y no van acompañadas inmediatamente por los hechos, no son para ellos más que palabras. El obrero que sólo vaya a pronunciar discursos a una aldea, correrá el riesgo de ser bafado y expulsado como un burgués.

¿Qué hacer, pues?

Es preciso enviar a los campos, como propagandistas de la revolución, cuerpos de francotiradores.

Regla general: Quien quiera propagar la revolución, debe ser él mismo francamente revolucionario. Para sublevar a los hombres, es preciso tener el diablo en el cuerpo; de otro modo, no se hace más que pronunciar discursos que abortan, sólo se produce un ruido estéril, no hechos. Por consiguiente, ante todo, los cuerpos francos propagandistas deben estar revolucionariamente inspirados y organizados; deben

llevar la revolución en su seno, para poder provocarla y suscitarla a su alrededor; además, deben trazarse un sistema, una línea de conducta conforme al fin que se proponen.

¿Cuál es ese fin? No es el de imponer la revolución a los campos, sino el de provocarla y el de suscitarla. Una revolución impuesta, sea por decretos oficiales, sea a mano armada, no es la revolución, sino la contrarrevolución, porque provoca necesariamente la reacción. Al mismo tiempo, los cuerpos francos deben presentarse a los campos como una fuerza respetable y capaz de hacerse respetar; no para violentar a los campesinos, sino para quitarles la gana de reír y de maltratarlos antes de haberlos escuchado, lo que podría suceder a los propagandistas individuales y no acompañados de una fuerza respetable. Los campesinos son un poco toscos, y las naturalezas toscas se dejan arrastrar fácilmente por el prestigio y por las manifestaciones de fuerza, salvo la contingencia de rebelarse después contra ella, si esa fuerza les impone condiciones demasiado contrarias a sus instintos y a sus intereses.

He aquí de lo que los cuerpos francos deben guardarse bien. No deben imponer nada, sino suscitarlo todo. Lo que pueden y lo que deben naturalmente hacer es desviar desde el principio cuanto pudiera obstaculizar el éxito de la propaganda. Así, deben empezar por quebrar toda la Administración municipal, necesariamente infestada de bonapartismo, cuando no de legitimismo o de orleanismo; atacar y expulsar y, en caso de necesidad, arrestar a todos los señores funcionarios comunales, lo mismo que a todos los grandes propietarios reaccionarios, y al señor cura con ellos, *por ninguna otra causa que por su connivencia con los prusianos*. La Municipalidad legal debe ser reemplazada por un Comité revolucionario formado por un pequeño número de campesinos, los más enérgicos y los más sinceramente convertidos a la revolución.

Pero antes de constituir este comité es preciso haber producido una conversión real en la disposición, si no de todos los campesinos, al menos de la gran mayoría. Es preciso que esa mayoría se apasione por la revolución. ¿Cómo producir ese milagro? Por el interés. El campesino francés es avaricioso, se dice; pues bien, es preciso que su misma avaricia

se interese en la revolución. Hay que ofrecerle y darle inmediatamente grandes ventajas materiales.

* * *

No hay que protestar contra la inmoralidad de un sistema semejante. En el tiempo que corre y en presencia de los ejemplos que nos dan todos los graciosos potentados que tienen en sus manos los destinos de Europa, sus gobiernos, sus generales, sus ministros, sus altos y bajos funcionarios, y todas las clases privilegiadas, clero, nobleza, burguesía, se incurriría verdaderamente en una equivocación al rebelarse contra él. Sería inútil hipocresía. Los intereses lo gobiernan hoy todo, lo explican todo. Y puesto que los intereses materiales y la avaricia de los campesinos pierden hoy a Francia, ¿por qué no habrían de salvarla los intereses y la avaricia de los campesinos? Tanto más cuanto que la salvaron ya una vez, en 1792.

Escuchad lo que dice sobre este asunto el gran historiador de Francia, Michelet, al que ciertamente nadie acusará de ser un materialista inmoral (1):

No hubo nunca una labor como la de octubre del 91, aquella en que el labrador, seriamente advertido por Varennes y Pillnitz, pensó por primera vez, arrolló espiritualmente sus peligros y todas las conquistas de la revolución que se quería arrancarle. Su trabajo, animado por una indignación guerrera, era ya para él una campaña en espíritu. Labraba la tierra como soldado, imprimía al arado el paso militar y picando a sus animales con un aguijón más agudo gritaba a uno: "¡Hué, Prusia!" y al otro: "¡Fuera, Austria!" El buey marchaba como un caballo, la reja iba áspera y rápida, el negro surco humeaba, lleno de aliento y lleno de vida.

Es que este hombre no soportaba el verse turbado así en su posesión reciente, en ese primer momento en que la dignidad humana se había despertado en él. Libre y pisando un campo libre, sentía bajo sus pies una tierra sin tributos ni diezmos, que era ya suya o que sería suya mañana... ¡No más señores! Todos señores, todos reyes, cada cual sobre su tierra, realizado el viejo adagio: *Hombre pobre, en su casa es rey.*

En su casa y fuera. ¿Es que Francia entera no es ahora su casa?

Y más lejos, hablando del efecto causado en los campesinos por la invasión de Brunswick:

(1) *Histoire de la Revolution française*, por Michelet, tomo III. (Bakunin.)

Brunswick, entrado en Verdun, se encontró allí tan cómodamente que permaneció una semana en esta ciudad. Los emigrados que rodeaban al Rey de Prusia, comenzaron a recordarle las promesas que había hecho. Este príncipe había dicho al partir estas extrañas palabras (Hardenberg las oyó): "Que no se mezclaría en las cuestiones internas del Gobierno de Francia, que no haría más que devolver al rey la autoridad absoluta". Devolver al rey la realeza, las iglesias a los sacerdotes, las propiedades a los propietarios, esa era su ambición. Y a cambio de todos estos beneficios, ¿qué pedía a Francia? Ninguna cesión de territorio, nada más que los gastos de una guerra emprendida para salvarla.

Esta palabrita: *devolver las propiedades*, contenía mucho. El gran propietario era el clero, se trataba de restituírle un bien de cuatro mil millones, de anular las ventas que se habían hecho por valor de mil millones en enero del 92 y que después, a los nueve meses, se habían enormemente acrecentado. ¿En qué se convertían una infinidad de contratos de los que esa operación había sido la ocasión directa o indirecta? No eran sólo los compradores los lesionados, sino todos los que les prestaban el dinero, los subadquisidores a quienes habían vuelto a vender, una multitud de otras personas..., un gran pueblo y verdaderamente asociado a la revolución por un interés respetable. Estas propiedades, desviadas desde hace siglos del fin de sus piadosos fundadores, habían sido devueltas por la revolución a su verdadero destino, a la vida y al mantenimiento del pobre. Habían pasado de la mano muerta a la viva, de los perezosos a los trabajadores, de los abates libertinos, de los canónigos ventrudos, de los obispos fastuosos, al labrador honesto. Se había formado en ese corto espacio de tiempo una Francia nueva. Y los ignorantes (los emigrados) que traían al extranjero no se imaginaban eso...

El campesino prestó atención a estas palabras significativas de restauración de los sacerdotes, de restitución, etc., y comprendió que era la contrarrevolución la que entraba en Francia, que una mutación inmensa de las personas y de las cosas iba a ocurrir. Todos no tenían fusiles, pero los que los tenían los tomaron; el que tenía una horca tomó una horca y el que tenía una hoz, una hoz. Tuvo lugar un fenómeno sobre la tierra de Francia. Pareció cambiada repentinamente al paso del extranjero. Se convirtió en un desierto. Los granos desaparecieron y como si un torbellino los hubiera llevado, marcharon al oeste. No quedó en el camino más que una cosa para el enemigo: las raíces verdes, la enfermedad y la muerte.

Y más adelante, traza Michelet este cuadro de la sublevación de los campesinos de Francia:

La población corrió al combate con un ímpetu tal, que la autoridad comenzaba a asustarse y la retenía en la retaguardia. Masas confusas, casi inermes, se precipitaban hacia un mismo punto; no se sabía cómo alojarlas y alimentarlas. En el Este, espe-

cialmente en Lorena, las colinas, todos los puestos dominantes se habían convertido en campos toscamente fortificados por los árboles derribados, al modo de nuestros viejos campos de la época de César. Vercingétorix se habría imaginado, ante ese paisaje, en plena Galia. Los alemanes tenían muchos motivos para preocuparse, pues cuando avanzaban dejaban tras sí esos campos populares. ¿Cuál sería para ellos el regreso?... Debían apercibirse: no era un ejército a quien tenían allí, era justamente a Francia.

* * *

¡Ay! ¿No es todo lo contrario de lo que vemos hoy? Pero, ¿por qué esta misma Francia, que en 1792 se había levantado unánimemente para rechazar la invasión extranjera, no se levanta hoy que está amenazada por un peligro mucho más terrible que el de 1792? ¡Ah!, es que en 1792 ha sido electrizada por la revolución y hoy está paralizada por la reacción, protegida y representada por su Gobierno llamado de Defensa Nacional.

¿Por qué los campesinos se habían sublevado en masa contra los prusianos de 1792, y por qué quedan no ya inertes, sino más bien favorables a esos mismos prusianos contra la República? ¡Ah!, es que para ellos no es la misma República. La República fundada por la Convención Nacional, el 22 de septiembre de 1792, era una República eminentemente popular y revolucionaria. Había ofrecido al pueblo un interés inmenso, o, como dice Michelet, *respetable*. Por la confiscación en masa de los bienes de la Iglesia, primero, y más tarde de la nobleza emigrada o insurrecta, o sospechosa o decapitada, le había dado la tierra, y para hacer imposible la restitución de la tierra a sus antiguos propietarios, el pueblo se había levantado en masa. Mientras que la República actual, de ningún modo popular, sino, al contrario, llena de hostilidad y de desconfianza contra el pueblo, República de abogados, de impertinentes doctrinarios y burguesa, no le ofrece nada más que frases, un aumento de los impuestos y de los riesgos, sin la menor compensación material.

Tampoco el campesino cree en esta República, pero por otra razón que los burgueses. No cree en ella precisamente porque la encuentra demasiado burguesa, demasiado favorable a los intereses de la burguesía, y alimenta en el fondo de su corazón contra los burgueses un odio disimulado, que,

bien que se manifieste en una forma diferente, no es menos intenso que el odio de los trabajadores de las ciudades contra esa clase que hoy es tan poco respetable.

Los campesinos, al menos la inmensa mayoría de los campesinos, no lo olvidemos nunca, aunque convertidos en propietarios en Francia *no viven menos del trabajo de sus brazos*. Es eso lo que les separa profundamente de la clase burguesa, cuya mayoría vive *de la explotación lucrativa del trabajo de las masas populares*; esto les une por lo demás a los trabajadores de las ciudades, a pesar de la diferencia de sus posiciones, en desventaja de estos últimos, y la diferencia de ideas y las confusiones en los principios que resultan desgraciadamente demasiado a menudo.

Lo que mayormente aleja a los campesinos de los obreros de las ciudades es una cierta *aristocracia de la inteligencia*, muy mal fundada por otra parte, que los obreros tienen el error de atribuirse. Los obreros son, no cabe contradicción, más instruidos; su inteligencia, su sabiduría, sus ideas están más desarrolladas. En nombre de esta pequeña superioridad científica sucede algunas veces que tratan a los campesinos desde un plano de altura, haciéndoles notar su desdén. Y, como lo hice observar ya en otro trabajo (1), los obreros obran injustamente, porque, con ese mismo título, y con mucha más razón aparente, los burgueses, que son más sabios y están más desarrollados que los obreros, tendrían aún más derecho a despreciar a estos últimos. Y los burgueses, como se sabe, no dejan de hacer uso de ese argumento.

* * *

Permíteme, querido amigo, repetir aquí algunas páginas del escrito que acabo de citar (2).

Los campesinos —he dicho en ese folleto— consideran a los obreros de las ciudades como *los del reparto*, y temen que los socialistas vayan a confiscar su tierra, a la que aman sobre todas las cosas.

(1) *Cartas a un francés sobre la crisis actual*, septiembre de 1870. (Bakunin.)

(2) Los párrafos a continuación reproducidos, no repiten exactamente la redacción que se les dió en *Cartas a un francés sobre la crisis actual*, si bien los conceptos son los mismos. (Nota del traductor.)

¿Qué deben, pues, hacer los obreros para vencer esta desconfianza y esta animosidad de los campesinos contra ellos? Primeramente, deben cesar de testimoniarles su desprecio, cesar de desprestigiarlos. Eso es necesario para la salvación de la revolución y de ellos mismos, porque el odio de los campesinos constituye un inmenso peligro. Si no existiera esa desconfianza y ese odio, la revolución habría sido hecha desde hace mucho tiempo, porque la animosidad que desgraciadamente existe en los campos contra las ciudades constituye, no sólo en Francia, sino en todos los países, la base y la fuerza principal de la reacción. Por lo tanto, en interés de la revolución que debe emanciparlos, los obreros deben cesar lo más pronto posible de testimoniar ese desprecio a los campesinos. Lo deben por justicia, porque verdaderamente no tienen ninguna razón para desprestigiarlos y para detestarlos. *Los campesinos no son parásitos, son rudos trabajadores como ellos mismos, sólo que trabajan en condiciones diferentes. He ahí todo. En presencia del burgués explotador, el obrero debe sentirse hermano del campesino.*

Los campesinos marcharán con los obreros de las ciudades a la salvación de la patria tan pronto como estén convencidos de que los obreros de las ciudades no pretenden imponer su voluntad ni un orden político y social cualquiera inventado por las ciudades para la mayor felicidad de los campos; tan pronto como hayan adquirido la seguridad de que los obreros no tienen intención de arrebatárles la tierra.

Pues bien, es absolutamente necesario que los obreros renuncien realmente a esa pretensión y a esa intención, y que renuncien de modo que los campesinos lo sepan y se convenzan realmente de ello. Los obreros deben renunciar a eso, porque, aunque esas pretensiones fueran realizables, serían soberanamente injustas y reaccionarias; y ahora que su realización se ha hecho imposible, no constituirían más que una locura criminal.

¿Con qué derecho impondrían los obreros a los campesinos una forma determinada de gobierno o de organización cualquiera? Con el derecho de la revolución, se dice. Pero la revolución no es revolución cuando en lugar de provocar la revolución en las masas, suscita la reacción en su seno. El medio y la condición, si no el fin de la revolución, es el aniquilamiento del principio de autoridad en todas sus manifestaciones posibles, es la abolición completa del Estado político y jurídico, porque el Estado, hermano menor de la Iglesia, como lo ha demostrado perfectamente Proudhon, es la consagración histórica de todos los despotismos, de todos los privilegios, la razón política de todos los sometimientos económicos y sociales, la esencia misma y el centro de toda reacción. Cuando en nombre de la revolución se quiere hacer Estado, aunque no sea más que un Estado transitorio, se hace reacción y se trabaja por el despotismo, no por la libertad; por la institución del privilegio contra la igualdad.

Esto es claro como la luz del día. Pero los obreros socialistas de Francia, educados en las tradiciones políticas de los jacobinos, no han querido comprenderlo jamás. Ahora estarán obligados a

comprenderlo, por suerte para la revolución y para ellos mismos. ¿De dónde les viene esa pretensión tan ridícula como arrogante, tan injusta como funesta, de imponer su ideal político y social a diez millones de campesinos que no lo quieren? Es, evidentemente, una herencia burguesa, un legado político del revolucionarismo burgués. ¿Cuál es el fundamento, la explicación, la teoría de esa pretensión? Es la superioridad pretendida o real de la inteligencia, de la instrucción, en una palabra, de la civilización obrera sobre la civilización de los campos. Pero, ¿sabéis que con semejante principio se pueden legitimar todas las conquistas, consagrar todas las opresiones? Los burgueses no se sirvieron nunca de otro para demostrar su misión de gobernar o, lo que equivale a decir lo mismo, de explotar al mundo obrero. De nación a nación, tanto como de clase a clase, este principio fatal, y que no es otra cosa que el de la autoridad, explica y presenta como un derecho todas las invasiones y todas las conquistas. Los alemanes, ¿no se han servido siempre de él para excusar sus atentados contra la libertad y contra la independencia de los pueblos eslavos y para legitimar su germanización violenta y forzada? Es —dicen— la conquista de la civilización sobre la barbarie. Tened cuidado; los alemanes comienzan a creer ya que la civilización germánica, protestante, es muy superior a la civilización católica representada, en general, por los pueblos de raza latina, y a la civilización francesa en particular. Tened cuidado que no se imaginen pronto que tienen la misión de civilizaros y de hacerlos dichosos, como os imagináis vosotros tener la misión de civilizar y de emancipar a vuestros compatriotas, a vuestros hermanos, los campesinos de Francia. Para mí, una y otra pretensión son igualmente odiosas, y os declaro que, tanto en las relaciones internacionales como en las relaciones de clase a clase, estaré siempre de parte de aquellos a quienes se quiera civilizar por este procedimiento. Me rebelaré con ellos contra todos los arrogantes civilizadores, llámense obreros o alemanes, y rebelándome contra ellos, serviré a la revolución contra la reacción.

Pero si es así, se dirá, ¿es preciso abandonar a los campesinos ignorantes y supersticiosos a todas las influencias y a todas las intrigas de la reacción? De ningún modo. Es preciso aplastar la reacción en los campos lo mismo que en las ciudades; mas para eso es necesario atacarla en los hechos y no hacerle la guerra a golpes de decretos. Lo he dicho ya: no se extirpa nada con los decretos. Al contrario, los decretos y todos los actos de la autoridad consolidan lo que quieren destruir.

En lugar de querer tomar a los campesinos las tierras que poseen hoy, dejadles seguir su instinto natural. ¿Sabéis lo que sucederá entonces? El campesino quiere tener toda la tierra; mira al gran señor y al rico burgués, cuyos vastos dominios, cultivados por brazos asalariados, empuerquecen su campo, como extraños y usurpadores. La revolución de 1789 ha dado a los campesinos las tierras de la Iglesia; quisieran aprovechar otra revolución para ganar las de la nobleza y de la burguesía.

Pero si sucediera esto, si los campesinos echaran mano a toda

la porción de tierra que no les pertenece todavía, ¿no se reforzaría con ello de un modo escandaloso el principio de la propiedad individual, y no serían los campesinos más que nunca hostiles a los obreros de las ciudades?

No, porque una vez abolido el Estado, la consagración jurídica y política, les faltará la garantía de la propiedad por el Estado. La propiedad no será ya un derecho, será reducida al estado de un simple hecho.

Eso será entonces la guerra civil, diréis. No siendo ya la propiedad individual garantizada por ninguna autoridad superior, política, administrativa, judicial, policíaca, y no estando ya defendida más que por la energía del propietario, cada cual querrá apoderarse del bien ajeno, los más fuertes saquearán a los más débiles.

Es cierto que al principio las cosas no transcurrirán de un modo perfectamente pacífico, habrá luchas; el orden público, el archisanto de los burgueses, será perturbado, y los primeros hechos que resulten de un semejante estado de cosas podrán constituir lo que se convino en llamar la guerra civil. ¿Pero preferís entregar Francia a los prusianos?...

Por lo demás, no temáis que los campesinos se devoren mutuamente; si quisieran tratar de hacerlo al comienzo, no tardarían en convencerse de la imposibilidad material de persistir en ese camino, y entonces se puede estar seguros de que tratarán de entenderse, de transigir y de organizarse entre sí. La necesidad de comer y de alimentar a sus familias, y por consiguiente la necesidad de continuar los trabajos del campo, la necesidad de garantizar sus casas, sus familias y su propia vida contra los ataques imprevistos, todo eso los obligará indudablemente a entrar pronto en el camino de los arreglos mutuos.

Y no creáis tampoco que en estos arreglos dirigidos fuera de toda tutela oficial, por la sola fuerza de las cosas, los más fuertes, los más ricos, ejercerán una influencia predominante. La riqueza de los ricos, no estando ya asegurada por las instituciones jurídicas, cesará de ser una potencia. Los ricos no son hoy tan influyentes sino porque, cortejados por los funcionarios del Estado, son protegidos especialmente por el Estado. Faltándoles este apoyo, su potencia desaparecerá repentinamente. En cuanto a los más astutos, a los más fuertes, serán anulados por la potencia colectiva de la masa de los pequeños campesinos, así como por los proletarios de los campos, masa reducida hoy al sufrimiento mudo, pero a la que el movimiento revolucionario armará de un poder irresistible.

No pretendo, notadlo bien, que los campos que se organicen así, de abajo arriba, crearán desde el primer momento una organización ideal, conforme en todos los puntos a la que nosotros soñamos. De lo que estoy convencido es de que será una organización viva y, como tal, mil veces superior a la que existe ahora. Por lo demás, esta organización nueva, que queda siempre abierta a la propaganda de las ciudades, y que no puede ser fijada y por decirlo así petrificada por la sanción jurídica del Estado, progresará libremente, desarrollándose y perfeccionándose de un modo indefinido, pero siempre viviente y libre, nunca decretado y legalizado, hasta llegar

a un punto tan razonable como puede esperarse en nuestros días.

Como la vida y los actos espontáneos, suspendidos durante siglos por la acción absorbente del Estado, habrán sido devueltos a las comunas, es natural que cada comuna tome como punto de partida de su nuevo desenvolvimiento, no el estado intelectual y moral en que la ficción oficial la supone, sino el estado real de su civilización; y como el grado de la civilización real es muy diferente en las comunas de Francia, tanto como en las de Europa en general, resultará necesariamente una gran diferencia de desarrollo; pero el acuerdo mutuo, la armonía, el equilibrio establecido por un acuerdo común, reemplazarán la unidad artificial y violenta de los Estados. Habrá allí una vida nueva y un mundo nuevo...

Me diréis: Pero esa agitación revolucionaria, esa lucha interior que debe nacer necesariamente de la destrucción de las instituciones jurídicas y políticas, ¿no paralizará la defensa nacional y, en lugar de rechazar a los prusianos, no entregará, al contrario, Francia a la invasión?

De ningún modo. La Historia nos prueba que nunca las naciones se mostraron tan poderosas en el exterior como cuando se sintieron profundamente agitadas y turbadas en el interior, y que, al contrario, nunca fueron tan débiles como cuando aparecían unidas y tranquilas bajo una autoridad cualquiera. En el fondo, nada más natural: la lucha es el pensamiento activo, es la vida, y este pensamiento activo y vivo, es la fuerza. Para convenceros, comparad entre sí algunas épocas de vuestra Historia. Poned frente a frente la Francia de la Fronda, desarrollada, aguerrida por las luchas de la Fronda, bajo la juventud de Luis XIV, y la Francia de su vejez, la monarquía fuertemente establecida, unificada, pacificada, por el gran rey: la primera resplandece de victorias, la segunda marcha a la ruina de derrota en derrota. Comparad igualmente la Francia de 1792 con la Francia de hoy. Nunca fué Francia tan desgarrada por la guerra civil como en 1792 y 1793; el movimiento, la lucha, una lucha a vida o muerte, se producía en todos los puntos de la República; y sin embargo Francia ha rechazado victoriosamente la invasión de casi toda la Europa coligada contra ella. En 1870, la Francia unida y pacificada del Imperio es derrotada por los ejércitos de Alemania y se muestra desmoralizada hasta tal grado que se debe temer por su existencia.

Aquí se presenta una cuestión: la revolución de 1792 y de 1793 ha podido dar a los campesinos, no gratis, pero a un precio muy bajo, los bienes nacionales, es decir las tierras de la Iglesia y de la nobleza emigrada, confiscadas por el Estado. Pero —se objeta— hoy no tiene ya nada que darle. ¡Oh, sí!, la Iglesia, las órdenes religiosas de ambos sexos, gracias a la connivencia criminal de la Monarquía legítima y del segundo Imperio sobre todo, ¿no volvieron a enriquecerse? Es verdad que la mayoría de sus riquezas ha sido prudentemente movilizadas, en previsión de revolucio-

nes posibles. La Iglesia que, junto a sus preocupaciones celestes, no descuidó nunca sus intereses materiales y se distinguió siempre por la hábil profundidad de sus especulaciones económicas, colocó, sin duda, la mayor cantidad de sus bienes terrestres —que continúa acrecentando cada día para mayor bien de los desdichados y de los pobres— en toda suerte de empresas comerciales, industriales y bancarias, tanto privadas como públicas, y en las rentas de todos los países, de manera que no sería necesaria nada menos que una bancarrota universal, que sería la consecuencia inevitable de una revolución social universal, para privarla de la riqueza que constituye hoy el principal instrumento de su potencia, por desgracia demasiado formidable todavía. Pero no es menos verdad que posee hoy, sobre todo en el mediodía de Francia, inmensas propiedades en tierras y en construcciones, lo mismo que en ornamentos y utensilios del culto, verdaderos tesoros en plata, en oro y en piedras preciosas. Pues bien, todo eso puede y debe ser confiscado, no en beneficio del Estado, sino de las comunas.

* * *

Existen además los bienes de estos millares de propietarios bonapartistas que, durante los veinte años del régimen imperial, se distinguieron por su celo y han sido protegidos ostensiblemente por el Imperio. Confiscar esos bienes no sería solamente un derecho, sería también un deber. Porque el partido bonapartista no es un partido ordinario, histórico, salido orgánicamente y de un modo regular de los desenvolvimientos sucesivos, religiosos, políticos y económicos del país, y fundado sobre un principio racional cualquiera, verdadero o falso. Es una cuadrilla de bandoleros, de asesinos, de ladrones que, apoyándose por una parte en *la cobardía reaccionaria de una burguesía temblorosa ante el espectro rojo, y roja ella misma aún por la sangre de los obreros de París, derramada con sus propias manos*, y por la otra en la bendición de los sacerdotes y en la ambición criminal de los oficiales superiores del ejército, se había apoderado calladamente de Francia, “una docena de Robertos Macaire de la vida elegante, solidarizados por el vicio y por una común penuria arruinados, perdidos en su reputación y en

sus deudas, y que para rehacer una posición y una fortuna no han retrocedido ante uno de los atentados más horribles que conoce la Historia. He aquí en pocas palabras toda la verdad sobre el golpe de Estado de diciembre.

“Los bandidos han triunfado. Reinan desde hace dieciocho años sin responsabilidad sobre el más hermoso país de Europa y al que ésta considera con mucha razón como el centro del mundo civilizado. Han creado una Francia oficial a su imagen. Han conservado poco más o menos intacta la apariencia de las instituciones y de las cosas, pero han trastornado el fondo, rebajándolo al nivel de sus costumbres y de su propio espíritu. Todas las viejas palabras han quedado. Se habla allí como siempre de libertad, de justicia, de dignidad, de derecho, de civilización y de humanidad; pero el sentido de estas palabras se ha transformado completamente en sus labios, pues cada palabra significa todo lo contrario de lo que parece querer expresar: se diría una sociedad de bandidos que, por una ironía sangrienta, hiciera uso de las más honestas expresiones para discutir los designios y los actos más perversos. ¿No es ese, todavía hoy, el carácter de la Francia imperial?

“¿Hay cosa más desagradable, más vil, por ejemplo, que el Senado imperial, compuesto, en los términos de la Constitución, *por todos los ilustres del país*? ¿No es, según sabe todo el mundo, la casa de inválidos de todos los cómplices del crimen, de todos los decembristas cansados y repuestos? ¿Se conoce cosa más deshonorada que la justicia del Imperio, que todos esos tribunales y esos magistrados que ignoran otro deber que el de sostener en todas las ocasiones y a pesar de todo la iniquidad imperial?” (1).

He ahí lo que en el mes de marzo, cuando el Imperio florecía aún, escribía uno de mis más íntimos amigos (2). Lo que decía de los senadores y de los jueces, era aplicable igualmente a toda la gente oficial y oficiosa, a los funcionarios militares y civiles, comunales y departamentales, a todos los electores consagrados, así como a todos los diputados bonapartistas. La cuadrilla de bandidos, primero no muy numerosa, pero mayor de año en año, atrayendo a su

(1) *Los osos de Berna y el oso de San Petersburgo. Lamentación parietica de un suizo humillado y desesperado.* Neuchâtel, 1870. (Bakunin.)

(2) Bakunin mismo. (Nota del traductor.)

seno, por el lucro, todos los elementos pervertidos y podridos, después reteniéndolos por la solidaridad de la infamia y del crimen, había acabado por cubrir a toda Francia, sujetándola con sus anillos como un inmenso reptil.

He ahí lo que se llama el partido bonapartista. Si hubo alguna vez un partido criminal y fatal para Francia, fué éste. No solamente violó su libertad, degradó su carácter, corrompió su conciencia, envileció su inteligencia, deshonoró su nombre; ha destruído, por un saqueo desenfrenado, ejercido durante dieciocho años, su fortuna y sus fuerzas, después la entregó desorganizada a la conquista de los prusianos. Aun hoy, cuando se hubiera debido creerlo desgarrado por los remordimientos, muerto de vergüenza, aniquilado bajo el peso de su infamia, aplastado por el desprecio universal, después de algunos días de inacción aparente y de silencio, vuelve a levantar la cabeza, se atreve a hablar de nuevo, y conspira abiertamente contra Francia, en favor del infame Bonaparte, que es desde ahora aliado y protegido de los prusianos.

Este silencio y esta inacción de corta duración habían sido ocasionados, no por el arrepentimiento, sino únicamente por el miedo atroz que le había causado la primera explosión de la indignación popular. En los primeros días de septiembre, los bonapartistas habían creído en una revolución y, sabiendo muy bien que no había castigo que no hubiesen merecido, huyeron y se ocultaron como cobardes, temblando ante la justa cólera del pueblo. Sabían que la revolución no ama las frases, y que, una vez que se despierta y obra, avanza decididamente. Los bonapartistas se creyeron, pues, políticamente aniquilados, y durante los primeros días que siguieron a la proclamación de la República, no pensaron más que en poner en lugar seguro sus riquezas acumuladas por el robo y sus queridas personas.

Fueron agradablemente sorprendidos al ver que podían efectuar una cosa y otra sin la menor dificultad y sin el menor peligro. Como en febrero y en marzo de 1848, los doctrinarios burgueses y los abogados que se encuentran hoy a la cabeza del nuevo Gobierno provisional de la República, en lugar de adoptar medidas de salvación, hicieron frases; ignorando la práctica revolucionaria y la situación real de Francia tanto como sus predecesores, teniendo como

ellos horror a la revolución, los señores Gambetta y compañía quisieron asombrar al mundo con una generosidad cabañalesca y que no sólo fué intempestiva, sino criminal; constituyó una verdadera traición a Francia, puesto que devolvió la confianza y las armas a su enemigo más peligroso, a la banda de los bonapartistas.

Animado por ese deseo vanidoso, por esa frase, el Gobierno de Defensa Nacional tomó, pues, todas las medidas necesarias, y esta vez aun las más enérgicas para que los señores bandidos, los saqueadores y los ladrones bonapartistas pudiesen salir tranquilamente de París y de Francia, llevando consigo toda su fortuna movilizable y dejando bajo su protección especial sus casas y sus tierras, que no pudieron llevarse. Fué, en su asombrosa servicialidad hacia esa banda de asesinos de Francia, hasta el punto de arriesgar toda su popularidad al protegerlos contra la demasiado legítima indignación y la desconfianza populares. Principalmente en varias ciudades de provincia, el pueblo, que no entiende nada de esa exhibición ridícula de una generosidad tan mal aplicada, y que, cuando se levanta para obrar, marcha siempre derecho a su fin, detuvo algunos altos funcionarios del Imperio que se habían distinguido de un modo especial por la infamia y por la crueldad de sus actos, tanto oficiales como privados. Apenas el Gobierno de Defensa Nacional, y principalmente Gambetta, como ministro del Interior, tuvo conocimiento de ello, valiéndose de ese poder dictatorial que cree haber recibido del pueblo de París y del cual, por una singular contradicción, no cree de su deber hacer uso más que contra el pueblo de las provincias, pero no en sus relaciones diplomáticas con el invasor extranjero, se apresuró a ordenar del modo más orgulloso y más perentorio que se pusieran inmediatamente todos esos pícaros en plena libertad.

Te recuerdas, sin duda, querido amigo, de las escenas que se sucedieron en la segunda mitad de septiembre en Lyon, a consecuencia de la liberación del antiguo prefecto, del procurador y de los agentes de policía del Imperio. Tal medida, ordenada directamente por Gambetta y ejecutada con celo y dicha por el señor Andrieux, procurador de la República, asistido por el Consejo municipal, ha repugnado tanto más al pueblo de Lyon cuanto que a esta hora se

encuentran en los fuertes de esa ciudad presos muchos soldados, ahorrados por el solo crimen de haber manifestado netamente su simpatía por la República, y para los cuales el pueblo reclamó en vano la liberación hace varios días.

Volveré sobre este incidente, que fué la primera manifestación de la escisión que debía producirse necesariamente entre el pueblo de Lyon y las autoridades republicanas, tanto municipales electivas, como nombradas por el Gobierno de Defensa Nacional. Me limitaré ahora, querido amigo, a hacer observar la contradicción más que extraña existente entre la indulgencia extrema, excesiva, diré más, imperdonable de este Gobierno hacia gentes que han arruinado, deshonrado y traicionado al país, y que continúan traicionándolo aun hoy, y la severidad draconiana de que ha hecho uso contra los republicanos, más republicanos e infinitamente más revolucionarios que él. Se diría que el poder dictatorial le ha sido dado, no por la revolución, sino por la reacción, para tratar con rigor la revolución, y que únicamente para continuar la mascarada del Imperio se da el nombre de Gobierno republicano.

Se diría que no ha libertado y salvado de las prisiones a los servidores más celosos y más comprometidos de Napoleón III sino para hacer lugar en ellas a los republicanos. Usted ha sido testigo y en parte también víctima de la ofiiosidad y de la brutalidad con que se han puesto a perseguirlos, a detenerlos y a encarcelarlos. No se contentaron con esa persecución oficial y legal; recurrieron a la más infame calumnia. Se atrevieron a decir que esos hombres que, en medio de la mentira oficial que sobrevive al Imperio y que continúa arruinando las últimas esperanzas de Francia, se han atrevido a decir la verdad, toda la verdad, al pueblo, eran agentes pagados por los prusianos.

Libertan a los prusianos del interior, notorios, confesos, los bonapartistas —porque ¿quién puede poner en duda ahora la alianza ostensible de Bismarck con los partidarios de Napoleón III?—; realizan por sí los asuntos de la invasión extranjera; en nombre de no sé qué legalidad ridícula y de una dirección gubernamental que no existe más que en sus frases y sobre el papel, paralizan en todas partes el movimiento popular, la sublevación, el armamento y la organización espontánea de las comunas que, en las terribles cir-

cunstancias en que se encuentra el país, son lo único que puede salvar a Francia; y por eso mismo, los defensores nacionales la entregan infaliblemente a los prusianos. Y no contentos con detener a los hombres francamente revolucionarios, por el solo crimen de haberse atrevido a denunciar su incapacidad, su impotencia y su mala fe, y de haber mostrado los únicos medios de salvación para Francia, se permiten aún echarles en cara este sucio nombre de ¡prusianos! ¡Ah!, cuánta razón tenía Proudhon cuando decía (permítidme citar todo este pasaje; es demasiado bello y demasiado verdadero para que se pueda suprimir una sola palabra):

¡Ay!, nunca se es traicionado más que por los propios amigos. En 1848, como en 1793, la revolución fué detenida por los que la representaban. Nuestro republicanismo no es, como el viejo jacobinismo, más que un humor burgués, sin principio y sin plan, que quiere y no quiere, que murmura siempre, sospecha de todos y no es por eso menos engañado; que no ve en todas partes, aparte del corrillo, más que facciosos y anarquistas; que huroneando los archivos de la Policía no sabe descubrir allí más que las debilidades, verdaderas o supuestas, de los patriotas; que impide el culto de Châtel y hace cantar misas por el arzobispo de París; que esquivaba la palabra propia sobre todos los asuntos por miedo a comprometerse, se reserva ante todo, no decide nunca nada, desconfía de las razones comprensibles y de las posiciones claras. Ahí está otra vez Robespierre, el hablador sin iniciativa, que encuentra a Danton demasiado viril, que injuria las osadías generosas de que él se siente incapaz, que se abstiene el 10 de agosto [como el señor Gambetta y compañía hasta el 4 de septiembre], que no aprueba ni desapruueba las matanzas de septiembre [como estos mismos ciudadanos ante la proclamación de la República por el pueblo de París], que vota la constitución del 93 y su postergación para la paz, que zahiere la fiesta de la Razón y establece la del Ser Supremo, que persigue a Carrier y apoya a Fouquier-Tinville, que da el beso de paz a Camilo Desmoulins por la mañana y lo hace detener por la noche, que propone la abolición de la pena de muerte y redacta la ley del 22 pradial; que encarece sucesivamente a Sieyes, a Mirabeau, a Barnave, a Petion, a Danton, a Marat, a Hebert, y después hace guillotinar y proscibir a uno tras el otro, a Hebert, a Danton, a Petion, a Barnave, al primero como anarquista, al cuarto como constitucional; que no tiene estima más que para la burguesía gubernamental y para el clero refractario; que lanza el descredito sobre la revolución, tanto a propósito del juramento eclesiástico, como en ocasión de los asignados; que no respeta más que a aquellos a quienes el silencio o el suicidio aseguran un refugio, y que sucumbe, en fin, el día en que, casi solo con los hombres del

término medio, trata de encadenar en su beneficio, y de acuerdo con ellos, la revolución (1).

¡Ah!, sí, lo que distingue a todos estos republicanos burgueses, verdaderos discípulos de Robespierre, es su amor a la autoridad del Estado y el odio a la revolución. Ese odio y ese amor, lo tienen en común con los monárquicos de todos los colores, hasta con los bonapartistas, y es esa identidad de sentimientos, esa connivencia instintiva y secreta, lo que los hace precisamente tan indulgentes y tan singularmente generosos hacia los servidores más criminales de Napoleón III. Reconocen que entre los hombres de Estado del Imperio hay muchos criminales y que todos causaron a Francia un mal enorme y apenas reparable. Pero, después de todo, eran hombres de Estado; los comisarios de policía, esos espías patentados y condecorados, que denunciaron constantemente a las persecuciones imperiales todo lo que quedaba de honesto en Francia; los agentes de policía mismos, atormentadores privilegiados del público, ¿no eran después de todo servidores del Estado? Y entre los hombres de Estado se deben consideraciones, porque los republicanos oficiales y burgueses son hombres de Estado ante todo y podrían mucho contra aquel que se permitiera ponerlo en duda. Leed sus discursos, los del señor Gambetta principalmente. Encontraréis en ellos, en cada palabra, esa preocupación constante del Estado, la pretensión ridícula e ingenua de presentarse como estadistas.

No hay que perderlo de vista, porque eso lo explica todo: su indulgencia para los bandidos del Imperio y sus severidades contra los republicanos revolucionarios. Monárquico o republicano, un estadista no puede menos de tener horror a la revolución y a los revolucionarios, porque la revolución es el derrumbamiento del Estado, y los revolucionarios son los destructores del orden burgués, del orden público.

¿Creéis que exagero? Os demostraré con hechos lo que digo.

Estos mismos republicanos burgueses que en febrero y en marzo de 1848 habían aplaudido la generosidad del Go-

(1) Proudhon, *Idée générale de la Révolution*. (Bakunin.)

bierno provisional que protegió la huida de Luis Felipe y de todos los ministros, y que después de haber abolido la pena de muerte por delitos políticos tomó la resolución magnánima de no perseguir a ningún funcionario público por las malas acciones cometidas bajo el régimen precedente; esos mismos republicanos burgueses, comprendido, sin duda, el señor Julio Favre, uno de los representantes más fanáticos, como se sabe, de la reacción burguesa en la Constituyente de 1848 y en la Asamblea Legislativa de 1849, y hoy miembro del Gobierno de Defensa Nacional y representante de la Francia republicana para el exterior, estos mismos republicanos burgueses, ¿qué han decretado y hecho en junio? ¿Han empleado la misma mansedumbre con las masas obreras impulsadas a la revolución por el hambre?

El señor Luis Blanc, que es un estadista, pero un estadista socialista, os responderá (1):

Quince mil ciudadanos fueron detenidos después de los acontecimientos de junio, y cuatro mil trescientos cuarenta y ocho afectados por la deportación sin juicio, *por medida de seguridad general*. Durante dos años, pidieron jueces: se les enviaron comisiones de *clemencia*, y las liberaciones fueron tan arbitrarias como sus arrestos. ¿Creerías que hubo un hombre que se atrevió a pronunciar ante una asamblea en pleno siglo XIX estas palabras: "Sería imposible juzgar a los deportados de Belle Isle; contra muchos de ellos no existen pruebas materiales"? Y como, según la afirmación de este hombre, que era Baroche [el Baroche del Imperio y en 1848 cómplice de Julio Favre, y con él muchos otros republicanos, en el crimen cometido en junio contra todos los obreros], *no existían pruebas materiales* que diesen de antemano la certidumbre de que el juicio terminaría en una condena, se condenó a cuatrocientos sesenta proscriptos de las prisiones, sin juzgarlos, a ser trasladados a Argelia. Entre ellos figuraba Lagarde, ex presidente de los delegados del Luxemburgo. Escribió desde Brest a los obreros de París la admirable y punzante carta siguiente:

"Hermanos: Aquel que a consecuencia de los acontecimientos de febrero de 1848 fué llamado al insigne honor de marchar a vuestra cabeza; aquel que desde hace diecinueve meses sufre en silencio, lejos de su numerosa familia, las torturas del más monstruoso cautiverio; aquel, en fin, que acaba de ser condenado *sin juicio* a diez años de trabajos forzados en tierra extranjera, y esto en virtud de

(1) *Histoire de la Révolution de 1848*, por Luis Blanc, tomo II. (Bakunin.)

una ley retroactiva, de una ley concebida, votada y promulgada bajo la inspiración del odio y del miedo [por los republicanos burgueses]; aquel, digo, no ha querido abandonar el suelo de la madre patria sin conocer los motivos por los que un ministro audaz se atrevió a andamiar la más terrible de las proscripciones.

"En consecuencia, se dirigió al comandante de la prisión La Guerrière, el cual le dió comunicación de lo que sigue, textualmente extraído de las notas adjuntas a su expediente:

"Lagarde, delegado del Luxemburgo, hombre de una probidad incontestable, muy pacífico, instruido, generalmente amado, y por eso mismo muy peligroso para la propaganda."

"No doy más que este hecho a la apreciación de mis conciudadanos, convencido de que su conciencia sabrá juzgar bien quién, los verdugos o la víctima, merecen más su compasión.

"En cuanto a vosotros, hermanos, permitidme deciros: ¡Marcho, pero no estoy vencido, sabedlo bien! Marcho, pero no os digo adiós.

"No, hermanos, no os digo adiós. Creo en el buen sentido del pueblo; tengo fe en la santidad de la causa a la que consagré todas mis facultades intelectuales; tengo fe en la República, porque es imperecedera como el mundo. Por esto os digo: ¡hasta la vista!, y, sobre todo, ¡unión y clemencia!

¡Viva la República!

En la rada de Brest, prisión La Guerrière.

Lagarde,

Ex presidente de los delegados del Luxemburgo

¿Se quiere algo más elocuente que estos hechos? ¿No se tuvo mil veces razón al decir y repetir que la reacción burguesa de junio, cruel, sanguinaria, horrible, cínica, desvergonzada, ha sido la verdadera madre del golpe de Estado de diciembre? El principio era el mismo, la crueldad imperial no ha sido más que la imitación de la crueldad burguesa, no habiéndola superado más que en el número de las víctimas deportadas y asesinadas. En cuanto a los muertos, no se está aún seguro, porque la matanza de junio, las ejecuciones sumarias hechas por la Guardia Nacional burguesa en los obreros desarmados, sin ningún juicio previo, y no el mismo día, sino al siguiente de la victoria, han sido horribles. En cuanto al número de deportados, la diferencia es notable. Los republicanos burgueses habían detenido a quince mil y deportado a cuatro mil trescientos cuarenta y ocho obreros. Los bandidos de diciembre han detenido a su vez cerca de veintiséis mil ciudadanos y deportado poco más o menos la mitad, trece mil aproximadamente. Es evi-

dente que, de 1848 a 1851, hubo progresos, pero sólo en la cantidad, no en la calidad. En cuanto a la calidad, es decir, al principio, se debe reconocer que los bandidos de Napoleón III han sido mucho más excusables que los republicanos burgueses de 1848. Eran bandidos, sicarios de un déspota; por consiguiente, asesinando republicanos abnegados, ejercían su oficio; y se puede decir también que, deportando a la mitad de sus presos, no asesinandolos a todos a la vez, han dado en cierto modo prueba de generosidad; mientras que los republicanos burgueses, deportando sin juicio alguno, *por medida de seguridad general*, a cuatro mil trescientos cuarenta y ocho ciudadanos, han pisoteado su conciencia, escupido a la cara de su propio principio y al preparar, al *legitimar* el golpe de Estado de diciembre, han asesinado a la República.

Sí, lo digo abiertamente: a mis ojos y ante mi conciencia, los Morny, los Baroche, los Persigny, los Fleury, los Pietri y todos sus compañeros de la sangrienta orgía imperial, son mucho menos culpables que el señor Julio Favre, hoy miembro del Gobierno de Defensa Nacional, menos culpable que los demás republicanos burgueses que en la Asamblea Constituyente y en la Asamblea Legislativa de 1848 a diciembre de 1851 han votado con él. ¿No será también el sentimiento de esta culpabilidad y de esta solidaridad criminal con los bonapartistas lo que los hace hoy tan generosos y tan indulgentes con éstos?

Hay otro hecho digno de observación y de meditación. Exceptuados Proudhon y Luis Blanc, casi todos los historiadores de la revolución de 1848 y del golpe de Estado de diciembre, así como los más grandes escritores del radicalismo burgués, los Víctor Hugo, los Quinet, etc., han hablado mucho del crimen y de los criminales de diciembre, pero no se han dignado jamás detenerse sobre el crimen y los criminales de junio (1). ¡Y, sin embargo, es tan evidente

(1) Guillaume hace en su edición de las *Oeuvres* de Bakunin la oportuna observación siguiente: "No podían calificarse de "crimen" la represión de la insurrección de junio y de "criminales" a los que se dedicaron a esa obra sanguinaria, puesto que ellos mismos estuvieron entre los ejecutores. Víctor Hugo fué "uno de los sesenta representantes enviados por la Constituyente para reprimir la insurrección y dirigir las columnas de ataque", y el 25 de junio "hacía frente a la insurrección en una de las calles vecinas (de la plaza de los Vosgos)". (Véase *Actes et paroles, depuis l'exil*, por Víctor Hugo). En

que diciembre no fué otra cosa que la consecuencia fatal y la repetición en grande de junio!

¿Por qué este silencio sobre junio? ¿Es porque los criminales de junio eran republicanos burgueses de quienes los escritores nombrados han sido moralmente cómplices? ¿Cómplices de su principio y necesariamente cómplices indirectos de su acción?

Esta razón es probable. Pero hay otra todavía que es segura: el crimen de junio no afectó más que a los obreros, a los socialistas revolucionarios, por consiguiente a los extraños a la clase y a los enemigos naturales del principio que representan todos esos escritores honorables. Mientras que el crimen de diciembre hirió y deportó a millares de republicanos burgueses, sus hermanos desde el punto de vista político. Y por otra parte, todos ellos han sido más o menos víctimas. De ahí su extrema sensibilidad para diciembre y su indiferencia para junio.

Regla general: un burgués, por republicano rojo que sea, será mucho más vivamente afectado, conmovido y lesionado por una desventura de que sea víctima otro burgués, aunque ese burgués sea un imperialista rabioso, que por la desgracia de un obrero, de un hombre del pueblo. En esa diferencia hay, sin duda, una gran injusticia, pero esa injusticia no es premeditada, es instintiva. Proviene de que las condiciones y los hábitos de la vida, que ejercen sobre los hombres una influencia siempre más poderosa que sus ideas y sus condiciones políticas, esas condiciones y esos hábitos, esa manera especial de existir, de desarrollarse, de pensar y de obrar, todas esas relaciones sociales —tan múltiples y al mismo tiempo tan regularmente convergentes al mismo fin— que constituyen la vida burguesa, el mundo burgués, establecen entre los hombres que pertenecen a ese mundo, cualquiera que sea la diferencia de sus opiniones políticas, una solidaridad infinitamente más real, más profunda, más poderosa y sobre todo más sincera, que la que podría establecerse entre los burgueses y los obreros, a consecuencia

cuanto a Quinet, él mismo ha dicho: "Coronel de la undécima legión, encargado de la guardia de la Asamblea, la cubrí. Los bonapartistas estaban en el fondo de la insurrección (sic); yo defendía a la República... Quizás Luis Bonaparte habría llegado, si hubiese triunfado la insurrección de junio" (*Ergard Quinet avant Pexil*). (Nota del traductor.)

de una comunidad más o menos grande de convicciones y de ideas.

La vida domina el pensamiento y determina la voluntad. He aquí una verdad que no se debe perder jamás de vista, cuando se quiere comprender algo en los fenómenos políticos y sociales. Si se quiere, pues, establecer entre los hombres una comunidad sincera y completa de pensamientos y de voluntad, es preciso fundarla sobre las mismas condiciones de vida, sobre la comunidad de intereses. Y como hay, por las condiciones de su existencia respectiva, un abismo entre el mundo burgués y el mundo obrero, porque el uno es el mundo explotador y el otro el mundo explotado y víctima, concluyo que si un hombre nacido y educado en el medio burgués quiere convertirse sinceramente y no de palabra en el amigo y en el hermano de los obreros, debe renunciar a todas las condiciones de su existencia pasada, a todos sus hábitos burgueses, romper todas sus relaciones de sentimiento, de vanidad de espíritu con el mundo burgués y, volviendo la espalda a ese mundo, convertirse en su enemigo y declararle una guerra irreconciliable, debe lanzarse enteramente sin restricciones ni reservas en el mundo obrero.

Si no encuentra en sí una pasión de justicia suficiente para inspirarle esta resolución y este valor, que no se engañe y que no engañe a los obreros; nunca llegará a ser su amigo. Sus pensamientos abstractos, sus sueños de justicia, podrán arrastrarlo en los momentos de reflexión, de teoría y de calma, cuando nada se mueve en el exterior, de parte del mundo explotado. Pero que llegue un momento de gran crisis social, cuando esos mundos irreconciliables opuestos se encuentren en una lucha suprema, y todos los lazos de su vida le lanzarán inevitablemente al mundo explotador. Esto es lo que ha sucedido precedentemente a muchos de nuestros amigos y es lo que sucederá siempre a todos los republicanos y socialistas burgueses.

Los odios sociales, como los odios religiosos, son mucho más intensos, más profundos que los odios políticos. He ahí la explicación de la indulgencia de vuestros demócratas burgueses con los bonapartistas y su excesiva severidad con los revolucionarios socialistas. Detestan mucho menos a los primeros que a los últimos; lo que tiene por consecuencia

necesaria su unión con los bonapartistas en una común reacción (1).

* * *

Los bonapartistas, primero excesivamente espantados, se percataron pronto de que tenían en el Gobierno de Defensa Nacional y en ese mundo casi republicano y oficial nuevo, improvisado por dicho Gobierno, aliados poderosos. Debieron de asombrarse y regocijarse mucho —ellos, que a falta de otras cualidades tienen al menos la de ser hombres realmente prácticos y la de querer aprovechar los medios que conducen a su fin— viendo que ese Gobierno, no contento con respetar sus personas y dejarles gozar en plena libertad del fruto de sus rapiñas, había conservado, en toda la Administración militar, jurídica y civil de la nueva República, los viejos funcionarios del Imperio, contentándose solamente con reemplazar los prefectos y los subprefectos, los procuradores generales y los procuradores de la República, pero dejando todas las oficinas de las prefecturas, lo mismo que los ministerios, repletos de bonapartistas, y la inmensa mayoría de las comunas de Francia bajo el yugo corruptor de las Municipalidades nombradas por el Gobierno de Napoleón III, de esas Municipalidades que hicieron el último plebiscito y que, bajo el ministerio Palikao y bajo la dirección jesuítica de Chevreu, hicieron en el campo una propaganda tan atroz en favor del infame.

Debieron de reírse mucho de esta tontería verdaderamente inconcebible en los hombres de inteligencia que componen el Gobierno provisional actual, que les hizo esperar que, desde el momento en que ellos, republicanos, estuvieran al frente del Poder, toda esa Administración bonapartista se haría republicana también. Los bonapartistas obraron de otro modo en diciembre. Su primer cuidado fué arrojar hasta el más pequeño funcionario que no quiso dejarse corromper, expulsar toda la Administración republicana y colocar en todas las funciones, desde las más elevadas hasta

(1) Bakunin conserva hasta aquí la forma epistolar con que había comenzado en lo sucesivo no se trata ya de una carta, sino de una exposición de la situación histórica en que no se tiene en cuenta al presunto amigo. (Nota del traductor.)

las más inferiores y mínimas, adeptos de la banda bonapartista. En lo que respecta a los republicanos y a los revolucionarios, deportaron y encarcelaron en masa a los últimos, y expulsaron de Francia a los primeros, no dejando en el interior del país más que a los inofensivos, a los menos resueltos, a los menos convencidos y a los más tontos, o bien a los que de una manera u otra habían consentido en venderse. Así es como llegaron a apoderarse del país y a maltratarlo sin ninguna resistencia de su parte durante más de veinte años, puesto que, como he observado ya, el bonapartismo procede de junio y no de diciembre, y el señor Julio Favre y sus amigos, republicanos burgueses de la Asamblea Constituyente y Legislativa, han sido los verdaderos fundadores.

Es preciso ser justo para todo el mundo, aun para los bonapartistas. Estos son cobardes, es verdad, pero cobardes muy prácticos. Han tenido, lo vuelvo a repetir, el conocimiento y la voluntad de aprovechar los medios que conducían a su fin, y bajo ese aspecto se han mostrado infinitamente superiores a los republicanos que pretenden gobernar a Francia hoy. En este momento mismo, después de su derrota, se muestran superiores y mucho más poderosos que todos esos republicanos oficiales que ocuparon sus puestos. No son los republicanos, son ellos los que gobiernan actualmente a Francia todavía. Reasegurados por la generosidad del Gobierno de Defensa Nacional, consolados al ver reinar en todas partes, en vez de la revolución que temen, la reacción gubernamental; volviendo a encontrar en todas las partes de la Administración de la República a sus viejos amigos, sus cómplices, que les están indefectiblemente encadenados por esa *solidaridad de la infamia y del crimen* de que hablé ya y sobre la cual volveré aún, y conservando en sus manos un instrumento terrible, la inmensa riqueza que han acumulado en veinte años de horrible saqueo, los bonapartistas han vuelto a levantar decididamente la cabeza.

Su acción oculta y potente, mil veces más potente que la del rey de Yvetot colectivo que gobierna en Tours, se sienta en todas partes. Sus periódicos, *La Patrie*, *Le Constitutionnel*, *Le Pays*, *Le Peuple* del señor Duvernois, *La Liberté* del señor Emilio de Girardin, y muchos otros aún, continúan apareciendo. Traicionan al Gobierno de la República

y hablan abiertamente, sin temor ni vergüenza, como si no hubiesen sido los traidores asalariados, los corruptores, los vendedores, los sepultureros de Francia. El señor Emilio de Girardin, que había enmudecido en los primeros días de septiembre, ha vuelto a encontrar su voz, su cinismo y su incomparable locuacidad. Como en 1848, propone generosamente al Gobierno de la República "una idea por día". Nada le turba, nada le asombra; desde el momento que oyó que no se tocará ni a su persona ni a su bolsillo, se reaseguró y se siente de nuevo sobre tierra firme. "Estableced solamente la República —escribe— y veréis las bellas reformas políticas, económicas y filosóficas que os propondré". Los periódicos del Imperio moldean abiertamente la reacción en provecho del Imperio. Los órganos del jesuitismo comienzan otra vez a hablar de los beneficios de la religión.

La intriga bonapartista no se limita a esa propaganda de la prensa. Se ha hecho omnipotente en los campos y en las ciudades también. En los campos, sostenida por una multitud de grandes y de pequeños propietarios bonapartistas, por los señores curas y por todas esas antiguas Municipalidades del Imperio, tiernamente conservadas y protegidas por el Gobierno de la República, predica más apasionadamente que nunca el odio a la República y el amor al Imperio. Desvía a los campesinos de toda participación en la defensa nacional y les aconseja, al contrario, acoger bien a los prusianos, esos nuevos aliados del Emperador. En las ciudades, apoyados por las oficinas de las prefecturas y subprefecturas, si no por los prefectos y subprefectos mismos; por los jueces del Imperio, si no por los abogados generales y por los procuradores de la República; por los generales y por casi todos los oficiales superiores del ejército, si no por los soldados que son patriotas, pero que están encadenados por la vieja disciplina; apoyados también por la gran mayoría de las Municipalidades, y por la inmensa mayoría de los grandes y de los pequeños comerciantes, industriales, propietarios y tenderos; apoyados también por esa multitud de republicanos burgueses, moderados, timoratos, antirrevolucionarios en todas las ocasiones y que, no hallando energía más que contra el pueblo, hacen el negocio del bonapartismo sin saberlo y sin quererlo; sostenidos por todos esos elementos de la reacción inconsciente y cons-

ciente, los bonapartistas paralizan todo lo que es movimiento, acción espontánea y organización de las fuerzas populares, y por eso entregan incontestablemente las ciudades lo mismo que los campos a los prusianos y por medio de los prusianos al jefe de su banda, al Emperador. En fin, ¿qué diré?, entregan a los prusianos las fortalezas y los ejércitos de Francia; ahí están como pruebas las capitulaciones infames de Sedán, de Estrasburgo y de Ruán (1). Matán a Francia.

* * *

El Gobierno de Defensa Nacional, ¿debía y podía tolerarlo? Me parece que a esta pregunta no puede corresponder más que una respuesta: no, mil veces no. Su primer, su más grande deber desde el punto de vista de la salvación de Francia, era extirpar hasta su raíz la conspiración y la acción malhechora de los bonapartistas. ¿Pero, cómo extirparla? No había más que un medio: hacer arrestar y encarcelar primeramente a todos, en masa, en París y en provincias, comenzando por la emperatriz Eugenia y su séquito, todos los altos funcionarios militares y civiles, senadores, consejeros de Estado, diputados bonapartistas, generales, coroneles, capitanes en caso de necesidad, arzobispos y obispos, prefectos y subprefectos, alcaldes, jueces de paz, todo el cuerpo administrativo y judicial, sin olvidar la policía, todos los propietarios notoriamente adictos al Imperio, todos los que, en una palabra, constituyen la banda bonapartista.

¿Era posible ese arresto en masa? Nada más fácil. El Gobierno de Defensa Nacional y sus delegados en provincias no tenían más que hacer un signo, recomendando sin embargo a las poblaciones que no maltratasen a nadie, y se podía estar seguro de que en pocos días, sin mucha violencia y sin mucha efusión de sangre, la inmensa mayoría de los bonapartistas, sobre todo los ricos, los influyentes y los notables de ese partido, habrían sido detenidos y encarcelados en toda la superficie de Francia. ¿No habían detenido a muchos las poblaciones de los departamentos por su pro-

(1) Según Guillaume, las palabras "y de Ruán" no están en el manuscrito y fueron añadidas en la prueba. Ruán cayó en poder de los prusianos el 8 de diciembre de 1870. (Nota del traductor.)

pio impulso en la primera mitad de septiembre y, notadlo bien, sin hacer mal a nadie, del modo más cortés y más humano del mundo?

La crueldad y la brutalidad no están en las costumbres del pueblo francés, sobre todo no están en las costumbres del proletariado de las ciudades de Francia. Si quedan alguno vestigios, hay que buscarlos en parte entre los campesinos, pero sobre todo en la clase tan estúpida como numerosa de los tenderos. ¡Ah, éstos son verdaderamente feroces! Lo han demostrado en junio de 1848 (1) y muchos hechos prueban que no han cambiado hoy de naturaleza. Lo que sobre todo hace al tendero tan feroz es la cobardía, al lado de su estupidez desesperante, es el miedo y su insaciable avaricia. Se venga del miedo que se le hace experimentar y de los riesgos que se han hecho correr a su bolsa, que constituye, como se sabe, junto con su gran vanidad, la parte más sensible de su ser. No se venga sino cuando puede hacerlo sin el menor peligro para él mismo. ¡Oh, pero entonces no tiene piedad!

El que conozca los obreros de Francia sabe que si los verdaderos sentimientos humanos, tan fuertemente disminuidos y sobre todo tan considerablemente falseados en nuestros días por la hipocresía oficial y por la sensiblería burguesa, se han conservado en alguna parte, es entre ellos. Es la única clase de la sociedad de quien se puede decir que es realmente generosa, demasiado generosa por el momento,

(1) He aquí en qué términos describe el señor Luis Blanc el día siguiente de la victoria obtenida en junio por la Guardia Nacional burguesa sobre los obreros de París:

"Nadie podría pintar la situación y el aspecto de París durante las horas que precedieron y siguieron inmediatamente al fin de ese drama inaudito. Apenas declarado el estado de sitio, los comisarios de policía fueron en todas direcciones a ordenar a los transeúntes que entraran en sus domicilios. ¡Y desgraciado del que reapareciese hasta nueva decisión en el umbral de su puerta! Si el decreto os había sorprendido vestido de paisano lejos de vuestra morada, érais reconducido de puesto a puesto y obligado a encerraros. Habían sido detenidas algunas mujeres que llevaban mensajeros ocultos en sus cabellos y se descubrieron cartuchos ocultos en los pliegues de las carrocerías de algunos coches de punto; por lo tanto, todo fué motivo de sospecha. Los fétidos podían contener pólvora; se desconfió de los entierros, y los cadáveres, en el camino del eterno reposo, fueron indicados como sospechosos. La bebida dada a los soldados (de la Guardia Nacional, claro está) podía estar envenenada: se detuvo por precaución a los pobres vendedores de limonada y los vivanderos de quinace años se amedrentaron. Se prohibió a los ciudadanos asomarse a las ventanas y dejar las persianas abiertas: porque el espionaje y la muerte estaban allí, sin duda, al acecho. Una lámpara agitada detrás de un vidrio, los reflejos de la luna sobre la pizarra de un tejado, bastaban para difundir el espanto. Deplorar el extravío de los insurrectos, llorar entre tantos vencidos a los que

y demasiado olvidadiza de los crímenes atroces y de las traiciones odiosas de que fué tan frecuentemente víctima. Es incapaz de crueldad. Pero tiene al mismo tiempo un instinto justo que le hace marchar derechamente al fin, un buen sentido que le dice que cuando se quiere poner fin al mal es necesario detener y paralizar primeramente a los malhechores. Estando Francia evidentemente traicionada, era preciso impedir a los traidores que continuaran traicionando. Por esto en casi todas las ciudades de Francia, el primer movimiento de los obreros fué la detención y el encarcelamiento de los bonapartistas.

El Gobierno de Defensa Nacional los hizo poner en libertad inmediatamente en todas partes. ¿Quién erró el camino, los obreros o el Gobierno? Sin duda este último. No hubo solamente error, se cometió un crimen al hacerlos poner en libertad. ¿Por qué no ha hecho poner en libertad al mismo tiempo a todos los asesinos, los ladrones y los criminales de toda categoría que están detenidos en las cárceles de Francia? ¿Qué diferencia hay entre ellos y los bonapartistas? Los primeros han robado, atacado, maltratado, asesinado individuos. Una parte de los últimos han cometido literalmente los mismos crímenes, y todos juntos han saqueado, violado, deshonrado, traicionado, asesinado y vendido a Francia, a un pueblo entero. ¿Qué crimen es mayor? Sin duda el de los bonapartistas.

se había amado, nadie se hubiese atrevido a hacerlo impunemente. ¡Se usó a una joven porque había hecho vendas en una ambulancia de insurrectos, para su amante, quizás para su esposo, para su padre!

"La fisonomía de París fué, durante algunos días, la de una ciudad tomada por asalto. El número de las casas en ruinas y de los edificios a los cuales el cañón había hecho brechas testimoniaba elocuentemente la potencia del gran estuerzo de un pueblo acorralado. Filas de burgueses uniformados cortaban las calles; patrullas azoradas azotaban el pavimento... ¿Hablaré de la represión?

"¡Obreros!" y todos los que tenéis levantadas las armas contra la República: Una última vez, en nombre de todo lo que hay de respetable, de santo, de sagrado para los hombres, deponed las armas! La Asamblea Nacional, la nación entera os lo piden. Se os dice que os esperan crueles venganzas: son nuestros enemigos, los vuestros, quienes hablan así. Venid a nosotros, venid como hermanos arrepentidos y sumisos a la ley y los brazos de la República, "están dispuestos a recibirlos".

"Tal era la proclama que el 23 de junio dirigió el general Cavaignac a los insurrectos. En la segunda proclama, dirigida el 26 a la Guardia Nacional y al ejército, decía: "En París veo vencedores y vencidos. Que mi nombre sea maldito si consintiese que haya víctimas".

"Seguramente nunca habían sido pronunciadas palabras más hermosas en un momento semejante. Pero ¡qué lejos estuvo esa promesa de ser cumplida, justo Cielos!...

El Gobierno de Defensa Nacional, ¿habría hecho más mal a Francia si hubiese libertado a todos los criminales y forzados detenidos en las cárceles y que trabajan en los presidios, habría hecho más daño que el que hizo al respetar y hacer respetar la libertad y la propiedad de los bonapartistas, dejándoles consumir libremente la ruina de Francia? No, mil veces no. Los forzados, libres, matarían algunas decenas, digamos algunas centenas, o bien algunos millares de individuos —los prusianos matan muchos más cada día—; pero serían detenidos de nuevo y reencarcelados por el pueblo mismo. Los bonapartistas matan al pueblo, y por poco que se les deje hacer todavía algún tiempo, es al pueblo entero, es a Francia a quien aprisionarán.

Pero, ¿cómo arrestar y mantener en la cárcel tanta gente sin juicio alguno? Eso no importa. Por poco que se halle en Francia un número suficiente de jueces íntegros, y por poco que se tomen la molestia de hojear en los actos pasados de los servidores de Napoleón III, encontrarán, sin duda, materia para condenar a las tres cuartas partes de ellos a presidio y muchos de ellos, a muerte, aplicándoles simplemente y sin severidad excesiva el código criminal.

Por otra parte, ¿no han dado el ejemplo los bonapartistas mismos? ¿No han detenido y encarcelado más de veintiséis mil ciudadanos patriotas, durante y después del golpe de Estado de diciembre, y deportado a Argelia y a Cayena

"...Las represalias tomaron en algunos lugares un carácter salvaje: así fué como los prisioneros amontonados en el jardín de las Tullerías, en el fondo del subterráneo del borde del agua, fueron muertos al azar por las balas que se les enviaban a través de las lumbreras; así fué como los prisioneros fueron fusilados en mentón en la llanura de Grenelle, en el cementerio de Montparnasse, en las cavernas de Montmartre, en el patio del Hotel de Cluny, en el claustro de San Bemito... y como un humillante terror dominó, acabada la lucha, sobre el París devastado.

"... Otro rasgo completará el cuadro.

"El 3 de julio, un número bastante grande de prisioneros fueron retirados de los sótanos de la Escuela Militar para ser conducidos a la Prefectura de Policía y de allí a los fuertes. Se les ató de cuatro en cuatro por las manos y con cuerdas muy ceñidas. Después, cuando estos desdichados apenas podían caminar, agotados como estaban por el hambre, les llevaron escudillas de sopa. Como tenían las manos ligadas, se vieron obligados a acostarse sobre el vientre y a arrastrarse hasta las escudillas como animales, en medio de las explosiones de risa de los oficiales de la escolta, que llamaban a eso el socialismo en la práctica. Tengo el dato de uno de los que soportaron este suplicio". (*Histoire de la Revolution de 1848*, por Luis Blanc, tomo II.

He aquí, pues, la humanidad burguesa, y hemos visto cómo, más tarde, la justicia de los republicanos burgueses se manifestó por la deportación sin juicio, por simple medida de seguridad general, de cuatro mil trescientos cuarenta y ocho ciudadanos detenidos. (Bakunin.)

más de trece mil? Se dirá que les estaba permitido obrar así, porque eran bonapartistas, es decir, gentes sin fe, sin principio, bandidos; pero que los republicanos, que luchan en nombre del derecho y que quieren hacer triunfar el principio de la justicia, no deben, no pueden transgredir las condiciones fundamentales y primarias. Entonces citaré otro ejemplo:

En 1848, después de vuestra victoria de junio, señores republicanos burgueses, que os mostráis tan escrupulosos ahora sobre esa cuestión de justicia, porque se trata de aplicarla a los bonapartistas, es decir, a los hombres que, por su nacimiento, su educación, sus hábitos, su posición en la sociedad y por su manera de encarar la cuestión social, la cuestión de la emancipación del proletariado, pertenecen a vuestra clase, son vuestros hermanos; después de este triunfo obtenido por vosotros en junio sobre los obreros de París, la Asamblea Nacional —en la que estaba usted, señor Julio Favre, en la que usted estaba, señor Cremieux, y en el seno de la cual está en este momento usted al menos, señor Julio Favre, con el señor Pascual Duprat, su compadre, uno de los órganos más elocuentes de la reacción furiosa—, esa Asamblea de republicanos burgueses, ¿no ha tolerado que durante tres días consecutivos fusilase la burguesía furiosa, sin juicio alguno, a centenares, por no decir a millares de obreros desarmados? E inmediatamente después, ¿no hizo arrojar a las prisiones quince mil obreros, sin ningún juicio, por simple medida de seguridad pública? Y después de haber quedado allí meses y meses, demandando en vano esa justicia en nombre de la que hacéis tantas frases ahora, en la esperanza de que esas frases podrán enmascarar la connivencia con la reacción, esa misma Asamblea de republicanos burgueses, que lo tiene siempre a la cabeza, señor Julio Favre, ¿no ha hecho condenar a cuatro mil trescientos cuarenta y ocho a la deportación, también sin juicio y siempre por medida de seguridad general? ¡Márchense, no son más que odiosos hipócritas!

¿Cómo es que el señor Julio Favre no ha encontrado en sí mismo y no creyó bueno emplear contra los bonapartistas un poco de esa *altiva energía*, un poco de esa ferocidad despiadada que ha manifestado tan ampliamente en junio de 1848, cuando se trataba de herir a los obreros socialistas?

¿O piensa que los obreros que reclaman su derecho a la vida, a las condiciones de una existencia humana, que piden con las armas en la mano la justicia igual para todos, son más culpables que los bonapartistas que asesinan a Francia?

¡Pues bien, sí, tal es, innegablemente, no el pensamiento explícito —tal pensamiento no se atrevería a confesárselo a sí mismo—, sino el instinto profundamente burgués —y a causa de eso, unánime— que inspira todos los decretos del Gobierno de Defensa Nacional, lo mismo que los actos de la mayor parte de sus delegados provinciales: comisarios generales, prefectos, subprefectos, procuradores generales y procuradores de la República que, perteneciendo, sea al colegio de abogados, sea a la prensa republicana, representan, por decirlo así, la flor del radicalismo burgués. A los ojos de esos ardientes patriotas, lo mismo que en la opinión históricamente comprobada del señor Julio Favre, *la revolución social constituye para Francia un peligro más grave todavía que la invasión extranjera misma*. Quiero creer que, si no todos, al menos la mayor parte de esos dignos ciudadanos harían de buena gana el sacrificio de su vida por salvar la gloria, la independencia y la grandeza de Francia; pero estoy igualmente más seguro, por otra parte, de que una mayoría mucho más considerable todavía de ellos preferirá ver más bien a esta noble Francia sufrir el yugo temporal de los prusianos que deber su salvación a una franca revolución popular que demolerá inevitablemente del mismo golpe la dominación económica y política de su clase. De ahí su indulgencia repulsiva, pero obligada, hacia los partidarios tan numerosos y desgraciadamente todavía tan potentes de la traición bonapartista, y su severidad apasionada, sus persecuciones implacables contra los socialistas revolucionarios, representantes de esas clases obreras que son las que toman únicamente hoy en serio la liberación del país.

Es evidente que no son vanos escrúpulos de justicia, sino el temor de provocar y de animar la revolución social, lo que impide al Gobierno proceder contra la conflagración evidente del partido bonapartista. De otro modo, ¿cómo explicar que no lo haya hecho ya el 4 de septiembre? ¿Ha podido dudar un solo instante, él, que se atrevió a tomar la

terrible responsabilidad de la salvación de Francia, de su derecho y de su deber de recurrir a las medidas más enérgicas contra los infames partidarios de un régimen que, no contento con haber sumido a Francia en un abismo, se esfuerza todavía por paralizar sus medios de defensa, en la esperanza de poder restablecer el trono imperial con la ayuda y bajo el protectorado de los prusianos?

Los miembros del Gobierno de Defensa Nacional detestan la revolución, sea. Pero cuando se sabe y se hace de día en día más evidente que en la situación desastrosa en que se encuentra colocada Francia no le queda otra alternativa que esta: *o la revolución o el yugo de los prusianos*; no considerando la cuestión más que desde el punto de vista del patriotismo, esos hombres que han asumido el poder dictatorial en nombre de la salvación de Francia, ¿no serán criminales, no serán ellos mismos traidores a su patria si por odio a la revolución entregan a Francia, o la dejan solamente entregar a los prusianos? (1).

* * *

He aquí pronto un mes que el régimen imperial, derribado por las bayonetas prusianas, ha rodado por el lodo. Un Gobierno provisional compuesto de burgueses más o menos radicales ha ocupado su puesto. ¿Qué hacer para salvar a Francia?

Tal es la verdadera cuestión, la única cuestión. En cuanto a la de la legitimidad del Gobierno de Defensa Nacional y de su derecho, diré más, de su deber de aceptar el Poder de manos del pueblo de París, después que este último barrió por fin la podredumbre bonapartista, fué planteada al día siguiente de la vergonzosa catástrofe de Sedan por los cómplices de Napoleón III, o, lo que quiere decir lo mismo,

(1). Al llegar aquí se bifurca el manuscrito de Bakunin; continúa por una parte en lo que titulé *Apéndice: Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre el mundo real y sobre el hombre*, y por otra en lo que se reproduce a continuación. Pero como las primeras hojas del *Apéndice* prosiguen el mismo tema discutido en este libro, las incluimos en el presente volumen, dejando las *Consideraciones* para el tomo III. Por consiguiente, el otro principio de la bifurcación se hallará al final del presente trabajo (Nota del traductor.)

por los enemigos de Francia. El señor Emilio de Girardin estuvo naturalmente entre ellos (1).

Si el momento no hubiese sido tan terrible, se habría podido reír mucho al ver el descaro incomparable de estas gentes. Sobrepasan hoy a Roberto Macaire, el jefe espiritual de su iglesia, y a Napoleón III, que es el jefe visible.

¡Cómo! Han matado la República y hecho subir el digno emperador al trono por los medios que se sabe. Durante veinte años consecutivos, han sido los instrumentos interesados y voluntarios de las más cínicas violaciones de todos los derechos y de todas las legitimidades posibles; han corrompido sistemáticamente y desorganizado a Francia; han atraído por fin sobre esa desgraciada víctima de su avaricia y de su vergonzosa ambición desgracias cuya inmensidad sobrepasa todo lo que la imaginación más pesimista haya podido prever. En presencia de una catástrofe tan horrible y de la que han sido los actores principales, aplastados por

(1) Nadie personifica mejor la inmoralidad política y social de la burguesía actual que el señor Emilio de Girardin. Charlatán intelectual bajo las apariencias de un pensador serio, apariencias que han engañado a muchas personas—hasta al mismo Proudhon, que tuvo la ingenuidad de creer que el señor Girardin podía asociarse de buena fe y por completo a un principio cualquiera—el en otros tiempos redactor de *La Presse* y de *La Liberté*, es peor que un sofista, es un falsificador de todos los principios. Basta que toque la idea más simple, más verdadera, más útil, para que sea inmediatamente adulterada y envenenada. Por otra parte, no inventó nada nunca, pues su negocio consistió en falsificar siempre las invenciones ajenas. Se le considera, en un cierto mundo, como el más hábil creador y redactor de periódicos. Ciertamente, su naturaleza de explotador y de falsificador de las ideas de los demás, y su descarado charlatanismo, han debido de hacerle muy apropiado para ese oficio. Toda su naturaleza, todo su ser, se resume en estas dos palabras: *réclame* y *chantage*. Debe su fortuna al periodismo; y por medio de la prensa no se hace uno rico si permanece honestamente bajo la misma convicción y la misma bandera. Nadie como él llevó tan lejos el arte de cambiar hábilmente y a tiempo sus convicciones y sus banderas. Ha sido sucesivamente orleanista, republicano y bonapartista, y en caso de necesidad se habría hecho legitimista o comunista. Se decía que está dotado del instinto de las ratas, porque ha sabido abandonar siempre el barco del Estado en la víspera del naufragio. Así volvió las espaldas al Gobierno de Luis Felipe algunos meses antes de la revolución de febrero, no por las razones que impulsaron a Francia a derribar el trono de julio, sino por razones particulares, y entre las cuales las dos principales fueron, su avaricia, su ambición vanidosa y su amor al lucro. Al día siguiente de febrero, se hizo republicano ardiente, más republicano que los republicanos de la víspera, propuso sus ideas y su persona: una idea por día, naturalmente robada a alguien, pero preparada, transformada por Emilio de Girardin mismo, de modo que envenenase a quien la aceptara de sus manos; una apariencia de verdad, con un inagotable fondo de mentira; y su persona, que lleva naturalmente esa mentira, y con ella el descrédito y la desgracia sobre todas las causas que abraza. Ideas y persona fueron rechazadas por el desprecio popular. Entonces, el señor Girardin se hizo enemigo implacable de la República. Nadie conspiró tan malvadamente contra ella, nadie contribuyó tanto, al menos con la intención, a su caída. No tardó en convertirse en uno de los agentes más activos y más diligentes de Bonaparte. Este periodista y este estadista estaban hechos para

los remordimientos, por la vergüenza, por el terror, por el temor de un castigo popular mil veces merecido, habrían debido enterrarse. ¿no es así?, o refugiarse al menos como su amo bajo la bandera de los prusianos, la única que hoy es capaz de cubrir su suciedad. Pues bien, no; reasegurados por la indulgencia criminal del Gobierno de Defensa Nacional, han quedado en París y se han esparcido por toda Francia, clamando en alta voz contra ese Gobierno que declaran ilegal e ilegítimo en nombre de los derechos del pueblo, en nombre del sufragio universal.

El cálculo es justo. Una vez convertida la decadencia de Napoleón III en un hecho irrevocablemente realizado, no

entenderse. Napoleón III realizaba, en efecto, todos los sueños del señor de Girardin. Este era el hombre fuerte que se burlaba como él de todos los principios, y dotado de un corazón bastante amplio como para elevarse sobre todos los vanos escrúpulos de conciencia, por sobre todos los estrechos y ridículos prejuicios de la honradez, de la delicadeza, del honor, de la moralidad pública y privada, por encima de todos los sentimientos de humanidad, escrúpulos, prejuicios y sentimientos que no pueden menos que obstaculizar la acción política: era el hombre de la época, en una palabra, evidentemente llamado a gobernar el mundo. Durante los primeros días que siguieron al golpe de Estado, hubo así como una bruma liviana entre el augusto soberano y el augusto periodista. Pero no fué otra cosa que un enojo de amantes, no una disidencia de principios. El señor Emilio de Girardin no se creyó suficientemente recompensado. Sin duda ama mucho el dinero, pero le hacen falta también honores, una participación en el Poder. Ha aquí lo que Napoleón III, a pesar de toda su buena voluntad, no pudo concederle jamás. Tuvo siempre cerca de él algún Moray, algún Fleury, algún Bidault, algún Rouher que lo impidieron. De suerte que no fué sino hacia fines de su reinado cuando pudo conferir al señor Emilio de Girardin la dignidad de senador del Imperio. Si Emilio Ollivier, el amigo de corazón, el hijo adoptivo y en cierto modo la creación de Emilio de Girardin, no hubiese caído tan pronto, sin duda hubiéramos visto de ministro al gran periodista. El señor Emilio de Girardin fué uno de los principales actores del ministerio Ollivier. Desde entonces, su influencia política se acrecentó. Fué inspirador y consejero perseverante de los dos últimos actos políticos del Emperador que tuvieron la virtud de perder a Francia: el plebiscito y la guerra. Adorador en lo sucesivo de Napoleón III, amigo del general Prim en España, padre espiritual de Emilio Ollivier y senador del Imperio, el señor Emilio de Girardin se sintió demasiado gran hombre al fin para continuar su periodismo. Abandonó la redacción de *La Liberté* a su sobrino y discípulo, el propagador fiel de sus ideas, señor Detroyat, y, como un joven que se prepara para la primera comunión, se encerró en un recogimiento meditativo, a fin de recibir con toda la dignidad conveniente el Poder tanto tiempo ambicionado, y que por fin iba a caer en sus manos. ¡Qué amarga desilusión! Abandonado esa vez por su instinto ordinario, el señor Emilio de Girardin no había sentido que el Imperio se derrumbaba y que eran precisamente sus inspiraciones y sus consejos lo que lo impulsaban al abismo. No había tiempo para cambiar de frente. Arrastrado en su caída, el señor de Girardin cayó desde la altura de sus sueños ambiciosos, en el mismo momento en que parecía que se iban a realizar. Cayó aplastado y esta vez definitivamente anulado. Desde el 4 de septiembre, se esfuerza enormemente, poniendo en juego sus antiguos artificios, por atraer sobre sí la atención. No pasa una semana sin que su sobrino, el nuevo redactor de *La Liberté*, lo proclame el primer estadista de Francia y de Europa. Todo eso es inútil. Nadie lee *La Liberté* y Francia tiene otras cosas que hacer que ocuparse de las grandezas del señor Emilio de Girardin. Esta vez, ha muerto de veras, y Dios quiera que el charlatanismo moderno de la prensa, que él contribuyó a crear, haya muerto igualmente con él. (Bakunin.)

queda otro medio para reponerlo en Francia que el triunfo definitivo de los prusianos. Mas para asegurar y para acelerar ese triunfo, hay que paralizar todos los esfuerzos patrióticos y necesariamente revolucionarios de Francia, destruir en su raíz todos los medios de defensa, y para llegar a este fin la vía más corta, la más segura, es la convocación inmediata de una Asamblea constituyente. Lo demostraré.

Pero, primero, creo útil demostrar que los prusianos pueden y deben querer el restablecimiento de Napoleón III en el trono de Francia.

LA ALIANZA RUSA Y LA RUSOFOBIA DE LOS ALEMANES (1)

La posición del Conde de Bismarck y de su amo el rey Guillermo I, por triunfadora que sea, no es absolutamente fácil. Su objetivo es evidente: la unificación semiforzada y semivoluntaria de todos los Estados de Alemania bajo el cetro real de Prusia, que se transformará pronto, sin duda, en cetro imperial; la constitución del más poderoso imperio en el corazón de Europa. Apenas hace cinco años que, entre las cinco grandes potencias de Europa, Prusia era considerada como la última. Hoy, quiere convertirse en la primera, y, sin duda, va a serlo. ¡Y cuidado entonces con la independencia y la libertad de Europa! (cuidado, sobre todo, con los pequeños Estados que tienen la desgracia de poseer en su seno poblaciones germánicas o que fueron germánicas en otro tiempo, como los flamencos por ejemplo). El apetito del burgués alemán es tan feroz como es enorme su servilismo, y apoyándose en ese patriótico apetito y en ese servilismo completamente alemán, el señor Conde de Bismarck, que no tiene escrúpulos y que es un estadista como para no escatimar la sangre de los pueblos y respetar su bolsa, su libertad y sus derechos, será muy capaz de emprender la realización de los sueños de Carlos V en beneficio de su amo.

Una parte de la tarea que se impuso, está liquidada. Gra-

(1) Este título fué puesto por James Guillaume, pero no apareció en el folleto impreso. (Nota del traductor.)

cias a la connivencia de Napoleón III, al que engañó, gracias a la alianza de Alejandro II, a quien engañará, logró ya aplastar a Austria. Hoy, la mantiene en respeto por la actitud amenazadora de su aliada fiel, Rusia.

En cuanto al Imperio del Zar, después del reparto de Polonia y precisamente por ese reparto, está enfeudado al Reino de Prusia, como este último está enfeudado al Imperio de todas las Rusias. No pueden hacerse la guerra, a menos de emancipar las provincias polacas que le fracasaron, lo que es también imposible para uno como para otro, porque la posesión de esas provincias constituye para cada uno de ellos la condición esencial de su potencia como Estado. No pudiendo hacerse la guerra, *volens volens* deben ser íntimos aliados. Basta que Polonia se mueva para que el Imperio de Rusia y el Reino de Prusia estén obligados a experimentar uno para otro un acrecentamiento de pasión. Esta solidaridad forzosa es el resultado fatal, a menudo desventajoso y siempre penoso, del acto de bandidaje que han perpetrado ambos contra esa noble y desgraciada Polonia. Porque no hay que imaginarse que los rusos, aun los oficiales, quieran a los prusianos, ni que estos últimos adoren a los rusos. Al contrario, se detestan cordialmente, profundamente. Pero como dos bandidos, encadenados uno a otro por la solidaridad del crimen, están obligados a marchar juntos y a ayudarse mutuamente. De ahí la inefable ternura que une a las cortes de San Petersburgo y Berlín y que el Conde de Bismarck no se olvida jamás de mantener por medio de algún regalo, por ejemplo por la entrega de algunos desgraciados polacos de tanto en tanto a los verdugos de Varsovia o de Vilna.

En el horizonte de esta amistad sin nubes se muestra ya, sin embargo, un punto negro. Es el problema de las provincias bálticas. Esas provincias, se sabe, no son ni rusas ni alemanas. Son letonas o finlandesas, pues la población alemana, compuesta de nobles y burgueses, no constituye más que una minoría ínfima allí. Estas provincias habían pertenecido primero a Polonia, después a Suecia, más tarde fueron conquistadas por Rusia. La mejor solución para ellas, desde el punto de vista popular —y yo no admito otro— sería, según mi opinión, su vuelta, junto con Finlandia, no a la dominación de Suecia, sino a una alianza federativa

Íntima con ella, a título de miembros de la Federación Escandinava, que abarcaría Suecia, Noruega, Dinamarca y toda la parte danesa del Schleswig. Que no disguste a los señores alemanes. Esto sería justo, sería natural, y estas dos razones bastan para que desagraden a los alemanes. Pero pondría, en fin, un límite saludable a sus ambiciones marítimas. Los rusos quieren rusificar esas provincias, los alemanes quieren germanizarlas. Unos y otros se engañan. La inmensa mayoría de la población, que detesta igualmente a los alemanes y a los rusos, quiere seguir siendo lo que es, es decir, finlandesa y letona, y no podrá hallar el respeto de su autonomía y de su derecho, ser ella misma, sino en la Confederación Escandinava.

Pero, como he dicho ya, eso no se concilia de ningún modo con las avaricias patrióticas de los alemanes. Desde hace algún tiempo, hay mucha preocupación por este asunto en Alemania. Ha sido despertada por las persecuciones del Gobierno ruso contra el clero protestante, que en esas provincias es alemán. Esas persecuciones son odiosas, como lo son todos los actos de un despotismo cualquiera, ruso o prusiano. Pero no sobrepasan a las que el gobierno prusiano comete cada día en sus provincias rusopolacas, y sin embargo ese mismo público alemán se guarda bien de protestar contra el despotismo prusiano. De todo eso resulta que para los alemanes no se trata, de ningún modo, de justicia, sino de adquisición, de conquista. Ambicionan esas provincias, que les serían efectivamente muy útiles desde el punto de vista de su potencia marítima en el Báltico y no dudo que Bismarck alimente ya en algún repliegue muy recóndito de su cerebro la intención de apoderarse tarde o temprano, de una manera o de otra, de ellas. Tal es el punto negro que surge entre Rusia y Prusia.

Por negro que sea, no es capaz de separarlas. Tienen demasiada necesidad una de otra. Prusia, que desde ahora no podrá tener en Europa otra aliada que Rusia —porque todos los demás Estados, sin exceptuar Inglaterra, al sentirse hoy amenazados por su ambición, que pronto no reconocerá límites, se vuelven o se volverán tarde o temprano contra ella—, Prusia se guardará bien, pues, de plantear ahora una cuestión que necesariamente debería malquistarla con su única amiga, Rusia. Tiene necesidad de su ayuda,

o de su neutralidad, mientras no haya aniquilado completamente, al menos por veinte años, la potencia de Francia, destruido el imperio de Austria, y englobado la Suiza alemana, una parte de Bélgica, Holanda y toda Dinamarca; la posesión de estos últimos reinos le es indispensable para la creación y consolidación de su potencia marítima. Todo eso será la consecuencia necesaria de su triunfo sobre Francia, si ese triunfo es definitivo y completo. Pero todo eso, suponiendo las circunstancias más felices para Prusia, no podrá realizarse de un golpe. La ejecución de esos proyectos inmensos necesitará muchos años y durante ese tiempo Prusia tendrá más necesidad que nunca del concurso de Rusia; porque es preciso suponer que el resto de Europa, por cobarde y estúpido que se muestre al presente, acabará sin embargo por despertarse cuando sienta el cuchillo en su garganta, y no se dejará acomodar a la salsa prusogermánica sin resistencia y sin combates. Sólo que Prusia, aunque triunfe, aun después de haber aplastado a Francia, será demasiado débil para luchar contra todos los Estados de Europa reunidos. Si Rusia se volviese también contra ella, estaría perdida. Sucumbiría aun con la neutralidad rusa; necesitará forzosamente el concurso efectivo de Rusia; ese mismo concurso que le hace hoy un servicio inmenso teniendo en jaque a Austria: porque es evidente que si Austria no estuviera amenazada por Rusia, al día siguiente de la entrada de los ejércitos alemanes en el territorio de Francia, habría lanzado los suyos sobre Prusia, sobre la Alemania desguarnecida de soldados, para reconquistar su dominio perdido y para obtener un brillante desquite de Sadowa.

El señor Bismarck es un hombre demasiado prudente para malquistarse, en medio de circunstancias semejantes, con Rusia. Ciertamente, esta alianza debe de serle desagradable bajo muchos aspectos. Le impopulariza en Alemania. El señor Bismarck es, sin duda, demasiado estadista para dar un valor sentimental al amor y a la confianza de los pueblos. Pero sabe que ese amor y esa confianza constituyen en ciertos momentos una gran fuerza, la única cosa, a los ojos de un profundo político como él, verdaderamente respetable. Por consiguiente, esa impopularidad de la alianza rusa le molesta. Debe lamentar, sin duda, que la única

alianza que queda hoy a Alemania sea precisamente la que rechaza el sentimiento unánime de Alemania.

* * *

Cuando hablo de los sentimientos de Alemania, me refiero, naturalmente, a los de su burguesía y a los de su proletariado. La nobleza alemana no odia a Rusia, porque no conoce de Rusia más que el imperio, cuya política bárbara y cuyos procedimientos sumarios le agradan, adulan sus instintos, convienen a su propia naturaleza. Tuvo por el difunto emperador Nicolás una admiración entusiasta, un verdadero culto. Este Gengis-Kan germanizado, o más bien, este príncipe alemán mogolizado, realizaba a sus ojos el sublime ideal del soberano absoluto. Vuelve a encontrar hoy la imagen fiel en su rey-coco, el futuro emperador de Alemania. No es, pues, la nobleza alemana, la que se opondrá a la alianza rusa. La apoya, al contrario, con una doble pasión: primero por simpatía profunda hacia las tendencias depóticas de la política rusa; luego porque su rey quiere esa alianza, y en tanto que la política real tienda a la sumisión de los pueblos, esa voluntad será sagrada para ella. No sería así, claro está, si el rey, repentinamente infiel a todas las tradiciones de su dinastía, decretase su emancipación. Entonces, pero sólo entonces, será capaz de rebelarse contra él, lo que por otra parte no sería muy peligroso, porque la nobleza alemana, por numerosa que sea, no tiene ninguna potencia propia. No tiene raíces en el país, y no existe como casta burocrática y militar sobre todo sino gracias al Estado. Por lo demás, como no es probable que el futuro emperador de Alemania firme nunca libremente y por su propio impulso un decreto de emancipación, se puede esperar que la conmovedora armonía que existe entre él y su fiel nobleza, se mantendrá siempre. Siempre que continúe siendo un déspota franco, ella será su esclava abnegada, dichosa de prosternarse ante él y de ejecutar sus órdenes, por tiránicas y feroces que sean.

No sucede lo mismo con el proletariado de Alemania. Me refiero principalmente al proletariado de las ciudades. El de los campos está demasiado aplastado, demasiado anquilado por su posición precaria, por sus relaciones habituales de subordinación ante los campesinos propietarios,

por la instrucción, sistemáticamente envenenada de mentiras políticas y religiosas, que recibe en las escuelas primarias, para que pueda él mismo saber cuáles son sus sentimientos y sus anhelos. Sus pensamientos raramente sobrepasan el horizonte demasiado estrecho de su existencia miserable. Es necesariamente socialista por posición y por naturaleza, pero sin saberlo. Únicamente la revolución social francamente universal, y muy amplia, mucho más universal y más amplia que la que sueñan los demócratas socialistas de Alemania, podrá despertar al diablo que duerme en él. Despertado en su seno ese diablo —el instinto de la libertad, la pasión de la igualdad, la santa rebeldía—, no volverá a adormecerse. Pero hasta ese momento supremo, el proletario de los campos seguirá siendo, de acuerdo con las recomendaciones del señor pastor, el humilde súbdito de su rey y el instrumento maquinal en manos de todas las autoridades públicas y privadas posibles.

En cuanto a los campesinos propietarios, están inclinados en su mayoría más bien a sostener la política real que a combatirla. Tienen para eso muchas razones: primeramente, el antagonismo del campo y de la ciudad que existe en Alemania como en todas partes, y que se ha establecido sólidamente desde 1525, cuando la burguesía alemana, con Lutero y Melanchthon a su cabeza, traicionó de un modo tan vergonzoso y tan desastroso para sí misma la única revolución de campesinos que hubo en Alemania; además, por la instrucción profundamente retrógrada de que habló ya y que domina en todas las escuelas de Alemania y sobre todo de Prusia; el egoísmo, los instintos y los prejuicios de conservación, inherentes a todos los propietarios grandes y pequeños; por fin, el aislamiento relativo de los trabajadores del campo, que disminuye de una manera excesiva la circulación de las ideas y el desenvolvimiento de las pasiones políticas. De todo esto resulta que los campesinos propietarios de Alemania se interesan mucho más en sus negocios comunales, que les conciernen más de cerca, que en la política general. Y como la naturaleza alemana, generalmente considerada, está mucho más inclinada a la obediencia que a la resistencia, a la piadosa confianza que a la rebeldía, se sigue que el campesino alemán se entrega voluntariamente —en lo que respecta a los intereses generales

del país— a la sabiduría de las altas autoridades instituidas por Dios. Llegará, sin duda, un momento en que el campesino de Alemania despierte también. Será cuando la grandeza y la gloria del nuevo Imperio prusogermánico que está en vías de fundarse hoy —no sin una cierta simpatía mística e histórica de su parte— se traduzca para él en pesados impuestos, en desastres económicos. Será cuando vea su pequeña propiedad, gravada con deudas, hipotecas, tasas y sobretasas de toda especie, fundirse y desaparecer entre sus manos, para ir a redondear el patrimonio creciente de los grandes propietarios; será cuando reconozca que, por una ley económica fatal, es arrojado a su vez al proletariado. Entonces se despertará y probablemente se rebelará también. Pero ese momento está todavía lejos, y si hay que esperarlo, Alemania, que sin embargo no peca nunca de una impaciencia excesiva, podría muy bien perder la paciencia.

El proletariado de las fábricas y de las ciudades se encuentra en una situación completamente contraria. Aunque asociados como siervos por la miseria a las localidades en que trabajan, los obreros, al no tener propiedad, no tienen intereses locales. Todos sus intereses son de otra naturaleza, no nacional, sino internacional; porque la cuestión del trabajo y del salario, la única que les interesa directa, real, diaria, vivamente, que se ha convertido en el centro y en la base de todas las otras cuestiones, tanto sociales como políticas y religiosas, tiende hoy a tomar, por el simple desenvolvimiento de la omnipotencia del capital en la industria y en el comercio, un carácter absolutamente internacional. Es eso lo que explica el maravilloso crecimiento de la Asociación Internacional de los Trabajadores, asociación que, fundada hace apenas seis años, cuenta ya en Europa solamente con más de un millón de miembros.

Los obreros alemanes no han quedado atrás. En esos años sobre todo, han hecho progresos considerables, y no está lejos el momento en que podrán constituirse en una verdadera potencia. Tienden a ello, es verdad, de una manera que no me parece la mejor para llegar a ese fin. En lugar de tratar de formar una potencia francamente revolucionaria, negativa, destructiva del Estado, lo único que, según mi convicción profunda, puede tener por resultado la

emancipación íntegra y universal de los trabajadores y del trabajo, desean, o más bien se dejan arrastrar por sus jefes a soñar la creación de una potencia positiva, la institución de un nuevo Estado obrero, popular (*Volksstaat*), necesariamente nacional, patriótico y pangermánico, lo que les pone en contradicción flagrante con los principios fundamentales de la Asociación Internacional y en una posición muy equivocada ante el imperio prusogermánico nobiliario y burgués que el señor Bismarck está en vías de instaurar. Esperan, sin duda, que por el camino de una agitación legal primero, seguida después de un movimiento revolucionario más pronunciado y decisivo, llegarán a apoderarse y a transformarlo en un Estado puramente popular. Esa política, que considero como ilusoria y desastrosa, imprime ante todo a su movimiento un carácter reformista y no revolucionario, lo que, por otra parte, tiene también quizás algo de la naturaleza particular del pueblo alemán, más dispuesto a las reformas sucesivas y lentas que a la revolución. Esa política ofrece aún otra gran desventaja, que no es, por lo demás, sino una consecuencia de lo primero: la de poner el movimiento socialista de los trabajadores de Alemania a remolque del partido de la democracia burguesa. Se quiso renegar más tarde de la existencia de esa alianza, pero se ha comprobado sobradamente por la adopción del programa socialista aburguesado del doctor Jacoby como base de una entente posible entre los burgueses demócratas y el proletariado de Alemania, así como por los diversos ensayos de transacción intentados en los congresos de Nuremberg y de Stuttgart. Es una alianza perniciosa en todos los aspectos. No puede aportar a los obreros ninguna utilidad, aunque sea parcial, porque el partido de los demócratas y de los socialistas burgueses en Alemania es verdaderamente un partido demasiado nulo, demasiado ridículamente impotente para ayudarle con una fuerza cualquiera; pero ha contribuido mucho a restringir y a falsear el programa socialista de los trabajadores de Alemania. El programa de los obreros de Austria, por ejemplo, antes de que se hubiesen dejado regimentar en el Partido de la Democracia Socialista, ha sido mucho más vasto, infinitamente más vasto y más práctico también que lo es en la actualidad.

Sea como quiera, es más bien un error de sistema que

de instinto. El instinto de los obreros alemanes es abiertamente revolucionario y lo será más cada vez. Los intrigantes a sueldo del señor Bismarck, por bien que sepan obrar, no lograrán jamás enfeudar la masa de los trabajadores alemanes a su imperio prusogermánico. Por lo demás, el tiempo de las coqueterías gubernamentales con el socialismo ha pasado. Teniendo de aquí en adelante de su parte el entusiasmo servil y estúpido de toda la burguesía alemana, la indiferencia y la pasividad obediente, si no las simpatías de los campos, toda la nobleza alemana, que no espera más que un signo para exterminar la canalla, y la potencia organizada de una fuerza militar inmensa inspirada y conducida por esa misma nobleza, el señor Bismarck, necesariamente, querrá aplastar al proletariado y extirpar en su raíz, a sangre y fuego, esa gangrena, esa maldita cuestión social en que se ha concentrado todo lo que queda de espíritu de rebeldía en los hombres y en las naciones. Será una guerra a muerte contra el proletariado, en Alemania como en todas partes. Pero, aun invitando a los obreros de todos los países a prepararse bien, declaro que no temo esa guerra. Cuento con ella, al contrario, para poner el diablo en el cuerpo de las masas obreras. Cortará corto todos esos razonamientos sin desenlace y sin fin que adormecen, que agotan sin aportar ningún resultado, y alumbrará en el seno del proletariado de Europa esa pasión sin la cual no hay jamás triunfo. ¿Quién puede dudar del triunfo final del proletariado? La justicia, la lógica de la Historia están con él.

El obrero alemán, haciéndose de día en día más revolucionario, ha vacilado, sin embargo, un instante, al comienzo de esta guerra. Por un lado, veía a Napoleón III, por el otro a Bismarck con su rey-coco; el primero representaba la invasión, los dos últimos la defensa nacional. ¿No es natural que, a pesar de toda su antipatía a esos dos representantes del despotismo alemán, haya creído un instante que su deber de alemán le mandaba colocarse bajo su bandera? Pero esa vacilación no duró mucho. En cuanto las primeras noticias de las victorias de las tropas alemanas fueron anunciadas en Alemania, se hizo evidente que los franceses no podrían pasar el Rin, sobre todo después de la capitulación de Sedán y la caída memorable e irrevocable de Napoleón III en el fango; en cuanto la guerra de Ale-

mania contra Francia, perdiendo su carácter de legítima defensa, tomó el de una guerra de conquista, el de una guerra del despotismo alemán contra la libertad de Francia, los sentimientos del proletariado alemán cambiaron repentinamente y adquirieron una dirección abiertamente opuesta a esa guerra y profundamente simpática para la República francesa. Y aquí me apresuro a hacer justicia a los jefes del Partido de la Democracia Socialista, a todo su Comité directivo, a los Bebel, a los Liebknecht y a tantos otros que tuvieron, en medio de los clamores de la gente oficial y de la burguesía de Alemania, rabiosa de patriotismo, el valor de proclamar abiertamente los derechos sagrados de Francia. Han cumplido noblemente, heroicamente, su deber, porque les ha sido preciso, en verdad, un valor heroico para atreverse a hablar un lenguaje humano en medio de toda esa animalidad burguesa rugiente.

* * *

Los obreros de Alemania son naturalmente los enemigos apasionados de la alianza y de la política rusa. Los revolucionarios rusos no deben asombrarse, ni siquiera afligirse demasiado, si alguna vez los trabajadores alemanes envuelven al pueblo ruso mismo en el odio tan profundo y tan legítimo que les inspira la existencia de todos los actos políticos del Imperio de todas las Rusias, como los obreros alemanes, a su vez, no deberán asombrarse ni ofenderse demasiado si el proletariado de Francia llegara en lo sucesivo, algunas veces, a no establecer una distinción conveniente entre la Alemania oficial, burocrática, militar, nobiliaria y burguesa y la Alemania popular. Para no lamentarse demasiado, para ser justos, los obreros alemanes deben juzgar por sí mismos. ¿No confunden muy a menudo, demasiado a menudo, siguiendo en eso el ejemplo y las recomendaciones de muchos de sus jefes, al Imperio ruso y al pueblo ruso en un mismo sentimiento de desprecio y de odio, sin pensar que ese pueblo es la primera víctima y el enemigo irreconciliable y siempre rebelde de ese Imperio, como he tenido frecuentemente ocasión de probarlo en mis discursos y en mis folletos, y como estableceré de nuevo en el curso de este escrito? Pero los obreros alemanes podrán objetar

que no tienen en cuenta las palabras, que su juicio está basado sobre los hechos y que todos los hechos rusos que se han manifestado al exterior han sido antihumanos, crueles, bárbaros, despóticos. A esto los revolucionarios rusos no tienen nada que responder. Reconocerán que hasta cierto punto los obreros alemanes tienen razón; porque cada pueblo es más o menos solidario de los actos perpetrados por su Estado, en su nombre y por su brazo, hasta que haya derribado y destruido ese Estado. Pero si eso es verdad para Rusia, debe ser igualmente verdadero para Alemania.

Ciertamente, el Imperio ruso representa y realiza un sistema bárbaro, inhumano, odioso, detestable, infame. Adjudícale todos los adjetivos que queráis, no soy yo el que me quejaré. Partidario del pueblo ruso y no patriota del Estado o del Imperio de todas las Rusias, desafío a quien quiera que sea a odiar a este último más que yo. Sólo que, como ante todo hay que ser justo, ruego a los patriotas alemanes que quieran observar y reconocer que, aparte de algunas hipocresías de forma, su Reino de Prusia y su viejo Imperio de Austria de antes de 1866 no han sido mucho más liberales ni más humanos que el Imperio de todas las Rusias, al cual el imperio prusogermánico o *knutogermánico*, que el patriotismo alemán levanta hoy sobre sus ruinas y en la sangre de Francia, promete superar en horrores. Veamos: el Imperio ruso, por detestable que sea, ¿ha hecho nunca a Alemania, a Europa, la centésima parte del mal que Alemania hace hoy a Francia y que amenaza hacer a Europa entera? Ciertamente, si alguien tiene derecho a detestar al Imperio de Rusia y de las Rusias, son los polacos. Es verdad: si los rusos se han deshonrado alguna vez y si han cometido horrores, ejecutando las órdenes sanguinarias de sus zares, fué en Polonia. Pues bien, apelo a los polacos mismos: los ejércitos, los soldados, y los oficiales rusos, tomados en masa, ¿han realizado jamás la décima parte de los actos execrables que los ejércitos, los soldados y los oficiales de Alemania tomados en masa realizan hoy en Francia? Los polacos, he dicho, tienen el derecho a detestar a Rusia. Pero los alemanes, no, al menos que no se detesten a sí mismos al mismo tiempo. Veamos: ¿qué mal les hizo nunca el Imperio ruso? ¿Es que un emperador ruso cualquiera ha soñado jamás con la conquista de Alemania? ¿Le

arrancó alguna vez una provincia? ¿Han ido tropas rusas a Alemania para aniquilar su república, que no ha existido jamás, y para restablecer sobre el trono a sus déspotas, que no han cesado nunca de reinar?

Dos veces solamente, desde que las relaciones internacionales existen entre Rusia y Alemania, han hecho los emperadores rusos un mal positivo a esta última. La primera vez fué cuando Pedro III, apenas en el trono, en 1761, salvó a Federico el Grande y al reino de Prusia con él, de una ruina inminente, ordenando al ejército ruso, que había combatido hasta allí con los austríacos contra él, a unirse a él contra los austríacos. Otra vez fué cuando el emperador Alejandro I, en 1807, salvó a Prusia de un completo aniquilamiento.

He aquí, sin contradicción, dos malos servicios que Rusia hizo a Alemania, y si es de eso de lo que se quejan los alemanes, debo reconocer que tienen mil veces razón; porque al salvar dos veces a Prusia, Rusia, si no forjado, al menos ha contribuído innegablemente a forjar las cadenas de Alemania. De otro modo, no sabría comprender verdaderamente de qué pueden quejarse los buenos patriotas alemanes.

En 1813, los rusos han ido a Alemania como libertadores, y no han contribuído poco, digan lo que quieran los señores alemanes, a libertarla del yugo de Napoleón. ¿O bien guardan rencor a ese mismo emperador Alejandro porque impidió en 1814 al mariscal de campo prusiano Blücher entregar París al saqueo, de lo cual había expresado la intención? —lo que prueba que los prusianos han tenido siempre los mismos instintos y que no han cambiado de naturaleza—. ¿No quieren al emperador Alejandro por haber casi forzado a Luis XVIII a dar una constitución a Francia, contra los votos expresados por el rey de Prusia y por el emperador de Austria, y por haber asombrado a Europa y a Francia al mostrarse, él, emperador de Rusia, más humano y más liberal que los dos grandes potentados de Alemania?

¿Quizás los alemanes no pueden perdonar a Rusia el odioso reparto de Polonia? ¡Ay!, no tienen derecho a ello, porque han tomado su parte en el pastel. Claro está, ese reparto fué un crimen. Pero entre los bandidos coronados

que lo realizaron hubo un ruso y dos alemanes: la emperatriz María Teresa de Austria y el gran rey Federico II de Prusia. Podría decir aún que los tres fueron alemanes, porque la emperatriz Catalina II, de lasciva memoria, no era sino una princesa alemana de pura sangre. Federico II, se sabe, tenía buen apetito. ¿No había propuesto a su buena comadre de Rusia repartir igualmente Suecia, donde reinaba su sobrino? La iniciativa del reparto de Polonia pertenece a él por completo. El reino de Prusia ha ganado allí mucho más que los otros dos coparticipantes, porque si se ha constituido como una verdadera potencia ha sido por la conquista de la Alta Silesia y por el reparto de Polonia.

En fin, ¿odian los alemanes al Imperio de Rusia por la represión violenta, bárbara, sanguinaria de las dos revoluciones polacas, en 1830 y en 1863? Pero, precisamente, no tienen ningún derecho, porque, en 1830 como en 1863, Prusia ha sido la cómplice más íntima del Gabinete de San Petersburgo y la proveedora complaciente y fiel de sus verdugos. El Conde de Bismarck, canciller y fundador del futuro imperio knutogermánico ¿no consideraba un deber entregar a los Muravief y a los Bergh todas las cabezas polacas que cayesen bajo sus manos? y esos mismos lugartenientes prusianos que ostentan ahora su humanidad y su liberalismo pangermánico en Francia, ¿no han organizado en 1863, 1864 y 1865, en la Prusia polaca y en el Gran Ducado de Posen, como verdaderos gendarmes —de lo que por lo demás tienen toda la naturaleza y los gustos— una caza en regla contra los desgraciados insurrectos polacos que huían de los cosacos, para entregarlos encadenados al Gobierno ruso? Cuando en 1863 Francia, Inglaterra y Austria enviaron sus protestas en favor de Polonia al príncipe Gortchakof, únicamente Prusia se negó a protestar. Le había sido imposible protestar por la simple razón de que, desde 1860, todos los esfuerzos de su diplomacia tendieron a disuadir al emperador Alejandro II de que hiciera la menor concesión a los polacos (1).

(1) Cuando el embajador de la Gran Bretaña en Berlín, lord Bloomfield, al no más engañado, propuso al señor Bismarck que firmara en nombre de Prusia la famosa protesta de las cortes de Occidente, Bismarck rehusó hacerlo diciendo al embajador inglés: "¿Cómo queréis que protestemos cuando desde hace tres años no hacemos más que repetir a Rusia una sola cosa, o sea, que no haga ninguna concesión a Polonia?" (Bakunin.)

Se ve que bajo estas relaciones, los patriotas alemanes no tienen derecho a reprochar nada al Imperio ruso. Si cantó falso, y ciertamente su voz es odiosa, Prusia, que constituye hoy la cabeza, el corazón y los brazos de la gran Alemania unificada, no le rehusó jamás su acompañamiento voluntario. Queda, pues, un solo agravio, el último:

"Rusia —dicen los alemanes— ha ejercido, desde 1815 hasta el día, una influencia desastrosa sobre la política exterior e interior de Alemania. Si Alemania ha permanecido tanto tiempo dividida, si permanece esclava es a esa influencia a lo que se debe".

Confieso que este reproche me pareció siempre excesivamente ridículo, inspirado por la mala fe e indigno de un gran pueblo; la dignidad de cada nación, como la de cada individuo, debería consistir, según mi opinión, principalmente en esto: en que cada uno acepte la responsabilidad de sus actos sin tratar de rechazar miserablemente los defectos sobre los demás. ¿No serían algo muy tonto las jere miadas de un muchachote que se quejara lloriqueando de que otro lo hubiese depravado, arrastrado al mal? Pues bien, lo que no le es permitido a un muchacho, con tanta más razón debe estarle prohibido a una nación, prohibido por el respeto que se debe tener a sí misma (1).

(1) Confieso que me asombré profundamente al encontrar este mismo agravio en una carta dirigida el año pasado por el señor Carlos Marx, el célebre jefe de los comunistas alemanes, a los redactores de una pequeña hoja que se publicaba en lengua rusa en Ginebra. Pretende que si Alemania no está todavía organizada democráticamente, la culpa es sólo de Rusia. Desconoce singularmente la historia de su propio país, al enunciar una cosa cuya imposibilidad, dejando aparte los hechos históricos, se demuestra fácilmente por la experiencia de todos los tiempos y de todos los países. ¿Se ha visto a una nación inferior en civilización imponer o inocular sus propios principios a un país mucho más civilizado, a menos que no lo haga por la vía de la conquista? Pero Alemania, que yo sepa, no fué nunca conquistada por Rusia. Es, por consiguiente, completamente imposible que haya podido adoptar un principio ruso cualquiera; pero es más que probable, es cierto que, vista su vecindad inmediata y a causa de la preponderancia incontestable de su desenvolvimiento político, administrativo, jurídico, industrial, comercial, científico y social, Alemania, al contrario, ha hecho pasar muchas de sus propias ideas a Rusia, lo que los alemanes conceden generalmente cuando dicen, no sin orgullo, que Rusia debe a Alemania lo poco de civilización que posee. Felizmente para nosotros, para el porvenir de Rusia, esa civilización no ha pasado más allá de la Rusia oficial, al pueblo. Pero, en efecto, es a los alemanes a quienes debemos nuestra educación política, administrativa, policíaca, militar y burocrática, y todo el perfeccionamiento de nuestro edificio imperial, aun nuestra augusta dinastía.

Que la vecindad de un gran emir mogol-bizantino-germánico ha sido más agradable a los déspotas de Alemania que a sus pueblos; más favorable al desarrollo de su servidumbre indígena, completamente nacional, germánica, que al desarrollo de las ideas liberales y democráticas importadas de Francia, ¿quién puede dudarlo? Alemania se habría desenvuelto mucho más pronto en el sen-

Al final de este escrito, al echar un vistazo sobre la cuestión germanoeslava, demostraré con hechos históricos irrecusables que la acción diplomática de Rusia sobre Alemania —y no hubo otra jamás, tanto bajo el aspecto de su desenvolvimiento interior como bajo el de su extensión exterior— ha sido nula o casi nula hasta 1866, mucho más nula en todos los casos de lo que estos buenos patriotas alemanes y de lo que la diplomacia rusa se han imaginado. Y demostraré que, a partir de 1866, el Gabinete de San Petersburgo, reconocido al concurso moral, si no a la ayuda material, que el de Berlín le aportó durante la guerra de Crimea, y más ligado a la política prusiana que nunca, ha contribuido poderosamente, por su actitud amenazadora contra Austria y Francia, al completo logro de los proyectos gigantescos del Conde de Bismarck y, por consiguiente, también a la edificación definitiva del gran imperio prusogermánico, cuyo próximo establecimiento va por fin a coronar todos los anhelos de los patriotas alemanes.

Como el doctor Fausto, estos excelentes patriotas han perseguido dos fines, dos tendencias opuestas: una hacia una poderosa unidad nacional, otra hacia la libertad. Ha-

tido de la libertad y de la igualdad si, en lugar del Imperio ruso, hubiese tenido por vecino a los Estados Unidos de Norteamérica, por ejemplo. Por otra parte, ha tenido un vecino que la separaba del Imperio moscovita. Era Polonia, no democrática, es verdad, sino nobiliaria, fundada sobre la servidumbre de los campesinos como la Alemania feudal, pero mucho menos aristocrática, más liberal, más abierta a todas las influencias humanas que esta última. Pues bien, Alemania, impaciente por esa vecindad turbulenta, tan contraria a sus hábitos de orden, de servilismo piadoso y de leal sumisión, le devoró una buena mitad, dejando la otra mitad al zar moscovita, a ese Imperio de todas las Rusias de que se ha convertido por ese acto en vecina inmediata. ¡Y ahora se queja de esa vecindad! Es ridículo.

Rusia habría igualmente ganado mucho si, en lugar de Alemania, tuviese por vecina en el Occidente a Francia; y en lugar de China en Oriente, la América del Norte. Pero los socialistas revolucionarios o, como se comienza a llamarlos en Alemania, los anarquistas rusos, están demasiado orgullosos de la dignidad de su pueblo para rechazar toda la culpa de su esclavitud sobre los alemanes o sobre los chinos. Y sin embargo, con mucha más razón habrían tenido el derecho histórico de echarla tanto sobre unos como sobre otros. Porque, en fin, es verdad que las hordas mogólicas que conquistaron a Rusia vinieron por la frontera china. Es verdad que durante más de dos siglos la tuvieron sometida bajo su yugo. Dos siglos de yugo bárbaro, ¡qué educación! Felizmente, esa educación no penetró nunca en el pueblo ruso propiamente dicho, en la masa de los campesinos, que continuaron viviendo bajo su ley consuetudinaria comunal, ignorando y detestando toda otra política y jurisprudencia, como lo hacen actualmente. Pero depravó completamente a la nobleza y en gran parte también al clero ruso, y estas dos clases privilegiadas, igualmente brutales, igualmente serviles, pueden ser consideradas como las verdaderas fundadoras del Imperio moscovita. Es verdad que este imperio fué fundado principalmente por el sometimiento del pueblo, y que el pueblo ruso, que no recibió en el reparto esa virtud de la resignación de que parece dotado en tan alto grado el pueblo alemán, no cesó nunca de detestar ese imperio, ni de rebelarse contra él. Ha sido

biendo querido conciliar estas dos cosas inconciliables, han paralizado largo tiempo una por otra, hasta que al fin, aleccionados por la experiencia, se han decidido a sacrificar una para conquistar la otra. Y así, sobre las ruinas, no de su libertad —no han sido jamás libres—, sino de sus sueños liberales, están en vías de construir ahora su gran imperio prusogermánico. Constituyen de aquí en adelante por su propio deseo, *libremente*, una nación poderosa, un Estado formidable y un pueblo esclavo.

* * *

Durante cincuenta años consecutivos, desde 1815 hasta 1866, la burguesía alemana vivió en una singular ilusión con relación a sí misma: se había creído liberal, y no lo era de ningún modo. Desde la época en que recibió el bautismo de Melanchthon y de Lutero, que la asociaron religiosamente al poder absoluto de los príncipes, perdió definitivamente todos sus instintos de libertad. La resignación y la obediencia se convirtieron más que nunca en su hábito y en la expresión reflexiva de sus más íntimas convicciones, en el resultado de su culto supersticioso hacia la omnipo-

y es todavía hoy el único verdadero socialista revolucionario en Rusia. Sus revueltas o más bien sus revoluciones (en 1612, en 1667, en 1771) han amenazado frecuentemente la existencia del Imperio moscovita y tengo la firme convicción de que, sin tardar demasiado, una nueva revolución socialista popular, esta vez triunfante, lo derribará por completo. Es verdad que si los zares de Moscú, más tarde emperadores de San Petersburgo, triunfaron hasta aquí de esta tenaz y violenta resistencia popular, ha sido gracias a la ciencia política, administrativa, burocrática y militar que nos han dado los alemanes que, al dotarnos de tantas bellas cosas, no se olvidaron de regalarnos, no han podido dejar de regalarnos, su culto, no oriental, sino protestante-germánico, y al soberano, representante personal de la razón de Estado, la filosofía del servilismo nobiliario, burgués, militar y burocrático erigido en sistema, lo que fué una desgracia, según mi opinión. Porque la esclavitud oriental, bárbara, rapax, saqueadora de nuestra nobleza y de nuestro clero, era el producto brutal, pero completamente natural, de las circunstancias históricas desgraciadas, de una profunda ignorancia y de una situación económica y política todavía más desgraciada. Esta esclavitud era un hecho natural, no un sistema, y como tal podía y debía modificarse bajo la influencia bienhechora de las ideas liberales, democráticas, socialistas y humanitarias de Occidente. Se modificó, en efecto, de suerte que para no hacer mención sino de los hechos más característicos, hemos visto de 1818 a 1825 varios centenares de nobles, la flor de la nobleza, pertenecientes a la clase más instruída y más rica de Rusia, formar una conspiración muy seria y muy amenazadora contra el despotismo imperial, con el fin de fundar sobre sus ruinas una constitución monárquica liberal, según el deseo de unos, o una república federativa y democrática según el del mayor número, teniendo por base uno y otro la emancipación completa de los campesinos con la propiedad de la tierra. Desde entonces, no hubo una sola conspiración en Rusia en que los jóvenes nobles, a menudo muy ricos, no hayan participado. Por otra parte, todo el mundo sabe que son precisamente los hijos de nuestros sacerdotes, los estu-

tencia del Estado. El sentimiento de la revuelta, ese orgullo satánico que rechaza la dominación de todo amo, divino o humano, y que crea en el hombre el amor a la independencia y a la libertad, no sólo le es desconocido, sino que le repugna, la escandaliza y la espanta. La burguesía alemana no sabría vivir sin amo; experimenta demasiado la necesidad de respetar, de adorar, de someterse a quien quiera que sea. Si no es a un rey, a un emperador, será a un monarca colectivo, el Estado y todos los funcionarios del Estado, como fué hasta ahora el caso de Francfort, Hamburgo, Bremen, Lübeck, llamadas ciudades republicanas y libres, y que pasaron a la dominación del nuevo emperador de Alemania sin darse cuenta de que han perdido su libertad.

Lo que descontenta al burgués alemán no es, pues, el tener que obedecer a un amo, porque ahí está su hábito, su segunda naturaleza, su religión, su pasión; es la insignificancia, la debilidad, la impotencia relativa de aquel a quien debe y quiere obedecer. El burgués alemán posee en el más alto grado ese orgullo de todos los criados que reflejan en sí mismos la importancia, la riqueza, la grandeza, la potencia de su amo. Así es como se explica el culto retrospectivo de la figura histórica y casi mítica del emperador

diantes de nuestras academias y de nuestros seminarios los que constituyen la falange sagrada del Partido Socialista Revolucionario en Rusia. Que los señores patriotas alemanes, en presencia de estos hechos incontestables y que toda su proverbial toalla fe no logrará destruir, quieran decirme si hubo jamás en Alemania muchos nobles y estudiantes de teología que hayan conspirado contra el Estado y por la emancipación del pueblo. Y, sin embargo, no es que le falten ni nobles ni teólogos. ¿De qué procede, pues, esa pobreza, por no decir esa ausencia de sentimientos liberales y democráticos en la nobleza, en el clero y diré también, para ser sincero hasta el fin, en la burguesía de Alemania? Es que en todas esas clases respetables, representantes de la civilización alemana, el servilismo no es sólo un hecho natural, producto de causas naturales; se ha convertido en un sistema, en una ciencia, en una especie de culto religioso, y a causa de eso mismo constituye una enfermedad incurable. ¿Podéis imaginaros un burócrata alemán, o bien un oficial del ejército alemán, conspirando o rebelándose por la libertad, por la emancipación de los pueblos? No, sin duda. Hemos visto últimamente a los oficiales y a altos funcionarios de Hannover conspirar contra Bismarck, pero ¿con qué fin? Con el de restablecer sobre el trono un rey déspota, un rey legítimo. Pues bien, la burocracia y la oficialidad rusas cuentan en sus filas muchos conspiradores por el bien del pueblo. He ahí la diferencia; está todavía en favor de Rusia. Es, pues, natural que, aunque la acción servilizadora de la civilización alemana no haya podido corromper completamente los cuerpos privilegiados y oficiales de Rusia, ha debido de ejercer constantemente sobre esas clases una influencia malsana. Y, lo repito, es una gran dicha para el pueblo ruso que no haya sido alcanzado por esa civilización, lo mismo que no fué alcanzado por la civilización de los mogoles.

Contra todos estos hechos, ¿podrán los burgueses patriotas alemanes citar un solo que demuestre la influencia de la civilización mogolico bizantina de la Rusia oficial sobre Alemania? Les sería completamente imposible hacerlo, puesto

de Alemania, culto nacido en 1815 simultáneamente con el seudoliberalismo alemán, del que fué después siempre el obligado acompañamiento y al que debía necesariamente ahogar y destruir tarde o temprano, como acaba de hacerlo en nuestros días. Tomad todas las canciones patrióticas de los alemanes, compuestas desde 1815. No hablo de las canciones de los obreros socialistas que abren una era nueva, profetizan un mundo nuevo, el de la emancipación universal. No, tomad las canciones de los patriotas burgueses, comenzando por el himno pangermánico de Arndt. ¿Cuál es el sentimiento que domina allí? ¿Es el del amor a la libertad? No, es el de la grandeza y el de la potencia nacionales: "¿Dónde está la patria alemana?" —se pregunta—. Y responde: "En todas partes donde resuena la lengua alemana". La libertad no inspira sino muy mediocrementemente a estos cantores del patriotismo alemán. Se diría que no hacen mención de ella por decencia. Su entusiasmo serio y sincero pertenece únicamente a la unidad. Y hoy mismo, ¿de qué argumentos se sirven para probar a los habitantes de Alsacia y de Lorena, que fueron bautizados franceses por la revolución y que en este momento de crisis tan terrible para ellos se sienten más apasionadamente franceses que nunca, que son alemanes y que deben volver a ser alemanes? ¿Les

que los rusos no han ido nunca a Alemania ni como conquistadores ni como profesores, ni como administradores; de donde resulta que si Alemania tomó realmente algo de la Rusia oficial, lo que niego formalmente, no pudo ser más que por inclinación y por gusto.

Sea verdaderamente un acto mucho más digno de un excelente patriota alemán y de un demócrata socialista sincero, como lo es indudablemente el señor Carlos Marx, y sobre todo mucho más provechoso para la Alemania popular, que, en lugar de tratar de consolar la vanidad nacional, atribuyendo falsamente las faltas, los crímenes y la vergüenza de Alemania a una influencia extranjera, quisiera emplear su erudición inmensa para probar, conforme a la justicia y a la verdad históricas, que Alemania ha producido, llevado y desarrollado históricamente en sí misma todos los elementos de su esclavitud actual. Le habría abandonado voluntariamente la tarea de realizar un trabajo tan útil, necesario mayormente desde el punto de vista de la emancipación del pueblo alemán y que, salido de su cerebro y de su pluma, apoyado en esa erudición asombrosa ante la cual me he inclinado ya, sería, es natural, infinitamente más completa. Pero como no espero que encuentre nunca conveniente y necesario decir toda la verdad sobre este punto, me encargo yo, y me esforzaré por demostrar, en el curso de este escrito, que la esclavitud, los crímenes y la vergüenza de la Alemania actual son los productos completamente genuinos de cuatro grandes causas históricas: el feudalismo nobiliario, cuyo espíritu, lejos de haber sido vencido como en Francia, se incorporó a la constitución actual de Alemania; el absolutismo del soberano, sancionado por el protestantismo y transformado por él en un objeto de culto; el servilismo perseverante y crónico de la burguesía de Alemania, y la paciencia a toda prueba de su pueblo. Una quinta causa, en fin, que se refiere por otra parte muy de cerca a las cuatro primeras, es la del nacimiento y la rápida formación de la potencia completamente mecánica y completamente antinacional del Estado de Prusia. (Bakunin.)

prometen la libertad, la emancipación del trabajo, una gran prosperidad material, un noble y vasto desenvolvimiento humano? No, nada de eso. Estos argumentos les conmueven tan poco a ellos que no comprenden que puedan conmovier a los demás. Por otra parte, no se atreverían a llevar tan allá la mentira, en un tiempo de publicidad en que la mentira se hace tan difícil, si no imposible. Saben, y todo el mundo lo sabe, que ninguna de esas bellas cosas existe en Alemania, y que Alemania no puede convertirse en un gran imperio knutogermánico más que renunciando a ellas por largo tiempo, aun en sus sueños, pues la realidad se ha hecho demasiado sorprendente hoy, demasiado brutal para que haya puesto y ocio en ella para los sueños.

A falta de todas estas grandes cosas a la vez reales y humanas, los publicistas, los sabios, los patriotas y los poetas de la burguesía alemana, ¿de qué les hablan? De la grandeza pasada del imperio de Alemania, de los Hohenstaufen y del emperador Barbarroja. ¿Están locos? ¿Son idiotas? No, son burgueses alemanes, patriotas alemanes. ¿Por qué diablos estos buenos burgueses, estos excelentes patriotas adoran ese gran pasado católico, imperial y feudal de Alemania? ¿Encuentran en él, como las ciudades de Italia en los siglos XII, XIII, XIV y XV, recuerdos de potencia, de libertad, de inteligencia y de gloria burguesa? La burguesía, o si queremos escuchar esta palabra conforme al espíritu de estos tiempos retrasados, la nación, el pueblo alemán, ¿fué entonces menos oprimido por sus príncipes despóticos y por su nobleza arrogante? No, sin duda; lo fué más que hoy. Pero entonces, ¿qué quieren buscar en los siglos pasados esos sabios burgueses de Alemania? La potencia del amo. Es la ambición de los criados.

En presencia de lo que pasa hoy, la duda no es posible. La burguesía alemana no amó nunca, ni comprendió ni quiso la libertad. Vive en su servidumbre, tranquila y feliz como una rata en un queso, pero quiere que el queso sea grande. Desde 1815 hasta nuestros días, no ha deseado más que una sola cosa, pero esa cosa la ha querido con una pasión perseverante, enérgica y digna de un objeto más noble: ha querido sentirse bajo la mano de un amo poderoso, aunque sea un déspota feroz y brutal, siempre que pueda darle, en compensación de su necesaria esclavitud, lo que llama su

grandeza nacional; siempre que haga temblar a los pueblos, comprendido el pueblo alemán, en nombre de la civilización alemana.

Se me objetará que la burguesía de todos los países de muestra hoy las mismas tendencias; que en todas partes corre presurosa a refugiarse bajo la protección de la dictadura militar, su último refugio contra las invasiones más y más amenazadoras del proletariado. En todas partes renuncia a su libertad, en nombre de la salvación de su bolsa, y para conservar sus privilegios renuncia en todas partes a sus derechos. El liberalismo burgués se ha convertido en todos los países en una mentira, pues no existe apenas más que de nombre.

Sí, es verdad. Pero al menos, en el pasado, el liberalismo de los burgueses italianos, suizos, holandeses, belgas, ingleses y franceses ha existido realmente mientras que el de la burguesía alemana no existió nunca. No encontraréis ningún rastro de él ni antes ni después de la Reforma.

HISTORIA DEL LIBERALISMO ALEMAN

La guerra civil, tan funesta para el poder de los Estados, es al contrario, y a causa de eso mismo, favorable siempre para el despertar de la iniciativa popular y el desenvolvimiento intelectual, moral y aun material de los pueblos. La razón es muy sencilla: perturba, rompe en las masas esa disposición carneril, tan querida por todos los gobiernos y que transforma a los pueblos en otros tantos rebaños a los que se apacenta y esquila a voluntad. Quebranta la monotonía embrutecedora de su existencia cotidiana, maquina, desprovista de pensamiento y, forzándolos a reflexionar sobre las pretensiones respectivas de los príncipes o de los partidos que se disputan el derecho a explotarlos y a oprimirlos, los lleva muy a menudo a la conciencia, si no reflexiva, al menos instintiva de esta profunda verdad: que los derechos de los unos son tan nulos como los derechos de los otros y que sus intenciones son igualmente malas. Además, desde el momento en que el pensamiento, habitualmente dormido, de las masas se despierta sobre un punto, se extiende necesariamente a todos los demás. La inteligencia del pueblo se rebela, rompe su inmovilidad secular y, sa-

liendo de los límites de una fe maquinal, rompiendo el yugo de las representaciones o de las nociones tradicionales y petrificadas que lo habían tenido atado ante toda idea, somete a una crítica severa, apasionada, dirigida por su buen sentido y por su honesta conciencia —que valen a menudo más que la ciencia—, sus ídolos de ayer. Así es como se despierta el espíritu del pueblo. Con el espíritu nace en él el instinto sagrado, el instinto esencialmente humano de la revuelta, fuente de toda emancipación, y se desarrollan simultáneamente su moral y su prosperidad material, hijas gemelas de la libertad. Esa libertad, tan benéfica para el pueblo, encuentra un apoyo, una garantía y un aliento en la guerra civil misma que, al dividir a sus opresores, a sus explotadores, a sus tutores y a sus amos, disminuye naturalmente la potencia maléfica de unos y de otros. Cuando los amos se desgarran entre sí, el pobre pueblo, libertado al menos en parte de la monotonía del orden público, o más bien de la anarquía y de la iniquidad petrificadas que se le impusieron bajo ese nombre de orden público por su autoridad detestable, puede respirar un poco más a sus anchas. Por lo demás, las partes adversas, debilitadas por la división y la lucha, tienen necesidad de las simpatías de las masas para triunfar unas sobre otras. El pueblo se convierte en querida adulada, solicitada, cortejada. Se le hacen toda suerte de promesas, y cuando el pueblo es bastante inteligente como para no contentarse con promesas, se le hacen concesiones reales, políticas y materiales. Si no se emancipa entonces, la culpa es suya.

El procedimiento que acabo de describir es precisamente aquel por el cual se han emancipado más o menos en la Edad Media las comunas de todos los países del occidente de Europa. Por el modo de emanciparse y sobre todo por las consecuencias políticas, intelectuales y sociales que han sabido sacar de su emancipación, se puede juzgar de su espíritu, de sus tendencias naturales y de sus temperamentos nacionales respectivos.

Así, hacia fines del siglo XI ya, vimos a Italia en pleno desenvolvimiento de sus libertades municipales, de su comercio y de sus artes nacientes. Las ciudades de Italia saben aprovechar la lucha memorable de los emperadores y de los papas que comienza, para conquistar su indepen-

dencia. En ese mismo siglo, Francia e Inglaterra se encuentran ya en plena filosofía escolástica, y como consecuencia de este primer despertar del pensamiento en la fe y de esta revuelta implícita contra la fe, vemos en el mediodía de Francia el nacimiento de la herejía valdense. En Alemania, nada. Trabaja, reza, canta, construye sus templos, sublime expresión de su fe robusta e ingenua, y obedece sin murmurar a sus sacerdotes, a sus nobles, a sus príncipes y a su emperador que la embrutecen y le roban sin piedad ni vergüenza.

En el siglo XII, se forma la Liga de las ciudades independientes y libres de Italia contra el emperador y contra el papa. Con la libertad política, comienza naturalmente la rebeldía de la inteligencia. Vemos al gran Arnaldo de Brescia quemado en Roma por herejía, en 1155. En Francia, se quema a Pierre de Bruys y se persigue a Abelardo; y lo que es más, la herejía verdaderamente popular y revolucionaria de los albigenses se subleva contra la dominación del papa, de los sacerdotes y de los señores feudales. Perseguidos, se esparcen por Flandes, por Bohemia, hasta Bulgaria, pero no por Alemania. En Inglaterra, el rey Enrique I Beauclerc es obligado a firmar una constitución, base de todas las libertades ulteriores. En medio de ese movimiento, únicamente la fiel Alemania queda inmóvil e intacta. Ni un pensamiento, ni un acto que denote el despertar de una voluntad independiente o de una aspiración cualquiera en el pueblo. Sólo dos hechos importantes. Primero, la creación de dos órdenes caballerescos nuevas, la de los cruzados teutónicos y la de los portaespadas livonianos, encargadas ambas de preparar la grandeza y el poder del futuro imperio knutogermánico por la propaganda armada del catolicismo y del germanismo en el noroeste y el norte de Europa. Se conoce el método uniforme y constante de que hicieron uso estos amables propagandistas del evangelio de Cristo para convertir y germanizar las poblaciones eslavas bárbaras y paganas. Es el mismo método que sus dignos sucesores emplean hoy para *moralizar*, para *civilizar*, para *germanizar* a Francia: estos tres verbos tienen en los labios y en los pensamientos de los patriotas alemanes el mismo sentido. Es la matanza en masa y en detalle, el incendio, el saqueo, la violación, la destrucción de una parte de la población y

el sometimiento del resto. En el país conquistado, alrededor de los campos atrincherados de estos civilizadores armados, se formaban luego ciudades alemanas. En medio de ellos iba a establecerse el santo obispo, que bendecía siempre todos los atentados cometidos o emprendidos por estos nobles bandidos; con él venía una tropa de sacerdotes y bautizaba por la fuerza a los pobres paganos que habían sobrevivido a la matanza; después se obligaba a esos esclavos a construir iglesias. Atraídos por tanta santidad y gloria, llegaban después los burgueses alemanes, humildes, serviles, cobardemente respetuosos ante la arrogancia nobiliaria, de rodillas ante todas las autoridades establecidas, políticas y religiosas, achatados en una palabra ante todo lo que significaba un poder cualquiera, pero excesivamente duros y llenos de desprecio y de odio hacia las poblaciones indígenas vencidas; por otra parte, uniendo a estas cualidades útiles, ya que no brillantes, una fuerza, una inteligencia y una perseverancia de trabajo muy respetables, y no sé qué potencia vegetativa de crecimiento y de expansión invasora, se hacían estos laboriosos parásitos muy peligrosos para la independencia y la integridad del carácter nacional, aun en el país adonde habían ido a establecerse no por derecho de conquista, sino por favor, como en Polonia, por ejemplo. Así es como la Prusia oriental y occidental y una parte del Gran Ducado de Posen se vieron un buen día germanizadas. El segundo hecho alemán, que se realiza en este siglo, es el renacimiento del derecho romano, provocado, claro que no por iniciativa nacional, sino por voluntad de los emperadores que preparan las bases del absolutismo moderno al proteger y propagar el estudio de las Pandectas de Justiniano encontradas.

En el siglo XIII, la burguesía alemana parece por fin despertar. La guerra de los güelfos y gibelinos, después de haber durado cerca de un siglo, logra interrumpir sus cantos y sus sueños y sacarla de su piadosa letargia. Comienza verdaderamente con un golpe maestro. Siguiendo, sin duda, el ejemplo que le habían dado las ciudades de Italia, cuyas relaciones comerciales se habían extendido por toda Alemania, más de sesenta ciudades alemanas forman una liga comercial y necesariamente política, formidable, la famosa Hansa.

Si la burguesía alemana hubiese tenido el instinto de la libertad, aunque parcial y restringido, lo único que habría sido posible en esos tiempos lejanos, hubiera podido conquistar su independencia y establecer su poder político ya en el siglo XIII, como lo había hecho mucho antes la burguesía de Italia. La situación política de las ciudades alemanas, por otra parte, se parecía mucho a la de las ciudades italianas, a las que estaban asociadas doblemente por las pretensiones del Santo Imperio y por las relaciones más reales del comercio.

Como las ciudades republicanas de Italia, las ciudades alemanas no podían contar más que consigo mismas. No podían apoyarse como las comunas de Francia en el poder creciente de la centralización monárquica, no habiendo podido jamás consolidarse y echar raíces en Alemania el poder de los emperadores, que residía mucho más en su capacidad y en su influencia personales que en las instituciones políticas, y que por consiguiente variaba con el cambio de las personas. Por lo demás, ocupados siempre con los negocios de Italia y con su lucha interminable contra los papas, pasaban las tres cuartas partes de su tiempo fuera de Alemania. Por esta doble razón, la potencia de los emperadores, siempre precaria y siempre disputada, no podía ofrecer, como la de los reyes de Francia, un apoyo suficiente y serio para la emancipación de las comunas.

Las ciudades de Alemania no podían tampoco aliarse como las comunas inglesas con la aristocracia territorial contra el poder del emperador para reivindicar su parte de libertad política; las casas soberanas y toda la nobleza feudal de Alemania, al contrario de la aristocracia inglesa, se habían distinguido siempre por una ausencia completa de sentido político. Eran simplemente un amasijo de brutales bandidos, bestiales, estúpidos, ignorantes, sin gusto más que para la guerra feroz y rapaz, para la lujuria y el desenfreno. No valían más que para atacar a los mercaderes de las ciudades en los grandes caminos, o bien para saquear las ciudades cuando se sentían con fuerza para ello, pero no para comprender la utilidad de una alianza con éstas.

Las ciudades alemanas, para defenderse contra la brutal opresión, contra las vejaciones y contra la rapiña regular o no regular de los emperadores, de los príncipes soberanos

y de los nobles, no podían contar realmente más que con sus propias fuerzas y con la alianza entre sí. Mas para que esa alianza, esa misma Hansa, que nunca fué más que una alianza casi exclusivamente comercial, pudiese ofrecerles una protección suficiente, habría sido preciso que tomase un carácter y una importancia decididamente política: que interviniese como parte reconocida y respetada en la constitución misma y en todos los asuntos tanto interiores como exteriores del Imperio.

Las circunstancias, por lo demás, eran enteramente favorables. La potencia de todas las autoridades del Imperio había sido considerablemente debilitada por la lucha de los gibelinos y de los güelfos; y puesto que las ciudades alemanas se habían sentido bastante fuertes para formar una liga de defensa mutua contra todos los ladrones coronados o no coronados que las amenazaban por todas partes, nada les impedía dar a esa liga un carácter político mucho más positivo: el de una formidable potencia colectiva que reclamase e impusiese respeto. Podían hacer más: aprovechándose de la unión más o menos ficticia que el místico Santo Imperio había establecido entre Italia y Alemania, las ciudades alemanas habrían podido aliarse o federarse con las ciudades italianas, como se habían aliado con las flamencas y más tarde con algunas ciudades polacas; deberían haberlo hecho, naturalmente, no sobre una base exclusivamente alemana, sino ampliamente internacional; y quién sabe si tal alianza, añadiendo a la fuerza nativa y un tanto pesada y bruta de los alemanes, el espíritu, la capacidad política y al amor a la libertad de los italianos, habría dado al desenvolvimiento político y social del Occidente una dirección del todo diferente y mucho más ventajosa para la civilización del mundo entero. La única desventaja probablemente resultante de tal alianza, hubiera sido la formación de un nuevo mundo político, poderoso y libre, al margen de las masas agrícolas y por consiguiente contra ellas; los campesinos de Italia y de Alemania habrían sido entregados más resueltamente aún a la merced de los señores feudales, resultado que por otra parte no fué evitado, puesto que la organización municipal de las ciudades ha tenido por consecuencia separar profundamente los campesinos de los burgueses y de sus obreros, en Italia como en Alemania.

Pero no soñemos por estos buenos burgueses alemanes. Sueñan bastante ellos mismos; la desgracia es que sus sueños jamás han tenido la libertad por objeto. No han tenido nunca, ni entonces ni después, las disposiciones intelectuales y morales necesarias para concebir, para amar, para querer y para crear la libertad. El espíritu de independencia les ha sido siempre desconocido. La rebeldía les repugna tanto como les espanta. Es incompatible con su carácter resignado y sumiso, con sus hábitos pacientes y apaciblemente laboriosos, con su culto a la vez razonado y místico de la autoridad. Se diría que todos los burgueses alemanes nacen con la jiba de la piedad, con la jiba del orden público y de la obediencia incondicional. Con tales disposiciones, nadie se emancipa nunca, y aun en medio de las condiciones más favorables se queda uno esclavo.

Esto es lo que sucedió a la liga de las ciudades hanseáticas. Nunca salió de los límites de la moderación y de la prudencia, y no exigió más que tres cosas: que se le dejase enriquecerse apaciblemente con su industria y con su comercio, que se respetase su organización y su jurisdicción interna y que no se le exigiesen sacrificios de dinero demasiado grandes a cambio de la protección o de la tolerancia que se le concedía. En cuanto a los asuntos generales del Imperio, tanto interiores como exteriores, la burguesía alemana los dejó de buen grado a los grandes señores (*den grossen Herren*), demasiado modesta para mezclarse en ellos.

Una moderación política tan grande ha debido de ser acompañada, necesariamente, o más bien hasta es un síntoma cierto, de una gran lentitud en el desenvolvimiento intelectual y social de una nación. Y en efecto, vemos que durante el siglo XIII, el espíritu alemán, a pesar del gran movimiento comercial e industrial, a pesar de la prosperidad material de las ciudades alemanas, no produjo absolutamente nada. En ese mismo siglo se enseñaba ya en las escuelas de la Universidad de París, no obstante el Rey y el Papa, una doctrina cuyo atrevimiento habría espantado a nuestros metafísicos y a nuestros teólogos, doctrina que afirmaba, por ejemplo, que siendo eterno el mundo no había podido ser creado, y negaba la inmortalidad de las almas y el libre albedrío. En Inglaterra, encontramos al gran

monje Roger Bacon, el precursor de la ciencia moderna y el verdadero inventor de la brújula y de la pólvora, aunque los alemanes quieren atribuirse esta última invención, sin duda para hacer mentir al proverbio. En Italia, nació Dante. En Alemania, noche intelectual completa.

En el siglo XVI, Italia posee ya una magnífica literatura nacional: Dante, Petrarca, Boccaccio; y en el orden político a Rienzi, a Miguel Lando, el obrero cardador, confaloniero en Florencia. En Francia, las comunas, representadas en los Estados generales, determinan definitivamente su carácter político, apoyando a la realeza contra la aristocracia y el papa. Ese es también el siglo de la *jacquerie*, esa primera insurrección de los campos de Francia, insurrección para la cual los socialistas sinceros no tendrán, sin duda, el desdén ni el odio de los burgueses. En Inglaterra, Juan Wiclef, el verdadero iniciador de la reforma religiosa, comienza a predicar. En Bohemia, país eslavo, que desgraciadamente constituía parte del Imperio germánico, hallamos en las masas populares, entre los campesinos, la secta tan interesante y tan simpática de los *fraticelli*, que se atrevieron a tomar, contra el déspota celeste, el partido de Satanás, ese jefe espiritual de todos los revolucionarios pasados, presentes y del porvenir, el verdadero autor de la emancipación humana según el testimonio de la Biblia, el negador del imperio celeste como nosotros lo somos de todos los imperios terrestres, el creador de la libertad: aquel mismo a quien Proudhon, en su libro sobre la justicia, saludaba con una elocuencia llena de amor. Los *fraticelli* prepararon el terreno para la revolución de Huss y de Ziska. La libertad suiza, en fin, nace en este siglo.

La revuelta de los cantones alemanes de Suiza contra el despotismo de la casa de los Habsburgo, es un hecho tan contrario al espíritu nacional de Alemania, que tuvo por consecuencia necesaria, inmediata, la formación de una nueva nación suiza, bautizada en el nombre de la revuelta y de la libertad, y como tal separada desde entonces por una barrera infranqueable del Imperio germánico.

Los patriotas alemanes tienen gusto en repetir, con la célebre canción pangermánica de Arndt, que "su patria se extiende tan lejos como resuena su idioma, cantando alabanzas a Dios".

*So weit die deutsche Zunge kling,
Und Gott im Himmel Lieder singt!*

Si quisieran conformarse más bien al sentido real de su historia que a las inspiraciones de su fantasía omnívora, habrían debido decir que su patria se extiende tan lejos como la esclavitud de los pueblos y cesa donde comienza la libertad.

No sólo Suiza, sino las ciudades de Flandes, ligadas sin embargo con las de Alemania por intereses materiales, por los de un comercio creciente y próspero, y no obstante formar parte de la liga hanseática, tendieron, a partir de este mismo siglo, a separarse siempre más bajo la influencia de esa misma libertad.

En Alemania, durante todo ese siglo, en medio de una prosperidad material creciente, no se percibe movimiento alguno intelectual ni social. En política, dos hechos únicamente: el primero es la declaración de los príncipes del Imperio que, arrastrados por el ejemplo de los reyes de Francia, proclaman que el Imperio debe ser independiente del Papa y que la dignidad imperial no procede más que de Dios solo. El segundo es la institución de la famosa Bula de Oro, que organiza definitivamente el Imperio y decide que habrá en la sucesivo siete príncipes electores, en honor a los siete candelabros del Apocalipsis.

Henos aquí llegados al siglo XV. Es el siglo del Renacimiento. Italia está en plena florecencia. Armado con la filosofía que volvió a encontrar en la Grecia antigua, rompe la dura prisión en que había sido encerrado durante diez siglos el espíritu humano. La fe cae, el pensamiento libre renace. Esta es la aurora resplandeciente y alegre de la emancipación humana. El suelo libre de Italia se cubre de libres y atrevidos pensadores. La Iglesia misma se hace pagana. Los papas y los cardenales desdeñan a San Pablo por Aristóteles y Platón, abrazan la filosofía materialista de Epicuro y, olvidadizos del Júpiter cristiano, no juran ya más que por Baco y Venus; lo que no les impide perseguir por momentos a los librepensadores, cuya propaganda sugestiva amenaza aniquilar la fe de las masas populares, ese recurso de su poder y de sus rentas. El ardiente e ilustre propagador de la fe nueva, de la fe humana, Pico de la

Mirándola, muerto tan joven, atrae principalmente contra él los rayos del Vaticano.

En Francia y en Inglaterra, época de estancamiento. En la primera mitad de este siglo, hay una guerra odiosa, estúpida, fomentada por la ambición de los reyes y sostenida tontamente por la nación inglesa, una guerra que hizo retroceder un siglo a Inglaterra y a Francia. Como los prusianos hoy, los ingleses del siglo XV habían querido destruir, someter a Francia. Se habían apoderado de París. lo que los alemanes, a pesar de toda su buena voluntad, no lograron todavía hacer hasta aquí (1), y habían quemado a Juana de Arco en Ruán, como los alemanes ahorcan hoy a los francotiradores. Fueron, por fin, expulsados de París y de Francia como, lo esperamos siempre, los alemanes acabarán también por serlo. En la segunda mitad del siglo XV, vemos en Francia el nacimiento del verdadero despotismo real, reforzado por esa guerra.

Es la época de Luis XI, un rudo colega que vale por sí solo un Guillermo I con sus Bismarck y Moltke, el fundador de la centralización burocrática y militar de Francia, el creador del Estado. Se digna también algunas veces apoyarse en las simpatías interesadas de su fiel burguesía, que ve con gusto a su buen rey abatir las cabezas, tan arrogantes y tan altivas, de sus señores feudales; pero se ve ya en el modo de comportarse con ella que si ésta no quisiera apoyarlo, podría muy bien obligarla a ello. Toda independencia, nobiliaria o burguesa, espiritual o temporal, le es igualmente odiosa. Suprime la caballería e instituye las órdenes militares: eso para la nobleza. Impone a sus buenas ciudades su conveniencia y dicta su voluntad a los Estados generales: eso para la burguesía. Prohíbe en fin la lectura de las obras de los *nominales* y ordena la de los *reales*: eso para el librepensamiento. Pues bien, a pesar de una comprensión tan dura, Francia da un Rabelais a fines del siglo XV: un genio profundamente popular, galo, desbordante de ese espíritu de rebeldía humana que caracteriza el siglo del Renacimiento.

En Inglaterra, a pesar del debilitamiento del espíritu

(1) Estas páginas han sido escritas antes de haber recibido Bakunin la noticia de la capitulación de París, y constituyen parte del envío de manuscritos que me hizo el autor el 16 de febrero de 1871 (hojas 81-109). (J. Guillaume.)

popular, consecuencia natural de la guerra odiosa que había hecho a Francia, vemos durante todo el siglo XV a los discípulos de Wiclef propagar la doctrina del maestro, no obstante las crueles persecuciones de que son víctimas, y preparar así el terreno a la revolución religiosa que estalló un siglo más tarde. Al mismo tiempo, por la vía de una propaganda individual, sorda, invisible e insecuestrable, pero sin embargo muy vivaz, en Inglaterra tanto como en Francia, el espíritu libre del Renacimiento tiende a crear una filosofía nueva. Las ciudades alemanas, amantes de su libertad y fuertes en su prosperidad material, entran en pleno en el desenvolvimiento artístico e intelectual moderno, separándose por eso mismo más y más de Alemania.

En cuanto a Alemania, la vemos dormir su más hermoso sueño durante toda la primera mitad de este siglo. Y sin embargo sucedió en el seno del Imperio y en la vecindad más inmediata de Alemania un hecho inmenso que hubiese bastado para sacudir la somnolencia de cualquier otra nación. Quiero hablar de la revuelta religiosa de Juan Husa, el gran reformador eslavo.

* * *

Con un sentimiento de profunda simpatía y de altivez fraternal, pienso en ese gran movimiento nacional de un pueblo eslavo. Fué más que un movimiento religioso, fué una protesta victoriosa contra el despotismo alemán, contra la civilización aristocráticoburguesa de los alemanes; fué la revuelta de la antigua comuna eslava contra el Estado alemán. Dos grandes revueltas eslavas habían tenido lugar ya en el siglo XI. La primera fué dirigida contra la piadosa opresión de esos bravos caballeros teutónicos, antepasados de los lugartenientes *junkers* actuales de Prusia. Los insurrectos eslavos habían quemado todas las iglesias y exterminado a los sacerdotes. Detestaban el cristianismo, y con mucha razón, porque el cristianismo era el germanismo en su forma menos agraciada: era el amable caballero, el virtuoso sacerdote y el honesto burgués, los tres alemanes de pura sangre y representantes como tales de la idea de autoridad incondicional y de la realidad de una opresión brutal, insolente y cruel. La segunda insurrección tuvo lugar una treintena de años después, en Polonia. Esa fué la primera

y la única insurrección de los campesinos propiamente polacos. Fué ahogada por el rey Casimiro. He aquí cómo es juzgado ese acontecimiento por el historiador polaco Lelewel, cuyo patriotismo y hasta una cierta predilección por la clase que él llama *democracia nobiliaria* no pueden ser puestos en duda por nadie: "El partido de Maslaw [el jefe de los campesinos insurrectos de Masovia] era popular y aliado del paganismo; el partido de Casimiro era aristocrático y amigo del cristianismo" [es decir del germanismo]. Y añade más lejos: "Es preciso absolutamente considerar este movimiento desastroso como una victoria obtenida sobre las clases inferiores, cuya suerte no podía menos de empeorar en su consecuencia. *El orden fué restablecido*, pero la marcha del estado social se hizo desde entonces grandemente desventajosa para las clases inferiores". (*Historia de Polonia*, Joaquín Lelewel, tomo II, pág. 19.)

Bohemia se había dejado germanizar todavía más que Polonia. Como esta última, jamás había sido conquistada por los alemanes, pero se había dejado depravar profundamente por ellos. Miembro del Santo Imperio desde su formación como Estado, no había podido, por desgracia, separarse jamás de él, y había adoptado todas las instituciones clericales, feudales y burguesas. Las ciudades y la nobleza de Bohemia se habían germanizado en parte; nobleza, burguesía y clero eran alemanes, no de nacimiento sino de bautismo, así como por educación y por posición política y social; la organización primitiva de las comunas esclavas no admitía ni sacerdotes, ni clases. Solos, los campesinos de Bohemia se habían conservado puros de esa lepra alemana y eran naturalmente las víctimas. Esto explica sus simpatías instintivas hacia todas las grandes herejías populares. Así vimos la herejía de los valdenses esparcirse por Bohemia ya en el siglo XII y la de los *fraticelli* en el siglo XIV, y hacia el fin de este siglo le tocó la vez a la herejía de Wiclef, cuyas obras fueron traducidas en idioma bohemio. Todas esas herejías habían llamado igualmente a las puertas de Alemania; hasta debieron atravesarla, para llegar a Bohemia. Pero en el suelo del pueblo alemán no encontraron el menor eco. Llevando en sí el germen de la revuelta, debieron deslizarse, sin poder afectarla, sobre su felicidad inquebrantable, no llegando siquiera a turbar su sueño pro-

fundo. Al contrario, encontraron un terreno propicio en Bohemia, cuyo pueblo, sometido pero no germanizado, maldecía desde el fondo de su corazón esa servidumbre y toda la civilización aristocráticoburguesa de los alemanes. Esto explica por qué, en el camino de la protesta religiosa, el pueblo checo se ha adelantado en un siglo al pueblo alemán.

Una de las primeras manifestaciones de ese movimiento religioso en Bohemia fué la expulsión en masa de todos los profesores alemanes de la Universidad de Praga, crimen horrible que los alemanes no pudieron perdonar jamás al pueblo checo. Y sin embargo, si se mira más de cerca, se deberá convenir que ese pueblo tuvo mil veces razón para expulsar a estos corruptores patentados y serviles de la juventud eslava. A excepción de un corto período, de treinta y cinco años más o menos, entre 1813 y 1848, durante los cuales la *desvergüenza* del liberalismo, hasta del democratismo burgués, se había deslizado por contrabando y se había mantenido en las universidades alemanas, representado por una veintena, por una treintena de sabios ilustres y animados de un liberalismo sincero, ved lo que han sido los profesores alemanes hasta esa época y lo que han llegado a ser bajo la influencia de la reacción de 1849: los aduladores de todas las autoridades, los profesores del servilismo. Salidos de la burguesía alemana, expresan conscientemente sus tendencias y su espíritu. Su ciencia es la manifestación fiel de la conciencia esclava. Es la consagración ideal de una esclavitud histórica.

Los profesores alemanes del siglo XV en Praga eran al menos tan serviles, tan lacayos como lo son los profesores de la Alemania actual. Estos están entregados en cuerpo y alma a Guillermo I, el feroz, el amo próximo del imperio knutogermánico. Aquéllos estaban servilmente dedicados de antemano a todos los emperadores que pluguiera a los siete príncipes electores apocalípticos de Alemania dar al Santo Imperio germánico. Poco importaba para ellos quién era el amo, siempre que lo hubiese, siendo una sociedad sin amo una monstruosidad que debía rebelar necesariamente su imaginación burguesaalemana. Eso hubiese sido el derrumbamiento de la civilización germánica.

Por lo demás, ¿qué ciencias enseñaban estos profesores alemanes del siglo XV? La teología católica romana y el

código de Justiniano, dos instrumentos del despotismo. Agregad a ello la filosofía escolástica, y eso en una época en que después de haber hecho, sin duda, en los siglos pasados, grandes servicios a la emancipación del espíritu, se había detenido y como inmovilizado en su pesadez monstruosa y pedante, batida en brecha por el pensamiento moderno que animaba el presentimiento, si no todavía la posesión, de la ciencia viva. Añadid a esto un poco de medicina bárbara, enseñada como lo demás en un latín muy bárbaro, y tendréis todo el bagaje científico de esos profesores. ¿Valía le pena retenerlos para eso? Había una gran urgencia en alejarlos: además de depravar la juventud con su enseñanza y su ejemplo servil, eran agentes muy activos, muy celosos de esa fatal casa de Habsburgo que ambicionaba ya a la Bohemia como presa.

Juan Huss y Jerónimo de Praga, su amigo y su discípulo, contribuyeron mucho a su expulsión. Así, cuando el emperador Segismundo, violando el salvoconducto que les había sido concedido, los hizo juzgar primero por el Concilio de Constanza, después quemar a los dos, uno en 1415 y otro en 1416, allá, en plena Alemania, en presencia de una inmensa concurrencia de alemanes que habían acudido desde lejos para asistir al espectáculo, ninguna voz humana se levantó para protestar contra esa atrocidad desleal e infame. Fué preciso que pasasen cien años todavía para que Lutero rehabilitase en Alemania la memoria de estos dos grandes reformadores y mártires eslavos.

Pero si el pueblo alemán, probablemente todavía adormecido y en sueños, dejó sin protesta ese odioso atentado, el pueblo checo protestó por una revolución formidable. El grande y terrible Ziska, ese héroe, ese vengador popular, cuya memoria vive todavía como una promesa de porvenir en el seno de las campiñas de Bohemia entera, se levantó, y a la cabeza de sus taboritas, recorriendo toda Bohemia, quemó las iglesias, mató a los sacerdotes y barrió toda la podredumbre imperial o alemana, lo que entonces significaba la misma cosa, porque todos los alemanes en Bohemia eran partidarios del emperador. Después de Ziska fué el gran Procopio el que llevó el terror al corazón de los alemanes. Los mismos burgueses de Praga, por otra parte mucho más moderados que los husitas de los campos, hicieron

saltar por las ventanas, según el antiguo uso de ese país, a los partidarios del emperador Segismundo, en 1419, cuando ese infame perjurio, ese asesino de Juan Huss y de Jerónimo de Praga, tuvo la audacia insolente y cínica de presentarse como competidor de la corona vacante de Bohemia. ¡Un buen ejemplo a seguir! Así es como deben ser tratadas, en interés de la emancipación universal, todas las personas que quieran imponerse como *autoridades oficiales* a las masas populares bajo cualquier máscara, bajo cualquier pretexto y bajo cualquier dominación que sea.

Durante diecisiete años, estos taboritas terribles, que vivían entre sí en comunidad fraternal, derrotaron todas las tropas de Sajonia, de Franconia, de Baviera, del Rin y de Austria que el Emperador y el Papa enviaron en cruzada contra ellos; limpiaron la Moravia y la Silesia y llevaron el terror de sus armas al corazón mismo de Austria. Fueron, en fin, batidos por el emperador Segismundo. ¿Por qué? Porque fueron debilitados por las intrigas y por la traición de un partido checo también, pero formado por la coalición de la nobleza indígena y de la burguesía de Praga, alemanas por educación, por posición, por ideas y costumbres, si no de corazón, y que se llamaban, por oposición a los taboritas comunistas y revolucionarios, el partido de los *calixtinos*; pedían reformas *sabias, posibles*; representaban, en una palabra, en esa época, en Bohemia, esa misma política de la moderación hipócrita y de la impotencia hábil que los señores Palacki, Rieger, Brauner y compañía representan tan bien hoy.

A partir de esa época, la revolución popular comenzó a declinar rápidamente, cediendo el puesto primero a la influencia diplomática y un siglo más tarde a la dominación de la dinastía austríaca. Los políticos, los moderados, los hábiles, aprovechándose del aborrecido Segismundo, se apoderaron del gobierno, como lo harán probablemente en Francia después del fin de esta guerra y para desgracia de Francia. Sirvieron, los unos conscientemente y con mucha utilidad para la amplitud de sus bolsillos, los otros torpemente, sin imaginarlo, de instrumentos de la política austríaca, como los Thiers, los Julio Favre, los Julio Simon, los Picard, y muchos otros servirán de instrumentos a Bismarck. Austria los magnetizaba y les inspiraba. Veinticin-

co años después de la derrota de los husitas por Segismundo, esos patriotas hábiles y prudentes dieron el último golpe a la independencia de Bohemia, haciendo destruir por manos de su rey Podiebrad la ciudad de Tabor, o más bien el campo fortificado de los taboritas. Así es como los republicanos burgueses de Francia proceden y harán proceder a su presidente o a su rey contra el proletariado socialista, este último campo atrincherado del porvenir y de la dignidad nacional de Francia.

En 1526, la corona de Bohemia cayó por fin en la dinastía austríaca, que ya no se desprendió más de ella. En 1620, después de una agonía que duró poco menos de cien años, Bohemia, entregada al fuego y a la sangre, devastada, saqueada, asesinada y medio despoblada, perdiendo de un solo golpe lo que le quedaba aún de independencia, de existencia nacional y de derechos políticos, se encontró encadenada bajo el triple yugo de la administración imperial, de la civilización alemana y de los jesuitas austríacos. Esperamos, para honor y salvación de la humanidad, que no pase lo mismo con Francia.

* * *

Al comienzo de la segunda mitad del siglo XV, la nación alemana dió, en fin, una prueba de inteligencia y de vida, y esa prueba, preciso es decirlo, fué espléndida: inventó la Imprenta, y por ese camino, creado por ella misma, se puso en relación con el movimiento intelectual de toda Europa. El viento de Italia, el siroco del librepensamiento, sopló sobre ella y bajo ese soplo ardiente se fundió su indiferencia bárbara, su inmovilidad glacial. Alemania se hizo humanista y humana.

Además del camino de la Imprenta, tuvo otro aún, menos general y más vivo. Viajeros alemanes que volvían de Italia a fines de este siglo le aportaron ideas nuevas, el evangelio de la emancipación humana, y lo propagaron con religiosa pasión. Y esta vez, la semilla preciosa no fué perdida. Encontró en Alemania un buen terreno, preparado para recibirla. Esta gran nación despertó al pensamiento, a la vida, a la acción, iba a tomar a su vez la dirección del movimiento del espíritu. Pero, ¡ay!, se halló incapaz de conservarla más de veinticinco años en sus manos.

Es preciso distinguir entre el movimiento del Renaci-

miento y el de la Reforma religiosa. En Alemania, el primero precedió algunos años al segundo. Hubo un corto período, entre 1517 y 1525, en que estos dos movimientos parecieron confundirse, aunque animados de un espíritu completamente opuesto: el uno representado por hombres como Erasmo, como Reuchlin, como el generoso, el heroico Ulrico von Hutten, poeta y pensador de genio, el discípulo de Pico de la Mirándola y el amigo de Franz von Sickingen, de Oecolampade y de Zwingli, el que formó en cierto modo el lazo de unión entre el quebrantamiento puramente filosófico del Renacimiento, la transformación estrictamente religiosa de la fe por la Reforma protestante y la sublevación revolucionaria de las masas, provocada por las primeras manifestaciones de esta última; el otro, representado principalmente por Lutero y Melanchthon, los dos padres del nuevo desenvolvimiento religioso y teológico de Alemania. El primero de estos movimientos, profundamente humanitario, tendía mediante los trabajos literarios y filosóficos de Erasmo, de Reuchlin y de otros a la emancipación completa del espíritu y a la destrucción de las tontas creencias del cristianismo y tendía al mismo tiempo, por la acción más práctica y más heroica de Ulrico von Hutten, de Oecolampade y de Zwingli, a la emancipación de las masas populares del yugo nobiliario y principesco; mientras que el movimiento de la Reforma, francamente religioso, teológico y como tal lleno de respeto divino y de desprecio humano, supersticioso hasta el punto de ver al diablo y de arrojarle tinteros a la cabeza —como se dice que sucedió a Lutero en el castillo de Wartburgo, donde se muestra todavía en el muro una mancha de tinta—, debía convertirse necesariamente en el enemigo irreconciliable de la libertad de espíritu y de la libertad de los pueblos.

Hubo sin embargo en él, como he dicho ya, un momento en que esos dos movimientos tan contrarios debieron confundirse realmente, siendo el primero revolucionario por principio, y estando el segundo forzado a serlo por posición. Por lo demás, en Lutero había una contradicción evidente. Como teólogo, era y debía ser reaccionario; pero como naturaleza, como temperamento, como instinto, era apasionadamente revolucionario. Tenía la naturaleza del hombre del pueblo, y esa naturaleza poderosa no estaba he-

cha para sufrir pacientemente el yugo de quienquiera que fuese. No quería plegarse más que ante Dios, en el que tenía una fe ciega y del cual creía sentir la presencia y la gracia en su corazón; y en nombre de Dios es como el dulce Melanchthon, el sabio teólogo, y nada más que teólogo, su amigo, su discípulo, en realidad su maestro y el freno de esa naturaleza leonina, llegó a encadenarlo definitivamente a la reacción.

Los primeros rugidos de ese grande y rudo alemán fueron completamente revolucionarios. No puede uno imaginarse, en efecto, nada más revolucionario que sus manifestos contra Roma, que las invectivas y las amenazas que lanzó al rostro de los príncipes de Alemania, que su polémica apasionada contra el hipócrita y lujurioso déspota y reformador de Inglaterra, Enrique VIII. A partir de 1517 hasta 1525, no se escucharon ya en Alemania más que los estallidos de trueno de esa voz que parecía llamar al pueblo alemán a una renovación general, a la revolución.

Su llamamiento fué oído. Los campesinos de Alemania se levantaron con un grito formidable, el grito socialista: ¡Guerra a los castillos, paz a las chozas!, que se traduce hoy por este grito más formidable aún: "¡Abajo todos los explotadores y todos los tutores de la humanidad; libertad y prosperidad al trabajo, igualdad y fraternidad del mundo humano, constituido libremente sobre las ruinas de todos los Estados!"

Ese fué el momento crítico para la Reforma religiosa y para todo el destino político de Alemania. Si Lutero hubiese querido ponerse a la cabeza de ese movimiento popular, socialista, de las poblaciones rurales insurgidas contra sus señores feudales; si la burguesía de las ciudades lo hubiese apoyado, habría terminado el imperio, el despotismo principesco y la insolencia nobiliaria de Alemania. Mas para apoyarlo, habría sido preciso que Lutero no fuese teólogo, más preocupado de la gloria divina que de la dignidad humana, ni se indignara porque los hombres oprimidos, los siervos, que no debían pensar más que en la salvación de sus almas, se hubiesen atrevido a reivindicar su porción de felicidad humana *sobre esta tierra*; hubiera sido preciso también, que los burgueses de las ciudades de Alemania no fueran burgueses alemanes.

Aplastada por la indiferencia y en gran parte también por la hostilidad notoria de las ciudades y por las maldiciones teológicas de Melanchthon y de Lutero, mucho más aún que por la fuerza armada de los señores y de los príncipes, esa formidable revuelta de los campesinos de Alemania fué vencida. Diez años más tarde fué igualmente ahogada otra insurrección, la última provocada en Alemania por la Reforma religiosa. Quiero referirme a la tentativa de una organización misticocomunista por los anabaptistas de Münster, capital de Westfalia. Münster fué tomada y Juan de Leyde, el profeta anabaptista, condenado al suplicio en medio de los aplausos de Melanchthon y de Lutero.

Por otra parte, ya cinco años antes, en 1530, los dos teólogos de Alemania habían puesto los sellos en su país a todo movimiento ulterior, aun religioso, al presentar al emperador y a los príncipes de Alemania su confesión de Aushburgo que, petrificando de un solo golpe el libre florecimiento de las almas, renegando de la misma libertad de las conciencias individuales en nombre de la cual se había hecho la Reforma, imponiéndoles como una ley absoluta y divina un dogmatismo nuevo, bajo la salvaguardia de los príncipes protestantes reconocidos como los protectores naturales y los jefes del culto religioso, constituyó una nueva Iglesia oficial que, más absoluta aún que la Iglesia de Bizancio, fué en lo sucesivo, en manos de esos príncipes protestantes, un instrumento de despotismo terrible, y condenó a toda la Alemania protestante, y por contragolpe también a la católica, a tres siglos por lo menos de la esclavitud más embrutecedora, una esclavitud que, según creo, no parece hoy mismo estar dispuesta a dejar plaza a la libertad (1).

(1) Para convencerse del espíritu servil que caracteriza a la Iglesia luterana en Alemania, aun en nuestros días, basta leer la fórmula de declaración o promesa escrita que todo ministro de esa Iglesia, en el reino de Prusia, debe firmar y jurar observar antes de entrar en funciones. Ciertamente, no sobrepasa, pero iguala en servilismo a las obligaciones impuestas al clero ruso. Cada ministro del Evangelio, en Prusia, presta juramento de ser durante toda su vida un súbdito abnegado y sumiso de su señor y amo, no el buen Dios, sino el rey de Prusia; observar escrupulosamente y siempre sus santos mandamientos y no perder jamás de vista los intereses sagrados de Su Majestad; inculcar ese mismo respeto y esa misma obediencia absoluta a sus ovejas, y denunciar al Gobierno todas las tendencias, todas las empresas, todos los actos que podrían ser contrarios a la voluntad, o sea, a los intereses del Gobierno. ¡Y es a semejantes esclavos a los que se confía la dirección exclusiva de las escuelas populares en Prusia! Esa instrucción tan alabada, no es más que un envenenamiento de las masas, una propagación sistemática de la doctrina de la esclavitud. (Bakunin.)

Ha sido una dicha para Suiza que el Concilio de Estrasburgo, dirigido en ese mismo año por Zwingli y Bucer, haya rechazado esa constitución de la esclavitud; una constitución llamada religiosa y que lo era en efecto puesto que en nombre de Dios se consagraba el poder absoluto de los príncipes. Salida casi exclusivamente de la cabeza teológica y sabía del profesor Melanchthon, bajo la presión evidente del respeto profundo, ilimitado, inquebrantable, servil, que todo burgués y profesor alemán bien nacido experimenta por la persona de sus maestros, fué ciegameamente aceptada por el pueblo alemán *porque sus príncipes la habían aceptado*; sintoma nuevo de la esclavitud histórica, no sólo exterior, sino interior, que pesa sobre ese pueblo.

Esta tendencia, por lo demás tan natural, de los príncipes protestantes de Alemania, a repartir entre sí los restos del poder espiritual del Papa, o a constituirse en jefes de la Iglesia en los límites de sus países respectivos, la volveremos a encontrar igualmente en otros países monárquicos protestantes, en Inglaterra, por ejemplo, y en Suecia; pero ni en uno ni en otro llegó a triunfar del altivo sentimiento de independencia que se había despertado en los pueblos. En Suecia, en Dinamarca y en Noruega, el pueblo y la clase campesina mayormente, supieron mantener su libertad y sus derechos tanto contra las invasiones de la nobleza como contra las de la monarquía. En Inglaterra, la lucha de la Iglesia anglicana y oficial con las Iglesias libres de los presbiterianos de Escocia y de los independientes de Inglaterra, terminó en una grande y memorable revolución, de la cual parte la grandeza nacional de la Gran Bretaña. Pero en Alemania, el despotismo tan natural de los príncipes no encontró los mismos obstáculos. Todo el pasado del pueblo alemán, tan lleno de sueños, pero tan pobre de pensamientos libres y de acción o de iniciativa popular, había fundido, por decirlo así, en el molde de la piadosa sumisión y de la obediencia respetuosa, resignada y pasiva; no encontró en sí mismo, en ese momento crítico de su historia, la energía y la independencia, ni la pasión necesaria para mantener su libertad contra la autoridad tradicional y brutal de sus innumerables soberanos nobiliarios y príncipes. En el primer momento de entusiasmo, había tomado, sin duda, un ímpetu magnífico. En ese momento, Alemania

pareció demasiado estrecha para contener el desbordamiento de su pasión revolucionaria. Pero no fué más que un momento, y como el efecto pasajero y ficticio de una inflamación cerebral. Pronto le faltó el aliento; y pesada, sin aliento y sin fuerza, se rindió sobre sí misma; entonces, embriagada de nuevo por Melanchthon y por Lutero, se dejó conducir tranquilamente al redil, bajo el yugo histórico y salvador de los príncipes.

Había tenido un sueño de libertad y se despertó más esclava que nunca. Desde entonces, Alemania se transformó en el verdadero centro de la reacción en Europa. No contenta con predicar la esclavitud con su ejemplo, y con enviar sus príncipes, sus princesas y sus diplomáticos para introducirla y para propagarla en todos los países de Europa, la hizo objeto de sus más profundas investigaciones científicas. En todos los demás países, la Administración, tomada en la acepción más amplia como la organización de la explotación burocrática y fiscal ejercida por el Estado sobre las masas populares, es considerada como un arte: el arte de embridar a los pueblos, de mantenerlos bajo una severa disciplina y de esquilmarlos siempre sin hacerles gritar. En Alemania, este arte es enseñado como una ciencia en las universidades, ciencia que podría ser llamada teología moderna, la teología del culto del Estado. En esa religión del absolutismo terrestre, el soberano toma el puesto del buen Dios; los burócratas son los sacerdotes, y el pueblo, la víctima sacrificada siempre en el altar del Estado.

Si es verdad, como es mi firme convicción, que sólo por el instinto de la libertad, por el odio a los opresores, y por el poder de rebelarse contra todo lo que lleva el carácter de la explotación y de la dominación en el mundo, contra toda especie de explotación y de despotismo, se manifiesta la dignidad humana de las naciones y de los pueblos, es preciso convenir que, desde que existe una nación germánica hasta 1848, sólo los campesinos de Alemania han probado por su revuelta del siglo XVI que esta nación no es absolutamente extraña a esa dignidad. Si se quisiese juzgarla, al contrario, según los hechos y gestos de su burguesía, debería considerársela como predestinada a realizar el ideal de la esclavitud voluntaria.

FRAGMENTO ⁽¹⁾

La revolución, por lo demás, no es ni vindicativa ni sanguinaria. No exige ni la muerte ni la deportación en masa, ni siquiera individual, de esa turba bonapartista que, armada de medios poderosos y mucho mejor organizada que la República misma, conspira abiertamente contra la República, contra Francia. No exige más que la prisión de todos los bonapartistas, *por simple medida de seguridad general*, hasta el fin de la guerra, y *hasta que esos pícaros y esas pícaras hayan desembuchado las nueve décimas partes por lo menos de las riquezas que han robado a Francia*. Después de lo cual les permitirá marcharse con toda libertad a donde quieran, dejando aún algunos millares de renta a cada uno a fin de que puedan alimentar su vejez y su vergüenza. Ya lo veis, no sería una medida de ningún modo cruel, pero muy eficaz, justa en el más alto grado y absolutamente necesaria desde el punto de vista de la salvación de Francia.

La revolución, desde que reviste el carácter socialista, cesa de ser sanguinaria y cruel. El pueblo no es cruel, de ningún modo, son las clases privilegiadas las que lo son. Se levanta en ciertos momentos furioso contra todos los engaños, contra todas las vejaciones, contra todas las opresiones y torturas de que es víctima, y entonces se lanza como un toro enfurecido, no viendo nada más ante sí y rompiendo todo lo que encuentra a su paso. Pero esos son momentos muy raros y cortos. Ordinariamente, es bueno y humano. Sufre demasiado para no padecer con los sufrimientos ajenos. A menudo, ¡ay!, demasiado a menudo, ha servido de instrumento al furor sistemático de las clases privilegiadas. Todas esas ideas nacionales, religiosas y políticas por las que vertió su propia sangre y la sangre de sus hermanos, los pueblos extraños, no sirvieron más que a los intereses de esas clases, y se han transformado siem-

(1) Incluimos en este lugar las primeras páginas de la bifurcación que se ha advertido anteriormente, pues continúan el pensamiento del autor sobre el asunto tratado en la primera entrega de *El imperio knutogermánico*. Guillaume las coloca antes de las *Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino*, etc. Nosotros hemos juzgado que hallan un puesto más conveniente en este lugar. (Nota del traductor.)

pre en nueva opresión contra él. En todas las escenas furiosas de la historia de todos los países, en las que las masas populares, enfurecidas hasta el frenesí, se destruyeron mutuamente, hallaréis siempre tras esas masas agitadores y directores que pertenecen a las clases privilegiadas: de los oficiales, de los nobles, de los sacerdotes y de los burgueses. No está en el pueblo, pues; está en los instintos, en las pasiones y en las instituciones políticas y religiosas de las clases privilegiadas, en la Iglesia y en el Estado, en sus leyes y en la aplicación despiadada e inicua de esas leyes: es ahí donde hay que buscar la crueldad y el furor frío, concentrado y sistemáticamente organizado.

He mostrado el furor de los burgueses en 1848. Los furoros de 1792, 1793 y 1794 fueron igualmente, exclusivamente, furoros burgueses. Las famosas matanzas de Aviñón (octubre de 1791), que abrieron la era de los asesinatos políticos en Francia, fueron dirigidas y también en parte ejecutadas por un lado por los sacerdotes y los nobles, y por otro por los burgueses. Las matanzas de la Vendée, ejecutadas por los campesinos, fueron igualmente mandadas por la reacción de la nobleza y de la Iglesia coligadas. Los ordenadores de las matanzas de septiembre fueron todos, sin excepción, burgueses, y lo que se conoce menos es que los iniciadores de la ejecución misma, la mayoría de los asesinos principales, pertenecieron igualmente a esa clase (1). Collot d'Herbois, Panis, el adorador de Robespierre,

(1) Para demostrarlo, cito el testimonio de A. Michelet:

"Se hubiese podido asesinar fácilmente a los presos en su prisión: pero la cosa no hubiese podido presentarse entonces como un acto espontáneo del pueblo. Era preciso que hubiese una apariencia de casualidad; si hubiesen hecho la ruta a pie, el azar hubiera servido más pronto la intención de los asesinos; pero pidieron coches. Los veinticuatro presos se colocaron en seis carruajes; eso les protegía un poco. Era necesario que los asesinos encontrasen medio o de irritar a los presos a fuerza de ultrajes, hasta que perdiesen la paciencia, se sublevasen, olvidando el cuidado de sus vidas y pareciese que habían provocado, merecido su desgracia; o bien aún era preciso irritar al pueblo, sublevar su furor contra los presos; es lo que se trató de hacer primero. La procesión lenta de los seis coches tuvo todo el carácter de una cruel exhibición: "¡He!os aquí —gritaban los asesinos—, he aquí a los traidores! los que entregaron a Verdun, los que iban a degollar vuestras mujeres y vuestros hijos..." "¡Vamos, ayudadnos, matadlos!"

"Eso no se consiguió. La multitud, es verdad, aullaba alrededor, pero no obraba. No se obtuvo ningún resultado a lo largo del muelle, ni en la travesía del Puente Nuevo, ni en la calle Dauphine. Se llegó a la encrucijada Buci, cerca de la Abbaye, sin haber podido cansar la paciencia de los presos, si decidir al pueblo a poner la mano sobre ellos. Se iba a entrar en la prisión y no había tiempo que perder. Si se les mataba sin que la cosa fuese preparada por alguna demostración semipopular, se haría visible que parecerían por orden y hecho de la autoridad. En la encrucijada, donde se hallaba el teatro de los alistamientos,

Chaumette, Bourdon, Fouquier-Tinville, esa personificación de la hipocresía revolucionaria y de la guillotina, Carrier, el ahogador de Nantes, toda esa gente fué burguesa. El Comité de Salvación Pública, el terror calculado, frío, legal, la guillotina misma, fueron instituciones burguesas. El pueblo no fué sino espectador y algunas veces también, desgraciadamente, el que aplaudió estúpidamente esas exhibiciones de la legalidad hipócrita y del furor político de los burgueses. Después de la ejecución de Danton, comenzó a convertirse en víctima.

* * *

La revolución jacobina, burguesa, exclusivamente política, de 1792 a 1794, debía llegar necesariamente a la hipocresía legal y a la solución de todas las dificultades y de todas las cuestiones por el argumento victorioso de la guillotina.

había muchos obstáculos, una gran multitud. Allí, los asesinos, aprovechándose de la confusión, tomaron su resolución y comenzaron a repartir sablazos y lanzadas desde los coches. Un preso que tenía un bastón, sea por accidente de defensa, sea por desprecio a los miserables que pegaban a gentes desarmadas, dió a uno de ellos un bastonazo en la cara. Dió así el pretexto que se esperaba. Algunos fueron muertos en los coches mismos, otros al bajar al patio de la Abbaye. Esa fué la primera matanza...

Los asesinatos continuaron en la Abbaye. ¿Es curioso saber quiénes eran los asesinos?

Los primeros, los hemos visto; eran federados marseleses, avifoneses y otros del Mediodía, a los cuales se unieron, si hay que creer a la tradición, algunos muchachos carniceros, algunas personas de ruidos oficios, jóvenes sobre todo, pilluelos ya robustos y en estado de hacer mal, aprendices a quienes se educa cruelmente a fuerza de golpes, y que en tales días los devuelven al primer llegado; había, entre otros, un pequeño peluquero que mató a varios por su propia mano.

Pero el informe que se dió más tarde sobre los septembristas, no mencionaba ni una ni otra de estas dos clases, ni los soldados del Mediodía, ni la turba popular que, sin duda, habiendo pasado el tiempo, ya no pudo encontrarse. Designa sólo gentes establecidas sobre quienes podía echarse mano, en total cincuenta y tres personas de la vecindad, casi todos comerciantes de la calle Sainte-Margarite y de las calles vecinas a ésta. Pertenecen a todas las profesiones: relojeros, cafeteros, salchicheros, fruteros, zapateros, cofreros, panaderos, etcétera. No hay más que un solo carnicero establecido. Hay varios sastres, entre ellos dos alemanes o tal vez alsacianos.

Si se cree esa información, tal gente se habría alabado, no sólo de haber matado un gran número de presos, sino de haber ejercido espantosas atrocidades en los cadáveres.

Estos comerciantes de los alrededores de la Abbaye, vecinos de los Franciscanos, de Marat, y sin duda sus lectores habituales, eran una selección de maratistas que la Comuna llamó para comprometer a la Guardia Nacional en la matanza, cubriéndola con el uniforme burgués, impedir que la gran masa de la Guardia Nacional interviniese para detener la efusión de sangre? No es inverosímil.

Cuando para extirpar la reacción se cree suficiente atacar sus manifestaciones sin tocar su raíz y las causas que la producen siempre de nuevo, se llega forzosamente a la necesidad de matar mucha gente, de exterminar, con o sin fuerzas legales, muchos reaccionarios. Sucede fatalmente entonces que, después de haber matado mucho, los revolucionarios se ven llevados a esa melancólica convicción de que no han ganado nada, ni dado un solo paso siquiera en favor de su causa; que, al contrario, la han perjudicado y que han preparado con sus propias manos el triunfo de la reacción. Y esto por una doble razón: la primera es que habiendo sido respetadas las causas de la reacción, ésta se reproduce y se multiplica bajo formas nuevas; y la segunda es que la matanza, el asesinato, acaban por indignar siempre lo que hay de humano en los hombres y por hacer volver pronto el sentimiento popular de parte de las víctimas.

La revolución de 1793, dígame lo que se quiera, no era ni socialista ni materialista, o, para servirme de la expresión

"Sin embargo, no es absolutamente necesario recurrir a esta hipótesis. Declararon ellos mismos, en el informe, que los presos les insultaban, les provocaban todos los días a través de las rejas, que les amenazaban con la llegada de los prusianos y con los castigos que les esperaban.

"Lo más cruel ya se experimentaba: era la cesación del comercio en absoluto, las quiebras, el cierre de los negocios, la ruina y el hambre, la muerte de París. El obrero soporta a menudo mejor el hambre que el comerciante la quiebra. Eso se debe a muchas causas, a una principalmente que no hay que olvidar: es que en Francia no es una simple desgracia (como en Inglaterra o en América), sino la pérdida del honor (). Hacer honor a sus negocios, es un proverbio francés que sólo existe en Francia. El comerciante en quiebra, aquí, se vuelve muy feroz.*

"Esa gente había esperado tres años que la revolución terminase; había creído por un momento que el rey la acabaría apoyándose en Lafayette. ¿Quién lo había impedido sino los cortesanos, los sacerdotes que se tenían en la Abbaye? "Nos han perdido y se han perdido —decían esos mercaderes furiosos— que mueran ahora".

"Nadie duda que el pánico haya influido mucho en su furor. La abnegación les turbaba el espíritu [como hoy los cantos patrióticos con que llenan las calles los obreros de Lyon y de Marsella, impiden dormir a los tenderos], el cañón que se disparaba les producía el efecto del cañón de los prusianos. Arruinados, desesperados, ebrios de rabia y de miedo, se lanzaron sobre el enemigo, al menos sobre aquel que se encontraba a su alcance, desarmado, poco difícil de vencer, y que podían matar a capricho, casi sin salir de casa". Se diría que Michelet ha escrito estas páginas después de haber sido testigo de las jornadas de junio y de las horribles matanzas realizadas fríamente por los burgueses de París, sobre obreros desarmados, durante los días que siguieron. (Bakunin.)

(*). Michelet se engaña; no es la pérdida del honor lo que inquieta al tendero, sino la pérdida del crédito y la lesión de su vanidad burguesa. El tendero se atiene tan poco a su honor, que no quiere nada mejor que faltar a sus compromisos, si puede hacerlo ganando y no perdiendo. En cuanto a su honor, se manifiesta completamente en los falsos pesos y en la falsa medida, tanto como en la adulteración de sus mercaderías. (Bakunin.)

sión presuntuosa del señor Gambetta, no fué de ningún modo *positivista*. Fué esencialmente burguesa, jacobina, metafísica, política e idealista. Generosa e infinitamente amplia en sus aspiraciones, había querido una cosa imposible: el establecimiento de una igualdad ideal, en el seno mismo de la desigualdad material. Al conservar como bases secretas todas las condiciones de la desigualdad económica, había podido creer poder reunir y envolver a todos los hombres en un inmenso sentimiento de igualdad fraterna, humana, intelectual, moral, política y social. Este fué su sueño, su religión, manifestados por el entusiasmo y los actos grandiosamente heroicos de sus mejores, de sus más grandes representantes. Pero la realización de ese sueño era imposible, porque era contrario a todas las leyes naturales y sociales.

LA COMUNA DE PARÍS Y LA NOCIÓN DE ESTADO

(Locarno, del 5 al 23 de junio de 1871)

LA COMUNA DE PARIS Y LA NOCION DE ESTADO ⁽¹⁾

Esta obra, como todos los escritos, poco numerosos, que publiqué hasta aquí, nació de los acontecimientos. Es continuación natural de las *Cartas a un francés* (septiembre de 1870), en las cuales tuve el fácil y triste honor de prever y predecir las horribles desgracias que hieren hoy a Francia, y con ella a todo el mundo civilizado; desgracias contra las que no había ni queda ahora más que un remedio: *la revolución social*.

Probar esta verdad, en lo sucesivo incontestable, por el desenvolvimiento histórico de la sociedad y por los hechos que se desarrollan ante nuestros ojos en Europa, de modo que sea aceptada por todos los hombres de buena fe, por todos los investigadores sinceros de la verdad, y luego exponer francamente, sin reticencias, sin equívocos, los principios filosóficos tanto como los fines prácticos que constituyen, por decirlo así, el alma activa, la base y el fin de lo que llamamos la revolución social, tal es el objeto del presente trabajo.

La tarea que me he impuesto no es fácil, lo sé, y se me podría acusar de presunción si aportase a este trabajo la menor pretensión personal. Pero no hay tal cosa, puedo asegurarlo al lector. No soy ni un sabio ni un filósofo, ni siquiera un escritor de oficio. Escribí muy poco en mi vida y no lo hice nunca sino en caso de necesidad, por decirlo así, y solamente cuando una convicción apasionada me forzaba a vencer mi repugnancia instintiva contra toda exhibición de mi propio yo en público.

(1) Conservamos al presente fragmento, cuyo título originario es: *Préambulo para la segunda entrega de El imperio knutogermánico*, el nombre dado por Eliseo Reclus, que lo publicó por primera vez en 1874. (Nota del traductor.)

¿Qué soy yo y qué me impulsa ahora a publicar este trabajo? Soy un buscador apasionado de la *verdad* y un enemigo no menos encarnizado de las ficciones perjudiciales de que el *partido del orden*, ese representante oficial, privilegiado e interesado de todas las ignominias religiosas, metafísicas, políticas, jurídicas, económicas y sociales, presentes y pasadas, pretende servirse hoy todavía para embrutecer y esclavizar al mundo. Soy un amante fanático de la *libertad*, considerándola como el único medio en cuyo seno pueden desarrollarse y crecer la inteligencia, la dignidad y la dicha de los hombres; no de esa libertad formal, otorgada, medida y reglamentada por el Estado, mentira eterna y que en realidad no representa nunca nada más que el privilegio de unos pocos fundado sobre la esclavitud de todo el mundo; no de esa libertad individualista, egoísta, mezquina y ficticia, pregonada por la escuela de J. J. Rousseau, así como por todas las demás escuelas del liberalismo burgués, que consideran el llamado derecho de todos, representado por el Estado, como el límite del derecho de cada uno, lo cual lleva necesariamente y siempre a la reducción del derecho de cada uno a cero. No, yo entiendo por ella la única libertad que sea verdaderamente digna de este nombre, la libertad que consiste en el pleno desenvolvimiento de todas las potencias materiales, intelectuales y morales que se encuentran en estado de facultades latentes en cada uno; la libertad que no reconoce otras restricciones que las que nos trazan las leyes de nuestra propia naturaleza; la suerte que, hablando propiamente, no tiene restricciones, puesto que esas leyes no nos son impuestas por un legislador de afuera, que reside sea al lado, sea por encima de nosotros; nos son inmanentes, inherentes, constituyen la base de todo nuestro ser, tanto material como intelectual y moral; en lugar de ver en ellas un límite, debemos considerarlas como las condiciones reales y como la razón efectiva de nuestra libertad.

Me refiero a esa libertad de cada uno que, lejos de detenerse como ante un límite frente a la libertad de otro, encuentra, al contrario, allí su confirmación y su extensión hasta lo infinito; la libertad ilimitada de cada uno por la libertad de todos, la libertad por la solidaridad, la libertad en la igualdad; a libertad triunfante sobre el principio de

la fuerza brutal y el principio de autoridad, que no fué nunca más que la expresión ideal de esa fuerza; la libertad que, después de haber derribado todos los ídolos celestes y terrestres, fundará y organizará un mundo nuevo, el de la humanidad solidaria, sobre la ruina de todas las Iglesias y de todos los Estados.

Soy un partidario convencido de la *igualdad económica y social*, porque sé que, fuera de esa igualdad, la libertad, la justicia, la dignidad humana, la moralidad y el bienestar de los individuos, lo mismo que la prosperidad de las naciones, nunca serán más que otras tantas mentiras. Pero, partidario incondicional de la libertad, esa condición primordial de la humanidad, pienso que la igualdad debe establecerse en el mundo por la organización espontánea del trabajo y de la propiedad colectiva de las asociaciones productoras libremente organizadas y federadas en las comunas, y por la federación también espontánea de las comunas, pero no por la acción suprema y tutelar del Estado.

Este es el punto que divide principalmente a los socialistas, o colectivistas revolucionarios, de los comunistas autoritarios, que defienden la iniciativa absoluta del Estado. Su fin es el mismo; un partido y el otro quieren igualmente la creación de un orden social nuevo, fundado exclusivamente sobre la organización del trabajo colectivo inevitablemente impuesto a cada uno y a todos por la fuerza misma de las cosas, en condiciones económicas iguales para todos, y sobre la apropiación colectiva de los instrumentos de trabajo.

Ahora bien; los comunistas se imaginan que podrán llegar a eso por el desenvolvimiento y por la organización de la potencia política de las clases obreras, y principalmente del proletariado de las ciudades, con ayuda del radicalismo burgués, mientras que los socialistas revolucionarios, enemigos de toda ligazón y de toda alianza equívocas, piensan al contrario, que no pueden llegar a ese fin más que por el desenvolvimiento y por la organización de la potencia no política, sino social, y por consiguiente antipolítica, de las masas obreras, tanto de las ciudades como de los campos, comprendidos en ellas los hombres de buena voluntad de las clases superiores que, rompiendo con todo su pasado, quie-

ran reunirse francamente a ellas y aceptar íntegramente su programa.

He ahí dos métodos diferentes. Los comunistas creen deber organizar las fuerzas obreras para posesionarse de la potencia política de los Estados; los socialistas revolucionarios se organizan teniendo en cuenta la destrucción, o, si se quiere una palabra más cortés, teniendo en cuenta la liquidación de los Estados. Los comunistas son partidarios del principio y de la práctica de la autoridad; los socialistas revolucionarios sólo tienen confianza en la libertad. Partidarios unos y otros de la ciencia que debe matar la fe, los primeros quisieran imponerla; los otros se esforzarán por propagarla, a fin de que los grupos humanos, convencidos, se organicen y se federen espontáneamente, libremente, de abajo arriba: por su movimiento propio, y conforme a sus intereses reales, pero nunca según un plan trazado de antemano e impuesto a las masas ignorantes por algunas inteligencias superiores.

Los socialistas revolucionarios piensan que hay mucha más razón práctica y espíritu en las aspiraciones instintivas y en las necesidades reales de las masas populares, que en la inteligencia profunda de todos esos doctores y tutores de la humanidad que, a tantas tentativas frustradas para hacerla feliz, pretenden añadir todavía sus esfuerzos. Los socialistas revolucionarios piensan, al contrario, que la humanidad se dejó gobernar bastante tiempo, demasiado tiempo, y que la fuente de sus desgracias no reside en tal o cual forma de gobierno, sino en el principio y en el hecho del gobierno, cualquiera que sea.

Esta es, en fin, la contradicción ya histórica que existe entre el comunismo científicamente desarrollado por la escuela alemana y aceptado en parte por los socialistas americanos e ingleses, por un lado, y por otro el proudhonismo ampliamente desenvuelto y llevado hasta sus últimas consecuencias, aceptado por el proletariado de los países latinos (1).

El socialismo revolucionario acaba de intentar una primera manifestación brillante y práctica en la *Comuna de París*.

(1) Es igualmente aceptado y lo será cada vez más por el instinto esencialmente antipolítico de los pueblos eslavos. (Bakunin.)

Soy un partidario de la Comuna de París, que, por haber sido aplastada, sofocada en sangre por los verdugos de la reacción monárquica y clerical, no por eso ha dejado de hacerse más vivaz, más poderosa en la imaginación y en el corazón del proletariado de Europa; soy partidario de ella mayormente porque ha sido una negación audaz, bien pronunciada, del Estado.

Es un hecho histórico inmenso el que esa negación del Estado se haya manifestado precisamente en Francia, que ha sido hasta aquí el país por excelencia de la centralización política, y que sea precisamente París, la cabeza y el creador histórico de esa gran civilización francesa, el que haya tomado la iniciativa. París, que abdica su corona y proclama con entusiasmo su propia decadencia para dar la libertad y la vida a Francia, a Europa, al mundo entero; París, que afirma de nuevo su potencia histórica de iniciativa al mostrar a todos los pueblos esclavos (¿y cuáles son las masas populares que no son esclavas?) el único camino de emancipación y de salvación; París, que da un golpe mortal a las tradiciones políticas del radicalismo burgués y una base real al socialismo revolucionario; París, que merece de nuevo las maldiciones de todas las gentes reaccionarias de Francia y de Europa; París, que se envuelve en sus ruinas para dar un solemne mentís a la reacción triunfante; que salva con su desastre el honor y el porvenir de Francia y demuestra a la humanidad consolada que si la vida, la inteligencia, la fuerza moral se han retirado de las clases superiores, se conservaron enérgicas y llenas de porvenir en el proletariado; París, que inaugura la era nueva, la de la emancipación definitiva y completa de las masas populares y de su solidaridad en lo sucesivo completamente real, a través y a pesar de las fronteras de los Estados; París, que mata el patriotismo y funda sobre sus ruinas la religión de la humanidad; París, que se proclama humanitario y ateo y reemplaza las ficciones divinas por las grandes realidades de la vida social y la fe en la ciencia; las mentiras y las iniquidades de la moral religiosa, política y jurídica por los principios de la libertad, de la justicia, de la igualdad y de la fraternidad, estos fundamentos eternos de toda moral humana; París heroico, racional y creyente, que confirma su fe enérgica en los destinos de

la humanidad por su caída gloriosa, por su muerte, y que la transmite mucho más enérgica y viviente a las generaciones venideras; París, inundado en la sangre de sus hijos más generosos, es la humanidad crucificada por la reacción internacional coligada de Europa, bajo la inspiración inmediata de todas las Iglesias cristianas y del gran sacerdote de la iniquidad, el Papa; pero la próxima revolución internacional y solidaria de los pueblos será la resurrección de París.

Tal es el verdadero sentido y tales las consecuencias bienhechoras e inmensas de los dos meses memorables de la existencia y de la caída imperecedera de la Comuna de París.

La Comuna de París ha durado demasiado poco tiempo y ha sido demasiado obstaculizada en su desenvolvimiento interior por la lucha mortal que debió sostener contra la reacción de Versalles, para que haya podido, no digo aplicar, sino elaborar teóricamente su programa socialista. Además —es preciso reconocerlo—, la mayoría de los miembros de la Comuna no eran socialistas propiamente y, si se mostraron tales, es que fueron arrastrados invenciblemente por la fuerza irresistible de las cosas, por la naturaleza de su ambiente, por las necesidades de su posición y no por su convicción íntima. Los socialistas, a la cabeza de los cuales se coloca naturalmente nuestro amigo Varlin, no formaban en la Comuna más que una minoría ínfima; a lo sumo no eran más que unos catorce o quince miembros. El resto estaba compuesto por jacobinos. Pero, entendámonos, hay jacobinos y jacobinos. Existen los jacobinos abogados y doctrinarios, como el señor Gambetta, cuyo republicanismo *positivista* (1), presuntuoso, despótico y formalista, habiendo repudiado la antigua fe revolucionaria y no habiendo conservado del jacobinismo más que el culto de la unidad y de la autoridad, entregó la Francia popular a los prusianos y más tarde a la reacción interior; y existen los jacobinos francamente revolucionarios, los héroes, los últimos representantes sinceros de la fe democrática de 1793, capaces de sacrificar su unidad y su autoridad bien amadas a las necesidades de la revolución, antes que doble-

gar su conciencia ante la insolencia de la reacción. Estos jacobinos magnánimos, a la cabeza de los cuales se coloca naturalmente Delescluze, un alma grande y un gran carácter, quieren el triunfo de la revolución ante todo; y como no hay revolución sin masas populares, y como esas masas tienen eminentemente hoy el instinto socialista y no pueden ya hacer otra revolución que una revolución económica y social, los jacobinos de buena fe, dejándose arrastrar cada vez más por la lógica del movimiento revolucionario, acabarán por convertirse en socialistas a su pesar.

Tal fué precisamente la situación de los jacobinos que formaron parte de la Comuna de París. Delescluze y muchos otros con él firmaron proclamas y programas cuyo espíritu general y cuyas promesas eran positivamente socialistas. Pero como, a pesar de toda su buena fe y de toda su buena voluntad, no eran más que socialistas mucho más arrastrados exteriormente que interiormente convencidos; como no tuvieron tiempo ni capacidad para vencer y suprimir en sí mismos una masa de prejuicios burgueses que estaban en contradicción con su socialismo reciente, se comprende que, paralizados por esa lucha interior, no pudieran salir nunca de las generalidades, ni tomar una de esas medidas decisivas que hubiesen roto para siempre su solidaridad y sus relaciones con el mundo burgués.

Fué una gran desgracia para la Comuna y para ellos; quedaron paralizados y paralizaron la Comuna; pero no se les puede reprochar como una falta. Los hombres no se transforman de un día a otro y no cambian de naturaleza ni de hábitos a voluntad. Han probado su sinceridad haciéndose matar por la Comuna. ¿Quién se atreverá a pedirles más?

Son tanto más excusables cuanto que el pueblo de París mismo, bajo la influencia del cual han pensado y obrado, era mucho más socialista por instinto que por idea o convicción reflexiva. Todas sus aspiraciones son en el más alto grado y exclusivamente socialistas; pero sus ideas o más bien sus representaciones tradicionales están todavía bien lejos de haber llegado a esta altura. Hay todavía muchos prejuicios jacobinos, muchas imaginaciones dictatoriales y gubernamentales en el proletariado de las grandes ciudades de Francia y aun en el de París. El culto a la autoridad,

(1) Ver su carta a Littré en *Le Progrès*, de Lyon. (Bakunin.)

producto fatal de la autoridad religiosa, esa fuente histórica de todas las desgracias, de todas las depravaciones y de todas las servidumbres populares, no ha sido desarraigado aún completamente de su seno. Esto es tan cierto que hasta los hijos más inteligentes del pueblo, los socialistas más convencidos, no han llegado aún a libertarse de una manera completa de ella. Investigad en su conciencia y encontraréis al jacobino, al gubernamentalista, rechazado hacia algún rincón muy oscuro, con aspecto muy humilde, es verdad, pero no enteramente muerto.

Por otra parte, la situación del pequeño número de los socialistas convencidos que han constituido parte de la Comuna era excesivamente difícil. No sintiéndose suficientemente sostenidos por la gran masa de la población parisiense, no abrazando apenas sino unos millares de individuos, muy imperfecta aún la organización de la Asociación Internacional, debieron sostener una lucha diaria contra la mayoría jacobina. ¡Y en medio de qué circunstancias! Les fué necesario dar trabajo y pan a algunos centenares de millares de obreros, organizarlos, armarlos y vigilar al mismo tiempo las maquinaciones reaccionarias en una ciudad inmensa como París, asediada, amenazada por el hambre, y entregada a todas las sucias empresas de la reacción que había podido establecerse y que se mantenía en Versalles, con el permiso y por la gracia de los prusianos. Les fué necesario oponer un gobierno y un ejército revolucionarios al gobierno y al ejército de Versalles, es decir, que para combatir la reacción monárquica y clerical debieron, olvidando y sacrificando las primeras condiciones del socialismo revolucionario, organizarse en *reacción* jacobina.

¿No es natural que, en medio de circunstancias semejantes, los jacobinos, que eran los más fuertes, puesto que constituían la mayoría en la Comuna y que además poseían en un grado infinitamente superior el instinto político, la tradición y la práctica de la organización gubernamental, hayan tenido inmensas ventajas sobre los socialistas? De lo que hay que asombrarse es de que no hayan aprovechado mucho más de lo que lo hicieron, de que no hayan dado a la sublevación de París un carácter exclusivamente jacobino, y de que se hayan dejado arrastrar, al contrario, a una revolución social.

Sé que muchos socialistas, muy consecuentes en su teoría, reprochan a nuestros amigos de París el no haberse mostrado suficientemente socialistas en su práctica revolucionaria, mientras que todos los ladrones de la prensa burguesa los acusan, al contrario, de haber seguido demasiado fielmente el programa del socialismo. Dejemos por el momento a un lado a los innobles delatores de esa prensa; haré observar a los teóricos severos de la emancipación del proletariado que son injustos con nuestros hermanos de París; porque, entre las teorías más justas y su práctica, hay una distancia inmensa que no se franquea en algunos días. El que ha tenido la dicha de conocer a Varlin, por ejemplo, para no nombrar sino a aquel cuya muerte es cierta, sabe hasta qué punto han sido apasionadas, reflexivas y profundas en él y en sus amigos las convicciones socialistas. Eran hombres cuyo celo ardiente, cuya abnegación y buena fe no han podido ser nunca puestas en duda por nadie de los que se les hayan acercado. Pero precisamente porque eran hombres de buena fe, estaban llenos de desconfianza en sí mismos en presencia de la obra inmensa a que habían dedicado su pensamiento y su vida: ¡se consideraban tan pequeños! Tenían, por lo demás, la convicción de que en la revolución social, diametralmente opuesta —en esto como en todo lo demás— a la revolución política, la acción de los individuos debe ser casi nula y la acción espontánea de las masas debe serlo todo. Cuanto los individuos pueden hacer, es elaborar, aclarar y propagar las ideas que corresponden al instinto popular y además contribuir con sus esfuerzos incesantes a la organización revolucionaria de la potencia natural de las masas, pero nada más; y el resto no puede ni debe hacerse sino por el pueblo mismo. De otro modo, se llegaría a la dictadura política, es decir, a la reconstitución del Estado, de los privilegios, de las desigualdades, de todas las opresiones del Estado, y se llegaría por un camino desviado, pero lógico, al restablecimiento de la esclavitud política, social, económica de las masas populares.

Varlin y sus amigos, como todos los socialistas sinceros, y en general como todos los trabajadores nacidos y educados en el pueblo, compartían en el más alto grado esa prevención perfectamente legítima contra la iniciativa conti-

nua de los mismos individuos, contra la dominación ejercida por las individualidades superiores: y como ante todo eran justos, dirigían también esa prevención, esa desconfianza, contra sí mismos más que contra todas las otras personas.

Contrariamente a ese pensamiento de los comunistas autoritarios, según mi opinión completamente erróneo, de que una revolución social puede ser decretada y organizada sea por una dictadura, sea por una asamblea constituyente salida de una revolución política, nuestros amigos, los socialistas de París, han pensado que no podía ser hecha y llevada a su pleno desenvolvimiento más que por la acción espontánea y continua de las masas, de los grupos y de las asociaciones populares.

Nuestros amigos de París han tenido mil veces razón. Porque, en efecto, por genial que sea, ¿cuál es la cabeza, o si se quiere hablar de una dictadura colectiva, aunque estuviese formada por varios centenares de individuos dotados de facultades superiores, cuáles son los cerebros, por potentes que sean, bastante amplios por abarcar la infinita multiplicidad y diversidad de los intereses reales, de las aspiraciones, de las voluntades, de las necesidades cuya suma constituye la voluntad colectiva de un pueblo, y para inventar una organización social capaz de satisfacer a todo el mundo? Esa organización nunca será más que un lecho del Procusto sobre el cual la violencia más o menos marcada del Estado forzaría a la desgraciada sociedad a extenderse. Esto es lo que ha sucedido siempre hasta ahora, y es precisamente a este sistema antiguo de organización por la fuerza a lo que la revolución social debe poner un término, dando a las masas su plena libertad, a los grupos, a las comunas, a las asociaciones, a los individuos mismos, y destruyendo de una vez para siempre la causa histórica de la violencia, el poder y la existencia del Estado, que debe arrastrar en su caída todas las iniquidades del derecho jurídico con todas las mentiras de los cultos diversos, pues ese derecho y esos cultos nunca han sido nada más que la consagración obligada, tanto ideal como real, de la violencia representada, garantizada y privilegiada por el Estado.

Es evidente que la libertad no será dada al género humano, y que los intereses reales de la sociedad, de los grupos,

de las organizaciones locales así como de los individuos que forman la sociedad, no podrán encontrar satisfacción real sino cuando no haya Estado. Es evidente que los intereses llamados generales de la sociedad que el Estado pretende representar, y que en realidad no son otra cosa que la negación general y consciente de los intereses positivos de las regiones, de las comunas, de las asociaciones y del mayor número de individuos sometidos al Estado, constituyen una ficción, una abstracción, una mentira, y que el Estado es como una carnicería o como un inmenso cementerio donde, a la sombra y con el pretexto de esta abstracción, acuden generosamente, beatíficamente, a dejarse inmolar o enterrar todas las aspiraciones reales, todas las fuerzas vivas de un país; y como ninguna abstracción existe nunca por sí misma, como no tiene ni piernas para marchar ni brazos para crear, ni estómago para digerir esa masa de víctimas que se le da para devorar, es claro que así como la abstracción religiosa o celestial, Dios, representa en realidad los intereses positivos, reales, de una casta privilegiada, el clero —su complemento terrestre—, la abstracción política, el Estado, representa los intereses no menos positivos y reales de la clase hoy principalmente sino exclusivamente explotadora y que tiende a englobar todas las demás; la burguesía. Y así como el clero estuvo siempre dividido y hoy tiende a dividirse todavía más en una minoría muy poderosa y muy rica y una mayoría muy subordinada y hasta cierto punto miserable, así la burguesía y sus organizaciones diversas, políticas y sociales, en la industria, en la agricultura, en la banca y en el comercio, tanto como en todos los órganos administrativos, financieros, judiciales, universitarios, policíacos y militares del Estado, tiende a escindirse cada día más en una oligarquía realmente dominadora y en una masa innumerable de seres más o menos vanidosos y más o menos decaídos que viven en una perpetua ilusión, rechazados inevitablemente y cada vez con mayor persistencia hacia el proletariado por una fuerza irresistible, la del desenvolvimiento económico actual, y reducidos a servir de instrumentos ciegos a esa oligarquía omnipotente.

La abolición de la Iglesia y del Estado debe ser la condición previa e indispensable de la liberación real de la

sociedad; después de eso, sólo ella puede y debe organizarse de otro modo, pero no de arriba abajo y según un plan ideal, soñado por algunos sabios, o bien a golpes de decretos lanzados por alguna fuerza dictatorial o hasta por una asamblea nacional, elegida por el sufragio universal. Tal sistema, como lo he dicho ya, llevaría inevitablemente a la creación de un nuevo Estado, y por consiguiente a la formación de una aristocracia gubernamental, es decir, de una clase de gentes que no tienen nada de común con la masa del pueblo, y, ciertamente, esa clase volvería a explotar y a someter con el pretexto de la felicidad común, o para salvar al Estado.

La futura organización social debe ser hecha solamente de abajo arriba, por la libre asociación y federación de los trabajadores, en las asociaciones primero, después en las comunas, en las regiones, en las naciones, y finalmente en una gran federación internacional y universal. Únicamente entonces se realizará el orden verdadero y vivificador de la libertad y de la dicha general, ese orden que, lejos de renegar, afirma al contrario y pone de acuerdo los intereses de los individuos y los de la sociedad.

Se dice que el acuerdo y la solidaridad universal de los intereses de los individuos y de la sociedad nunca podrá realizarse realmente, porque esos intereses, siendo contradictorios, no están en situación de contrabalancearse recíprocamente o bien de llegar a un acuerdo cualquiera. A tal objeción, responderé que si hasta el presente los intereses no han estado nunca ni en ninguna parte en acuerdo mutuo, ha sido a causa del Estado, que ha sacrificado los intereses de la mayoría en beneficio de una minoría privilegiada. He ahí por qué esa famosa incompatibilidad y esa lucha de intereses personales con los de la sociedad no es más que otro engaño y una mentira política, nacida de la mentira teológica que imaginó la doctrina del pecado original para deshonrar al hombre y destruir en él la conciencia de su propio valor. Esa idea falsa del antagonismo de los intereses fué creada también por los sueños de la metafísica que, como se sabe, es próxima pariente de la teología. Desconociendo la sociabilidad de la naturaleza humana, la metafísica consideraba la sociedad como un agregado mecánico y puramente artificial de individuos, asociados repentinamente,

en nombre de un tratado cualquiera formal o secreto, concluido libremente o bien bajo la influencia de una fuerza superior. Antes de unirse en sociedad, esos individuos, dotados de una especie de alma inmortal, gozaban de una absoluta libertad.

Pero si los metafísicos, sobre todo los que creen en la inmortalidad del alma, afirman que los hombres fuera de la sociedad son seres libres, nosotros llegamos entonces inevitablemente a esta conclusión: que los hombres no pueden unirse en sociedad sino a condición de renegar de su libertad, de su independencia natural y de sacrificar sus intereses, personales primero, locales después. Tal renuncia y tal sacrificio de sí mismos deben ser por eso tanto más imperiosos cuanto más numerosa es la sociedad y más compleja su organización. En tal caso, el Estado es la expresión de todos los sacrificios individuales. Existiendo bajo semejante forma abstracta, y al mismo tiempo violenta, no es preciso decirlo, continúa perjudicando cada vez más la libertad individual en nombre de esa mentira que se llama "felicidad pública", aunque es evidente que no representa, exclusivamente, otros intereses que los de la clase dominante. El Estado, de ese modo, se nos aparece como una negación inevitable y como una aniquilación de toda libertad, de todo interés, particular lo mismo que general.

Se ve aquí que en los sistemas metafísicos y teológicos todo se asocia y se explica por sí mismo. He ahí por qué los defensores lógicos de esos sistemas pueden y deben, con la conciencia tranquila, continuar explotando las masas populares por medio de la Iglesia y del Estado. Llenando los bolsillos y saciando todos sus sucios deseos, pueden al mismo tiempo consolarse con el pensamiento de que penan por la gloria de Dios, por la victoria de la civilización y por la felicidad eterna del proletariado.

Pero nosotros, que no creemos ni en Dios ni en la inmortalidad del alma, ni en la propia libertad de la voluntad, afirmamos que la libertad debe ser comprendida, en su acepción más completa y más amplia, como fin del progreso histórico de la humanidad. Por un extraño aunque lógico contraste, nuestros adversarios, idealistas de la teología y de la metafísica, toman el principio de la libertad como fundamento y base de sus teorías, para concluir bienamente

en la indispensabilidad de la esclavitud de los hombres. Nosotros, materialistas en teoría, tendemos en la práctica a crear y hacer duradero un idealismo racional y noble. Nuestros enemigos, idealistas divinos y transcendentales, caen hasta el materialismo práctico, sanguinario y vil, en nombre de la misma lógica, según la cual todo desenvolvimiento es la negación del principio fundamental. Estamos convencidos de que toda la riqueza del desenvolvimiento intelectual, moral y material del hombre, lo mismo que su aparente independencia, de que todo eso es el producto de la vida en sociedad. Fuera de la sociedad, el hombre, no solamente no será libre, sino que no será verdadero hombre, es decir, un ser que tiene conciencia de sí mismo, que siente, piensa y habla. Únicamente el concurso de la inteligencia y del trabajo colectivo ha podido forzar al hombre a salir del estado de salvaje y de bruto que constituía su naturaleza primaria o bien su punto inicial de desenvolvimiento ulterior. Estamos profundamente convencidos de esta verdad, de que la vida de los hombres —intereses, tendencias, necesidades, ilusiones, hasta tonterías, tanto como las violencias, las injusticias y todos los actos que tienen la apariencia de voluntarios— no representa más que la consecuencia de las fuerzas fatales de la vida en sociedad. La gente no puede admitir la idea de independencia mutua sin renegar de la influencia recíproca de la correlación de las manifestaciones de la naturaleza exterior.

En la naturaleza misma, esa maravillosa correlación y filiación de los fenómenos no se ha conseguido, ciertamente, sin lucha. Al contrario, la armonía de las fuerzas de la naturaleza aparece como resultado verdadero de esa lucha constante que es la condición misma de la vida y del movimiento. En la naturaleza y en la sociedad, el orden sin lucha es la muerte.

Si en el universo el orden natural es posible, es únicamente porque ese universo no es gobernado según algún sistema imaginado de antemano e impuesto por una voluntad suprema. La hipótesis teológica de una legislación divina conduce a un absurdo evidente y a la negación, no sólo de todo orden, sino de la naturaleza misma. Las leyes naturales sólo son reales en tanto que son inherentes a la naturaleza, es decir, en tanto que no son fijadas por ninguna

autoridad. Estas leyes no son más que simples manifestaciones o bien continuas modalidades del desenvolvimiento de las cosas y de las combinaciones de estos hechos muy variados, pasajeros, pero reales. El conjunto constituye lo que llamamos "naturaleza". La inteligencia humana y la ciencia observaron estos hechos, los comprobaron experimentalmente, después los reunieron en un sistema y los llamaron leyes. Pero la naturaleza no conoce leyes; obra inconscientemente, representando por sí misma la variedad infinita de los fenómenos, que aparecen y se repiten de una manera fatal. He ahí por qué, gracias a esa inevitabilidad de la acción, el orden universal puede existir y existe de hecho.

Un orden semejante aparece también en la sociedad humana, que evoluciona en apariencia de un modo llamado antinatural, pero que en realidad se somete a la marcha natural e inevitable de las cosas. Sólo que la superioridad del hombre sobre los otros animales y la facultad de pensar, llevaron a su desenvolvimiento un elemento particular, completamente natural, sea dicho de paso, en este sentido, que, como todo lo que existe, el hombre representa el producto material de la unión y de la acción de las fuerzas. Este elemento particular es el razonamiento, o bien esa facultad de generalización y de abstracción gracias a la cual el hombre puede proyectarse por el pensamiento, examinándose y observándose como un objeto exterior extraño. Elevándose, por las ideas, por sobre sí mismo, así como por sobre el mundo circundante, llega a la representación de la abstracción perfecta, al nada absoluto. Este límite último de la más alta abstracción del pensamiento, ese nada absoluto es Dios.

He ahí el sentido y el fundamento histórico de toda doctrina teológica. No comprendiendo la naturaleza y las causas materiales de sus propios pensamientos, no dándose cuenta tampoco de las condiciones o leyes naturales que le son particulares, no pudieron suponer ciertamente los primeros hombres en sociedad, que sus nociones absolutas fuesen el resultado de la facultad de concebir ideas abstractas. He ahí por qué consideraron esas ideas, sacadas de la naturaleza, como objetos reales ante los cuales la naturaleza misma cesaba de ser algo. Luego se dedicaron a adorar su

ficciones, sus imposibles nociones del absoluto, y a prodigarles todos los honores. Pero era preciso, de una manera cualquiera, figurar y hacer sensible la idea abstracta de la nada o de Dios. Con este fin inflaron la concepción de la divinidad y la dotaron, por acrecentamiento, de todas las cualidades y fuerzas, buenas y malas, que encontraban sólo en la naturaleza y en la sociedad.

Tal fué el origen y el desenvolvimiento histórico de todas las religiones, comenzando por el fetichismo y acabando por el cristianismo.

No tenemos la intención de lanzarnos en la historia de los absurdos religiosos, teológicos y metafísicos y menos aún de hablar del despliegue sucesivo de todas las encarnaciones y visiones divinas creadas por siglos de barbarie. Todo el mundo sabe que la superstición dió siempre origen a espantosas desgracias y obligó a derramar ríos de sangre y de lágrimas. Diremos sólo que todos esos repulsivos extravíos de la pobre humanidad fueron hechos históricos inevitables en el crecimiento normal y en la evolución de los organismos sociales. Tales extravíos engendraron en la sociedad esta idea fatal que domina la imaginación de los hombres, la idea de que el universo es gobernado por una fuerza y por una voluntad sobrenaturales. Los siglos sucedieron a los siglos, y las sociedades se habituaron hasta tal punto a esta idea, que finalmente mataron en ellas toda tendencia hacia un progreso más lejano y toda capacidad para llegar a él.

La ambición de algunos individuos primero, de algunas clases sociales en segundo lugar, erigieron en principio vital la esclavitud y la conquista y enraizaron, más que otra alguna, esta terrible idea de la divinidad. Desde entonces, toda sociedad fué imposible sin estas dos instituciones como base: la Iglesia y el Estado. Estas dos plagas sociales son defendidas por todos los doctrinarios.

Apenas aparecieron estas dos instituciones en el mundo, se organizaron automáticamente dos castas sociales: la de los sacerdotes y la de los aristócratas, que sin perder tiempo se preocuparon de inculcar profundamente al pueblo subyugado la indispensabilidad, la utilidad y la santidad de la Iglesia y del Estado.

Todo eso tenía por fin transformar la esclavitud brutal

en una esclavitud legal, prevista, consagrada por la voluntad del Ser supremo.

Pero los sacerdotes y los aristócratas, ¿creían sinceramente en esas instituciones, que sostenían con todas sus fuerzas en su interés particular? ¿Eran unos misticadores y unos embusteros? No; creo que al mismo tiempo eran creyentes e impostores.

Ellos creían también, porque compartían natural e inevitablemente los extravíos de la masa y únicamente después, en la época de la decadencia del mundo antiguo, fué cuando se hicieron escépticos y embusteros sin vergüenza. Otra razón permite considerar a los fundadores de los Estados como gentes sinceras. El hombre cree fácilmente en lo que desea y en lo que no contradice sus intereses. No importa que sea inteligente e instruído: por su amor propio y por su deseo de vivir con sus semejantes y de aprovecharse de su respeto, creará siempre en lo que le es agradable y útil. Estoy convencido de que, por ejemplo, Thiers y el Gobierno versallés se esforzaron a toda costa por convencerse de que matando en París algunos millares de hombres, de mujeres y de niños salvaban a Francia.

Pero si los sacerdotes, los augures, los aristócratas y los burgueses, de los viejos y de los nuevos tiempos, pudieron creer sinceramente, no por eso dejaron de ser siempre misticadores. No se puede, en efecto, admitir que hayan creído en cada una de las absurdidades que constituyen la fe y la política. No hablo siquiera de la época en que, según Cicerón, "dos augures no podían mirarse sin reír". Aun en los tiempos de la ignorancia y de la superstición general, es difícil suponer que los inventores de milagros cotidianos hayan estado convencidos de la realidad de esos milagros. Se puede decir lo mismo de la política, que es posible resumir así: "Es preciso subyugar y expoliar al pueblo de tal modo, que no se queje demasiado alto de su destino, que no se olvide de someterse y no tenga el tiempo necesario para pensar en la resistencia y en la rebelión".

¿Cómo, pues, imaginarse, después de eso, que las gentes que han transformado la política en un oficio y conocen su objeto —es decir, la injusticia, la violencia, la mentira, la traición, el asesinato en masa y aislado—, puedan creer sinceramente en el arte político y en la sabiduría del Estado

generador de la felicidad social? No pueden haber llegado a ese grado de estupidez, a pesar de toda su crueldad. La Iglesia y el Estado han sido en todos los tiempos grandes escuelas de vicios. La Historia está ahí para atestiguar sus crímenes; en todas partes y siempre, el sacerdote y el estadista han sido los enemigos y los verdugos conscientes, sistemáticos, implacables y sanguinarios de los pueblos.

Pero, ¿cómo conciliar, sin embargo, dos cosas en apariencia tan incompatibles: los embusteros y los engañados, los mentirosos y los creyentes? Lógicamente, eso parece difícil; sin embargo, en la realidad, es decir, en la vida práctica, esas cualidades se asocian muy a menudo.

En enorme mayoría, las personas viven en contradicción consigo mismas, y en continuas confusiones; no lo advierten generalmente hasta que algún acontecimiento extraordinario las saca de la somnolencia habitual y las obliga a echar un vistazo sobre ellas y sobre su alrededor.

En política como en religión, los hombres son máquinas en manos de los explotadores. Pero ladrones y robados, opresores y oprimidos, viven unos al lado de otros, gobernados por un puñado de individuos que conviene considerar como verdaderos explotadores. Son las mismas personas, libres de todos los prejuicios políticos y religiosos, las que maltratan y oprimen conscientemente. En los siglos XVI y XVIII, hasta la explosión de la Gran Revolución, como en nuestros días, mandan en Europa y obran casi a su capricho. Es necesario creer que su dominación no se prolongará largo tiempo.

En tanto que los jefes principales engañan y pierden a los pueblos con toda conciencia, sus servidores, o las hechuras de la Iglesia y del Estado, se aplican con celo a sostener la santidad y la integridad de esas odiosas instituciones. Si la Iglesia —según dicen los sacerdotes y la mayor parte de los estadistas— es necesaria a la salvación del alma, el Estado, a su vez, es también necesario para la conservación de la paz, del orden y de la justicia; y los doctrinarios de todas las escuelas gritan: "Sin Iglesia y sin Gobierno no hay civilización ni progreso".

No tenemos que discutir el problema de la salvación eterna, porque no creemos en la inmortalidad del alma. Estamos convencidos de que la más perjudicial de las cosas,

para la humanidad, para la libertad y el progreso, es la Iglesia. ¿Y puede ser otra? ¿No es a la Iglesia a quien incumbe la tarea de pervertir las jóvenes generaciones, las mujeres sobre todo? ¿No es ella la que por sus dogmas, sus mentiras, su estupidez y su ignominia tiende a matar el razonamiento lógico y la ciencia? ¿Es que no afecta a la dignidad del hombre, pervirtiendo en él la noción de los derechos y de la justicia? ¿No transforma en cadáver lo que es vivo? ¿No pierde la libertad? ¿No es ella la que predica la esclavitud eterna de las masas en beneficio de los tiranos y de los explotadores? ¿No es ella, esa implacable Iglesia, la que tiende a perpetuar el reinado de las tinieblas, de la ignorancia, de la miseria y del crimen?

Si el progreso de nuestro siglo no es un sueño engañoso, debe terminar con la Iglesia.

(El manuscrito se interrumpe aquí.)

ADVERTENCIA
PARA EL IMPERIO KNUTO GERMÁNICO

(Locarno, del 25 de junio al 3 de julio de 1871)

ADVERTENCIA
PARA EL IMPERIO KNUTOGERMANICO

Esta obra, como todos mis escritos, poco numerosos, que publiqué hasta aquí, nació de los acontecimientos. Es la continuación natural de mis *Cartas a un francés*, publicadas en septiembre de 1870. En esas cartas tuve el fácil y triste honor de prever y de predecir todas las horribles desgracias que hieren hoy a Francia y con ella a todo el mundo civilizado; desgracias contra las que no había entonces, ni hay hoy, más que un solo remedio: *la revolución social*.

Desde el comienzo de la guerra, y sobre todo después de las dos primeras victorias brillantes obtenidas por los alemanes sobre los ejércitos de Napoleón III, en presencia del pánico singular que se había apoderado de estos últimos, era evidente que Francia debía ser vencida. Y para quien tenía idea, por un lado de la desorganización y de la desmoralización horrorosa que, bajo el nombre de orden público y de salvación de la civilización, habían dominado en este desdichado país durante los veinte años del régimen imperial, y por el otro sabía todo lo que hay de brutal avaricia y de vanidad a la vez servil y feroz en el patriotismo alemán, de instinto despótico y cruel, de insolencia implacable y de desprecio humano en los Bismarck, los Moltke, y en todos los otros jefes coronados y no coronados de Alemania, debía ver claro que Francia como Estado, como dominación política y como potencia de primer orden, estaba perdida. Aniquilada como Estado, Francia sólo podía renacer a un poder nuevo, a una grandeza nueva, no ya política esta vez, sino social, por la revolución, a menos que prefiriese arrastrar una existencia miserable como Estado de segundo o de tercer orden, con el permiso especial

del señor Bismarck y bajo la protección poco graciosa de ese gran imperio knutogermánico que acaba de reemplazar hoy al imperio de Napoleón III.

Toda la cuestión estaba, pues, allí: Francia, después de haber hecho bancarrota como Estado, y hallándose por eso mismo incapaz de oponer a la invasión knutogermánica una fuerza política y administrativamente organizada, ¿encontrará en sí, como sociedad, como nación, bastante genio y bastante poder vital para buscar su salvación en la revolución? Y como hoy no existe otra revolución posible que la revolución social; como la sublevación unánime y sinceramente popular de una nación contra una invasión extranjera detestada, significa guerra sin cuartel, guerra a cuchillo y a tea incendiaria —como lo hemos visto ya en España y después en Rusia, cuando los rusos respondieron a la invasión de Napoleón I con el incendio de Moscú, así como acabamos de verlo en fin en esa heroica ciudad de París, cuyo proletariado magnánimo, tomando en serio una expresión magnífica que no había sido más que una frase repulsiva e hipócrita en los labios de los señores Julio Favre y compañía, ha preferido *enterrarse bajo las ruinas* antes que rendirse a los odiosos extranjeros de Versalles unidos a los prusianos de Saint-Denis—, se trataba de saber qué parte de la sociedad francesa encontraría en su seno bastante energía, grandeza intelectual y moral, abnegación, heroísmo y *patriotismo* para hacer esa revolución y esa guerra, para realizar ese inmenso sacrificio a cuyo precio únicamente podría ser salvada Francia.

Para el que conozca un poco la moral y el espíritu actual de las clases poseedoras, que por irrisión sin duda se llaman clases superiores, cultas o instruídas, debía ser evidente que no había que esperar nada de esa parte para la salvación de Francia; únicamente frases más o menos hipócritas y siempre ridículas y odiosas, porque, impotentes cuando prometen el bien, sólo son serias cuando predicen el mal; nada más que ineptia, traición y cobardía. En cuanto a mí, no puedo conservar sobre este punto duda alguna. Desde hace varios años, me he entregado con una especie de voluptuosidad amarga y cruel al estudio especial de esa impotencia intelectual y moral asombrosa de la burguesía actual. Y cuando hablo de la burguesía, comprendo igualmen-

te en esta denominación a toda la clase nobiliaria que, habiendo perdido en todo el continente de Europa y en gran parte en Inglaterra mismo todos los rasgos distintivos que hicieron de ella antes una clase política y socialmente distinta, se ha aburguesado completamente hoy bajo la presión irresistible del movimiento capitalista actual. Comprendo también en esa palabra a la masa innumerable de los grandes y de los pequeños funcionarios militares, civiles, judiciales, religiosos, escolares y policíacos del Estado, menos los simples soldados que, sin ser burgueses, son sin embargo la providencia visible, la única razón de ser y como los arcángeles forzados de la burguesía y del Estado, los sostenes únicos e indispensables de lo que los burgueses llaman hoy civilización.

Denomino, pues, *burgués* a todo el que no es trabajador de las fábricas, de los talleres o de la tierra; y *pueblo* a toda la masa de los obreros propiamente dichos, lo mismo que a los campesinos que cultivan con sus brazos, sea su propia tierra, sea la tierra de otro. Yo, que escribo, soy, desgraciadamente, un burgués. No obstante, se podría considerar como no burguesa y como perteneciente al proletariado a esa masa de trabajadores de la ciencia y de las artes que apenas consiguen ganar su vida y que se aplastan mutuamente en una competencia espantosa; su existencia es a menudo más precaria y más miserable que la de los obreros propiamente dichos. En realidad, no son más que proletarios; para hacerse tales sólo les falta una cosa, y es volverse proletarios por la voluntad, por el sentimiento y por la idea. Pero eso es lo que los separa precisamente del proletariado. Son en gran parte burgueses por sus prejuicios, por sus aspiraciones y por sus esperanzas siempre ilusorias, y sobre todo por su vanidad. Lo mismo puede decirse de esa masa más numerosa aún de pequeños industriales y de pequeños comerciantes que, no queriendo ver y rehusando comprender que el concurso de las fuerzas económicas actuales les lleva fatalmente al proletariado, se imaginan locamente que son solidarios de los intereses de la alta burguesía.

Ese mundo burgués, actualmente es, desde el punto de vista intelectual, impotente y está moralmente podrido. Ha renegado de sus dioses, no tiene fe en nada, ni en sí mismo,

y no vive sino de la hipocresía y de la violencia. De todas las religiones que ha profesado y que considera bueno aparentar aún, no ha conservado más que una serie: la de la propiedad de la riqueza adquirida, siempre aumentada y mantenida a todo precio y por cualquier medio que sea. Con semejante disposición de ánimo y de espíritu, únicamente hay una forma política posible: la dictadura militar, indígena o extranjera, porque no hay duda —y los hechos que se sucedieron en Francia lo han demostrado por otra parte— que todo burgués bien pensado y bien nacido, sacrificando la patria sobre el altar de la propiedad, preferirá siempre el yugo del déspota extranjero más insolente, más duro, a la salvación de su propio país por la revolución social.

He tenido el triste honor de predecirlo, hace dos años, en una serie de artículos publicados en *L'Egalité*, de Ginebra (1). Habiendo publicado el Comité central de la Liga de la Paz y de la Libertad, que reside en esa ciudad, un programa en el que proponía al estudio de sus raros fieles esta cuestión: *¿Qué misión está llamada a desempeñar la clase burguesa, y la burguesía radical principalmente, en presencia de la cuestión social que hoy se impone de un modo verdaderamente formidable a todos los países de Europa?* yo respondí que, según mi opinión, sólo le quedaba una misión que llenar: "morir con gracia". Sí, inmolarse generosamente, como se había inmolado la nobleza de Francia en la noche memorable del 4 de agosto de 1789.

Pero esa nobleza, por degenerada y corrompida que estuviese por varios siglos de existencia servil en la corte de los reyes, había conservado aún, hasta fines del siglo XVIII y en el momento en que la revolución burguesa le daba un golpe mortal, un resto de idealismo, de fe, de entusiasmo. A falta de su corazón, su imaginación permanecía abierta a las aspiraciones generosas. ¿No había saludado, protegido, difundido las ideas humanitarias del siglo? ¿No había enviado sus más nobles hijos a América para sostener con las armas en la mano la causa de la libertad contra el despotismo? La noche del 4 de agosto fué en parte la ex-

(1) Artículos titulados *Los adormideras*, publicados del 24 de junio al 24 de julio de 1869, en *L'Egalité*. Se insertan en el tomo VI de estas OBRAS. (Nota del traductor.)

presión de ese espíritu caballeresco que hizo de ella en cierto modo el instrumento, por lo demás casi siempre inconsciente, de su propia destrucción.

Es verdad que los acontecimientos influyeron también mucho. Si los campesinos no hubiesen atacado los castillos, destruído los palomares (1) y quemado los pergaminos nobiliarios, esas leyes de la servidumbre rural, no es seguro que los representantes de la nobleza en la Asamblea Nacional se hubiesen ejecutado tan graciosamente. Es verdad igualmente que la nobleza emigrada, al volver a Francia con los Borbones en 1814, se mostró animada de disposiciones muy poco generosas y caballerescas. Comenzó por hacerse pagar mil millones de indemnización, y manifestó, en el reparto de esa indemnidad, un espíritu de mentira y de avaricia que probó que no había heredado ninguna de las cualidades reales o supuestas de sus padres, y que poseía en cambio una gran dosis de codicia rapaz y de vanidad fanfarrona y senil. Veinticinco años de emigración forzada, habían bastado para aburguesar completamente la nobleza de Francia. La revolución de 1830 la transformó definitivamente en una nueva categoría de la clase burguesa, la de los propietarios de la tierra, la *burguesía rural*.

La burguesía rural, en otro tiempo noble, mezclada con mucho de burguesía y aun de campesinado pura sangre, que se dicen nobles porque han adquirido propiedades más o menos respetables que hacen cultivar por brazos asalariados, esa burguesía nobiliaria se distingue hoy de la burguesía propiamente dicha o de la burguesía de las ciudades por un grado mayor de estupidez, de ignorancia y de presunción. La mayor parte de sus hijos es educada por los sacerdotes, por los buenos padres de Jesús. Es dura, egoísta, sin convicciones, sin habilidad, sin honor, sin ideas, pero excesivamente vanidosa y presuntuosa; ávida de comodidad material y de goces groseros; capaz de vender, por algunos millares de francos, padre, madre, hermanos, hermanas, hijos, pero con la boca siempre llena de sentencias morales sacadas de las enseñanzas del catecismo cristiano; acude muy regularmente a misa, aunque en el fondo de su corazón no se cuida ni de Dios ni del diablo, y no conserva de

(1) Antiguamente, sólo los caballeros podían tener palomares en Francia. (Nota del traductor.)

los tres objetos consagrados por el culto antiguo de sus padres, patria, trono y altar, más que los dos últimos.

La nobleza de Francia no es patriota, es ultramontana primero, después realista. Le es necesario ante todo el Papa, luego un rey sometido a ese Papa, y que reine por su gracia. A la realización de este ideal, está dispuesta a sacrificar a Francia. Un justo instinto, ese instinto de egoísmo que se encuentra en los animales más torpes, le advierte que la prolongación de su existencia ridícula sólo es posible a ese precio. Es un espectro, un vampiro que no puede vivir ya sino bebiendo la sangre joven del pueblo y que para legitimar su crimen tiene necesidad de la sanción igualmente criminal del representante visible del fantasma divino sobre la tierra, del llamado vicario de un supuesto dios, del Papa.

La nobleza de Francia, por lo demás, no fué nunca excesivamente patriota. Durante el largo período de la formación del Estado monárquico, hasta Luis XIV, conspiró constantemente, se sabe, contra la unidad nacional, representada por los reyes, con el Papa, con España, con Alemania, con los ingleses. Los jefes de las más grandes casas nobiliarias de Francia han vuelto sus armas contra Francia y vertido sangre de sus conciudadanos bajo banderas extrañas. El patriotismo forzado de la nobleza francesa, no data más que de la muerte del cardenal Mazzarino, y sólo tuvo una corta duración de treinta años aproximadamente, hasta 1792.

Luis XIV la hizo patriota sometiéndola definitivamente al Estado. Enemiga y explotadora siempre del pueblo, mientras había conservado frente al despotismo de los reyes su independencia, su noble altivez, había sido igualmente la enemiga de la patria como Estado. Sometida a éste por la mano tan pesadamente real de Luis XIV, se convirtió en su servidora, tan obsequiosa e interesada como celosa, sin cesar de ser la enemiga natural y la explotadora despiadada del pueblo. Lo oprimió doblemente, como propietaria exclusiva de la tierra y como funcionario privilegiado del Estado. Hay que leer las memorias del Duque de Saint-Simon y las cartas de Madame de Sevigné, para darse una idea del grado de rebajamiento a que había reducido la insolencia y la fatuidad despótica del más arbitrario de los

soberanos a estos nobles señores feudales, antes los iguales de sus reyes, que se convirtieron en sus meros cortesanos, en sus lacayos; y para comprender esta transformación en apariencia tan repentina, pero en realidad largamente preparada por la Historia, es preciso recordar que la pérdida de su independencia se encontró compensada ampliamente por grandes ventajas materiales. Al derecho de apalearse sin conmiseración a sus siervos, añadieron dos títulos extremadamente lucrativos: el de mendigos privilegiados de la corte y el de ladrones consagrados del Estado, y del pueblo también por la potencia del Estado. Tal fué el secreto y el verdadero fundamento de su nuevo patriotismo.

Habiéndoles privado repentinamente la revolución de estos privilegios preciosos, los nobles de Francia cesaron de comprender el patriotismo francés. En 1792, un cuerpo armado, casi formado exclusivamente de nobles emigrados de Francia, invadió el territorio francés bajo la bandera alemana del Duque de Brunswick; y desde entonces, obligados a batirse vergonzosamente en retirada ante el patriotismo democrático de las tropas republicanas, conspiraron contra Francia, como en los días más hermosos de su independencia feudal, con todo el mundo y en todas partes: con el Papa, en toda Italia, en España; en Inglaterra con Pitt, en Alemania con Prusia y Austria, en Suecia mismo, y en Rusia con la virtuosa Catalina II, hasta la época en que las victorias fulminantes de Napoleón, cónsul y emperador, hubieron, no aniquilado, sino forzado a enterrar en el secreto, en la intriga, esa conspiración primeramente tan ruidosa de la nobleza de Francia contra Francia.

Tal es, pues, la verdadera naturaleza de ese patriotismo de que hace hoy tanta ostentación. Reducido a sus elementos más simples, es el desinterés económico del burgués mezclado a la altivez del cortesano y a la humanidad de la sacristía; es la fidelidad siempre dispuesta a venderse y a vender a Francia, mas abrigándose siempre bajo la bandera nacional, siempre que esa bandera sea blanca (1) e immacu-

(1) La bandera blanca fardelizada fué la bandera de los reyes de Francia y la que mantenía como enseña la nobleza de este país. Durante la Restauración, sustituyó a la tricolor. En 1873, el Conde de Chambord, llamado Enrique V por los realistas, hizo desistir a éstos del propósito de intentar una nueva restauración, por negarse a aceptar la enseña tricolor en lugar de la bandera blanca, como le proponían. (Nota del traductor.)

lada como ella misma, paño bendito de la Iglesia, talismán maravilloso y fecundo en beneficios para los propietarios de Francia, pero un sudario para el pueblo de Francia, para la dignidad intelectual y moral de esta grande y mísera nación.

¡Quién no sabe la historia del envilecimiento o del aburguesamiento definitivo de esa pobre nobleza! Vuelta con los Borbones por amos, en los furgones de los ejércitos aliados contra Francia, en 1814 y en 1815, había tratado de restaurar su pasado, no feudal, sino cortesano. Quince años de dominación le bastaron para ir a la bancarrota. Fantasma ella misma, no como propietaria de la tierra, sino como aristocracia política, arrastró en su caída otro fantasma, su aliado y su eterno santificador, la Iglesia. La burguesía, fortalecida por su riqueza y de inteligencia positiva, voltariana, expulsó a una y otra del poder político y de las ciudades, después de lo cual la nobleza, lo mismo que la Iglesia, se repusieron ambas en los campos y de allí data principalmente su influencia nefasta sobre los campesinos.

Excluidas de la vida política por la revolución de Julio, y viéndose por tanto privadas repentinamente de toda influencia social en los grandes centros de la civilización burguesa, encontrándose, por así decirlo, desterradas de París y de las otras ciudades importantes de Francia, se refugiaron y se fortificaron en la Francia rural, y, más aliadas que nunca, uniendo sus esfuerzos, una llevando el peso de sus riquezas materiales y su influencia de gran propietaria, otra su acción sistemáticamente inmoral y embrutecedora sobre la superstición religiosa de los campesinos y en especial sobre la de sus mujeres, llegaron a dominarlos.

La revolución de 1830 había quitado la corona, derribado políticamente, pero no desposeído a la nobleza de Francia, que no por eso quedó menos como propietaria por excelencia de la tierra. Sólo que el carácter de esa propiedad había cambiado enteramente. Feudal, inmueble y privilegiada en la Edad Media, había sido transformada por la revolución en propiedad completamente burguesa, es decir, sometida a todas las condiciones de la producción capitalista, en medio del trabajo asalariado.

Durante la Restauración, la nobleza había tratado de hacer revivir, si no el trabajo forzado y las otras servidum-

bres rurales que fueron la base esencial de la propiedad feudal, al menos el principio de la inalienabilidad de la tierra en sus manos, instituyendo los mayorazgos, por una legislación especial que en fin de cuentas no llegó más que a un sólo resultado, al obstaculizar la venta de las propiedades: el de hacer el crédito territorial poco menos que imposible. Pero hoy, propietario o no propietario, el que no tiene crédito no tiene capital, y el que no tiene capital no puede asalariar el trabajo, ni procurarse instrumentos perfeccionados, las máquinas, y por consiguiente no puede producir riquezas. Por lo tanto, toda esa legislación ridícula y que, a primera vista, parecía deber proteger la propiedad, la esterilizaba al contrario en manos de los propietarios y condenaba a éstos últimos a la pobreza. La revolución de Julio puso fin a todas esas tentativas ridículas de volver a la Edad Media. La propiedad territorial se movilizó, casándose con el capital, y sometiéndose forzosamente a todas las vicisitudes de la producción capitalista.

Hoy, los grandes propietarios de la tierra, como los otros capitalistas, son fabricantes, especuladores, mercaderes. Especulan y juegan mucho a la Bolsa, compran y venden acciones, toman parte en toda especie de empresas industriales reales o ficticias, y venden todas las cosas, su conciencia, su religión y ante todo su honestidad.

El sentimiento social de la nobleza, en otra época tan exclusivo, se moviliza y se aburguesa al mismo tiempo que su propiedad. Antes, una mala alianza era considerada como una vergüenza, como un crimen. A partir del primer Imperio, bajo la Restauración misma, y sobre todo bajo el régimen de Julio, se transformó en un lugar común. La nobleza, empobrecida por la revolución y no indemnizada suficientemente por el millar de millones que le dió la Restauración, tenía necesidad de rehacer su fortuna. Sus hijos se casaron con las burguesas y dió sus hijas a los burgueses. Soportó que estos últimos se cubrieran de títulos nobiliarios a los que no tenían derecho alguno. Se burló, es verdad, pero no se opuso. Al principio, estas usurpaciones ridículas salvaron en cierto modo las apariencias. ¿No era preferible poder llamar a su yerno conde, marqués, vizconde o barón que llamarlo simplemente señor Jourdain? Además, había una utilidad social evidente en esas mascaradas bufonas.

Nobleza obliga. Un burgués que se cubre con un título que no le pertenece debe guardar el decoro, debe darse al menos la apariencia de un hombre bien nacido y bien criado; debe ostentar sentimientos aristocráticos, despreciar la canalla, aparentar sentimentalidad religiosa e ir regularmente a misa.

La venta de los bienes nacionales y después las transacciones territoriales habían hecho caer muchas grandes propiedades en manos de los burgueses. Si estos burgueses propietarios hubiesen continuado formando banda aparte; si, llevando sus costumbres y sus opiniones volterianas y liberales a los campos, hubiesen proseguido su lucha encarnizada contra la nobleza y contra la Iglesia, no habría podido arraigar la influencia de éstas entre los campesinos. Era preciso, pues, asimilarse a todo precio, y para eso no había mejor medio que dejarlos ennoblecerse y disfrazarse de descendientes de los cruzados. Este medio era infalible, porque estaba calculado principalmente sobre la vanidad, pasión que ocupa el puesto más considerable en el corazón de los burgueses, después de la avaricia; la avaricia representa su ser real, que la vanidad trata de enmascarar en vano bajo apariencias sociales. Como el hidalgo de Molière, todo burgués capitalista o propietario de Francia, está abrasado por el deseo de convertirse por lo menos en barón y de acostarse con alguna marquesa, aunque no sea más que una vez en su vida.

Así se formó, bajo el reinado de Luis Felipe, en los campos, en las provincias, cooperando la vanidad burguesa y la comunidad de los intereses, una sociedad nueva, la *burguesía rural*, en la que imperceptiblemente se perdió por completo la antigua nobleza. El espíritu que animó después a esa clase fué un producto complejo de diversos elementos. La burguesía contribuyó con su positivismo cínico, la brutalidad de las cifras, la dureza de los intereses materiales; y la nobleza con su vanidad cortesana, con su falsa caballerosidad en la que el honor había sido reemplazado desde hacía mucho tiempo por el pundonor; sus distinguidas maneras y sus hermosas frases, que disimulan tan agradablemente la miseria de su corazón y la nulidad desoladora de su espíritu; su vergonzosa ignorancia, su filosofía de sacristía, su culto al hisopo y su hipócrita sentimentalidad

religiosa. La Iglesia, en fin, siempre práctica, siempre encarnizada en la persecución de sus intereses materiales y de su poder temporal, sancionó con su bendición ese conubio monstruoso entre dos clases antes enemigas, pero confundidas en lo sucesivo en una nueva clase para desdicha de Francia. Esa clase se transformó necesariamente en el Don Quijote del ultramontanismo. Tal fué precisamente su rasgo distintivo y que la separa hoy de la burguesía de las ciudades. Lo que identifica a esas dos clases es la explotación brutal y despiadada del trabajo popular, y la impaciencia por enriquecerse a costa de cualquier medio y a cualquier precio, y el deseo de conservar en sus manos el poder del Estado, como el medio más seguro para garantizar y ensanchar esa explotación. Lo que les une, en fin, es el objetivo. Mas lo que las separa profundamente son los medios y las rutas, es el método que cada una cree deber emplear para llegar a ese objetivo. La burguesía rural es ultramontana, y la burguesía de las ciudades es galicana; lo que quiere decir que la primera cree poder llegar más seguramente a su fin por la subordinación del Estado a la Iglesia, mientras que la segunda, por lo contrario, tiende a la subordinación de la Iglesia al Estado. Pero ambas están unánimes sobre este punto: que es *absolutamente necesaria para el pueblo una religión*.

En otro tiempo, antes de la Gran Revolución, y aun antes de la revolución de Julio, bajo la Restauración, se podía decir que la nobleza era religiosa y que la burguesía era irreligiosa. Pero hoy no es lo mismo. La nobleza, o más bien la burguesía rural que reemplazó definitivamente a la nobleza, no ha conservado la sombra de ese antiguo fervor, de esa sencillez y de esa profunda ingenuidad religiosa que se había mantenido mayormente entre los caballeros del campo hasta los primeros años del siglo presente. Lo que domina entre los caballeros actuales no es ya el sentimiento, es la imbecilidad y la crasa ignorancia; no es la abnegación caballeresca, heroica, fanática, es la frase de todo eso, que enmascara hipócritas cálculos. En el fondo, lo repito, no hay más que una ambición miserable, una vanidad ridícula, una avaricia feroz, y una necesidad insaciable de sensuales goces materiales, es decir, lo contrario del verdadero sentimiento religioso. Todas estas tendencias

innobles, que caracterizan hoy la nobleza o la burguesía rural de Francia, están agrupadas bajo la bandera del ultramontanismo.

Esta clase es ultramontana porque está educada en gran parte por los jesuitas y habituada desde la infancia a la alianza de los sacerdotes, sin los cuales no llegaría nunca a dominar en el campo: envidiosa, por lo demás, de la burguesía de las grandes ciudades que la aplasta por su inteligencia y por una civilización mucho más ampliamente desarrollada, considera a la Iglesia como la más segura garantía de su poder político y de sus privilegios materiales, y le sacrifica con gusto el Estado, es decir, la patria, que garantiza, al contrario, más los intereses y el poder exclusivo de la burguesía de las grandes ciudades.

Por su parte, esta última, fiel en eso a sus antiguas tradiciones, da al Estado la preferencia sobre la Iglesia. No se ha hecho religiosa, pero cesó de hacer alarde de ateísmo y hasta de su indiferencia ante las mentiras tan útiles de la religión. Desde 1830, es decir, desde que se apoderó definitivamente de todos los poderes del Estado, había comenzado a comprender que únicamente las promesas celestiales de la religión podían impedir al proletariado, cuyo trabajo le enriquece, sacar consecuencias terrenales de la fórmula revolucionaria *Libertad, Igualdad y Fraternidad*, de que ella se había servido para derribar el poder de su hermana mayor la nobleza. El socialismo, no el socialismo teórico elaborado por los pensadores generosos salidos de su seno, sino el socialismo práctico de las masas obreras, surgido del instinto y de los sufrimientos mismos de esas masas y que hizo su primera manifestación brillante y sangrienta en Lyon, en 1831, y más ampliamente en París, en 1848, acabó de abrir los ojos a los burgueses. Y cuando en estos últimos años el proletariado, no de Francia sólo, sino de Europa y de América, organizado en una inmensa asociación internacional, levantó audazmente la bandera del ateísmo, es decir de la rebelión contra toda autoridad divina y humana, entonces los burgueses comprendieron que no había para ellos más salvación que el mantenimiento a toda costa de la religión. Despreocupados, libertinos, volterrianos y ateos, después de un siglo de lucha heroica contra los absurdos de la fe y contra la depravación religiosa.

comenzaron a decir ahora, como Enrique IV, de burguesa memoria, lo había dicho de París, que "la conservación del bolsillo burgués bien vale una misa".

Y van a misa, acompañan de nuevo a ella a sus castas esposas y a sus hijas inocentes, ángeles sumidos en el amor divino y en la moral de la Santa Iglesia Católica, de la que son servidoras consagradas, y que les hace bendecir hoy las ejecuciones horribles, la matanza en masa de la canalla republicana y socialista de París, comprendidos los niños y las mujeres, por los salvadores de Versalles, como sus abuelos, dirigidos por esa misma Iglesia, habían aplaudido, hace justamente tres siglos, las matanzas no menos meritorias y no menos grandiosas de las jornadas de San Bartolomé. A tres siglos de distancia, ¿no se repite la misma cuestión, el mismo crimen? ¿No han sido los hugonotes lo que los comunistas son hoy: rebeldes criminales e impíos contra el yugo salvador de Dios y de todos sus dignos representantes sobre la tierra? Entonces, esos representantes, esos salvadores, se llamaban el Papa, la Compañía de Jesús, el Concilio de Trento, Felipe II, el Duque de Alba, Carlos IX, Catalina de Médicis, los Guisas y todos los santos héroes de la Liga; hoy se llaman el Papa, la Compañía de Jesús, el Concilio del Vaticano, el Consistorio de Berlín, el emperador Guillermo I, el Príncipe de Bismarck; y al lado de esas terribles figuras, como figuras menores, los Thiers, Julio Favre y Julio Simon, con toda su patriótica Asamblea Nacional de la que son flor y nata; el honesto Trochu, el austero Picard, Dufaure el justo, el heroico MacMahon, el caballeresco Ducroy, antiguo degollador de París, y ese viejo general Changarnier, que no puede consolarse por no haber tenido nunca ocasión de asesinar más que árabes; ese dulce Gallifet, este buen Napoleón III, el gran hombre desconocido y caído, la piadosa Eugenia con su granuja imperial bautizado por el Papa, Enrique V, el predestinado, todos esos amables príncipes de Orleans, viejos y jóvenes, que mueren de gana de sacrificarse por la salvación de Francia, y tantos otros pretendientes legítimos e ilegítimos, pájaros de presa, bestias feroces más o menos hambrientas que giran sobre ella en este momento, impacientes por devorarla.

Sí, toda esa horrorosa canalla, dirigida por el doble re-

negado de la filosofía y de la República, Julio Simón, debe ir a misa, y los burgueses volterianos de Francia deben seguirla. Impulsados por una fuerza en lo sucesivo irresistible; renunciando a todo lo que había constituido antes su honor, a la verdad, a la libertad, a la justicia, y a todo lo que se llama conciencia y dignidad humana; retrocediendo ante la lógica de su propio pasado; no atreviéndose ni a afrontar ni a encarar siquiera el porvenir, y condenados fatalmente a no buscar su salvación sino en la negación más vergonzosa de todo lo que habían adorado y servido en los días de su grandeza intelectual y moral, se dejaron arrastrar hasta besar, por no decir otra cosa, la pantufla del Papa, ese jefe espiritual, ese santificador y ese inspirador consagrado de todos los absurdos, de todas las iniquidades, de todas las ferocidades, de todas las infamias y torpezas que se instalan hoy de nuevo triunfalmente en el mundo.

Irán, pues, a misa, pero irán contra su voluntad; se avergonzarán de sí mismos y he ahí lo que constituye su debilidad relativa ante la burguesía rural de Francia, y lo que les dará una posición necesariamente inferior con relación a ésta, no ya en las cosas de la religión, sino, necesariamente, también en los asuntos políticos. Es verdad que el cinismo de los burgueses, estimulado por la cobardía y por la avaricia, va muy lejos. Mas por cínico que se sea no se llega jamás a olvidar completamente el pasado. A falta de la conciencia del corazón, se conserva la conciencia y el pudor de la inteligencia. Un burgués consentirá mejor en pasar por pillo; hasta se vanagloriará de ello, porque es un título de gloria en los ambientes y en las épocas de villanía audaz; pero difícilmente se resignará a pasar por tonto. Querrá explicarse, por consiguiente, y como no hay explicación para la tontería aumentada por la cobardía, se embarazará y se enredará en razonamientos inextricables. Se sentirá despreciado, se despreciará a sí mismo, y con sentimiento semejante nadie se hace fuerte. Su misma inteligencia y su instrucción superior le condenarán a una debilidad invencible y, débil, se dejará arrastrar fatalmente por los que se sientan y en efecto sean más fuertes. ¡Ah, sí, esos buenos burgueses de Francia deberán triscar la hierba como Nabucodonosor!

Los más fuertes hoy son los nobles duques, los marqueses, los condes, los barones, los ricos propietarios, en una palabra toda la burguesía del campo; lo son también los pillos francos de la banda bonapartista, los bandidos elegantes: estadistas, prelados, generales, coroneles, oficiales, administradores, senadores, diputados, comerciantes, grandes y pequeños funcionarios y policías formados por Napoleón III. No obstante, es necesario establecer una distinción entre estas dos categorías que están llamadas a darse la mano, como se la dieron ya bajo el segundo Imperio.

La banda bonapartista no peca ni de tontería ni de ignorancia. Cuando está representada por sus jefes, al contrario, hasta es muy inteligente, muy sabia. No ignora el bien y el mal, como nuestros primeros padres antes de haber probado el fruto del árbol de la ciencia, o como lo hace en parte en nuestros días la clase burguesa rural a la cual una santa y crasa ignorancia y la profunda estupidez inherente al aislamiento de la vida del campo rehicieron una especie de virginidad. Cuando los bonapartistas hacen mal, no pueden menos de hacerlo y lo hacen conscientemente y sin forjarse la menor ilusión sobre la naturaleza, los móviles y el fin de sus empresas, o más bien, han llegado a ese punto del desenvolvimiento intelectual y moral en que la diferencia entre el bien y el mal no existe ya, y en que todas las nociones sociales, las pasiones políticas, aun los intereses colectivos de las clases, lo mismo que todas las creencias religiosas y todas las convicciones filosóficas, perdiendo su sentido primitivo, su sinceridad, su seriedad, se transforman en otros tantos excelentes pretextos o disfraces de que se sirven para ocultar el juego de sus pasiones individuales.

La burguesía rural, los caballeros campesinos están lejos de haber llegado a ese nivel. Su fuerza relativa en relación a la burguesía de las ciudades, no está de ningún modo en su ciencia, ni en su espíritu; reside precisamente en esa crasa ignorancia y en esa estupidez increíble gracias a las cuales se encuentra al abrigo de las tentaciones del demonio moderno: la duda. La nobleza campesina no duda de nada, ni aun del milagro de la Salette. Demasiado indiferente y demasiado perezosa para fatigar inútilmente el cerebro, acepta sin la menor crítica y sin vacilación alguna los ab-

surdos más monstruosos, siempre que la Iglesia considere bueno imponerlos a su fe. Ninguna tontería, por enorme que sea, podría repugnar a su espíritu sistemáticamente embrutecido por una fuerte educación religiosa.

Educación del espíritu, no del corazón. Los buenos padres de la Compañía de Jesús, que tienen obligadamente, su alta dirección, hallan mucho más útil falsear el desarrollo de los espíritus y paralizar su ímpetu natural que encender las pasiones religiosas en el corazón de sus alumnos. Hasta se podría decir que temen esas pasiones, que les han jugado a menudo malas pasadas, llevando a sus alumnos fuera de las vías prescriptas, y haciéndoles caer a veces desde los excesos de ese fanatismo místico que se encuentra en el origen de todas las herejías religiosas, en los excesos contrarios de un escepticismo furioso. A lo sumo, cultivan, cuando no pueden obrar de otro modo, el misticismo del corazón en las mujeres, cuyas pasiones, frecuentemente inevitables, son un poco incómodas, es verdad, algunas veces hasta peligrosas, pero al mismo tiempo tan útiles, tan preciosas como medio de acción y como instrumento de poder en manos del sacerdote.

Los buenos padres de Jesús no se ocupan, pues, apenas de la educación del corazón masculino, ni se cuidan de encender en él las santas llamas del amor celestial. Lo dejan llenarse con todos los intereses, con todas las vanidades y todas las pasiones de este mundo. No le prohíben los goces sensuales, al contrario. Dejan crecer en paz la concupiscencia, el egoísmo, la ambición, el orgullo y la vanidad nobiliaria, acompañadas casi siempre de la bajeza cortesana, de la crueldad y de las demás flores de la humana bestialidad: porque saben sacar ventaja de ellas, tanto como del misticismo de las mujeres. Su fin no es hacer buenos a sus discípulos, honestos, sinceros, humanos, sino ligarlos por lazos indisolubles al servicio de la Iglesia, y transformarlos en instrumentos a la vez ciegos e interesados de la santa religión.

No destruyen la potencia del querer, como se ha pretendido. Los hombres privados de esa potencia no podrían ser de una gran utilidad. Obran mejor: aun ayudando al desenvolvimiento de toda su fuerza, la someten y la encadenan, haciendo al pensamiento de sus alumnos incapaz para siem-

pre de dirigirla. El medio que emplean para eso es tan infalible como sencillo: por una enseñanza sabia, profundamente combinada, alimentada con detalles aplastantes, pero desprovista de pensamiento, y sobre todo calculada de modo que mate en el cerebro de los alumnos todo impulso racional, toda capacidad de percibir lo real, lo viviente, todo pensamiento de lo verdadero, toda osadía, toda independencia, toda franqueza, colman su espíritu de una ciencia falsa desde el comienzo hasta el fin: falsa desde el punto de vista de la lógica, falsa sobre todo bajo el aspecto de los hechos, pero que han tenido el arte de presentar con el pedantesco artificio de una erudición concienzuda y profunda y de un desenvolvimiento escrupulosamente racional; y han tenido cuidado de imprimir tan profundamente esa ciencia falsificada en la memoria, en la imaginación, en la rutina intelectual de esos desdichados cerebros desviados, que les sería preciso una potencia espiritual verdaderamente extraordinaria para poder libertarse más tarde. Los que, en efecto, son excesivamente raros. La mayor parte de los mejores alumnos jesuítas permanecen sabios tontos toda su vida, y la inmensa mayoría no conserva más que el espíritu necesario para ejecutar fielmente, ciegamente, las órdenes de sus directores espirituales.

Lo que los jesuítas se apresuran a matar ante todo en sus alumnos es el espíritu crítico; en cambio, cultivan en ellos con esmero la credulidad estúpida y la sumisión perezosa y servil del espíritu; y para salvaguardarlos para siempre contra las tentaciones del demonio, los arman con un precepto que se transforma a la larga en un hábito saludable de desviar conscientemente, voluntariamente, su pensamiento de cuanto pueda quebrantar su fe; todo lo que es contrario a la fe, por plausible y natural que parezca, no puede ser más que una sugestión del infierno. Me apresuro a añadir que la mayor parte de sus discípulos no tienen necesidad de emplear ese medio, pues están mucho mejor garantizados contra las tentaciones del demonio por la indiferencia y por la sumisión perezosa de su espíritu sistemáticamente enervado.

Se concibe que, gracias a esa educación, los caballeros del campo se hayan hecho campeones inquebrantables de la Santa Iglesia, modernos héroes de la fe; este heroísmo, por

otra parte, no les exige el sacrificio de ningún goce material, ni de ninguna ventaja social, puesto que, al contrario, la Iglesia se los garantiza plenamente hoy; únicamente el sacrificio de su honor, de su libre albedrío en los asuntos de la religión y de la política, el sacrificio de su libre pensamiento. Pero, francamente, ese sacrificio no les cuesta nada. ¡El honor! Hace ya mucho tiempo que la nobleza francesa ha perdido la memoria y el sentido de él. En cuanto a lo que se llama librepensamiento, esa nobleza tiene hacia él desde el comienzo de este siglo una repugnancia, un horror que no le ceden en intensidad al de los sacerdotes. Está tan aferrada a este punto, que se puede estar seguro de que ninguna idea nueva, ningún nuevo descubrimiento de la ciencia, en contradicción con las enseñanzas de la Iglesia, podrá franquear el abismo o más bien traspasar la espesa capa de grasa que su educación religiosa, su pereza, su indiferencia, su imbecilidad, su vulgar egoísmo y su crasa ignorancia formaron alrededor de ella. Se comprende que esto le dé una inmensa ventaja sobre la burguesía de las ciudades que, aun reconociendo hoy la utilidad, ¡qué digo!, la implacable necesidad de la más brutal reacción religiosa, militar y policíaca, por ser esa reacción en lo sucesivo el arma única que pueda y que sepa oponer a la revolución social, y aunque decidida perfectamente a lanzarse a ella y aceptar todas las consecuencias, hasta las más desagradables y las más humillantes, debe de sentirse no obstante considerablemente embarazada y avergonzada en esa posición nueva. ¡Diablo!, no es fácil deshacerse en un abrir y cerrar de ojos, y a voluntad, de todos los antiguos hábitos. Haber sido durante tres siglos, y si se toma en consideración la burguesía italiana, al menos durante siete siglos, la clase inteligente, productora, progresiva, humanitaria y liberal por excelencia; haber creado todas las maravillas de la civilización moderna; haber escalado el cielo y la tierra, derribado los altares y los tronos, y fundado sobre las ruinas de los unos la ciencia y sobre las ruinas de los otros la libertad; haber soñado y realizado en parte la transformación del mundo; haber concentrado en sus manos todo: inteligencia, sabiduría, riqueza, poder, ¡y verse reducida en este momento a no hallar refugio, protección, salvación sino en la sacristía y en el cuartel! Estar forzada

ahora a arrodillarse ante esos mismos altares que había derribado, a repetir, humildemente, hipócritamente, las horribles e inmorales estupideces del catecismo cristiano, a recibir la bendición y besar la mano de esos sacerdotes, profetas y explotadores de la mentira, que había despreciado tan justamente; ¡sentirse asegurada y consolada cuando los asesinos de profesión, los odiosos mercenarios de la fuerza brutal e inicua, los generales, los oficiales, los soldados quieren poner en sus manos suplicantes y temblorosas sus manos repulsivas, manchadas con la sangre del proletariado! ¡Estar reducida a glorificar esa sacristía y ese cuartel como la más alta expresión de la civilización moderna! Todo eso es hoy rigurosamente impuesto a la burguesía de las ciudades, pero no es agradable de ningún modo, y no hay que asombrarse si se muestra embarazada y desmañada en medio de sus nuevos amigos, enemigos en otro tiempo.

No hay que asombrarse si, a pesar de su inteligencia superior, desorientada en ese mundo que no es y que no podrá ser nunca el suyo, se deja dominar hoy por la brutalidad del sable y por la imbecilidad imperturbable, completa, armoniosa, invencible de la burguesía rural. Estos honestos campesinos, iniciados desde la infancia en todos los misterios del hisopo y de la brujería ritual de la Iglesia, están en la sacristía como en su casa, no tienen otra patria, y es allí donde hay que buscar el secreto de su política. Su imbecilidad artificialmente cultivada por la Iglesia, y que les da una superioridad moral tan grande sobre la inteligencia desmoralizada y decaída de la burguesía de las ciudades, los hace naturalmente incapaces de dirigir esa fuerza que les presta. Bajo el aspecto de la inteligencia, de la organización y de la dirección políticas, la burguesía de las ciudades, a pesar de su desmoralización completa, permanece infinitamente superior. Tiene la ciencia, tiene la práctica de los negocios, tiene el hábito de la administración y de la rutina del mando. Sólo que no puede aprovecharse de todo eso, porque ha perdido la fe en sus propios principios y en ella misma; porque se ha vuelto cobarde; porque de todas sus antiguas pasiones políticas y sociales no conserva más que una sola, la del lucro; porque, desgraciada por contradicciones insolubles, no forma ya un cuerpo organizado y compacto, no es propiamente una clase.

aino una inmensa cantidad de individuos que se detestan y que desconfían unos de otros recíprocamente; porque, en fin, esa masa de individuos urbanos y burgueses, no teniendo para el porvenir otro lazo que les una que el miedo inmenso que les causa el socialismo, se ve forzada a buscar hoy su salvación en un mundo antípoda de su mundo, tradicionalmente racional y liberal; y en ese mundo de la reacción soldadesca y clerical, desorientada, desorbitada, despreciada y despreciándose a sí misma, se muestra necesariamente más torpe que los más torpes, más ignorante que los más ignorantes, y mil veces más cobarde que los hijos del cuartel y de la sacristía.

Por todas estas razones, la burguesía de las ciudades se vio obligada a abdicar. Su dominación ha terminado; pero no se sigue de ahí que la dominación de la burguesía de los campos haya comenzado. Se mostró bastante compacta, bastante fuerte para quitarla a los burgueses de las ciudades; mas no tiene ni la inteligencia ni la ciencia necesarias para retenerla en sus manos. Incapaz de dirigirse a sí misma, ¿cómo dirigiría el gobierno de un gran país? Sólo es un instrumento pasivo y ciego en manos del clero. La conclusión es sencilla. Serán sus directores espirituales los inspiradores únicos de sus pensamientos y de sus actos; será la intriga ultramontana, de la que no es más que el instrumento ciego, será la Iglesia de Roma, en una palabra, la que se encargará en lo sucesivo del gobierno de Francia, y la que, formando una alianza ofensiva y defensiva con la razón del sable y la moralidad de la bolsa, la tendrá en sus manos, hasta la hora más o menos cercana en que triunfe la causa de los pueblos, la de la humanidad, representada por la revolución social.

No ha sido de repente como la clase de los caballeros del campo, de otro modo la burguesía rural, ha llegado a constituir la clase realmente dominante de Francia. Su nacimiento, bajo esa forma nueva, data del primer Imperio. Entonces fué cuando se operó, por los matrimonios en vasta escala, la primera fusión de la antigua nobleza, sea con los ricos improvisados que adquirieron los bienes nacionales, sea con los burgueses advenedizos del ejército. Este movimiento fué, si no completamente detenido, al menos considerablemente apaciguado durante la Restauración,

que reanimó en la nobleza de Francia su altivez aristocrática y en la burguesía su odio contra la nobleza. Pero, desde 1830, la fusión se operó con una increíble rapidez, y fué precisamente en el reinado de Luis Felipe cuando se formó también, bajo los auspicios del clero, el espíritu de la clase nueva.

Se formó con sordina, imperceptiblemente, de un modo natural, y sin el menor estallido. El reinado de Luis Felipe, se sabe, fué señalado por la dominación de las grandes ciudades, y de París mayormente. La burguesía de las ciudades triunfaba; la nobleza de provincias y los propietarios campesinos con ella, eran anulados. Vivieron en la oscuridad, nadie se inquietó por saber lo que pensaban, por lo que hacían; y precisamente en medio de esa oscuridad fué donde se formó lentamente la nueva potencia de la burguesía rural. Durante los dieciocho años que duró el régimen de Julio, la fusión completa de los elementos constitutivos de esa clase, la vieja nobleza y la burguesía propietaria, fué terminada. Debía operarse, porque, a pesar de sus antiguas envidias, estos dos elementos, igualmente ofuscados y heridos por la dominación despectiva de la burguesía urbana, se sintieron atraídos recíprocamente. Los nobles tenían necesidad de rehacer su fortuna, y los propietarios burgueses se sentían cruelmente atormentados por la pasión de los títulos. Entre esas dos aspiraciones recíprocas e igualmente apasionadas no faltaba más que un intermediario. El intermediario se encontró: fué el sacerdote.

La política de la clase nueva surgida de esa fusión no podía ser ni la de la nobleza antigua ni aun la de la nobleza de la Restauración. Lentamente preparada y siempre dirigida por los sacerdotes hacia el mismo fin, la dominación de la Iglesia ultramontana, o si se quiere, internacional, establecida sobre las ruinas de todas las instituciones nacionales, esa política ha tenido diferentes fases de desenvolvimiento.

Ante todo, inmediatamente después de la caída de la rama más vieja de los Borbones, cuando las pasiones que habían separado tan largo tiempo ambas clases no se habían apaciguado todavía; cuando su fusión parecía imposible, y el trono de Luis Felipe, violentamente atacado y minado por las insurrecciones y las conspiraciones del partido re-

publicano, parecía todavía vacilar, dejando una esperanza de regreso al rey legítimo, el protector natural de la nobleza y del clero, esa política fué excesivamente nobiliaria. Los legitimistas constituyeron entonces en provincias, principalmente en el Mediodía y en una gran parte del oeste de Francia, un partido militante y serio.

Pero ya en 1837, cuando Luis Felipe se sintió bastante consolidado sobre el trono para poder amnistiar sin peligro a los ministros de Carlos X, y sobre todo después del advenimiento del Ministerio del 29 de octubre (Guizot, Soult, Duchâtel) en 1840, ministerio apoyado por una fuerte mayoría de la Cámara y saludado por todos los Gobiernos de Europa como una probabilidad seria de la vuelta de Francia a la política de la reacción, tanto en el interior como en el exterior, al mismo tiempo que de sometimiento definitivo del país legal o burgués a la dinastía de Orleans, toda esperanza de transformación pareció perdida. Las agitacione políticas que habían atormentado la primera mitad de ese reinado cesaron repentinamente y la opinión pública, antes tan tempestuosa, volvió a caer en una calma absoluta. No se oyó hablar más que de ferrocarriles, de compañías transatlánticas y de otros asuntos comerciales e industriales. Los republicanos continuaron sus conspiraciones; pero se dijo que no conspiraban más que por su propio placer, tan inocentes parecían sus conspiraciones. La policía del señor Duchâtel, lejos de temerlos, parecía protegerlos, y en caso de necesidad hasta provocarlos. En cuanto a la oposición parlamentaria, representada por ambiciosos inofensivos como los señores Thiers, Odillon Barrot, Dufaure, Passy y tantos otros, tomó un carácter de insignificancia y de monotonía desesperantes, no pareciendo, y no siendo ya en efecto, más que una válvula de seguridad en este régimen, del que se había hecho completamente necesaria. El ideal de la burguesía moderna habíase realizado; Francia se había vuelto razonable, torpe y fastidiosa hasta morir.

Esa fué la época de la aparición de los libros y de las ideas de Proudhon, que contenían en germen —pido perdón al señor Luis Blanc, su demasiado débil rival, así como al señor Marx, su antagonista envidioso— toda la revolución social, comprendida sobre todo la Comuna socialista, destructora del Estado. Pero quedaron ignorados de la ma-

yoría de los lectores; los periódicos radicales de esa época, *Le National*, y hasta *La Reforme*, que se decía demócrata socialista, pero que lo era a la manera de Luis Blanc, se guardaron bien de decir una palabra, sea de elogio, sea de censura. Contra Proudhon hubo, de parte de los representantes oficiales del republicanismo, como una conspiración del silencio.

Esa fué también la época de las lecciones elocuentes, pero estériles, de Michelet y de Quinet en el Colegio de Francia, última florescencia de un idealismo sin duda pleno de aspiraciones generosas, pero condenado en lo sucesivo a la impotencia. Trataron un contrasentido, pretendiendo establecer la libertad, la igualdad y la fraternidad de los hombres sobre la base de la propiedad, del Estado, y del culto divino: Dios, la propiedad y el Estado han persistido; pero en lo relativo a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad, no tenemos más que lo que nos dan hoy Berlín, San Petersburgo y Versalles.

Por otra parte, todas esas teorías no ocuparon más que a una ínfima minoría de Francia. La inmensa mayoría de los lectores no se preocupaba siquiera de ellas, contentándose con las interminables novelas de Eugenio Sué y de Alejandro Dumas, que llenaban los folletines de los grandes diarios, *Le Constitutionnel*, *Les Debats* y *La Presse*.

Esa fué especialmente la época en que se inauguró, en vasta escala, el comercio de las conciencias. Luis Felipe, Duchâtel y Guizot, compraron y pagaron el liberalismo legal y conservador de Francia, como más tarde el Conde de Cavour compró y pagó la unidad italiana. Lo que entonces se llamaba el país legal en Francia, ofrecía, en efecto, una semejanza notable con lo que en Italia se llama hoy *Consorterie*. Esto es, un revoltijo de gentes privilegiadas y muy interesadas, que se han vendido o que no desean nada mejor que venderse y que han transformado su parlamento nacional en una bolsa, donde venden diariamente el país al por mayor y al por menor. El patriotismo se manifiesta entonces por transacciones comerciales, naturalmente desastrosas para el país; pero muy ventajosas para los individuos en estado de ejercer ese comercio. Esto simplifica mucho la ciencia política, reduciéndose la habilidad gubernamental, en lo sucesivo, a saber escoger, entre esa multi-

tud de conciencias que se presentan en el mercado, precisamente aquéllas cuya adquisición es más provechosa. Se sabe que Luis Felipe hizo uso en gran escala de este excelente medio de gobierno.

También el *legitimismo* de la nobleza provincial de Francia, al principio tan feroz y tan altivo, se fundió ostensiblemente, durante la segunda mitad de su reinado, bajo la acción deletérea de medio tan irresistible. Por otra parte, la política de ese rey advenedizo, salido de una revolución, se había transformado considerablemente y había acabado por tomar, tanto en el exterior como en el interior, un carácter francamente retrógrado, muy consolador para los defensores del altar y del trono; porque al mismo tiempo que rompía su alianza liberal con Inglaterra, y se esforzaba por ganar el perdón, la amnistía, la benevolencia de las tres potencias despóticas del Norte, demostrándoles que estaba animado de sentimientos y de tendencias no menos despóticas que las suyas, lo que les demostró, en efecto, al aliarse con ellas en el asunto del *Sonderbund* (1), el gobierno de Luis Felipe hizo esfuerzos inimaginables para reconciliarse con la Iglesia y con la nobleza de Francia. Tomando partido por los jesuitas contra los radicales de Suiza, había dado un gran paso en ese camino. La Iglesia le sonrió y la nobleza de Francia, siempre obediente a la Iglesia, y cansada, por otra parte, de devorarse siempre sin provecho y sin esperanza de su rey legítimo, cuyo restablecimiento sobre el trono de sus padres parecía imposible para lo sucesivo, condescendió por fin a dejarse ganar por el rey advenedizo. Por lo demás, su transformación económica y social se había hecho antes que ese mercado político hubiese sido concluido. Por sus alianzas matrimoniales, tanto como por las condiciones materiales de su existencia nueva, se había hecho, sin darse cuenta, completamente burguesa. Su orgullo de casta, su lealtad caballeresca y su fidelidad en la desgracia, no eran más que frases insípidas, ridículas, en las cuales había perdido ella misma toda confianza, y a las cuales no podía, razonablemente, sacrificar más tiempo los intereses serios de la ambición y de la avaricia. De todos

(1) Liga separamatista de siete cantones suizos que defendían a los jesuitas y que provocó una guerra civil en 1847; los partidarios del *Sonderbund* tuvieron el apoyo del ministerio Guizot. (Nota del traductor.)

sus rasgos pasados no conservó más que uno: el que, fundado sobre su bajo egoísmo y sobre una ignorancia estúpida, la asocia indisolublemente a la Iglesia y la hace esclava de Roma. Ese es también el único punto que separa seriamente en esta hora a la *burguesía rural* y a la *burguesía de las ciudades*.

Desde 1848, la burguesía rural constituye propiamente lo que se llama hoy en Francia, el *gran partido del orden*. Habiendo abdicado la burguesía de las ciudades por cobardía, no es ya más que el apéndice y como la aliada forzada, arrastrada a remolque por esos bravos hidalgos campesinos, esos verdaderos caballeros y salvadores del orden social en Francia, que son también soldados de Bonaparte y están santamente inspirados y dirigidos por los sacerdotes.

¡El *partido del orden*! ¿Cuál es el hombre honrado que, después de las traiciones, las matanzas y las deportaciones en masa de Junio y de Diciembre; después del innoble abandono de esa desgraciada Francia a los prusianos, por casi todos los propietarios rurales y urbanos de Francia; después, sobre todo, de las últimas matanzas, horribles, atroces y únicas en la Historia, cobardemente ejecutadas en París y en Versalles por una soldadesca desenfundada y fríamente mandada, en nombre de Francia, por la Asamblea Nacional y por el Gobierno *republicano* de Versalles; después de tantos crímenes acumulados durante más de veinte años, por los representantes de la virtud y de la piedad oficiales, de la legalidad, de la libertad prudente, del desinterés oficial y del derecho de los más fuertes, en Francia lo mismo que en los demás países de Europa, quién podrá pronunciar estas palabras: *partido del orden*, que resumen en el porvenir todas las ignominias de que son capaces los hombres corrompidos por el privilegio y animados de innobles pasiones, sin experimentar un estremecimiento de horror, de cólera, de disgusto?

Entendido así, el orden es la bestialidad amenazadora; hipócrita en caso necesario, pero siempre implacable; es la mentira descarada; es la infame traición; es la cobardía; es la crueldad; es el crimen cínicamente triunfante; es la virtud, la lealtad y la inteligencia de esos excelentes caballeros del campo, dando la mano a la humanidad del sable y al desinterés patriótico de la Bolsa, aliándose, bajo los aus-

picios de la Santa Iglesia, a la sinceridad política y religiosa de los hombres de Estado, y de los sacerdotes para la mayor gloria de Dios, para la mayor potencia del Estado, para la más grande prosperidad material y temporal de las clases privilegiadas y para la salvación eterna de los pueblos; es la negación más insolente de todo lo que hasta aquí da un sentido intelectual y moral a la Historia; es una bofetada dada por un montón de bandidos hipócritas y repuestos a la humanidad entera; es la resurrección de los grandes monstruos y de los grandes degolladores del siglo XVI y del siglo XVII. ¿Qué digo?, es Torquemada; es Felipe II; es el Duque de Alba; es Fernando de Austria con sus Wallenstein y sus Tilly; es María Tudor, la reina sanguinaria; es Catalina de Médicis, la infame intrigante florentina; son los Guisas de Francia, los degolladores de las jornadas de San Bartolomé; es Luis XIV; es la Maintenon; es Luis el siniestro, a quienes vemos superados por nuestros emperadores de Rusia, de Alemania y de Francia, y por sus Muravief, sus Haynau, sus Radetzki, sus Schartzenberg, sus Bismarck, sus Moltke; por los Mac-Mahon, los Ducroit, los Galliffet, los Changarnier, los Bazaine, los Trochu, los Vinoy; por las Eugenia, los Palikao, los Picard, los Favre, los Thiers. El orden, personificado en este momento por ese vejete abominable —el intrigante de todos los regímenes, el ambicioso siempre impotente para el bien, pero, ¡ay!, demasiado poderoso para el mal, el que fué uno de los creadores principales del segundo Imperio, como se sabe, y que, exhibiéndose como salvador de Francia, acaba de superar en furor homicida a todos los asesinos presentes y pasados de la Historia—, el orden es la ferocidad del ejército francés, que hace olvidar todos los horrores cometidos por los ejércitos de Guillermo I en territorio de Francia; es la ignominia de la Asamblea de Versalles, que hace perdonar todas las ignominias de las Asambleas Legislativas de Napoleón III; es el fantasma divino, el antiguo vampiro, el bebedor de sangre de los pueblos, el atormentador de la humanidad a quien hoy la ciencia y el buen sentido popular redujeron al estado de fallido celeste, que tiende una vez más su mano malhechora, pero felizmente impotente, para cubrir con su protección a todos los verdugos de la tierra. El orden es una cloaca en donde todas las impurezas de

una civilización, a quien sus propias contradicciones, sus propias iniquidades, su propia disolución y putrefacción condenan a morir, acaban de confundirse en una conspiración última contra la inevitable emancipación del mundo humano.

¿Tenemos razón para gritar ¡abajo el orden!, ¡abajo ese orden político, autoritario, estúpido, hipócrita, brutal, despótico y divino! y ¡viva la revolución social!, que debe libertarnos, para fundar sobre sus ruinas el orden de la humanidad regenerada, vuelta en sí y constituida libremente?

Habría que ser un enemigo de la humanidad para negarlo. Desgraciadamente, sus enemigos son numerosos, y en esta hora son ellos, una vez más, los que triunfan. Mas todo tiene un término para el que sabe tener paciencia, perseverar, trabajar ardentemente y esperar. Nosotros tendremos el desquite.

En espera de ese desquite, continuemos nuestros estudios históricos sobre el desenvolvimiento del partido del orden en Francia.

Producto del sufragio universal, se manifestó por primera vez en su verdadero carácter en 1848, y principalmente después de las jornadas de Junio. Se sabe que al día siguiente de la revolución de Febrero, pasó en Francia un hecho muy singular. No había ya partidarios de la monarquía; todos se habían vuelto republicanos abnegados y celosos. Los hombres más retrógrados, los más comprometidos, los más corrompidos en el servicio de la reacción monárquica, de la policía y de la represión militar, juraron que el fondo de su pensamiento había sido siempre republicano. Desde Emilio de Girardin hasta el mariscal Bugeaud, sin olvidar al Marqués de la Rochejaquelein, ese representante tan caballeresco de la lealtad vendeana, más tarde senador del Imperio, aun hasta los generales ayudantes de campo del rey, tan vergonzosamente expulsado, todos ofrecieron sus servicios a la República. Emilio de Girardin le dió generosamente "una idea por día" y Thiers pronunció la palabra que se hizo tan francesa: "La república es lo que menos nos divide"; lo que no impidió, naturalmente, a uno y a otro, más tarde, unir sus intrigas contra esa forma de gobierno y conspirar por la presidencia de Luis Bonaparte. La Iglesia misma bendijo la república, ¡qué digo!,

celebró el triunfo como su propia victoria. "La doctrina cristiana, ¿no era la de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, y Cristo no fué el amigo del pueblo y el primer revolucionario del mundo?"

He ahí lo que se proclamó, no por algunos filósofos heréticos y audaces de la escuela de Lamennais y de Buchez, sino en todas las iglesias, por los sacerdotes; y los sacerdotes, en todas partes, llevando el crucifijo al encuentro de la bandera roja, símbolo de la emancipación popular, bendijeron los árboles de la libertad. Los alumnos de la Escuela Politécnica, los estudiantes de Ciencias morales, de Filosofía, de Filología, de Historia y de Derecho, incluidos los auditorios entusiastas de Michelet y de Quinet, todos igualmente embrutecidos por un idealismo malsano, lleno de incongruencias metafísicas y de equívocos prácticos —alimento intelectual por lo demás absolutamente conveniente para los jóvenes burgueses, ya que la verdad pura, las deducciones severas de la ciencia no eran digeribles para esa clase—, lloraron de emoción y de alegría. Únicamente las viejas viudas rentistas del barrio de Saint-Germain movieron la cabeza protestando contra esa reconciliación monstruosa de la cruz con la bandera de la revolución. Los jesuitas consideraron justo explicarles que eso no era más que una ficción salvadora, pero ellas no vieron más que un sacrificio. Tuvieron mil veces razón, y sólo ellas, en el campo de la reacción de otro tiempo, permanecieron honestas e imperturbablemente imbéciles.

En medio de un entusiasmo universal por la república fué nombrada la Asamblea Constituyente de 1848, salida del sufragio universal. Sobre la superficie de Francia, ningún candidato se presentó a sus electores como partidario de la monarquía; todos se ofrecieron y todos fueron elegidos en nombre de la república. Así, la proclamación inmediata de la república por esa Asamblea fué hecha de un golpe. ¿Cómo es que pudo salir de ella poco después la reacción monárquica más encarnizada, más fanática y más cruel que Francia ha conocido?

Esa contradicción aparente se explica con facilidad. Gracias al sufragio universal, que da, bajo el aspecto del número, una ventaja tan señalada a los campos sobre las ciudades, la gran mayoría de la Asamblea Constituyente había

sido formada con esa burguesía rural cuyo carácter, sentimientos, espíritu y costumbres acabamos de estudiar. Se concibe que nada fuese menos que liberal y que no podía ser republicana. ¿Por qué se había presentado, pues, como tal a sus electores y por qué comenzó por proclamar la república? Esto se explica aún por dos razones.

La primera es que había sido asustada, lo mismo que el clero de Francia, su director espiritual y temporal, por los acontecimientos de París. Hoy mismo, después de la derrota de la Comuna, París sigue siendo una gran potencia. En 1848, lo era mucho más. Se puede decir que desde Richelieu, y desde Luis XIV principalmente, toda la historia de Francia se había hecho en París. Hasta 1848, no comenzó la reacción activa de las provincias contra París, porque hasta allí París, sea en el sentido de la revolución, sea en el de la reacción, decidió siempre la suerte de Francia, ciegamente obedecido por las provincias, que le envidiaban, que le detestaban tanto como le temían, pero que no se sentían con fuerza para resistirle. Habiendo proclamado París la república en 1848, las provincias, aunque monárquicas hasta la medula, no se atrevieron a declararse en favor de la monarquía. Enviaron, pues, a París, como diputados a la Asamblea Constituyente, los caballeros campesinos que habían sido alimentados en el odio a la república, como ellas mismas, pero que, igualmente intimidados y desconcertados por el triunfo de la república en París, se habían presentado a sus electores como partidarios convencidos de esa forma de gobierno.

La segunda razón fué el impulso unánime que le había dado el clero, que ya entonces, aunque menos que hoy, dominaba en provincias. El que haya vivido en esa época se recordará de la unanimidad hipócrita de la Iglesia en favor de la república. Esa unanimidad se explica por una consigna emanada de Roma y ciegamente obedecida por todos los sacerdotes de Francia, desde los cardenales y los obispos hasta los más humildes oficiantes de las pobres iglesias de los campos.

La Roma jesuítica y papal es una monstruosa araña ocupada eternamente en reparar las desgarraduras causadas por los acontecimientos, que no tiene nunca la facultad de prevenir, en la trama que urde sin cesar, esperando que podrá

servirse un día de ella para ahogar completamente la inteligencia y la libertad del mundo. Alimenta todavía hoy esa esperanza, porque al lado de una erudición profunda, de un espíritu refinado y sutil como el veneno de la serpiente, de una habilidad y de un maquiavelismo formados por la práctica no interrumpida de catorce siglos por lo menos, está dotada de una ingenuidad incomparable, estúpida, producto de su inmensa infatuación y de su ignorancia grosera de las ideas, de los sentimientos, de los intereses de la época actual y de la potencia intelectual y vital que, inherente a la sociedad humana, lleva fatalmente a ésta, a pesar de todos los obstáculos, a derribar todas las instituciones antiguas, religiosas, políticas, jurídicas, y a fundar sobre esas ruinas un orden social nuevo. Roma no comprende y no comprenderá nunca todo eso, porque está de tal modo identificada con el idealismo cristiano —del que, sin querer desagradar a los protestantes y a los metafísicos, sin querer desagradar tampoco al fundador de la llamada nueva religión del progreso, el venerable Mazzini, es siempre la realización más lógica y más completa— que, condenada a morir con él, no puede ver ni puede imaginar nada más allá. Le parece que después de ese mundo que es el suyo, y que constituye propiamente todo su ser, no puede haber más que la muerte. Como esos viejos de la Edad Media que, según se dice, se esforzaban por eternizar su vida propia inyectándose la sangre de los jóvenes que mataban, Roma, no sólo es la engañadora de todo el mundo, es la engañadora de sí misma. No solamente engaña, sino que se engaña también. He ahí su incurable estupidez. Consiste en esa pretensión de eternizar su existencia, y eso en una época en que todo el mundo prevé ya su fin próximo; sus *Syllabus* y su proclamación del dogma de la infalibilidad papal, son una prueba evidente de demencia y de incompatibilidad absoluta con las condiciones más fundamentales de la sociedad moderna; es la demencia de la desesperación, son las últimas convulsiones del moribundo que se yergue contra la muerte.

En 1848, Roma no había llegado todavía a ese punto. Los acontecimientos que habían precedido a esa época: la revolución burguesa de 1830 y la caída del ultramontanismo que fué su consecuencia natural, la derrota ruidosa de los je-

suitas en Suiza, el libertinaje liberal de Pío IX y el odio manifestado por este papa contra esos campeones de la Iglesia durante el primer año de su reinado, por fin la misma revolución republicana de Febrero, no eran de naturaleza como para inspirar al gobierno supremo de la Iglesia —dirigida exclusivamente, como se sabe, desde fines del siglo XVIII por la Compañía de Jesús— una confianza insensata en sí. Estos acontecimientos le ordenaban, al contrario, mucha moderación y mucha prudencia. Fué después de los éxitos inesperados que la Iglesia obtuvo en Francia bajo el segundo Imperio, y gracias a la connivencia interesada de Napoleón III, estimulada excesivamente por las victorias efímeras y fáciles, cuando tuvo la estupidez de manifestar al mundo aturrido sus pretensiones monstruosas, asesinandose ella misma por un último exceso senil, lo que demuestra que la locura que le hacía creer en la eternidad de su existencia se hizo más fuerte en ella que esa alta razón secular y práctica que le había permitido preservarse hasta entonces; lo que demuestra también que está condenada a morir bien pronto.

En 1848, la Iglesia de Roma era aún muy sabia. Tenía precisamente esa sabiduría egoísta de los viejos, que consiste en prolongar su vida incondicionalmente, a pesar de todo, en detrimento del mundo que les rodea, y haciendo servir a ese fin los acontecimientos, las circunstancias y las cosas que les parecen más completamente opuestas. De este modo, lejos de sacrificar el interés positivo del presente al fantasma de la eternidad, emplean toda la energía que les queda para asegurarse el día siguiente, dejando los días posteriores al cuidado de los días futuros, y esforzándose solamente en prolongar su existencia inútil y malhechora todo lo posible. En lugar de espantar al mundo por la amenaza de su eternidad y por las manifestaciones de su potencia aparente o real, y para desarmar a la juventud hastiada y paralizada por su existencia demasiado prolongada, dan muestras de su debilidad y parecen prometer morir cada día. Este es un medio de que Napoleón III se sirvió durante más de veinte años con mucho éxito.

A la revolución democrática y republicana de 1848, la Roma jesuítica y papal se guardó bien de responder por un *Syllabus* o por la declaración de la infalibilidad de su

jefe. Hizo mucho más: se proclamó demócrata y republicana, si no para Italia, al menos para Francia. Aceptó para el Cristo crucificado, como corona, el gorro frigio del jacobinismo. No quería caer de ningún modo con esa monarquía que durante siglos había sido para ella, más que una fiel aliada, una sierva abnegada y fiel: bendijo la república, sabiendo muy bien que sus beneficios no llevaban la dicha a nadie. Comprendió con mucha clarividencia que esa revolución no sólo era inevitable, sino que le era además saludable, en el sentido de que la república —después de haber barrido las instituciones llamadas liberales, equívocas del régimen burgués, y derribado la dominación de las ciudades sobre el campo, obstaculizada por lo demás ella para organizarse y establecerse sólidamente, por la oposición de ese mismo campo, que obedecía a la dirección casi absoluta del clero— debía terminar infaliblemente en el único régimen que puede en realidad convenir a la Iglesia: en el régimen del despotismo puro, sea bajo la forma de la monarquía legítima, sea bajo la de una franca dictadura militar. Los acontecimientos que siguieron han demostrado que los cálculos de la Iglesia habían sido muy justos.

La conducta de los diputados rurales en la Asamblea Constituyente, abierta el 4 de mayo, a pesar de que formaban una minoría indudable, fué al principio excesivamente reservada y modesta. París les imponía mucho, les intimidaba. Estos buenos hidalgos de provincias se encontraban completamente desorientados: se sintieron muy ignorantes y muy torpes en presencia de los brillantes abogados, sus colegas, a quienes únicamente habían conocido hasta entonces de nombre y que los aplastaban ahora con su locuacidad soberbia. Por otra parte, el pueblo de París, ese proletariado indomable que había derribado tantos tronos, les causaba horrible miedo. Muchos hicieron su testamento antes de lanzarse a esa sima a cuyo alrededor al principio no vieron más que peligros y maquinaciones. ¿No estaban cada día expuestos a alguna nueva sublevación de esa terrible población de París, que en sus desbordes revolucionarios no respeta nada, no perdona nada y no se detiene ante nada?

(El manuscrito se interrumpe aquí.)

TRES CONFERENCIAS A LOS OBREROS DEL VALLE DE SAINT-IMIER

(Saint-Imier, mayo de 1871)

TRES CONFERENCIAS A LOS OBREROS DEL VALLE DE SAINT-IMIER (*)

I

Compañeros:

Después de la gran revolución de 1789-1793, ninguno de los acontecimientos que han sucedido en Europa ha tenido la importancia y la grandeza de los que se desarrollan ante nuestros ojos y de los cuales es hoy París la escena.

Dos hechos históricos, dos revoluciones memorables habían constituido lo que llamamos el mundo moderno, el mundo de la civilización burguesa. Una, conocida con el nombre de Reforma, al comienzo del siglo XVI, había roto la clave de la bóveda del edificio feudal, la omnipotencia de la Iglesia; al destruir ese poder preparó la ruina del poderío independiente y casi absoluto de los señores feudales que, bendecidos y protegidos por aquélla, como los reyes y a menudo también contra los reyes, hacían proceder sus derechos directamente de la gracia divina; y por eso mismo dió un impulso nuevo a la emancipación de la clase burguesa, lentamente preparada, a su vez, durante los dos siglos que habían precedido a esa revolución religiosa, por el desenvolvimiento sucesivo de las libertades comunales, y por el del comercio y el de la industria, que habían sido al mismo tiempo la condición y la consecuencia necesaria.

De esa revolución surgió una nueva potencia, todavía no la de la burguesía, sino la del Estado monárquico constitu-

(1) Estas conferencias fueron publicadas por primera vez en español, íntegras, en el *Suplemento de La Protesta*, números 86-89, Buenos Aires, septiembre-octubre de 1923 (Nota del traductor.)

cional y aristocrático en Inglaterra, monárquico, absoluto, nobiliario, militar y burocrático sobre todo en el continente de Europa, menos dos pequeñas repúblicas, Suiza y los Países Bajos.

Dejemos por cortesía estas dos repúblicas a un lado, y ocupémonos de las monarquías. Examinemos las relaciones de las clases, la situación política y social, después de la Reforma.

A los señores, los honores. Comencemos, pues, por los sacerdotes, y bajo este nombre no me refiero solamente a los de la Iglesia católica, sino también a los ministros protestantes, en una palabra, a todos los individuos que viven del culto divino y que nos venden a Dios tanto al por mayor como al menudeo, pues las diferencias teológicas que los separan, son tan sutiles y al mismo tiempo tan absurdas, que sería una verdadera pérdida de tiempo ocuparse de ellas.

Antes de la Reforma, la Iglesia y los sacerdotes, con el Papa a la cabeza, eran los verdaderos señores de la tierra. Según la doctrina de la Iglesia, las autoridades temporales de todos los países, los monarcas más poderosos, los emperadores y los reyes, no tenían derechos sino cuando esos derechos habían sido reconocidos y admitidos por la Iglesia. Se sabe que los dos últimos siglos de la Edad Media fueron ocupados por la lucha cada vez más apasionada y triunfal de los soberanos coronados contra el Papa, de los Estados contra la Iglesia. La Reforma puso término a esa lucha al proclamar la independencia de los Estados. El derecho del soberano fué reconocido como precedente inmediatamente de Dios, sin la intervención del Papa ni de cualquier otro sacerdote, y, naturalmente, gracias a ese origen celestial, fué declarado absoluto. Así fué como sobre las ruinas del despotismo de la Iglesia se levantó el edificio del despotismo monárquico. La Iglesia, después de haber sido ama, se convirtió en sirviente del Estado, en un instrumento de gobierno en manos del monarca.

Tomó esa actitud, no sólo en los países protestantes, en los que, sin exceptuar a Inglaterra —y principalmente por la Iglesia anglicana—, el monarca fué declarado jefe de la Iglesia, sino en todos los países católicos, sin excluir a España. La potencia de la Iglesia romana, quebrantada por

los golpes terribles que le había infligido la Reforma, no pudo sostenerse en lo sucesivo por sí misma. Para mantener su existencia tuvo necesidad de la asistencia de los soberanos temporales de los Estados. Pero los soberanos, se sabe, no prestan nunca su asistencia por nada. No tuvieron jamás otra religión sincera, otro culto, que el de su poder y el de su hacienda, siendo esta última el medio y el fin del primero. Por tanto, para comprar el apoyo de los gobiernos monárquicos, la Iglesia debía demostrar que era capaz de servirlos y que estaba deseosa de hacerlo. Antes de la Reforma, había levantado algunas veces a los pueblos contra los reyes. Después de la Reforma, se convirtió, en todos los países, sin excepción de Suiza, en la aliada de los gobiernos contra los pueblos, en una especie de policía negra en manos de los hombres de Estado y de las clases gobernantes, dándose por misión la prédica a las masas populares de la resignación, de la paciencia, de la obediencia incondicional y de la renuncia a los bienes y goces de esta tierra, que el pueblo, decía, debe abandonar a los felices y a los poderosos de la tierra, a fin de asegurarse para sí los tesoros celestiales. Vosotros sabéis que todavía hoy las iglesias cristiana, católica y protestante, continúan predicando en este sentido. Felizmente, son cada vez menos escuchadas y podemos prever el momento en que estarán obligadas a cerrar sus establecimientos por falta de creyentes, o, lo que viene a significar lo mismo, por falta de bobos.

Veamos ahora las transformaciones que se han efectuado en la clase feudal, en la nobleza, después de la Reforma.

Había permanecido como propietaria privilegiada y casi exclusiva de la tierra, pero había perdido casi toda su independencia política. Antes de la Reforma, había sido, como la Iglesia, la rival y la enemiga del Estado. Después de esa revolución, se convirtió en sirviente, como la Iglesia, y, como ella, en una sirviente privilegiada. Todas las funciones militares y civiles del Estado, a excepción de las menos importantes, fueron ocupadas por nobles. Las cortes de los grandes y las de los más pequeños monarcas de Europa, se llenaron con ellos. Los más grandes señores feudales, antes tan independientes y tan altivos, se transformaron en los criados titulares de los soberanos. Perdieron su altivez y su independencia, pero conservaron toda su arrogancia.

Hasta se puede decir que se acrecentó, pues la arrogancia es el vicio privilegiado de los lacayos. Bajos, rastreros, serviles en presencia del soberano, se hicieron más insolentes frente a los burgueses y al pueblo, a los que continuaron saqueando, no ya en su propio nombre y por derecho divino, sino con el permiso y al servicio de sus amos, y bajo el pretexto del más grande bien del Estado.

Este carácter, y esta situación particular de la nobleza se han conservado casi íntegramente, aun en nuestros días, en Alemania, país extraño y que parece tener el privilegio de soñar con las cosas más bellas, más nobles, para no realizar sino las más vergonzosas y más infames. Como prueba, ahí están las barbaries innobles, atroces, de la última guerra, y la formación reciente de ese terrible imperio knuto-germánico, que es incontestablemente una amenaza contra la libertad de todos los países de Europa, un desafío lanzado a la humanidad entera por el despotismo brutal de un emperador oficial de policía y militar a la vez, y por la estúpida insolencia de su canalla nobiliaria.

Por la Reforma, la burguesía se había visto completamente libertada de la tiranía y del saqueo de los señores feudales, considerados como bandidos o saqueadores independientes y privados; pero se vió entregada a una nueva tiranía y a un nuevo saqueo, y en lo sucesivo regularizados, bajo el nombre de impuestos ordinarios y extraordinarios del Estado, por esos mismos señores convertidos en servidores del Estado, es decir, en bandidos y saqueadores legítimos. Esa transición del despojo feudal al despojo mucho más regular y mucho más sistemático del Estado, pareció satisfacer primero a la clase media. Hay que conceder que fué para ella un verdadero alivio en su situación económica y social. Pero el apetito acude comiendo, dice el proverbio. Los impuestos del Estado, al principio tan modestos, aumentaron cada año en una proporción inquietante, pero no tan formidable sin embargo como en los Estados monárquicos de nuestros días. Las guerras, se puede decir incesantes, que esos Estados, hechos absolutos, se hicieron bajo el pretexto del equilibrio internacional desde la Reforma hasta la revolución de 1789; la necesidad de mantener grandes ejércitos permanentes, que se habían convertido ya en la base principal de la conservación del Estado; el lujo

creciente de las cortes de los soberanos, que se habían transformado en orgías incesantes donde la canalla nobiliaria, toda la servidumbre titulada, recamada, iba a mendigar a su amo pensiones; la necesidad de alimentar toda esa multitud privilegiada que llenaba las más altas funciones en el ejército, en la burocracia y en la policía, todo eso exigía enormes gastos. Esos gastos fueron pagados, naturalmente, ante todo y primeramente por el pueblo, pero también por la clase burguesa que, hasta la revolución, fué también, si no en el mismo grado que el pueblo, considerada como una vaca lechera sin otro destino que mantener al soberano y alimentar a esa multitud innumerable de funcionarios privilegiados. La Reforma, por otra parte, había hecho perder a la clase media en libertad quizás el doble de lo que le había dado en seguridad. Antes de la Reforma, había sido igualmente la aliada y el sostén indispensable de los reyes en su lucha contra la Iglesia y los señores feudales, y había aprovechado esa alianza para conquistar un cierto grado de independencia y de libertad. Pero desde que la Iglesia y los señores feudales se habían sometido al Estado, los reyes, no teniendo ya necesidad de los servicios de la clase media, privaron a ésta poco a poco de todas las libertades que le habían otorgado anteriormente.

Si tal fué la situación de la burguesía después de la Reforma, se puede imaginar cuál debió ser la de las masas populares, la de los campesinos y la de los obreros de las ciudades. Los campesinos del centro de Europa, en Alemania, en Holanda, en parte también en Suiza, se sabe, hicieron al principio del siglo XVI y de la Reforma, un movimiento grandioso para emanciparse al grito de "¡guerra a los castillos, paz a las cabañas!" Ese movimiento, traicionado por la burguesía y maldecido por los jefes del protestantismo burgués, Lutero y Melanchthon, fué ahogado en la sangre de varias decenas de millares de campesinos insurrectos. Desde entonces, los campesinos se vieron, más que nunca, asociados a la gleba, siervos de derecho, siervos de hecho, y permanecieron en ese estado hasta la revolución de 1789-1793 en Francia, hasta 1807 en Prusia, y hasta 1848 en casi todo el resto de Alemania. En algunas partes del norte de Alemania, y principalmente en Mecklemburgo, la

servidumbre existe todavía hoy, aun cuando ha dejado de existir en la propia Rusia.

El proletariado de las ciudades no fué mucho más libre que los campesinos. Se dividía en dos categorías, la de los obreros que constituían parte de las corporaciones, y la del proletariado que no estaba de ninguna forma organizado. La primera estaba ligada, sometida en sus movimientos y en su producción por una multitud de reglamentos que la subyugaban a los maestros, a los patronos. La segunda, privada de todo derecho, era oprimida y explotada por todo el mundo. La mayoría de los impuestos, como siempre, recaía necesariamente sobre el pueblo.

Esta ruina y esta opresión general de las masas obreras y de la clase burguesa en parte, tenían por pretexto y por fin confesado la grandeza, la potencia, la magnificencia del Estado monárquico, nobiliario, burocrático y militar. Estado que había ocupado el puesto de la Iglesia en la adoración oficial y era proclamado como una institución divina. Hubo, pues, una moral de Estado, completamente diferente de la moral privada de los hombres, o más bien opuesta a ella. En el mundo moral privado, en tanto que no está viciado por los dogmas religiosos, hay un fundamento eterno, más o menos reconocido, comprendido, aceptado y realizado en cada sociedad humana. Ese fundamento no es otra cosa que el respeto humano, el respeto a la dignidad humana, al derecho y a la libertad de todos los individuos humanos. Respetarlos: he ahí el deber de cada uno; amarlos y estimularlos: he ahí la virtud; violarlos, al contrario, es el crimen. La moral del Estado es por completo opuesta a esta moral humana. El Estado se propone a sí mismo a todos los súbditos como el fin supremo. Servir su potencia, su grandeza, por todos los medios posibles e imposibles, y contrariamente a todas las leyes humanas y al bien de la humanidad: he ahí la virtud. Porque todo lo que contribuye al poder y al engrandecimiento del Estado, es el bien; todo lo que le es contrario, aunque sea la acción más virtuosa, la más noble desde el punto de vista humano, es el mal. Por esto los hombres de Estado, los diplomáticos, los ministros, todos los funcionarios, han empleado siempre crímenes y mentiras e infames traiciones para servirle. Desde el momento que una villanía es cometida a su servicio, se con-

vierte en una acción meritoria. Tal es la moral del Estado. Es la negación de la moral humana y de la humanidad.

La contradicción reside en la idea misma del Estado. No habiendo podido realizarse nunca el Estado universal, todo Estado es un ente circunscrito que comprende un territorio limitado y un número más o menos restringido de súbditos. La inmensa mayoría de la especie queda, pues, al margen de cada Estado, y la humanidad entera es repartida entre una multitud de Estados grandes, pequeños o medianos, de los cuales cada uno, a pesar de que no abraza más que una parte muy reducida de la especie humana, se proclama y se presenta como el representante de la humanidad entera y como algo absoluto. Por eso mismo, todo lo que queda fuera de él, los demás Estados, con sus súbditos y la propiedad de sus súbditos, son considerados por cada Estado como entidades privadas de toda ley, de todo derecho, y se supone, por consiguiente, con la facultad de atacarlos, conquistarlos, asesinarlos, robarles en la medida que sus medios y sus fuerzas se lo permitan. Vosotros sabéis, queridos compañeros, que no se ha llegado nunca a establecer un derecho internacional, y no se ha podido hacerlo precisamente porque, desde el punto de vista del Estado, todo lo que está fuera del Estado está privado de derecho. Basta que un Estado declare la guerra a otro para que permita. ¡qué digo!, para que mande a sus propios súbditos cometer contra los súbditos del Estado enemigo todos los crímenes posibles: el asesinato, la violación, el robo, la destrucción, el incendio, el saqueo. Y todos estos crímenes se dice que están bendecidos por el Dios de los cristianos, que cada uno de los Estados beligerantes considera y proclama como su partidario con exclusión del otro —lo que, naturalmente, debe poner en un famoso aprieto a ese buen Dios, en nombre del cual han sido y continúan siendo cometidos sobre la tierra los crímenes más horribles. Por esto somos enemigos del buen Dios y consideramos esta ficción, este fantasma divino, como una de las principales fuentes de los males que atormentan a los hombres.

Y por esto somos igualmente adversarios apasionados del Estado, de todos los Estados. Porque, mientras haya Estados, no habrá comunidad, y la guerra y la ruina, la miseria

de los pueblos, que son consecuencia inevitable del Estado, serán permanentes.

Mientras haya Estados, las masas populares, aun en las repúblicas más democráticas, serán esclavas de hecho, porque no trabajarán en pro de su propia felicidad y de su propia riqueza, sino para la potencia y la riqueza del Estado. ¿Y qué es el Estado? Se pretende que es la expresión y la realización de la utilidad, del bien, del derecho y de la libertad de todo el mundo. Pues bien, los que tal pretenden mienten, como mienten los que pretenden que el buen Dios es el protector de todo el mundo. Desde que se formó la fantasía de un ser divino en la imaginación de los hombres, Dios, todos los dioses, y entre ellos principalmente el Dios de los cristianos, han tomado siempre el partido de los fuertes y de los ricos contra las masas ignorantes y miserables. Han bendecido, por medio de sus sacerdotes, los privilegios más repulsivos, las opresiones y las explotaciones más infames.

Del mismo modo, el Estado no es otra cosa que la garantía de todas las explotaciones en beneficio de un pequeño número de felices privilegiados y en detrimento de las masas populares. Se sirve de la fuerza colectiva de todo el mundo para asegurar la dicha, la prosperidad y los privilegios de algunos, en detrimento del derecho humano de todo el mundo. Es una institución en la que la minoría desempeña el papel de martillo y la mayoría forma el yunque.

Hasta la Gran Revolución, la clase burguesa, aunque en un grado menor que las masas populares, había formado parte del yunque. Y a causa de eso fué revolucionaria.

Sí, fué bien revolucionaria. Se atrevió a rebelarse contra todas las autoridades divinas y humanas, y puso en tela de juicio a Dios, a los reyes, al Papa. Se dirigió sobre todo contra la nobleza, que ocupaba en el Estado un puesto que ardía de impaciencia por ocuparlo a su vez. Pero no quiero ser injusto, y no pretendo de ningún modo que en sus magníficas protestas contra la tiranía divina y humana, no hubiese sido conducida e impulsada más que por un pensamiento egoísta. La fuerza de las cosas, la naturaleza misma de su organización particular, la habían impulsado instintivamente a apoderarse del Poder. Pero como todavía no tenía conciencia del abismo que la separaba realmente de las

clases obreras que explota; como esa conciencia no se había despertado de ninguna manera aún en el seno del proletariado, la burguesía, representada en esa lucha contra la Iglesia y el Estado por sus más nobles espíritus y por sus más grandes caracteres, creyó de buena fe que trabajaba igualmente por la emancipación de todos.

Los dos siglos que separan las luchas de la Reforma religiosa de las de la Gran Revolución, fueron la edad heroica de la burguesía. Hecha poderosa por la riqueza y la inteligencia, atacó audazmente todas las instituciones respetadas de la Iglesia y del Estado. Lo minó todo, primero, por la literatura y por la crítica filosófica; más tarde lo derribó por la rebelión franca. Ella fué la que hizo la revolución de 1789 y de 1793. Sin duda que no pudo hacerlo más que sirviéndose de la fuerza popular; pero fué la que organizó esa fuerza y la dirigió contra la Iglesia, contra la realeza y contra la nobleza. Ella fué la que pensó y tomó la iniciativa de todos los movimientos que ejecutó el pueblo. La burguesía tenía fe en sí misma, se sentía poderosa porque sabía que tras ella, con ella, tenía al pueblo.

Si se comparan los gigantes del pensamiento y de la acción que han salido de la clase burguesa en el siglo XVIII con las más grandes celebridades, con los enanos vanidosos célebres que la representan en nuestros días, se podrá uno convencer de la decadencia, de la caída espantosa que se ha producido en esa clase. En el siglo XVIII, era inteligente, audaz, heroica. Hoy, se muestra cobarde y estúpida. Entonces, llena de fe, se atrevía a todo, y lo podía todo. Hoy, roída por la duda, y desmoralizada por su propia iniquidad, que está aún más en su situación que en su voluntad, nos ofrece el cuadro de la más vergonzosa impotencia.

Los acontecimientos recientes de Francia lo prueban demasiado bien. La burguesía se muestra completamente incapaz de salvar a Francia. Ha preferido la invasión de los prusianos a la revolución popular, que era la única que podía operar esa salvación. Ha dejado caer de sus manos débiles la bandera de los progresos humanos, la de la emancipación universal. Y el proletariado de París nos demuestra hoy que los trabajadores son los únicos capaces de llevarla en lo sucesivo.

En una próxima sesión, trataré de demostrarlo.

II

Queridos compañeros:

Ya os he dicho la otra vez que dos grandes acontecimientos históricos habían fundado la potencia de la burguesía: la revolución religiosa del siglo XVI conocida bajo el nombre de Reforma, y la gran revolución política del siglo XVIII. He añadido que esta última, realizada ciertamente por el poder del brazo popular, había sido iniciada y dirigida exclusivamente por la clase media. Debo también probaros ahora que es también la clase media la que se aprovechó exclusivamente de ella.

Y sin embargo el programa de esta revolución, al principio, parecía inmenso. ¿No se ha realizado en el nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad del género humano, tres palabras que parecen abarcar todo lo que en el presente y en el porvenir puede querer y realizar la humanidad? ¿Cómo es, pues, que una revolución que se había anunciado de una manera tan amplia terminó miserablemente en la emancipación exclusiva, restringida y privilegiada de una sola clase, en detrimento de esos millones de trabajadores que se ven hoy aplastados por la prosperidad insolente e inicua de esa clase? ¡Ah, es que esa revolución no ha sido más que una revolución política! Había derribado audazmente todas las barreras, todas las tiranías políticas, pero había dejado intactas —hasta las había proclamado sagradas e inviolables— las bases económicas de la sociedad, que han sido la fuente eterna, el fundamento principal de todas las iniquidades políticas y sociales, de todos los absurdos religiosos pasados y presentes. Había proclamado la libertad de cada uno y de todos, o más bien había proclamado el derecho a ser libre para cada uno y para todos. Pero no ha dado realmente los medios de realizar esa libertad y

de gozar de ella más que a los propietarios, a los capitalistas, a los ricos.

La pauvreté, c'est l'esclavage! (1)

He ahí las terribles palabras que con su voz simpática, que parte de la experiencia y del corazón, nos ha repetido nuestro amigo Clement varias veces (2), desde hace algunos días que tengo la dicha de pasar en medio de vosotros, queridos compañeros y amigos.

Sí, la pobreza es la esclavitud, es la necesidad de vender el trabajo, y con el trabajo la persona, al capitalista que os da el medio de no morir de hambre. Es preciso tener verdaderamente el espíritu de los señores burgueses, interesados en la mentira, para atreverse a hablar de la libertad política de las masas obreras. Bonita libertad la que las somete a los caprichos del capital y la que las encadena a la voluntad del capitalista por el hambre. Queridos amigos, no tengo seguramente necesidad de probaros, a vosotros que habéis conocido por una larga y dura experiencia las miserias del trabajo, que en tanto que el capital quede de una parte y el trabajo de la otra, el trabajo será el esclavo del capital y los trabajadores los súbditos de los señores burgueses, que os dan por irrisión todos los derechos políticos, todas las apariencias de la libertad, para conservar ésta en realidad exclusivamente para ellos.

El derecho a la libertad sin los medios de realizarla, no es más que un fantasma. Y nosotros amamos demasiado la libertad, ¿no es cierto?, para contentarnos con fantasmagorías. Nosotros la queremos en la realidad. ¿Pero, qué es lo que constituye el fondo real y la condición positiva de la libertad? Es el desenvolvimiento íntegro y el pleno goce de todas las facultades corporales, intelectuales y morales para cada uno. Por consecuencia, es los medios materiales necesarios a la existencia humana de cada uno; es, además, la educación y la instrucción. Un hombre que sucumbe de inanición, que se encuentra aplastado por la miseria, que muere cada día de hambre y de frío y que, viendo sufrir a todos

(1) ¡La pobreza es la esclavitud!

(2) Según Guillaume, Silvano Clement era un fotógrafo de Saint-Imier; había hecho una fotografía a Bakunin muy popularizada en las montañas jurasianas. (Nota del traductor.)

los que ama, no puede acudir en su ayuda, no es un hombre libre, es un esclavo. Un hombre condenado a permanecer toda la vida un ser brutal, carente de educación humana, un hombre privado de instrucción, un ignorante, es necesariamente un esclavo; y si ejerce derechos políticos, podéis estar seguros de que, de una manera o de otra, los ejercerá siempre contra sí mismo, en beneficio de sus explotadores, de sus amos.

La condición negativa de la libertad es ésta: ningún hombre debe obediencia a otro; sólo es libre a condición de que todos sus actos estén determinados, no por la voluntad de los otros hombres, sino por su voluntad y sus convicciones propias. Pero un hombre a quien el hambre obliga a vender su trabajo, y con su trabajo su persona, al más bajo precio posible al capitalista que se digna explotarlo; un hombre a quien su propia brutalidad y su ignorancia entregan a merced de sus sabios explotadores, será necesariamente y siempre un esclavo.

No es eso todo. La libertad de los individuos no es un hecho individual, es un hecho, un producto colectivo. Ningún hombre podría ser libre fuera y sin el concurso de toda la sociedad humana. Los individualistas, o los falsos hermanos que hemos combatido en todos los congresos de trabajadores, han pretendido, con los moralistas y los economistas burgueses, que el hombre podía ser libre, que podía ser hombre fuera de la sociedad, diciendo que la sociedad había sido fundada por un contrato libre de hombres anteriormente libres.

Esta teoría, proclamada por J. J. Rousseau, el escritor más dafino del siglo pasado, el sofista que ha inspirado a todos los revolucionarios burgueses, esta teoría denota una ignorancia completa, tanto de la Naturaleza como de la Historia. No es en el pasado, ni en el presente, donde debemos buscar la libertad de las masas, es en el porvenir, en un porvenir próximo: en esa jornada del mañana que debemos crear nosotros mismos, por la potencia de nuestro pensamiento, de nuestra voluntad, pero también por la de nuestros brazos. Tras de nosotros, no hubo nunca contrato libre, no hubo más que brutalidad, estupidez, iniquidad y violencia, y hoy aún, vosotros lo sabéis demasiado bien, ese llamado libre contrato se llama pacto del hambre, es-

clavitud del hambre para las masas y explotación del hambre para las minorías que nos devoran y nos oprimen.

La teoría del libre contrato es igualmente falsa desde el punto de vista de la naturaleza. El hombre no crea voluntariamente la sociedad: nace involuntariamente en ella. Es un animal social por excelencia. No puede llegar a ser hombre, es decir un animal que piensa, que habla, que ama y que quiere, sino en sociedad. Imaginaos al hombre dotado por la naturaleza de las facultades más geniales, arrojado desde su tierna edad fuera de toda sociedad humana, en un desierto. Si no perece miserablemente, que es lo más probable, no será más que un bruto, un mono, privado de palabra y de pensamiento, porque el pensamiento es inseparable de la palabra: nadie puede pensar sin el lenguaje. Por perfectamente aislados que os encontréis con vosotros mismos, para pensar debéis hacer uso de palabras; podéis muy bien tener imaginaciones representativas de las cosas, pero tan pronto como queráis pensar, debéis servirlos de palabras, porque sólo las palabras determinan el pensamiento, y dan a las representaciones fugitivas, a los instintos, el carácter del pensamiento. El pensamiento no existe antes de la palabra, ni la palabra antes del pensamiento; estas dos formas de un mismo acto del cerebro humano nacen juntas. Por tanto, no hay pensamiento sin palabra. Pero, ¿qué es la palabra? Es la comunicación, es la conversación de un individuo humano con muchos otros individuos. El hombre animal no se transforma en ser humano, es decir, pensante, sino por esa conversación, en esa conversación. Su individualidad humana, su libertad, es, pues, el producto de la colectividad.

El hombre únicamente se emancipa de la presión tiránica que ejerce sobre cada uno la naturaleza exterior por el trabajo colectivo; porque el trabajo individual, impotente y estéril, jamás podría vencer a la naturaleza. El trabajo productivo, el que ha creado todas las riquezas y nuestra civilización, ha sido siempre un trabajo social, colectivo; sólo que hasta el presente ha sido inicuaamente explotado por los individuos a expensas de las masas obreras. Lo mismo la instrucción y la educación que elevan al hombre —esa educación y esa instrucción de que los señores burgueses están tan orgullosos y que vierten con tanta parsimonia sobre las

masas populares— son igualmente producto de la sociedad entera. Las crean el trabajo, y diré más aún, el pensamiento instintivo del pueblo, aunque no las han creado hasta ahora más que en beneficio de los burgueses. Se trata, pues, de la explotación de un trabajo colectivo por individuos que no tienen ningún derecho a monopolizar el producto.

Todo lo que es humano en el hombre, y más que otra cosa la libertad, es el producto de un trabajo social, colectivo. Ser libre en el aislamiento absoluto, es un absurdo inventado por los teólogos y los metafísicos, que reemplazaron la sociedad de los hombres por su fantasma, por Dios. Cada cual —dicen— se siente libre en presencia de Dios. Es decir, del vacío absoluto, de la nada; eso es, pues, la libertad de la nada, o más bien la nada de la libertad, la esclavitud. Dios, la ficción de Dios, ha sido históricamente la causa moral, o más bien inmoral, de todas las sumisiones.

En cuanto a nosotros, que no queremos ni fantasmas ni la nada, sino la realidad humana viviente, reconocemos que el hombre no puede sentirse y saberse libre —y por consiguiente no puede realizar su libertad— sino en medio de los hombres. Para ser libre, tengo necesidad de verme rodeado y reconocido como tal por hombres libres. No soy libre más que cuando mi personalidad, reflejándose, como en otros tantos espejos, en la conciencia igualmente libre de todos los hombres que me rodean, vuelva a mí reforzada por el reconocimiento de todo el mundo. La libertad de todos, lejos de ser una limitación de la mía, como lo pretenden los individualistas, es al contrario su confirmación, su realización y su extensión infinitas. Querer la libertad y la dignidad humana de todos los hombres, ver y sentir mi libertad confirmada, sancionada, infinitamente extendida por el asentimiento de todo el mundo, he ahí la dicha, el paraíso humano sobre la tierra.

Pero esa libertad sólo es posible en la igualdad. Si hay un ser humano más libre que yo, me convierto forzosamente en su esclavo; si yo lo soy más que él, él será el mío. Por tanto, la igualdad es una condición absolutamente necesaria de la libertad.

Los burgueses revolucionarios de 1793 han comprendido muy bien esta necesidad lógica. Así, la palabra igualdad figura como el segundo término en su fórmula revoluciona-

ria: *libertad, igualdad, fraternidad*. Pero, ¿qué igualdad? La igualdad ante la ley, la igualdad de los derechos políticos, la igualdad de los ciudadanos, no la de los hombres; porque el Estado no reconoce a los hombres, no reconoce más que a los ciudadanos. Para él, el hombre no existe en tanto que ejerce, o que por una pura función se repunte como ejerciendo los derechos políticos. El hombre que es aplastado por el trabajo forzado, por la miseria, por el hambre; el hombre que está socialmente oprimido, económicamente explotado, aplastado, y que sufre, no existe para el Estado; éste ignora sus sufrimientos y su esclavitud económica y social, su servidumbre real, oculta bajo las apariencias de una libertad política mentirosa. Esta es, pues, la igualdad política, no la igualdad social.

Mis queridos amigos: Sabéis todos por experiencia cuán engañosa es esa pretendida igualdad política cuando no está fundada sobre la igualdad económica y social. En un Estado ampliamente democrático, por ejemplo, todos los hombres llegados a la mayoría de edad, y que no se encuentren bajo el peso de una condena criminal, tienen el derecho y aun el deber, se añade, de ejercer todos los derechos políticos y de llenar todas las funciones para las cuales puede llamarles la confianza de sus conciudadanos. El último hombre del pueblo, el más pobre, el más ignorante, puede y debe ejercer todos sus derechos y llenar todas esas funciones: ¿se puede imaginar una igualdad más amplia que esa? Sí, él debe, puede legalmente; pero en realidad eso le es imposible. Ese poder no es más que facultativo para los hombres que constituyen parte de las masas populares, pero no podrá nunca ser real para ellos a menos de una transformación radical de las bases económicas de la sociedad, digamos la palabra, a menos de una revolución social. Esos pretendidos derechos políticos ejercidos por el pueblo no son más que una vana ficción.

Estamos cansados de todas las ficciones, tanto religiosas como políticas. El pueblo está cansado de alimentarse de fantasmas y de fábulas. Ese alimento no engorda. Hoy, exige la realidad. Veamos, pues, lo que hay de real para él en el ejercicio de los derechos políticos.

Para llenar convenientemente las funciones, y sobre todo las más altas funciones del Estado, es preciso poseer ya

un grado bastante alto de instrucción. El pueblo carece absolutamente de esa instrucción. ¿Es por culpa suya? No, la culpa es de las instituciones. El gran deber de todos los Estados verdaderamente democráticos, es esparcir la instrucción a manos llenas entre el pueblo. ¿Hay un solo Estado que lo haga? No hablemos de los Estados monárquicos, que tienen un interés evidente en esparcir, no la instrucción, sino el veneno del catecismo cristiano en las masas. Hablemos de los Estados republicanos y democráticos como los Estados Unidos de América y Suiza. Ciertamente, hay que reconocer que estos dos Estados han hecho más que los otros por la instrucción popular. ¿Pero han llegado al fin, a pesar de su buena voluntad? ¿Les ha sido posible dar indistintamente a todos los niños que nacen en su seno una instrucción igual? No, es imposible. Para los hijos de los burgueses, la instrucción superior; para los del pueblo, la instrucción primaria solamente, y, en raras ocasiones, un poco de segunda enseñanza. ¿Por qué esta diferencia? Por la simple razón de que los hombres del pueblo, los trabajadores de los campos y de las ciudades, no tienen el medio de mantener, es decir, de alimentar, de vestir, de alojar a sus hijos en el transcurso de toda la duración de los estudios. Para darse una instrucción científica, es preciso estudiar hasta la edad de veintiún años, algunas veces hasta los veinticinco. Os pregunto: ¿cuáles son los obreros que están en estado de mantener tan largo tiempo a sus hijos? Este sacrificio está por encima de sus fuerzas, porque no tienen ni capitales ni propiedad, y porque viven al día con su salario, que apenas basta para el mantenimiento de una numerosa familia.

Y aun es preciso decir, queridos compañeros, que vosotros, trabajadores de las montañas, obreros en un oficio que la producción capitalista, es decir, la explotación de los grandes capitales, no llegó todavía a absorber, sois comparativamente muy dichosos. Trabajando en pequeños grupos en vuestros talleres, y a menudo trabajando a domicilio, ganáis mucho más de lo que se gana en los grandes establecimientos industriales que emplean centenares de obreros; vuestro trabajo es inteligente, artístico, no embrutece como el que se hace a máquina. Vuestra habilidad, vuestra inteligencia significan algo. Y además tenéis mucho más

tiempo libre y relativa libertad; por eso sois más instruidos, más libres y más felices que los otros.

En las inmensas fábricas establecidas, dirigidas y explotadas por los grandes capitales y en las que son las máquinas, no los hombres, quienes juegan el papel principal, los obreros se transforman necesariamente en miserables esclavos, de tal modo miserables, que muy frecuentemente están forzados a condenar a sus pobres hijitos, de ocho escasos años de edad, a trabajar doce, catorce, dieciséis horas cada día por algunos miserables céntimos. Y no lo hacen por avaricia, sino por necesidad. Sin eso, no serían capaces de mantener sus familias.

He ahí la instrucción que pueden darles. Yo no creo deber emplear más palabras para demostraros, queridos compañeros, a vosotros que lo sabéis tan bien por experiencia, *que en tanto que el pueblo no trabaje para sí mismo, sino para enriquecer a los detentadores de la propiedad y del capital*, la instrucción que pueda dar a sus hijos será siempre infinitamente inferior a la de los hijos de la clase burguesa.

Y he ahí una grande y funesta desigualdad social que encontraréis necesariamente en la base de la organización de los Estados: una masa forzosamente ignorante y una minoría privilegiada que, si no es siempre muy inteligente, es al menos comparativamente muy instruída. La conclusión es fácil de deducir. La minoría instruída gobernará eternamente a las masas ignorantes.

No se trata sólo de la desigualdad natural de los individuos; es una desigualdad a la que estamos obligados a resignarnos. Uno tiene una organización más perfecta que el otro, uno nace con una facultad natural de inteligencia y de voluntad más grande que el otro. Pero me apresuro a añadir: estas diferencias no son de ningún modo tan grandes como se quiere suponer. Aun desde el punto de vista natural, los hombres son casi iguales, las cualidades y los defectos se compensan más o menos en cada uno. No hay más que dos excepciones a esta ley de igualdad natural: son los hombres de genio y los idiotas. Pero las excepciones no constituyen la regla, y, en general, se puede decir que todos los individuos humanos se equivalen y que si existen diferencias enormes entre los individuos en la sociedad actual,

nacen de la desigualdad monstruosa de la educación y de la instrucción, y no de la naturaleza.

El niño dotado de las más grandes facultades, pero nacido en una familia pobre, en una familia de trabajadores que vive el día al día de su ruda labor cotidiana, se ve condenado a la ignorancia que mata todas sus facultades naturales en lugar de desarrollarlas: será el trabajador, el obrero manual, el mantenedor y el alimentador forzoso de los burgueses que, por naturaleza, son mucho más torpes que él. El hijo del burgués, al contrario, el hijo del rico, por torpe que sea naturalmente, recibirá la educación y la instrucción necesarias para desarrollar en lo posible sus pobres facultades: será un explotador del trabajo, el amo, el patrón, el legislador, el gobernante, un señor. Por torpe que sea, hará leyes para el pueblo, y gobernará las masas populares.

En un Estado democrático, se dirá, el pueblo no elegirá más que a los buenos. ¿Pero cómo reconocerá a los buenos? No tiene ni la instrucción necesaria para juzgar al bueno y al malo, ni el tiempo preciso para conocer los hombres que se proponen a su elección. Esos hombres, por lo demás, viven en una sociedad diferente de la suya: no acuden a quitarse el sombrero ante Su Majestad el pueblo soberano más que en el momento de las elecciones y, una vez elegidos, le vuelven la espalda. Por lo demás, perteneciendo a la clase privilegiada, a la clase explotadora, por excelentes que sean como miembros de sus familias y de la sociedad, serán siempre malos para el pueblo, porque, naturalmente, querrán conservar los privilegios que constituyen la base de su existencia social y que condenan al pueblo a una esclavitud eterna.

Pero, ¿por qué no ha de enviar el pueblo a las asambleas legislativas y al gobierno hombres suyos, hombres del pueblo? Primeramente, porque los hombres del pueblo, debiendo vivir de sus brazos, no tienen tiempo de consagrarse exclusivamente a la política, y no pudiendo hacerlo, estando la mayoría de las veces ignorantes de las cuestiones económicas y políticas que se tratan en esas altas regiones, serán casi siempre víctimas de los abogados y de los políticos burgueses. Y, luego, porque bastará casi siempre a esos

hombres del pueblo entrar en el gobierno para convertirse en burgueses a su vez, en ocasiones más detestables y más desdeñosos del pueblo de donde han salido que los mismos burgueses de nacimiento.

Veis, pues, que la igualdad política, aun en los Estados más democráticos, es una mentira. Lo mismo pasa con la igualdad jurídica, con la igualdad ante la ley. La ley es hecha por los burgueses para los burgueses, y es ejercida por los burgueses contra el pueblo. El Estado y la ley que lo expresa no existen más que para eternizar la esclavitud del pueblo en beneficio de los burgueses.

Por lo demás, sabéis que cuando os encontráis lesionados en vuestros intereses, en vuestro honor, en vuestros derechos, y queréis hacer un proceso, para hacerlo debéis demostrar primero que estáis en situación de pagar los gastos, es decir, debéis depositar una cierta suma. Y si no estáis en estado de depositarla, no podéis entablar el proceso. Pero el pueblo, la mayoría de los trabajadores ¿tienen sumas para depositar en el tribunal? La mayoría de las veces, no. Por tanto, el rico podrá atacaros, insultaros impunemente, porque no hay justicia para el pueblo.

Mientras no haya igualdad económica y social, mientras una minoría cualquiera pueda hacerse rica, propietaria, capitalista, no por el propio trabajo, sino por la herencia, la igualdad será una mentira. ¿Sabéis cuál es la verdadera definición de la propiedad hereditaria? Es la facultad hereditaria de explotar el trabajo colectivo del pueblo y de someter las masas.

He ahí lo que ni los más grandes héroes de la revolución de 1793, ni Danton, ni Robespierre, ni Saint-Just habían comprendido. No querían más que la libertad y la igualdad políticas, no las económicas y sociales. Y por eso la libertad y la igualdad fundadas por ellos han constituido y asentado en bases nuevas la dominación de los burgueses sobre el pueblo.

Han querido enmascarar esa contradicción poniendo como tercer término de su fórmula revolucionaria la *fraternidad*. También ésta es una mentira. Os pregunto si la fraternidad es posible entre los explotadores y los explotados, entre los opresores y los oprimidos. ¿Cómo! ¿Os haré sudar y sufrir durante todo un día, y por la noche, cuando haya

recogido el fruto de vuestros sufrimientos y de vuestro sudor, no dejándoos más que una pequeña parte a fin de que podáis vivir, es decir, sudar de nuevo y sufrir en mi beneficio todavía mañana, por la noche, os diré: ¡Abrazémonos, somos hermanos!?

Tal es la fraternidad de la revolución burguesa.

Queridos amigos: También nosotros queremos la noble libertad, la salvadora igualdad y la santa fraternidad. Pero queremos que estas cosas, que estas grandes cosas, cesen de ser ficciones, mentiras y se conviertan en una verdad y constituyan la realidad.

Tal es el sentido y el fin de lo que llamamos revolución social.

Puede resumirse en pocas palabras: quiere y nosotros queremos que todo hombre que nazca sobre esta tierra pueda llegar a ser un hombre en el sentido más completo de la palabra; que no sólo tenga el derecho, sino también todos los medios necesarios para desarrollar sus facultades y ser libre, feliz, en la igualdad y en la fraternidad. He ahí lo que queremos todos, y todos estamos dispuestos a morir para llegar a ese fin.

Os pido, amigos, una tercera y última sesión para exponeros completamente mi pensamiento.

III

Queridos compañeros:

Os he dicho la última vez cómo la burguesía, sin tener completamente conciencia de sí misma, pero en parte también, y al menos en una cuarta parte, conscientemente, se ha servido del brazo poderoso del pueblo durante la gran revolución de 1789-1793 para asentar su propio poder sobre las ruinas del mundo feudal. Desde entonces, se ha convertido en la clase dominante. Es erróneo suponer que fueran la nobleza emigrada y los sacerdotes los que dieron el golpe de Estado reaccionario de Termidor, que derribó y mató a Robespierre y a Saint-Just, y que guillotiné y deportó a una multitud de sus partidarios.

Sin duda muchos de los miembros de estas dos órdenes caídas tomaron una parte activa en la intriga, felices de ver caer a los que les habían hecho temblar y les habían cortado la cabeza sin piedad. Pero ellos solos no hubiesen podido hacerlo. Desposeídos de sus bienes, habían sido reducidos a la impotencia. Fué esa parte de la clase burguesa enriquecida por la compra de los bienes nacionales, de las provisiones de guerra y por el manejo de los fondos públicos, que se aprovechó de la miseria pública y de la bancarrota misma para llenar su bolsillo; fueron esos virtuosos representantes de la moralidad y del orden público los primeros instigadores de esa reacción. Estuvieron ardiente y poderosamente sostenidos por la masa de los tenderos, raza eternamente malhechora y cobarde que engaña y envenena al pueblo en detalle, vendiéndole sus mercaderías adulteradas, y que tiene toda la ignorancia del pueblo sin tener su gran corazón, toda la vanidad de la aristocracia burguesa sin tener los bolsillos llenos; cobarde durante las revoluciones, se vuelve feroz en la reacción. Para ella, todas las ideas que hacen palpitar el corazón de las masas, los grandes principios, los grandes intereses de la humanidad, no

existen. Ignora el patriotismo, o no conoce de él más que la vanidad o las fanfarronadas. No hay un sentimiento que pueda arrancarla a las preocupaciones mercantiles, a las miserables inquietudes del día. Todo el mundo ha sabido, y los hombres de todos los partidos nos lo han confirmado, que durante el terrible asedio de París, mientras que el pueblo se batía y la clase de los ricos intrigaba y preparaba la traición que lo entregó a los prusianos, mientras que el proletariado generoso, las mujeres y los niños del pueblo estaban semihambrientos, los tenderos no tuvieron más que una sola preocupación: la de vender sus mercaderías, sus artículos alimenticios, los objetos más necesarios a la subsistencia del pueblo, al más alto precio posible.

Los tenderos de todas las ciudades de Francia han hecho lo mismo. En las ciudades invadidas por los prusianos, abrieron las puertas a éstos. En las ciudades no invadidas, se preparaban a abrirlas; paralizaron la defensa nacional y en todas partes donde pudieron se opusieron a la sublevación y al armamento populares, que era lo único que podía salvar a Francia. Los tenderos en las ciudades, lo mismo que los campesinos en los campos, constituyen hoy el ejército de la reacción. Los campesinos podrán y deberán ser convertidos a la revolución, pero los tenderos nunca.

Durante la Gran Revolución, la burguesía se había dividido en dos categorías, de las cuales una, que constituía la ínfima minoría, era la burguesía revolucionaria, conocida bajo el nombre genérico de jacobinos. No hay que confundir a los jacobinos de hoy con los de 1793. Los de hoy no son más que pálidos fantasmas y ridículos abortos, caricaturas de los héroes del siglo pasado. Los jacobinos de 1793 eran grandes hombres, tenían el fuego sagrado, el culto a la justicia, a la libertad y a la igualdad. No fué cupa suya si no comprendieron mejor ciertas palabras que resumen todavía hoy nuestras aspiraciones. No consideraron más que la faz política, no el sentido económico y social. Pero, lo repito, no fué culpa suya, como no es mérito nuestro el comprenderlas hoy. Es la culpa y el mérito del tiempo. La humanidad se desarrolla lentamente, demasiado lentamente, ¡ay!, y únicamente por una sucesión de errores y de faltas, y de crueles experiencias sobre todo, que son siempre su consecuencia necesaria, los hombres conquistan la ver-

dad. Los jacobinos de 1793 fueron hombres de buena fe, hombres inspirados por la idea, consagrados a la idea. Fueron héroes. Si no lo hubieran sido, no hubieran podido realizarse los grandes actos de la revolución. Nosotros podemos y debemos combatir los errores teóricos de los Danton, de los Robespierre, de los Saint-Just, pero al combatir sus ideas falsas, estrechas, exclusivamente burguesas en economía social, debemos inclinarnos ante su potencia revolucionaria. Fueron los últimos héroes de la clase burguesa, en otro tiempo tan fecunda en héroes.

Aparte de esta minoría heroica, existía la masa de la burguesía, materialmente explotadora, y para la cual las ideas, los principios fundamentales de la revolución sólo eran palabras sin valor y sin sentido cuando no podía servirse de ellas para llenar sus bolsas tan vastas y tan respetables. Cuando los más ricos, y por consiguiente los más influyentes de los burgueses llenaron suficientemente sus bolsas al ruido y por medio de la revolución, consideraron que ésta había durado demasiado, que era tiempo de acabar y de restablecer el reino de la ley y del orden público.

Derribarón el Comité de Salvación Pública, mataron a Robespierre, a Saint-Just y a sus amigos y establecieron el Directorio, que fué una verdadera encarnación de la depravación burguesa al fin del siglo XVIII, el triunfo y el reino del oro adquirido por el robo y aglomerado en los bolsillos de algunos millares de individuos.

Pero Francia, que no había tenido tiempo aún de corromperse, y que aun palpitaba por los grandes hechos de la revolución, no pudo soportar largo tiempo ese régimen. Protestó dos veces, en una fracasó y en otra triunfó. Si hubiese triunfado en la primera, si hubiese podido tener éxito, habría salvado a Francia y al mundo; el triunfo de la segunda inauguró el despotismo de los reyes y la esclavitud de los pueblos. Quiero hablar de la insurrección de Babeuf y de la usurpación del primer Bonaparte.

La insurrección de Babeuf fué la última tentativa revolucionaria del siglo XVIII. Babeuf y sus amigos habían sido más o menos amigos de Robespierre y de Saint-Just. Fueron jacobinos socialistas. Habían sentido el culto a la igualdad, aun en detrimento de la libertad. Su plan fué muy sencillo: expropiar a todos los propietarios y a todos

los detentadores de instrumentos de trabajo y de otros capitales en beneficio del Estado republicano, democrático y social, de suerte que el Estado, convertido en el único propietario de todas las riquezas, tanto mobiliarias como inmobiliarias, se transformaba en el único empresario, en el único paterno de la sociedad; provisto al mismo tiempo de la omnipotencia política, se apoderaba exclusivamente de la educación y de la instrucción iguales para todos los niños, y obligaba a todos los individuos mayores de edad a trabajar y a vivir según la igualdad y la justicia. Toda autonomía comunal, toda iniciativa individual, toda libertad, en una palabra, desaparecía aplastada por ese poder formidable. La sociedad entera no debía presentar más que el cuadro de una uniformidad monótona y forzada. El gobierno era elegido por el sufragio universal, pero una vez elegido, y en tanto que quedase en funciones, ejercía en todos los miembros de la sociedad un poder absoluto.

La teoría de la igualdad establecida por la fuerza por el poder no ha sido inventada por Babeuf. Los primeros fundamentos de esa teoría habían sido echados por Platón, varios siglos antes de Cristo, en su *República*, obra en que ese gran pensador de la antigüedad trató de esbozar el cuadro de una sociedad igualitaria. Los primeros cristianos ejercieron indudablemente un comunismo práctico en sus asociaciones perseguidas por toda sociedad oficial. En fin, al comienzo mismo de la revolución religiosa, en el primer cuarto del siglo XVI, en Alemania, Tomás Muenzer y sus discípulos hicieron una primera tentativa para establecer la igualdad social sobre una base muy amplia. La conspiración de Babeuf fué la segunda manifestación práctica de la idea igualitaria en las masas. Todas estas tentativas, sin exceptuar la última, debieron fracasar por dos razones: primero, porque las masas no se habían desarrollado suficientemente para hacer posible su realización; y luego y sobre todo porque, en todos estos sistemas, la igualdad se asociaba a la potencia, a la autoridad del Estado y por consiguiente excluía la libertad.

Y nosotros sabemos, queridos amigos, que la igualdad no es posible más que con la libertad y por la libertad: no se trata de esa libertad exclusiva de los burgueses que está fundada sobre la esclavitud de las masas y que no es la

libertad, sino el privilegio; se trata de esa libertad universal de los seres humanos que eleva a cada uno a la dignidad de hombre. Pero sabemos también que esa libertad sólo es posible en la igualdad. Rebelión, no sólo teórica, sino práctica, contra todas las instituciones y contra todas las relaciones sociales creadas por la desigualdad; después, establecimiento de la igualdad económica y social por la libertad de todo el mundo: he ahí nuestro programa actual, el que debe triunfar a pesar de los Bismarck, de los Napoleón, de los Thiers, y a pesar de todos los cosacos de mi agosto emperador el Zar de todas las Rusias.

La conspiración de Babeuf había reunido en su seno todo lo que había quedado de ciudadanos consagrados a la revolución en París después de las ejecuciones y deportaciones del golpe de Estado reaccionario de Termidor, y, necesariamente, muchos obreros. Fracasó; algunos fueron guillotinado, pero varios sobrevivieron, entre ellos el ciudadano Felipe Buonarroti, un hombre de hierro, un carácter antiguo, de tal modo respetable que supo hacerse respetar por los hombres de los partidos más opuestos. Vivió largo tiempo en Bélgica, donde fué el principal fundador de la sociedad secreta de los carbonariocomunistas; y en un libro que se ha hecho ya muy raro, pero que trataré de enviar a nuestro amigo Adhemar (1), ha contado esa lúgubre historia, esa última protesta heroica de la revolución contra la reacción, conocida bajo el nombre de conspiración de Babeuf.

La otra protesta de la sociedad contra la corrupción burguesa que se había apoderado del Poder bajo el nombre de Directorio fué, como lo he dicho ya, la usurpación del primer Bonaparte.

Esta historia, mil veces más lúgubre todavía, es conocida de todos vosotros. Fué la primera inauguración del régimen infame y brutal del sable, el primer bofetón dado al comienzo de este siglo por un advenedizo insolente sobre las mejillas de la humanidad. Napoleón I se hizo el héroe de todos los déspotas, al mismo tiempo que fué militarmente su terror. Venció, les dejó su funesta herencia, su infa-

(1) Adhemar Schwitzgrübel (Nota del traductor.)

me principio: el desprecio a la humanidad y su opresión por el sable.

No os hablaré de la Restauración. Fué una tentativa ridícula la de dar la vida y el poder político a dos cuerpos tarados y descréptos: a la nobleza y a los sacerdotes. No hubo bajo la Restauración más que esto de notable: que, atacada, amenazada en ese Poder que creyó haber conquistado para siempre, la burguesía se volvió a hacer casi revolucionaria. Enemiga del orden público en tanto que ese orden público no es el suyo, es decir, en tanto que establece y garantiza otros intereses que los suyos, conspiró de nuevo. Los señores Guizot, Perrier, Thiers y tantos otros, que bajo Luis Felipe se distinguieron como los más fanáticos partidarios y defensores de un gobierno opresivo, corruptor, pero burgués, y por consiguiente perfecto a sus ojos, todas esas almas corrompidas de la reacción burguesa, conspiraron bajo la Restauración. Triunfaron en julio de 1830, y el reino del *liberalismo burgués* fué inaugurado.

De 1830 data verdaderamente la dominación exclusiva de los intereses y de la política burguesa de Europa, sobre todo en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en Holanda y en Suiza. En otros países, tales como Alemania, Dinamarca, Suecia, Italia y España, los intereses burgueses habían prevalecido sobre todos los demás, pero no el gobierno político de los burgueses. No hablo de ese grande y miserable Imperio de todas las Rusias, sometido aún al despotismo de los zares, sin clase política intermediaria propiamente, ni como cuerpo burgués, donde no hay, en efecto, de una parte más que el mundo oficial, una organización militar, policiaca y burocrática para colmar los caprichos del zar, y de la otra el pueblo, las decenas de millones de seres humanos devorados por el zar y sus funcionarios. En Rusia, la revolución vendrá directamente del pueblo, como lo demostré ampliamente en un discurso bastante largo que pronuncié hace algunos años en Berna y que me apresuré a enviaros (1). No hablo tampoco de esa desgraciada y heroica Polonia que se debate, siempre sofocada de nuevo, pero nunca muerta, bajo las garras de tres águilas infames: la del

(1) Se trata de los discursos pronunciados en el Congreso de Berna de la Liga de la Paz y de la Libertad (septiembre de 1868), publicados en Ginebra en 1869 y reproducidos en el tomo VI de estas Obras. (Nota del traductor.)

Imperio de Rusia, la del Imperio de Austria, y la del nuevo Imperio de Alemania, representado por Prusia. En Polonia como en Rusia, no hay propiamente clase media; de un lado está la nobleza, burocracia hereditariamente esclava del zar de Rusia, en otro tiempo dominante y hoy desorganizada y decrépita en Polonia; y del otro lado existe el campesino en servidumbre, devorado, aplastado ahora, no por la nobleza, que ha perdido su poder, sino por el Estado, por sus funcionarios innumerables, por el zar. No os hablaré tampoco de los pequeños países como Suecia y Dinamarca, que no se han hecho realmente constitucionales hasta después de 1848 y que han quedado más o menos retrasados en el desenvolvimiento general de Europa; ni de España ni de Portugal, donde el movimiento industrial y la política burguesa han sido paralizados tanto tiempo por la doble potencia del clero y del ejército. Sin embargo, debo observar que España, que nos parecía tan atrasada, nos presenta hoy una de las más magníficas organizaciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores existentes en el mundo.

Me detendré un instante en Alemania. Desde 1830, nos ha presentado y continúa presentándonos Alemania el cuadro extraño de un país donde los intereses de la burguesía predominan, pero en el que la potencia política no pertenece a la burguesía, sino a la monarquía absoluta bajo una máscara de constitucionalismo, militar y burocráticamente organizada y servida exclusivamente por los nobles.

Es en Francia, en Inglaterra, en Bélgica sobre todo, donde hay que estudiar el reinado de la burguesía. Después de la unificación de Italia bajo el cetro de Víctor Manuel, puede ser estudiado también en Italia. Pero en ninguna parte se ha caracterizado tan plenamente como en Francia; es, pues, en este país donde la consideraremos principalmente.

Desde 1830, el principio burgués ha tenido plena libertad de manifestarse en la literatura, en la política y en la economía social. Se puede resumir en una sola palabra: *individualismo*.

Entiendo por individualismo esa tendencia que —considerando toda la sociedad, la masa de los individuos, la de los indiferentes, la de los rivales, la de los competidores, lo mismo que la de los enemigos naturales, en una palabra, aquellos con los cuales cada uno está obligado a vivir, pero

que obstruyen la ruta a cada uno— impulsa al individuo a conquistar y a establecer su propio bienestar, su prosperidad, su dicha, contra todo el mundo, en detrimento de todos los demás. Es una persecución enfurecida, un general ¡sálvese quien pueda! en que cada cual trata de llegar el primero. ¡Ay de los que se detienen, si son adelantados! ¡Ay de los que, cansados por la fatiga, caen en el camino! Son inmediatamente aplastados. La competencia no tiene corazón, no tiene piedad. ¡Ay de los vencidos! En esa lucha, necesariamente, deben cometerse muchos crímenes; esa batalla fratricida no es sino un crimen continuo contra la solidaridad humana, base única de toda moral. El Estado que —se dice— es el representante y el vindicador de la justicia, no impide la perpetración de esos crímenes, al contrario, los perpetúa y los legaliza. Lo que él representa, lo que defiende, no es la justicia humana, es la justicia jurídica, que no es otra cosa que la consagración del triunfo de los fuertes sobre los débiles, de los ricos sobre los pobres. El Estado sólo exige una cosa: que todos esos crímenes sean realizados legalmente. Yo puedo arruinaros, aplastaros, mataros, pero debo hacerlo observando las leyes. De otro modo, soy declarado criminal y tratado como tal. Tal es el sentido de este principio, de esta palabra: individualismo.

Ahora, veamos cómo se ha manifestado ese principio en la literatura, en esa literatura creada por los Víctor Hugo, los Dumas, los Balzac, los Julio Janin y tantos otros autores de libros y de artículos de periódicos burgueses, que, desde 1830, han inundado a Europa, llevando la depravación y despertando el egoísmo en los corazones de los jóvenes de ambos sexos, y desgraciadamente también del pueblo. Tomad la novela que queráis: al lado de los grandes y falsos sentimientos, de las bonitas frases, ¿qué encontráis? Siempre lo mismo. Un joven es pobre, oscuro, desconocido; está devorado por toda suerte de apetitos. Quisiera habitar en un palacio, comer trufas, beber champán, marchar en carroza y acostarse con alguna bella marquesa. Lo consigue a fuerza de esfuerzos heroicos y aventuras extraordinarias; mientras que los demás sucumben. He ahí el héroe: ese es el individualismo puro.

Veamos la política. ¿Cómo se expresa en ella ese princi-

pio? Las masas —se dice— tienen necesidad de ser dirigidas, gobernadas; son incapaces de vivir sin gobierno, como son igualmente incapaces de gobernarse a sí mismas. ¿Quién las gobernará? No hay ya privilegio de clase. Todo el mundo tiene derecho a subir a las más altas posiciones y funciones sociales. Mas para triunfar es preciso ser inteligente, hábil; es preciso ser fuerte y dichoso: es preciso saber y poder sobreponerse a todos los rivales. He ahí aún una carrera de apuesta: serán los individuos hábiles y fuertes los que gobernarán, los que esquilmarán a las masas.

Consideremos ahora ese mismo principio en la cuestión económica, que en el fondo es la principal, hasta se podría decir la única cuestión. Los economistas burgueses nos dicen que son partidarios de una libertad ilimitada de los individuos, y que la competencia es la condición de esa libertad. Pero veamos, ¿qué es esa libertad? Y antes una primera pregunta: ¿es el trabajo separado, aislado, el que produjo y continúa produciendo todas estas riquezas maravillosas de que se glorifica nuestro siglo? Sabemos bien que no. El trabajo aislado de los individuos apenas sería capaz de alimentar y de vestir a un pueblecito de salvajes; una gran nación no se hace rica y no puede subsistir más que por el trabajo colectivo, solidariamente organizado. Siendo colectivo el trabajo para la producción de las riquezas, parecería lógicamente, ¿no es cierto?, que el goce de esas riquezas debiera serlo también. Pues bien, he ahí lo que no quiere, lo que rechaza con odio la economía burguesa. Quiere el disfrute aislado de los individuos. Pero, ¿de qué individuos? ¿Será de todos? ¡Oh, no! Quiere el disfrute de los fuertes, de los inteligentes, de los hábiles, de los dichosos. ¡Ah, sí, de los dichosos, sobre todo! Porque en su organización social, y conforme a esa ley de herencia, que es su fundamento principal, nacen una minoría de individuos más o menos ricos, felices, y millones de seres humanos desheredados, desgraciados. Después, la sociedad burguesa dice a todos estos individuos: luchad, disputad el premio, el bienestar, la riqueza, el poder político. Los vencedores serán felices. ¿Hay igualdad al menos en esta lucha fratricida? No, de ningún modo. Los unos, el pequeño número, están armados con todas las armas, fortalecidos por la instrucción y la riqueza heredadas, y los

millones de hombres del pueblo se presentan sobre la arena casi desnudos, con su ignorancia y su miseria igualmente heredadas. ¿Cuál es el resultado necesario de esa competencia llamada libre? El pueblo sucumbe, la burguesía triunfa, y el proletario encadenado está obligado a trabajar como un forzado para su eterno vencedor, el burgués.

El burgués está provisto principalmente de un arma contra la cual el proletariado quedará siempre sin posibilidad de defensa, mientras ese arma, el capital —que se ha transformado en todos los países civilizados en el agente principal de la producción industrial—, mientras ese proveedor del trabajo esté dirigido contra él.

El capital, tal como está constituido y apropiado hoy, no aplasta sólo al proletariado, agobia, expropia y reduce a la miseria a una inmensa cantidad de burgueses. La causa de este fenómeno, que la burguesía media y pequeña no comprenden bastante, que ignoran, es sin embargo muy sencilla. A consecuencia de la competencia, de esa lucha a muerte que reina hoy en el comercio y en la industria gracias a la libertad conquistada por el pueblo en beneficio de los burgueses, todos los fabricantes están obligados a vender sus productos, o más bien los productos de los trabajadores que emplean, que explotan, al más bajo precio posible. Vosotros lo sabéis por experiencia, los productos caros se ven hoy cada vez más excluidos del mercado por los productos baratos, aunque estos últimos sean mucho menos perfectos que los primeros. He ahí, pues, una primera consecuencia funesta de esa competencia, de esa lucha intestina en la producción burguesa. Tiende necesariamente a reemplazar los buenos productos por los productos mediocres. Disminuye al mismo tiempo la calidad de los productos y la de los productores.

En esta competencia, en esta lucha por el precio más bajo, los grandes capitales deben aplastar necesariamente a los pequeños, los burgueses importantes han de arruinar a los modestos. Porque una inmensa fábrica puede confeccionar naturalmente sus productos y darlos más baratos que una fábrica pequeña o mediana. La instalación de una gran fábrica exige naturalmente un cuantioso capital, pero, proporcionalmente a lo que puede producir, cuesta menos que una fábrica reducida: 100.000 francos son más que

10.000, pero 100.000 francos empleados en una fábrica darían 50 por 100, 60 por 100; mientras que los 10.000 francos empleados de la misma manera no darán más que un 20 por 100. El gran fabricante economiza en la construcción, en las materias primas, en las máquinas; empleando muchos menos trabajadores que el fabricante pequeño o mediano, economiza también, o gana, por una organización mejor y por una mayor división del trabajo. En una palabra, con 100.000 francos concentrados en sus manos y empleados en el establecimiento y en la organización de una fábrica única, produce mucho más que diez fabricantes que empleen cada uno 10.000 francos; de manera que si cada uno de estos últimos realiza, sobre los 10.000 francos que emplea, un beneficio líquido de 2.000 francos, por ejemplo, el fabricante que establece y que organiza una gran fábrica que le cuesta 100.000 francos, gana por cada 10.000 francos 5.000 ó 6.000, es decir, que produce proporcionalmente muchas más mercaderías. Produciendo mucho más, puede vender naturalmente sus productos mucho más baratos que los fabricantes modestos; pero al venderlos más baratos, obliga igualmente a estos fabricantes a bajar sus precios, sin lo cual sus productos no serían comprados. Pero como la producción de esos productos les resulta mucho más cara que al gran fabricante, al venderlos al precio fijado por éste se arruinan. Así es como los grandes capitales matan a los pequeños, y si los grandes capitales tropiezan con otros mayores aún, son aplastados a su vez.

Esto es tan cierto que hoy existe en los grandes capitales una tendencia a asociarse para construir capitales monstruosamente formidables. La explotación del comercio y de la industria por las sociedades anónimas comienza a reemplazar, en los países más industriales, en Inglaterra, en Bélgica y en Francia, a la explotación de los grandes capitales aislados. Y a medida que la civilización, que la riqueza nacional de los países más avanzados se acrecientan, crece la riqueza de los grandes capitalistas, pero disminuye el número de éstos. Una masa de burgueses medianos se ve rechazada hacia la pequeña burguesía, y una multitud mayor aún de pequeños burgueses se ve inexorablemente impulsada hacia el proletariado, hacia la miseria.

Es un hecho incontestable, comprobado por la estadística

tica de todos los países, lo mismo que por la demostración más exactamente matemática. En la organización económica de la sociedad actual, ese empobrecimiento gradual de la mayor parte de la burguesía en beneficio de un número restringido de monstruosos capitalistas es una ley inexorable, contra la cual no hay otro remedio que la revolución social. Si la pequeña burguesía tuviese bastante inteligencia y buen sentido para comprenderlo, se habría asociado desde hace mucho al proletariado para realizar esa revolución. Pero la pequeña burguesía es generalmente muy torpe; su tonta vanidad y su egoísmo le cierran el espíritu. No ve nada, no comprende nada, y aplastada por una parte por la gran burguesía, amenazada por la otra por ese proletariado a quien desprecia tanto como detesta y teme, se deja arrastrar estúpidamente al abismo.

Las consecuencias de esta competencia burguesa son desastrosas para el proletariado. Forzados a vender sus productos —o más bien los productos de los trabajadores que explotan— al menor precio posible, los fabricantes deben pagar necesariamente a sus obreros los salarios más bajos posibles. Por consiguiente, no pueden pagar el talento, el genio de sus obreros. Deben buscar el trabajo que se vende —que está obligado a venderse—, a la mínima tarifa. Las mujeres y los niños se contentan con un salario menor: emplean, pues, los niños y las mujeres con preferencia a los hombres, y los trabajadores mediocres con preferencia a los trabajadores hábiles, a menos que estos últimos no se contenten con el salario de los trabajadores inhábiles, de los niños y de las mujeres. Ha sido demostrado y reconocido por los economistas burgueses que la medida del salario del obrero es siempre determinada por el precio de su mantenimiento diario. Así, si un obrero pudiera vestirse, alimentarse, alojarse por un franco diario, su salario caería bien pronto a un franco. Y esto por una razón muy sencilla: los obreros, presionados por el hambre, están obligados a hacerse competencia entre sí, y el fabricante, impaciente por enriquecerse lo más pronto posible por la explotación de su trabajo, y forzado por otra parte por la competencia burguesa a vender sus productos al más bajo precio, tomará naturalmente los obreros que le ofrezcan por el menor salario más horas de trabajo.

No es sólo una deducción lógica, es un hecho que pasa diariamente en Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Alemania, y en las partes de Suiza donde se ha establecido la gran industria, la industria explotada en las grandes fábricas por los grandes capitales. En mi última conferencia os he dicho que erais obreros privilegiados. Aunque estéis lejos aún de recibir íntegramente en salario todo el valor de vuestra producción diaria, aunque seáis incontestablemente explotados por vuestros patronos, sin embargo, comparativamente a los obreros de los grandes establecimientos industriales, estáis bastante bien pagados, tenéis tiempo libre, sois libres, sois dichosos. Y me apresuro a reconocer que hay un gran mérito en vosotros por haber ingresado en la Internacional y haberos convertido en miembros abnegados y celosos de esa inmensa asociación del trabajo que debe emancipar a los trabajadores del mundo entero. Eso es noble, eso es generoso de vuestra parte. Demostréis que no pensáis sólo en vosotros mismos, sino en esos millones de hermano que están mucho más oprimidos y que son mucho más desdichados que vosotros. Con satisfacción os ofrezco este testimonio.

Pero al mismo tiempo que dais prueba de generosa y de fraternal solidaridad, dejadme deciros que dais también prueba de previsión y de prudencia; obráis, no sólo por vuestros desgraciados hermanos de las otras industrias y de los otros países, sino también y, si no por completo por vosotros mismos, al menos por vuestros propios hijos. Estáis, no en absoluto, sino relativamente bien retribuidos, sois libres, dichosos. ¿Por qué? Por la simple razón de que el gran capital no invadió aún vuestra industria. Pero no creéis que será siempre así. El gran capital, por una ley que le es inherente, está fatalmente impulsado a invadirlo todo. Ha comenzado, naturalmente, por explotar las ramas del comercio y la industria que le prometieron mayores ventajas, aquellas cuya explotación era más fácil, y acabará necesariamente, después de haberlas explotado suficientemente, y a causa de la competencia que se hace a sí mismo en esa explotación, por volverse a las ramas que no había tocado hasta allí. ¿No se hacen ya vestidos, zapatos, encajes a máquina? Creedlo: tarde o temprano, y sin duda antes de lo que se piensa, se harán también relojes a máquina.

Los resortes, los escapes, la caja, la cubiérta, la tapa, el pulimento, el torneado, el grabado, se harán a máquina. Los productos no estarán tan cuidados no serán tan artísticos como los que salen de vuestras manos hábiles, pero costarán mucho menos y encontrarán más compradores que vuestros productos más perfectos, que acabarán por ser excluidos del mercado. Y entonces, si no vosotros, vuestros hijos se encontrarán tan esclavos, tan miserables como los obreros de los grandes establecimientos industriales lo están hoy. Veis, pues, que al trabajar por vuestros hermanos, los desdichados obreros de otras industrias y de otros países, trabajáis también para vosotros mismos o al menos para vuestros propios hijos.

Trabajáis para la humanidad. La clase obrera se ha convertido hoy en la única representante de la grande, de la santa causa de la humanidad. El porvenir pertenece a los trabajadores: a los trabajadores de los campos, a los trabajadores de las fábricas y de las ciudades. Todas las clases que predominan, las eternas explotadoras del trabajo de las masas populares: la nobleza, el clero, la burguesía, y toda esa miriada de funcionarios militares y civiles que representan la iniquidad y la potencia malhechora del Estado, son clases corrompidas, atacadas de impotencia, incapaces en lo sucesivo de comprender y de querer el bien, y poderosas sólo para el mal.

El clero y la nobleza han sido desenmascarados y derrotados en 1793. La revolución de 1848 ha desenmascarado a la burguesía y ha mostrado su impotencia y su maldad. Durante las jornadas de junio, en 1848, la clase burguesa ha renunciado claramente a la religión de sus padres, a esa religión revolucionaria que había tenido la libertad, la igualdad y la fraternidad por principios y por bases. Tan pronto como el pueblo tomó la igualdad y la libertad en serio, la burguesía, que no existe más que por la explotación, es decir por la desigualdad económica y por la esclavitud social del pueblo, se ha lanzado en la reacción.

Los mismos traidores que quieren perder hoy una vez más a Francia, esos Thiers, esos Julio Favre y la inmensa mayoría de la Asamblea Nacional en 1848, han trabajado por el triunfo de la más inmundada reacción, como trabajan hoy todavía. Comenzaron por elevar a la presidencia a Luis

Bonaparte, y más tarde han destruido el sufragio universal. El terror a la revolución social, el horror a la igualdad, el sentimiento de sus crímenes y el temor a la justicia popular, lanzaron a toda esa clase decrepita, antes tan inteligente y tan heroica, hoy tan estúpida y tan cobarde, en los brazos de la dictadura de Napoleón III. Y han tenido dictadura militar durante dieciocho años consecutivos. No hay que creer que los señores burgueses se hayan encontrado demasiado mal en ella. Los que quisieron hacer motines y jugar al liberalismo de una manera demasiado ruidosa e incómoda para el régimen imperial, fueron apartados naturalmente, comprimidos. Pero los demás, los que dejando las chácharas políticas al pueblo, se aplicaron exclusivamente, seriamente al gran negocio de la burguesía, a la explotación del pueblo, fueron poderosamente protegidos y alentados. Se les dió, para salvar su honor, todas las apariencias de la libertad. ¿No existía bajo el Imperio una asamblea legislativa elegida regularmente por el sufragio universal? Por lo tanto, todo fué bien según los votos de la burguesía. No hubo más que un solo punto negro. Fué la ambición conquistadora del soberano que arrastraba a Francia forzosamente a gastos ruinosos y acabó por aniquilar su antiguo poder. Pero ese punto negro no era un accidente, era una necesidad del sistema. Un régimen despótico, absoluto, aunque tenga apariencias de libertad, debe necesariamente apoyarse en un fuerte ejército, y todo gran ejército permanente hace necesaria tarde o temprano la guerra exterior, porque la jerarquía militar tiene por inspiración principal la ambición: todo teniente quiere ser coronel, y todo coronel quiere llegar a general; en cuanto a los soldados, sistemáticamente desmoralizados en el cuartel, sueñan con los nobles placeres de la guerra: la matanza, el saqueo, el robo, la violación. Una prueba: las hazañas del ejército prusiano en Francia. Pues bien, si todas esas nobles pasiones, sabia, sistemáticamente alimentadas en el corazón de los oficiales y de los soldados, permanecen largo tiempo sin satisfacción alguna, agrian el ejército y lo impulsan al descontento y del descontento a la rebelión. Por lo tanto, es necesario hacer la guerra. Todas las expediciones y las guerras emprendidas por Napoleón III no han sido, pues, caprichos personales, como lo pretenden hoy los señores bur-

gueses: fueron una necesidad del sistema imperial despótico que habían fundado ellos mismos por temor a la revolución social. Son las clases privilegiadas, es el clero alto y bajo, es la nobleza decaída, es, en fin, y principalmente, esa respetable, honesta y virtuosa burguesía la que, como todas las demás clases y más que Napoleón III mismo, es causa de las terribles desgracias que acaban de afectar a Francia.

Y lo habéis visto todos, compañeros: para defender a esa desgraciada Francia, no se encontró en el país más que una sola masa, la masa de los obreros de las ciudades, aquella precisamente que ha sido traicionada y entregada por la burguesía al Imperio y sacrificada por el Imperio a la explotación burguesa. En todo el país no hubo más que los generosos trabajadores de las fábricas y de las ciudades que quisieron la sublevación popular para la salvación de Francia. Los trabajadores de los campos, los campesinos, desmoralizados, embrutecidos por la educación religiosa que se les ha dado a partir del primer Napoleón hasta hoy, han tomado el partido de los prusianos y de la reacción contra Francia. Se hubiera podido hacerles levantarse. En un folleto que muchos de vosotros habéis leído, intitulado *Lettres a un Français* (1), he expuesto los medios de que era preciso hacer uso para arrastrarlos hacia la revolución. Mas, para hacerlo, era preciso primero que las ciudades se sublevaran y se organizaran revolucionariamente. Los obreros lo han querido; hasta lo intentaron en muchas ciudades del mediodía de Francia, en Lyon, en Marsella, en Montpellier, en Saint-Etienne, en Toulouse. Pero en todas partes fueron oprimidos y paralizados por los burgueses radicales en nombre de la república. Sí, en nombre de la república, los burgueses, que se hicieron republicanos por miedo al pueblo, en nombre de la república, Gambetta, ese viejo pecador Julio Favre, Thiers, ese infame zorro, y todos esos Picard, Ferry, Julio Simón, Pelletan y tantos otros, en nombre de la república, han asesinado a la república y a Francia.

La burguesía está juzgada. Ella, que es la clase más rica y más numerosa de Francia —exceptuando la masa popu-

(1) Véase *Cartas a un francés*, tomo I de estas *Obras*. (Nota del traductor.)

lar, sin duda—, si hubiese querido, habría podido salvar a Francia. Mas para eso habría tenido que sacrificar su dinero, su vida, y apoyarse francamente en el proletariado, como lo hicieron sus antepasados burgueses de 1793. Pues bien, quiso sacrificar su dinero menos aún que su vida, y prefirió la conquista de Francia por los prusianos a su salvación por la revolución popular.

La cuestión entre los obreros de las ciudades y la burguesía fué planteada bastante claramente. Los obreros han dicho: haremos saltar antes las casas que entregar las ciudades a los prusianos. Los burgueses respondieron: nosotros abriremos más bien las puertas de las ciudades a los prusianos que permitirnos hacer desórdenes públicos, y queremos conservar nuestras queridas casas a todo precio, aunque debamos besar el trasero a los señores prusianos.

Y notadlo bien, que son hoy esos mismos burgueses los que se atreven a insultar a la Comuna de París, esa noble Comuna que salva el honor de Francia y, lo esperamos, la libertad del mundo al mismo tiempo; son esos burgueses los que la insultan hoy. ¿En nombre de qué? ¡*En nombre del patriotismo!*

¡Verdaderamente, los burgueses tienen una desfachatez enorme! Han llegado a un grado de infamia que les ha hecho perder hasta el último sentimiento de pudor. Ignoran la vergüenza. Antes de estar muertos están ya completamente podridos.

Y no es sólo en Francia, compañeros, donde la burguesía está podrida, moral e intelectualmente aniquilada; el caso es general en toda Europa, y en todos los países de Europa sólo el proletariado ha conservado el fuego sagrado. El solo lleva hoy la bandera de la humanidad.

¿Cuál es su divisa, su moral, su principio? La *solidaridad*. Todos para cada uno y cada uno para todos y por todos. Esta es la divisa y el principio de nuestra gran Asociación Internacional que, franqueando las fronteras de los Estados, tiende a unir a los trabajadores del mundo entero en una sola familia humana, sobre la base del trabajo igualmente obligatorio para todos y en nombre de la libertad de todos y de cada uno. Esa solidaridad en la economía social se llama trabajo y propiedad colectivos; en política

se llama destrucción de los Estados y libertad de cada uno por la libertad de todos.

Sí, queridos compañeros, vosotros, los obreros, solidariamente con vuestros hermanos del mundo entero, heredáis solos hoy la gran misión de la emancipación de la humanidad. Tenéis un coheredero, trabajador como vosotros, aunque en condiciones distintas. Es el campesino. Pero el campesino no tiene aún la conciencia de la gran misión popular. Ha sido envenenado, es todavía envenenado por los sacerdotes, y sirve aún de instrumento a la reacción. Debéis instruirlo, debéis salvarlo aun a su pesar, atrayéndolo, explicándole lo que es la revolución social.

En este momento, y con mayor motivo al comienzo, los obreros de la industria no deben, no pueden contar más que consigo mismos. Pero serán omnipotentes si quieren. Sólo que deben querer seriamente. Y para realizar esa voluntad no tienen más que dos medios. Establecer primero en sus grupos, y luego en los demás grupos, una verdadera solidaridad fraternal, no sólo de palabra, sino también en la acción; no sólo para los días de fiesta, de discurso y de bebida, sino en su vida cotidiana. Cada miembro de la Internacional debe poder sentir, debe estar prácticamente convencido de que todos los miembros son sus hermanos.

El otro medio es la organización revolucionaria, la organización para la acción. Si las sublevaciones populares de Lyon, Marsella y demás ciudades de Francia han fracasado, es porque no había organización. Yo puedo hablar con pleno conocimiento de causa, puesto que he estado allí y he sufrido. Y si la Comuna de París se mantiene valientemente hoy, es que durante el asedio los obreros se han organizado seriamente. No sin razón los periódicos burgueses acusan a la Internacional de haber producido esa sublevación magnífica de París. Sí, digámoslo con orgullo, son nuestros hermanos internacionales los que, por su trabajo perseverante, han organizado al pueblo y han hecho posible la Comuna de París.

Seamos, pues, buenos hermanos, compañeros, y organicémosnos. No creáis que estamos al fin de la revolución, estamos al comienzo. La revolución estará en lo sucesivo a la orden del día, por muchas decenas de años. Vendrá a nuestro encuentro, tarde o temprano. Preparémosnos, purifiqué-

monos, hagámonos más realistas, menos discurredores, menos gritadores, menos retóricos, menos bebedores, menos amigos de juergas. Cifiamonos los riñones y preparémosnos dignamente a esa lucha que debe salvar a todos los pueblos y emancipar finalmente a la humanidad.

¡Viva la revolución social! ¡Viva la Comuna de París!

FIN DEL TOMO II